This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

https://books.google.com





Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ANDRÉS A. CÁCERES

LA GUERRA ENTRE EL PERÚ Y CHILE 1879 - 1883

EDITORA INTERNACIONAL

Digitized by Google

G983 C113G LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
G983
C113g

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

ANDRÉS A. CÁCERES
MARISCAL DEL PERÚ

LA GUERRA ENTRE EL PERÚ Y CHILE

⟨1879 – 1883⟩

EXTRACTO DE LAS
«MEMORIAS DE MI VIDA MILITAR»

TOMADAS AL DICTADO Y RECOPILADAS POR
JULIO C. GUERRERO

EDITORA INTERNACIONAL
MADRID · BERLÍN · BUENOS AIRES ·
MÉXICO

Digitized by Google

SE RESERVAN TODOS LOS DERECHOS QUE INDICA LA LEY DEL 19 DE JUNIO DE 1901, ASÍ COMO LOS DERECHOS DE TRADUCCIÓN.
COPYRIGHT 1924 BY EDITORA INTERNACIONAL
BUENOS AIRES.

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

PRÓLOGO.

Hé aquí un libro que reune el doble interés del asunto y del hombre. Del asunto, porque por primera vez van a conocerse en América sucesos militares de aquella guerra infortunada para el Perú; y del hombre, porque el Mariscal don Andrés Avelino Cáceres desempeñó en ella un papel tan preeminente, que su figura fué respeto para el enemigo y símbolo para el país, que vió en él al héroe de la resistencia y la encarnación del sentimiento patrio.

Las Memorias de Cáceres vienen a constituir una autobiografía militar del Mariscal. ¿Autobiografía? ¿No será biografía más bien? La parte que el comandante Julio C. Guerrero ha tenido en la redacción y ordenación de las Memorias es tan grande, que, sin vacilar, las diríamos biografía. Mas el espíritu de Cáceres las anima; la prodigiosa memoria del caudillo las dicta, y la adhesión y el entrañable cariño del comandante hacia su jefe le permiten una compenetración tal, que si el que escribe es Guerrero, el que habla es Cáceres. Por eso son autobiografía.

El 10 de octubre de 1923 moría en el balneario de Ancón, cerca de Lima, a los 87 años, el benemérito Mariscal del Perú, don Andrés Avelino Cáceres, cuya actuación militar y política dejó una profunda huella en la vida de su país. Como político, sus actos llevaron el sello del más arraigado nacionalismo y el anhelo de bien y de progreso para su patria, dentro de las fundamentales normas de orden y de respeto a las leyes constitucionales. Como soldado, sus hechos militares

975786
Digitized by Google

le colocaron a la altura de los héroes más puros, en la máxima contienda que ha sostenido el Perú: la guerra de 1879.

Ya la campaña que hizo a las órdenes del gran Mariscal Castilla, defendiendo la libertad de los negros esclavos en el Perú; y su actuación en la batalla de la Palma y más tarde en el sitio de Arequipa, que se había sublevado contra el gobierno legal, y luego, en la campaña del Ecuador; y después, en el valeroso combate del Dos de Mayo contra la escuadra española, que pretendía imponerse a las antiguas colonias ibéricas, iban revelando al soldado que en la guerra del Pacífico contra Chile había de destacarse por su serenidad, heroico arrojo y talento táctico en el primer período de aquella lucha, en que se dieron las cinco grandes batallas campales de San Francisco, Tarapacá, Tacna, San Juan y Miraflores, y que había de alentar y encarnar por sí sólo el segundo período, conocido en el Perú con el nombre de Campaña de la Breña. Sus éxitos y la audacia de sus operaciones militares llegaron a infundir tan serios temores al enemigo vencedor, que Chile no consideró definitiva su victoria con la posesión del litoral peruano y vió que, antes, le era preciso destruir la tenaz resistencia del caudillo de la Sierra.

Durante dos años y ocho meses, desde el 15 de enero de 1881 hasta el 10 de octubre de 1883, toda la actividad del ejército de Chile se redujo a destruir el ejército de Cáceres, escaso, mal equipado y sin recursos, sostenido sólo por el aliento vital que le comunicaba su caudillo, a quien el patriotismo transfiguraba en el genio vengador de la nacionalidad infortunada, que hace un último esfuerzo en Huamachuco y no pudo impedir ya la firma del tratado de Ancón, por el que pasan a Chile la región de Tarapacá y, durante diez años, las provincias de Tacna y Arica.

Le falta ya al héroe el campo de batalla; pero aun puede lucharse; aun puede arbolarse la bandera del

Digitized by Google

mantenimiento y defensa de las leyes tutelares de la nacionalidad, constituyendo un partido, en cuyas filas figuren los más entusiastas partidarios de la resistencia indefinida al invasor y aquel selecto grupo de la juventud que había acompañado en sus campañas al héroe. Y en torno al soldado de la Breña se forma el Partido Constitucional.

Empujado por la opinión pública, Cáceres abrió campaña contra el Gobierno de Iglesias, firmante del tratado e impuesto por Chile, y, después de una larga brega y un movimiento estratégico audaz y afortunado, se apoderó de Lima, convocó nuevas elecciones y fué ungido Presidente Constitucional, ocupando la silla presidencial desde 1886 hasta 1890.

No obstante el estado de penuria de la hacienda pública y la destrucción completa de todos los elementos de progreso, llevada a cabo por el enemigo, el Gobierno de Cáceres se esforzó por remediar los males causados por la guerra, organizó un pequeño pero buen ejército, reorganizó las escuelas y colegios y pacificó el país convulsionado.

Terminado su período de mando, fué nombrado Ministro Plenipotenciario en Francia.

En 1894 regresó al Perú y fué elegido nuevamente Presidente de la República. Pero los enemigos del militarismo le hicieron la revolución, la cual, dirigida por don Nicolás de Piérola, atacó Lima, sosteniéndose un sangriento combate los días 17 y 18 de marzo de 1895 hasta que Cáceres, apremiado por el cuerpo diplomático y el delegado apostólico, y deseoso de evitar mayor derramamiento de sangre, convino en entregar el poder a una Junta de Gobierno y que se convocara a nuevas elecciones.

Cáceres se retiró del país y vivió por algún tiempo en la Argentina, donde se le tributaron las mayores consideraciones.

Digitized by Google

En 1900, ya en el Perú, fué elegido senador por el Callao.

En 1901, Plenipotenciario en Italia. En 1911, Plenipotenciario en Alemania.

En 1914 regresó al Perú y presidió la convención de los partidos políticos que proclamó Presidente de la República al Dr. José Pardo.

Más tarde apartóse de la política seguida por Pardo, por considerar que no correspondía a las aspiraciones del país. Fué el alma del movimiento inicial de opinión en favor de la candidatura presidencial de don Augusto B. Leguía, y luego elemento decisivo y activo en la revolución del 4 de julio de 1919 que elevó al poder al Sr. Leguía, aclamado ya por la opinión pública.

El 10 de noviembre del mismo año, fecha de su natalicio, la Asamblea Constituyente le otorgó el alto grado de Mariscal de la Nación.

Desde entonces el Mariscal se dedicó a reorganizar el Partido Constitucional, del que era jefe y fundador, y acompañar con su prestigio y sus fuerzas políticas al Presidente Leguía. En los últimos años (1921/23), se resintió su salud, un tanto alterada, más que por las enfermedades, por efecto de los años, y se estableció el Mariscal alternativamente en los balnearios de Miraflores y Ancón.

Por entonces regresa también al Perú el comandante Guerrero, unido al Mariscal por un íntimo afecto, y Cáceres continúa la confección de sus memorias, que ya había empezado en Alemania, cuando era Ministro del Perú y Guerrero agregado militar a su Legación.

De esa colaboración íntima, de esa plena consagración al pensamiento del Mariscal, han brotado estas páginas, en que la mano de Guerrero sirve de portavoz a la palabra de Cáceres.

Berlín, octubre, 1924.

José R. García Díaz.

Digitized by Google

Breve ojeada retrospectiva sobre los antecedentes históricos y los orígenes del conflicto.

Por la gran trascendencia y las profundas modificaciones que la guerra con Chile ha producido en el Perú, antes de entrar a narrar mi actuación en ella, quiero hacer una breve exposición de las causas que la motivaron. Este primer capítulo del Libro II de mis Memorias es, pues, un resumen general de los antecedentes histórico-políticos del conflicto, elaborado con el acopio de datos tomados, ora de los documentos oficiales de la época, ora de las publicaciones relativas a esta guerra.

Al independizarse de España sus colonias americanas transformándose en Estados soberanos, éstos reconocieron por límites los mismos que tuvieron en 1810, último año de la dominación ibérica en el Continente. Según esto, la frontera meridional de Bolivia y septentrional de Chile estaba fijada por el río Paposo o Salado, a 25 grados de latitud Sur, el cual río formaba también el límite meridional del desierto de Atacama, perteneciente a Bolivia.

Mientras este desierto no tuvo importancia industrial alguna, permaneció bajo el poder tranquilo de Bolivia hasta 1842. Pero en este año envió el gobierno chileno una comisión al Norte de su territorio en busca de los depósitos de guano, que se aseguraba existían en las costas de esa región, entre Caldera y

Digitized by Google

Bolivia, y que podían ser una gran fuente de riqueza para el erario chileno, como lo eran ya para los peruanos los depósitos descubiertos en sus costas. La comisión se puso efectivamente en marcha y, recorriendo la costa, salió del territorio chileno y siguió adelante hasta dar con los ansiados depósitos de guano que al fin halló, pero ya en territorio boliviano, 30 leguas al Norte del río Salado. Comprobada así la existencia de guano en el desierto de Atacama, declaró Chile, por medio de una ley (31 de octubre de 1842), propiedad del Estado todos los depósitos de guano existentes en el desierto de Atacama, y después hizo otra ley creando la nueva provincia chilena de Atacama.

Bolivia, al conocer este hecho, reclamó sus derechos diplomáticamente ante la cancillería de Santiago; pero, como careciera de la fuerza necesaria para imponerse, dejó transcurrir el tiempo hasta el año 1863, en el cual expidió el congreso boliviano la ley de 25 de junio ordenando al Ejecutivo declarar la guerra a Chile, por la usurpación del territorio nacional desde el Salado hasta Mejillones (30 leguas de costa boliviana).

Pero no pudo llevarse a cabo esta guerra entre Chile y Bolivia, pues por esta época se suscitaron nuevas cuestiones entre España y sus antiguas colonias de América, obligando a éstas a unirse ante el peligro común y postergar sus particulares querellas. Uniéronse en efecto las repúblicas del Perú, Chile, Bolivia y el Ecuador, y declararon guerra a España, la cual terminó felizmente con el glorioso combate del 2 de mayo en la bahía del Callao, dando por resultado la retirada de la escuadra española de las aguas del Pacífico y el arreglo de la contienda, satisfactorio y honroso tanto para los españoles como para los americanos del Sur.

Restablecidas las relaciones entre Chile y Bolivia, firmaron estas repúblicas el tratado de 1866 (10 de agosto, durante el gobierno de Melgarejo), reconociendo

Digitized by Google

por límite el paralelo 24 de latitud meridional y obteniendo Chile el derecho a la mitad de los productos aduaneros de la exportación del guano extraído de la región comprendida entre los grados 23 y 25 de latitud meridional, esto es, de la región formada por un grado de territorio boliviano y otro de territorio chileno. Pero las condiciones comerciales de este tratado fueron origen de muchas discordias, y se creyó conveniente celebrar otro, que fué firmado en agosto de 1874 (a los ocho años) y cuyos artículos principales fijaban: «1º: el límite entre Bolivia y Chile es el paralelo 24 de latitud austral, desde el mar hasta los Andes; 4º: los derechos de exportación sobre los minerales (ya no guano) explotados en la zona comprendida entre los grados 23 y 25 no excederán de la cuota establecida anteriormente, y las personas, industrias y capitales chilenos, no estarán sujetos a otras contribuciones que las que actualmente existen.» Lo estipulado en este tratado debía durar 25 años.

Y por último, en un tratado complementario que se firmó el año siguiente, en 1875, se fijaba: «artículo 2º: todas las cuestiones a que diere lugar la inteligencia y ejecución del tratado del año anterior (6 de agosto de 1874) deberán someterse a arbitraje.»

Más tarde, en 1878, el congreso boliviano expidió una ley, por la cual aprobaba un contrato celebrado por el ejecutivo con la Compañía Anónima de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, a condición de que ésta abonara diez centavos por cada quintal de salitre que exportase.

Pero apenas se publicó esta ley, el gerente de dicha compañía invocó la protección del gobierno de Chile, el cual reclamó inmediatamente cerca del de Bolivia contra la ilegalidad de ese impuesto, que era contrario al artículo 4º del tratado de 1874, el cual prohibía a Bolivia imponer a las personas, industrias y capitales chilenos impuestos mayores que los existentes.

Digitized by Google

Bolivia contestó fundadamente diciendo que esta contribución de diez centavos no afectaba al artículo 4º del tratado, pues sólo era una compensación de carácter privado impuesta a la compañía a condición de aprobar el contrato particular de ésta con el gobierno, y que además la tal compañía, por su carácter de anónima, no podía tener otra nacionalidad que la boliviana, en cuyos registros se hallaba inscrita.

Chile insistió en sus reclamaciones, y amenazó con declarar nulo el tratado de 1874 si no suspendía Bolivia el impuesto de los diez centavos.

El gobierno de Bolivia, por dignidad y en justicia, no suspendió el impuesto, y ordenó (17 de diciembre) al prefecto de Cobija poner en vigor la ley de 14 de febrero y cobrar a la compañía la contribución devengada desde la fecha de la promulgación de la ley.

El gobierno de Chile propuso entonces al de Bolivia (nota del 20 de enero de 1879) someter la cuestión a arbitraje, previa la suspensión del cobro de los diez centavos decretados por el gobierno de Bolivia.

Por otro lado, mientras ocurrían estos incidentes y cambios de notas entre los gobiernos de aquellas dos repúblicas, el gerente de la Compañía de Salitres, que era el causante del conflicto, protestó ante escribano público del juicio incoado contra él y elevó un recurso al gobierno boliviano declarando no aceptar la ley de 14 de febrero.

El gobierno boliviano, en vista de esto, declaró (1º de febrero de 1879) rescindida y sin efecto la convención de 1873 acordada con la Compañía de Salitres de Antofagasta, y suspendidos por consiguiente los efectos de la ley de los diez centavos, facultando al ministro del ramo para dictar las órdenes convenientes a fin de reivindicar las salitreras detentadas por la compañía.

Ante este decreto, y lejos de reclamar en la corte de Bolivia contra la rescisión, como era de esperar,

Digitized by Google

permaneció la compañía en silencio. Al mismo tiempo, el representante de Chile en La Paz dirigió al gobierno de Bolivia una nota (8 de febrero de 1879), intimándole a dar una respuesta dentro de 48 horas sobre si aceptaba o no someter a arbitraje la nueva cuestión surgida por el decreto de 1º de febrero, que declaraba la rescisión del contrato celebrado en 1873 entre el gobierno boliviano y la compañía.

No habiendo Bolivia dado respuesta a esta nota, el encargado de negocios chileno en Bolivia declaró, el 12 de febrero, roto el tratado de límites de 1874 entre ambas repúblicas.

El mismo día salieron de Caldera los acorazados chilenos, llevando las tropas que debían ocupar Antofagasta, puerto boliviano, a donde llegaron el 14, y lo ocuparon en nombre de Chile.

El 18 del mismo mes lanzó Chile un manifiesto a las naciones amigas, en el cual declaraba haberse apoderado del territorio boliviano de Antofagasta a título de reivindicación, alegando, por supuesto, las razones que le parecían más apropiadas para cohonestar el hecho.

El 1º de marzo, el presidente de Bolivia expidió un decreto cuyo artículo 1º decía: «Quedan cortados todo comercio y comunicaciones con la república de Chile mientras dure la guerra que ha promovido a Bolivia;» y el 2º: «Los chilenos residentes en el territorio boliviano serán obligados a desocuparlo en el término de diez días contados desde la notificación.»

Este decreto fué considerado por el gobierno chileno como una declaración de guerra que Bolivia hacía a Chile (ya en posesión de Antofagasta) y que, por consiguiente, desde entonces comenzaba la guerra, tocando a Chile en represalias invadir el territorio del Estado agresor. Hecho este razonamiento, ordenó el gobierno chileno a su escuadra y ejército, que ya ocupaban Antofagasta hacía 30 días, procedieran a apoderarse de los restantes puertos y poblaciones bolivianas del territorio

Digitized by Google

de Atacama hasta el río Loa, que era el límite entre Atacama y el departamento peruano de Tarapacá.

Como Bolivia no tenía en esos puertos sino unos pocos soldados que servían de policía, y dada la gran distancia que los separaba de la capital y otros centros poblados y de recursos en el interior de la república, no pudo oponer ni opuso resistencia alguna, excepción hecha de un pequeño combate en el pueblecito interior de Calama, donde se habían refugiado los soldados que se retiraran de los puertos de Antofagasta, Mejillones, Caracoles, Tocopilla y Cobija.

Así, pues, Chile desembarcó sus tropas en todos estos puertos, y luego envió comisiones al interior para adueñarse de Chuchuy y Calama, quedando en pocas horas dueño de todo el territorio de Atacama, que era también todo el litoral boliviano de la costa del Pacífico.

Causas de la guerra entre el Perú y Chile.

Mientras esto ocurría entre Bolivia y Chile, las gestiones del Perú se encaminaban a evitar a todo trance la guerra entre esas repúblicas.

Desde el momento en que se conoció en Lima la fuerte tensión de las relaciones diplomáticas entre Bolivia y Chile, ordenó el Perú a sus representantes en uno y otro país emplear toda su habilidad e influjo para evitar una ruptura de las relaciones entre esas repúblicas vecinas, y finalmente ofrecer los buenos oficios del Perú para el arreglo pacífico de las cuestiones en disputa. Al principio, la noticia fué recibida con agrado por el gobierno de Chile. Pero cuando el representante peruano pidió a la cancillería chilena la suspensión de la orden dada para ocupar Antofagasta hasta telegrafiar a Lima y recibir la respuesta, fueron rechazados los buenos oficios del diplomático peruano, y se llevó adelante la orden usurpadora.

Digitized by Google

THE UNIVERSITY
OF TEXAS

No obstante esta repulsa y ocupado ya Antofagasta, el gobierno del Perú nombró un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario *ad hoc* para ofrecer a Chile la amistosa mediación del Perú. Dicho enviado salió del Callao el 22 de febrero, comunicándose a Santiago telegráficamente tal salida. Durante el viaje, que duró diez días, ya se había difundido completamente entre las masas chilenas la noticia de la ida de nuestro ministro y del objeto que llevaba. La prensa y los azuzadores de la guerra no omitieron ningún medio para propagarla y crear una densa atmósfera de aversión hacia el Perú, su enviado y la misión que llevaba a Chile, lo cual se vió claramente el día que el señor Lavalle, el ministro nombrado, llegó a Valparaíso.

El 4 de marzo de 1879, por la mañana, fondeaba en la rada de Valparaíso el vapor que conducía al ministro peruano Lavalle. Una muchedumbre de más de 3000 hombres del pueblo esperaba que pusiera pie en tierra para hacerlo objeto de sus airados insultos y amenazas. A la una de la tarde, poco más o menos, desembarcó nuestro ministro y se dirigió al hotel Central por la calle que le formaron 200 hombres del ejército y numerosa policía situada allí para contener los desmanes del populacho. Demudado y pálido, el ministro Lavalle, marchando por en medio de esa muchedumbre hostil, más parecía un sentenciado que llevaran al suplicio que el ministro de un país amigo y mediador en la contienda surgida entre Bolivia y Chile.

Felizmente, la enérgica actitud del intendente de Valparaíso, Altamirano, y la presencia de numerosa fuerza armada, impidieron que el pueblo consumase el atentado que proyectaba. Este mismo día, a las cinco de la tarde, se dirigió el ministro peruano en tren a Santiago, y por la noche se llevó a cabo en Valparaíso el anunciado mitín de protesta contra la misión peruana.

Una gran multitud, de 8000 hombres próxima-

975266
Digitized by Google

mente, recorría las calles lanzando toda clase de improperios contra el Perú y sus representantes. Numerosos grupos de gente fueron al hotel en busca del ministro mediador, y una vez convencidos de que ya no estaba en Valparaíso, se dirigieron contra el local del consulado peruano, al cual atacaron a pedradas, salvándose el cónsul por una nueva y oportuna intervención del intendente.

No obstante el mal recibimiento hecho a Lavalle en Valparaíso, el gobierno de Santiago le prodigó toda clase de consideraciones y le manifestó su sentimiento por los hechos bochornosos llevados a cabo por el populacho porteño. Pero la cortesía del gobierno en nada disminuyó el acre tono de la prensa santiaguina contra el Perú.

Durante los primeros días de la llegada del ministro Lavalle, fueron muchas las dificultades que se le presentaron para ponerse al habla con el presidente y el ministro de relaciones de Chile a fin de dar comienzo cuanto antes a su misión mediadora. Al fin, el 11 de marzo, realizóse la primera conferencia, en la cual Lavalle expuso en nombre de la paz y de los verdaderos intereses de Bolivia y Chile, la propuesta de mediación del gobierno peruano para llegar a un acuerdo.

Tal propuesta consistía en el restablecimiento de la situación al estado en que se encontraba antes de los últimos acontecimientos, esto es: primero, la desocupación del territorio de Bolivia por parte de Chile; segundo, la suspensión del decreto de rescisión dado por Bolivia, así como de la ley por la cual gravó con diez centavos a cada quintal de salitre que exportara la compañía de Antofagasta; tercero, el sometimiento de estas diferencias al árbitro que ambos gobiernos tuviesen a bien nombrar.

Este era el punto de vista justiciero y sereno del gobierno peruano y tales las únicas instrucciones dadas a su ministro para que formulase su propuesta

Digitized by Google

al gobierno de Chile, la cual, de ser aceptada, hubiera conducido indudablemente a una solución del conflicto, honrosa para este gobierno.

Pero, desgraciadamente, las intenciones de Chile eran distintas de las que, al parecer, le llevaron a ocupar Antofagasta. La cuestión no versaba ya sobre la violación de los pactos celebrados por Bolivia con los ciudadanos o el gobierno de Chile, sino en la posesión misma del territorio boliviano comprendido entre los paralelos 23 y 24.

Así lo declararon el presidente y el ministro de relaciones al señor Lavalle en la conferencia del 11 de marzo, agregando que por deferencia a la mediación del gobierno peruano no tenían inconveniente en someter a arbitraje tal cuestión, es decir, saber a quién pertenecía el territorio comprendido entre los paralelos 23 y 24 que las fuerzas chilenas habían ocupado, pero con condición de que Chile conservaría la posesión de dicho territorio hasta la última sentencia de los árbitros.

De esta manera, el ministro Lavalle se encontró ante una nueva cuestión, para tratar sobre la cual no tenía instrucciones de su gobierno, debiendo comunicárselo inmediatamente, como así lo expresó e hizo.

A su vez, el ministro de relaciones de Chile preguntó a Lavalle, al finalizar la conferencia, lo que había de cierto sobre un tratado secreto de alianza celebrado entre el Perú y Bolivia en el año 1873, del cual tenía noticia, aunque no muy segura. Lavalle contestó que ignoraba completamente la existencia de tal tratado, pero que, habiendo oído hablar de él en Chile, había pedido ya informaciones a su gobierno sobre este asunto.

Efectivamente, estas informaciones estaban ya camino de Santiago, y habían sido enviadas por el gobierno de Lima, previendo que Lavalle sería interrogado al respecto, pero aun no habían llegado el 11, día de la conferencia. En ellas se decía a Lavalle que afirmara

Digitized by Google

la existencia del tratado de alianza defensiva entre Bolivia y el Perú, pero que el Perú ya no se vería obligado a cumplirlo si Chile retiraba sus fuerzas del litoral boliviano y, por el contrario, quedaría en actitud de facilitar los medios para un arreglo decoroso entre Bolivia y Chile.

El tratado de alianza defensiva fué firmado el 6 de febrero de 1873, siendo presidentes de Bolivia y del Perú, Ballivián y Manuel Pardo, respectivamente, a iniciativa del primero y ante la complicación creciente de las relaciones entre Bolivia y Chile. El objeto de este pacto era, como puede verse, garantizar la integridad y soberanía de ambas repúblicas y defenderlas contra toda agresión exterior. Era un tratado sugerido más por el miedo que por el deseo de garantizar verdaderamente tal soberanía, para lo cual hubiera bastado que Bolivia y el Perú se armaran y robustecieran su entonces debilísimo poder militar. Un artículo adicional estatuía que ese tratado debía mantenerse en secreto mientras las altas partes contratantes no juzgasen necesaria su publicación.

No obstante esto, era ya conocido el tratado por los políticos chilenos desde que se firmó, como bien lo prueban las alusiones que hizo el presidente chileno, y además el hecho de haber invitado a la Argentina a entrar en una alianza con Chile, asunto que fué discutido en el senado de Buenos Aires en 1877.

Del 11 al 19 de marzo no hubo negociaciones de ningún género entre Lavalle y la cancillería chilena. Este último día 19 se realizó la segunda conferencia. En ella, el ministro de relaciones de Chile, después de hacer grandes protestas de simpatía al Perú, ratificó su declaración sobre la imposibilidad de desocupar el territorio boliviano como base del arbitraje propuesto por el Perú, para no abandonar a los ciudadanos chilenos que lo habitaban, al despotismo y a la perpetua anarquía de Bolivia, y le propuso: primero, el proyecto

Digitized by Google

del gobierno chileno de buscar, con la mediación del Perú, un arreglo directo e inmediato con Bolivia; segundo, el de trasladar las negociaciones a Lima; tercero, nombrar plenipotenciario en el Perú a don Domingo Santa María; y cuarto, conservar el mayor secreto sobre esta cuestión.

El día 20 de marzo visitó Santa María al ministro Lavalle, y le manifestó que, instado por el presidente de Chile para ir a Lima, había accedido y resuelto partir el 29 si nada acontecía en ese intervalo, pues temía llegar demasiado tarde, dada la actividad amenazadora del Perú, con el envío de 2000 hombres a la frontera de Bolivia.

El 21 volvió a visitar Santa María al ministro peruano, y le dijo que de acuerdo con el presidente había decidido no trasladarse a Lima, porque abrigaba el temor de llegar muy tarde. Poco después, el mismo día, el presidente de Chile invitó al señor Lavalle a ir a su casa, donde le expuso la necesidad en que se encontraba de saber si el Perú se declaraba o no neutral en la guerra entre Chile y Bolivia, declarada ya por esta nación en su decreto de 1º de marzo.

El plenipotenciario peruano respondió que, enviado por su gobierno para proponer la mediación, no había recibido instrucciones para declarar cuál sería la conducta de su gobierno en el caso de no ser posible un arreglo amistoso entre Bolivia y Chile, y que a su entender creía que el Perú no podía declarar a priori su neutralidad tratándose de una guerra entre países vecinos que afectaba a sus intereses, y que sólo podría declararla condicionalmente en el caso de que Chile, habiendo rechazado las primeras bases de mediación, formulara otras para trasmitirlas a Lima, en cuyo caso el gobierno del Perú podría quizá declarar su neutralidad.

El presidente le propuso entonces que de hecho quedara la cuestión tal como estaba, es decir, ocu-

Digitized by Google

pando Chile los territorios bolivianos, y, en cuanto a la de derecho, se volviera la cuestión al estado en que se hallaba antes de 1866, debiendo someterse a arbitraje el dominio real de los territorios, para lo cual era preciso que el Perú se declarase neutral.

Nuestro plenipotenciario, no obstante la seguridad que tenía de que esas bases serían rechazadas por Bolivia, convino en trasmitirlas a Lima telegráficamente, debiendo redactar el despacho el mismo presidente, quien no lo envió jamás.

El 24 del mismo mes celebróse una nueva conferencia entre el presidente y nuestro ministro, en la cual expuso el primero que la opinión pública en Chile le obligaba a romper con el Perú, y que además los marinos y militares chilenos creían ser el actual el momento preciso para acometer al Perú, por encontrarse éste más débil que Chile y porque más tarde podían cambiar las condiciones; pero que, no existiendo realmente motivos para ir a la guerra contra el Perú, podía evitarse todo si éste declaraba su neutralidad. Además le dijo que era necesario trasmitiera Lavalle tal propuesta a Lima para decidir a su gobierno, quien la conocía ya también por medio del plenipotenciario chileno en el Perú.

El 25 escribió el presidente chileno a nuestro ministro, insistiendo en pedirle la declaración de neutralidad del Perú. Pero al mismo tiempo supo Lavalle que la escuadra chilena había recibido orden de mantenerse lista para zarpar hacia las costas del Perú a la primera señal.

El 31 recibió Lavalle copia del tratado de alianza del Perú y Bolivia, y le dió lectura ante el presidente, manifestando que, como se podía ver, el pacto ese no envolvía amenaza alguna para la seguridad de Chile, y que sólo era un tratado general de alianza defensiva, cuyo objeto era sobre todo afianzar las algo debilitadas relaciones del Perú con Bolivia.

Digitized by Google

El 1º de abril publicaba la prensa santiaguina la noticia de que el gobierno había pedido autorización al congreso para declarar la guerra al Perú; y por la noche, el pueblo de Santiago asaltó el consulado del Perú, arrancó el escudo y lo hizo pedazos.

Ese mismo día, el plenipotenciario peruano pasó una nota a la cancillería chilena, pidiéndole dijera lo que había de cierto sobre la declaración de la guerra al Perú y exigiéndole sus pasaportes si esta era una realidad. Tal nota no tuvo respuesta.

El día 3, por la mañana, dirigió Lavalle otra nota urgente a la cancillería chilena sobre el mismo asunto, y por la tarde recibió una contestación, con fecha 2, en la cual se le decía que la conducta del Perú era muy irregular entonces, pues había firmado un pacto secreto de alianza con Bolivia y no quería declararse neutral; a lo cual contestaba el gobierno de Chile con franqueza, declarando rotas sus relaciones con el Perú y considerándolo como beligerante.

Este mismo día, en Lima, el plenipotenciario chileno Godoy declaraba al gobierno del Perú la decisión del suyo y pedía sus pasaportes, y en Santiago el gobierno chileno despedía al plenipotenciario peruano. Finalmente, el 5 de abril, aniversario de la batalla de Maipú, hacía publicar el gobierno de la Moneda, por bando, la declaración de la guerra al Perú y Bolivia.

Estado económico, político y militar del Perú al romperse las hostilidades.

Como se sabe, el Perú de hoy, que antes era el más rico virreinato español y al principio el legendario imperio del Tahuantinsuyo, está situado en la parte occidental de la América del Sur y bañado por el mar Pacífico.

Digitized by Google

En 1879 limitaba con el Ecuador y Colombia por el Norte, con el Brasil por el Este y con Bolivia por el Sudeste y Sur, siendo las líneas divisorias las mismas que en la época de la independencia y la segregación del Alto Perú hecha por Bolívar en 1825.

Para nuestro objeto, sólo insistiré en los límites con esta última república por el Sur.

La línea divisoria era el río Loa, que corre de Este a Oeste, poco más o menos, desde los Andes donde nace, hasta el Pacífico que recibe sus aguas. Este río separaba los departamentos de Tacna y Tarapacá, que eran los más meridionales del Perú, del departamento de Atacama, que estaba al Sur y pertenecía a Bolivia, siendo a la vez el único litoral. Al Sur de Atacama, desde el río Paposo, se extendía la provincia de Copiapó perteneciente a la república de Chile.

Tal era la situación y extensión geográfica.

En 1876 se hizo un censo de la población del Perú, el cual dió un total de 2.704.998 habitantes, de los cuales más de la mitad eran indios, una cuarta parte mestizos, y el resto blancos, negros y chinos.

Las industrias estaban atrasadas, siendo las principales la agricultura y minería, y por este tiempo sobre todo las del salitre y extracción del guano, de las cuales se sostenía el erario público, las mismas que habían levantado el crédito nacional en el exterior y dado origen a los grandes empréstitos.

Por esta época, alcanzaba la deuda exterior a 640 millones de soles y los intereses anuales a 40 millones. Pero no llegando los ingresos a esta cantidad, suspendiéronse los pagos y comenzóse a hacer economías disminuyendo el ejército y desatendiendo la marina.

Aunque se gozaba de paz interna, no por esto habían desaparecido las ambiciones de los caudillos, y la pasión política exaltaba los ánimos en las filas mismas del ejército. El antiguo orgullo criollo miraba

Digitized by Google

las cosas a través de una vanidad nacional mal fundada. Creía que el valor y los arrestos heróicos bastaban para imponer el respeto a la malquerencia de los vecinos, y daba poca importancia a las fuerzas organizadoras y económicas de la nacionalidad. Parece que la imprevisión era pecado capital de todos los gobiernos que sucedieron a Castilla, quien, en un arranque profético, había advertido ya: «Si Chile compra un buque, el Perú debe comprar dos», dando a entender con esto dos cosas: cuál era el enemigo que debíamos temer y por qué lado estaba el peligro, por el mar.

Pero no se le tomó en cuenta, y mientras se perdía el tiempo en la lucha de intereses internos generalmente egoístas, se hacía caso omiso del peligro exterior que amenazaba de muerte a la república. Y efectivamente, tal peligro existía, incubábase en la sombra, era lactado por la vieja ambición, robustecíase, armábase, y sólo esperaba un momento oportuno para dar un feroz zarpazo en las carnes vivas de nuestra nacionalidad. Los hechos más tarde así lo comprobaron.

Nuestro poder militar por estos descuidados tiempos era, no sólo relativamente sino en sí mismo, muy débil y escaso.

La marina y el ejército, los dos brazos de la defensa nacional, estaban exangües, sin nervios ni vitalidad.

Nuestra extensa costa no presentaba sino un solo puerto artillado, el Callao, cuyos cañones no alcanzaban a proteger sino un radio de pocos kilómetros. Estos cañones, en número de 53 y de distintos sistemas y calibres, desde 32 hasta 500 libras, estaban desmontados. Las municiones existentes no llegaban a 1800 tiros.

El resto de la gran costa estaba defendido únicamente por la escuadra.

La Marina peruana se componía de dos blindados, *Huáscar* e *Independencia,* las corbetas *Unión* y *Pilco-*

Digitized by Google

mayo y los monitores *Manco Cápac* y *Atahualpa*. De éstos, sólo los cuatro primeros podían considerarse como fuerzas efectivas de combate y los demás como auxiliares.

El *Huáscar* y la *Independencia* tenían un blindaje de 4½ pulgadas y una velocidad de 11 a 12 millas por hora.

El primero tenía dos cañones de 300 libras y la segunda dos de 150 libras. La tripulación del *Huáscar* era de 120 hombres y la de la *Independencia* de 100.

Los proyectiles eran escasos.

Todos los buques estaban en mal estado y necesitaban muchas reparaciones para poder entrar en campaña. Las tripulaciones no estaban adiestradas, sobre todo en el ejercicio de tiro.

Por este tiempo el efectivo del Ejército era de 5000 hombres, con 3000 infantes, 1000 jinetes y 1000 artilleros.

La infantería estaba formada de los batallones *Pichincha N° 1, Zepita N° 2, Ayacucho N° 3, Callao N° 4, Cuzco N° 5, Puno N° 6* y *Cazadores N° 7*, constando cada uno de 450 hombres por término medio.

La caballería se componía de los regimientos *Húsares de Junín, Lanceros de Torata* y *Guías*, con 200 a 500 hombres cada uno.

La artillería constituíanla el regimiento *Artillería de Campaña* y el regimiento *Dos de Mayo*, con mil hombres en todo.

El armamento de la infantería consistía en fusiles de distinto sistema y calibre, entre los cuales abundaban los «peruanos» (2430), los Chassepot (600) y los Minie (2000), con un total de un millón de tiros de bala.

La caballería usaba sables y carabinas Spencer y Winchester. Los caballos eran chicos y poco adiestrados.

Los batallones y regimientos estaban en diferentes puntos: en Cuzco estaba el *Zepita N°2* y en Ayacucho

Digitized by Google

el *2 de Mayo;* los restantes encontrábanse en Lima y Chorrillos.

Fuera del ejército llamado de línea, había la *Guardia Nacional,* o sea los ciudadanos aptos para tomar las armas, que se componía entonces de unos 60.000 hombres, pero que hacía más de cuatro años que no habían sido llamados para ejercicios.

Estado económico, político y militar de Bolivia.

Bolivia tuvo que sufrir, como todos los estados sudamericanos, las consecuencias de su mala organización administrativa y política. El atraso de sus industrias y la carencia de vías de comunicación, no le habían dado un puesto respetable entre los demás pueblos. Sus pocos aunque buenos productos eran exportados sobre todo por los puertos peruanos de Arica y Mollendo. Sus ingresos fiscales eran escasos y apenas bastaban para cubrir los gastos más indispensables del presupuesto.

Las continuas revoluciones que la habían ensangrentado, fueron otras tantas causas que detenían su progreso. Una de las más funestas fué sin duda la que llevó al poder a Melgarejo, en cuya época se firmó el tratado que dió a Chile un grado de territorio en el rico desierto de Atacama y que más tarde fué uno de los más poderosos pretextos de la guerra con Chile. El gobierno de Daza cometió también errores y despropósitos grandes, como se verá después.

Bolivia no tenía buque de guerra alguno.

Por esta época, su ejército no era superior a 2000 hombres de las tres armas juntas, los cuales se encontraban esparcidos en diferentes puntos del territorio.

La infantería se componía de tres batallones: el Nº 1 *(Colorados),* el Nº 2 y el Nº 3.

Digitized by Google

La caballería tenía dos escuadrones: el de *Húsares* y el de *Coraceros*.

La artillería constaba de un batallón.

El armamento de la infantería consistía en fusiles Remington, los *Colorados*, y fusiles de fulminante los demás.

La caballería usaba la carabina Remington.

La artillería contaba con dos cañones de 3 libras y con 4 ametralladoras.

La *Guardia Nacional* se calculaba en 54.000 hombres.

En cuanto al personal, la mayor parte de los soldados eran indígenas, sin ninguna o poca instrucción militar.

No obstante la pequeñez de este ejército, su movilidad se hacía sumamente difícil por las enormes distancias que debía recorrer y por la falta absoluta de medios de transporte.

Así, pues, resumiendo, las fuerzas que los aliados del 79 podían oponer a su enemigo, eran en todo 7000 soldados, mal armados y mal organizados y una marina diminuta para defender un litoral de más de 400 leguas.

Estado económico, político y militar de Chile.

La población de Chile en la época de la guerra ascendía a más de 2 millones de habitantes, raza mestiza de gran homogeneidad.

Sus industrias más importantes eran la agricultura y la minería, siendo el trigo y el cobre los artículos principales de su comercio de exportación.

Su deuda externa e interna ascendía a más de 10 millones de libras esterlinas. Su presupuesto era escaso para satisfacer los gastos de la administración pública y el pago de los intereses de sus deudas. De los 3 millones a que ascendían sus ingresos, una tercera parte los empleaba en el pago de intereses.

Digitized by Google

Estaba gobernado por una vieja oligarquía que dominaba y explotaba al pueblo con dureza.

Parece que en la mente de sus gobernantes hubiera primado siempre la idea de la conquista, razón por la cual desde muchos años antes de que estallara el conflicto del Pacífico, había venido Chile robusteciendo con solicitud alarmante su poderío naval y militar.

La marina chilena se componía, al estallar la guerra, de las siguientes embarcaciones:
Blindados: *Cochrane* y *Blanco;*
Corbetas: *Esmeralda, Abtao, O'Higgins* y *Chacabuco;*
Cañoneras: *Magallanes* y *Covadonga.*

Los dos blindados tenían 6 cañones, cada uno de 250 libras, un blindaje de 9 pulgadas y un andar de 10 millas por hora.

La *Magallanes* tenía 1 cañón de 150, y 3 de 70 libras.

La *Chacabuco,* 2 cañones de 150, y 7 de 70 y 40 libras.

La *O'Higgins,* 2 cañones de 150, y 7 de 70 y 40 libras.

La *Esmeralda,* 12 cañones de 68 libras.

El *Abtao,* 3 cañones de 115 libras.

La *Covadonga,* 2 cañones de 150 libras.

Los blindados eran buques recientemente construídos, de doble hélice, con mil caballos de fuerza y con todos los adelantos de la época.

En cuanto al ejército, componíase en época de paz de 4000 hombres perfectamente organizados, armados y ejercitados en el servicio de campaña. Al estallar el conflicto, elevóse rápidamente a 13.000 hombres de las tres armas en excelentes condiciones. Chile tenía además su numerosa Guardia Nacional. El armamento de la infantería consistía principalmente en fusiles Comblain con bayonetas. El de la caballería, en carabinas Winchester y Spencer y sables. La artillería

Digitized by Google

tenía cañones de campaña y de montaña, sistema Krupp.

Chile poseía 13.000 fusiles Comblain y 3 millones de cartuchos, aparte de los varios miles de otros sistemas, como los Minie, Gras, Beaumont y Kropatschek, con sus respectivas dotaciones de municiones. Pero todos estos sistemas estaban unificados en cuanto al calibre, de modo que puede decirse que había uniformidad completa en el armamento.

La tropa estaba formada por fornidos y expertos individuos de los campos y las ciudades, mestizos de español e indio en su totalidad, ofreciendo así completa homogeneidad étnica. La oficialidad era perita y valerosa, y contaba con muchos técnicos extranjeros.

Si a todo esto se agrega el innato prurito de aventuras y conquistas del soldado chileno, se verá la ventajosa diferencia que le hacía superior al ejército aliado, a cuya inferioridad contribuían, aparte de la variedad étnica, su poca preparación militar, el mal armamento, la escasez de municiones, el servicio administrativo pésimo o nulo y la rivalidad continua entre los altos jefes, la cual debilitaba su eficaz actuación. Todo esto era conocido por los chilenos, políticos y militares, quienes marcharon confiadamente por el camino de sus conquistas, largo tiempo meditadas y preparadas.

Digitized by Google

LA CAMPAÑA DEL SUR

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CAMPAÑA DEL SUR

‹1879–80›

Mi marcha del Cuzco a Iquique.

Cuando Chile promovió la guerra al Perú, me encontraba en la ciudad del Cuzco, a la cabeza del batallón *Zepita,* desempeñando al mismo tiempo el cargo de prefecto y comandante general del departamento. En estas circunstancias, recibí orden del Gobierno para aumentar las plazas de mi batallón en el mayor número que fuera posible y ponerme en marcha hacia el puerto de Mollendo, dejando la prefectura del Cuzco al coronel Luna y poniendo una compañía del *Zepita* a sus órdenes, la cual debía servir de base a la formación de otro cuerpo.

Llegado que hube a Mollendo, recibí orden de unirme al batallón *2 de Mayo,* que mandaba el coronel Manuel Suárez, y constituir con ese batallón y el mío la 2ª división, cuyo jefe era el coronel Belisario Suárez.

De Mollendo emprendimos viaje por mar a Iquique sin contratiempo alguno; y en este puerto encontramos a la 1ª división del coronel Velarde. Con estas tropas se organizó el primer Ejército del Sur, cuyo mando tomó el general Buendía, pasando a ser Jefe del Estado Mayor el coronel Belisario Suárez y yo comandante general de la 2ª división.

Poco después se me ordenó que me constituyera en el lugar denominado Alto del Molle, punto destinado

Digitized by Google

al depósito de víveres y al hospital militar, con la misión de vigilar la costa por el lado Sur de Iquique. A los tres días de mi llegada a ese sitio — 5 de abril de 1879 — apareció la escuadra chilena y dió comienzo al bloqueo del puerto. Desde entonces vime obligado a establecer un servicio de avanzadas hacia las caletas cercanas, para vigilarlas.

Combate naval de Iquique.

La escuadra chilena permaneció frente a Iquique hasta el 16 de mayo, fecha en que abandonó la rada, tomando rumbo al Norte y dejando únicamente a la *Esmeralda* y la *Covadonga,* para sostener el bloqueo. Pocos días después, el 21 de mayo por la mañana, vi desde las alturas del Molle aparecer por el lado Norte los blindados peruanos *Huáscar* e *Independencia.* La *Esmeralda* se encontraba fondeada en la bahía, y la *Covadonga* fuera de ella, en acecho de los buques enemigos.

Tan luego como los buques chilenos se dieron cuenta de la presencia de las naves peruanas, pusiéronse en movimiento. La *Covadonga* se acercó a la bahía para prevenir sin duda a la *Esmeralda,* y después ambas salieron fuera para observar, emprendiendo en seguida una rápida marcha de regreso hacia la playa. El *Huáscar* y la *Independencia* avanzaban entre tanto con dirección a los buques chilenos, y los pobladores de Iquique acudían a la playa para presenciar el combate. Mientras el *Huáscar* se dirigía contra la *Esmeralda,* la *Covadonga* se acercaba a tierra perseguida por la *Independencia* y emprendía por fin rumbo al Sur.

El combate entre el *Huáscar* y la *Esmeralda* fué porfiado y tenaz y duraba ya una hora larga, cuando una batería de la artillería de tierra obligó al buque chileno a cambiar de sitio, alejándose de la playa. En esta posición, el *Huáscar* embistió contra

Digitized by Google

la *Esmeralda,* sin conseguir echarla a pique, entablándose con la aproximación, el fuego de fusilería entre las tripulaciones. Más tarde, después de dos embestidas, logró el *Huáscar* hundir a la nave enemiga.

En los momentos en que el *Huáscar* echaba a pique a la *Esmeralda,* la *Covadonga* se deslizaba a lo largo de la playa, cercana a mi campamento, perseguida por la *Independencia.* Entonces ordené a mis tropas que hostilizaran al buque chileno con descargas cerradas de fusilería, lamentando no contar con algunos cañones para prestar una eficaz ayuda a la *Independencia* y contribuir así quizás a la destrucción del barco enemigo.

La *Covadonga,* contando con su pequeño calado, huía costeando. Así cruzó la punta del Molle, y se encontraba ya cerca de la Punta Gruesa, cuando la *Independencia,* dando toda fuerza a su máquina, trató de embestirla a muy corta distancia, por la popa. La *Covadonga* pasó la punta, sobre un promontorio, sin sufrir nada en su casco, en tanto que la *Independencia,* de mayor calado, chocando contra un arrecife, quedó encallada. La *Covadonga,* al darse cuenta de lo que sucedía a su enemigo, volvió rumbo al Norte, y colocándose a la altura de la *Independencia,* descargaba sobre ella recias andanadas de proyectiles. La *Independencia* contestó con algunos tiros de sus cañones medio sumergidos, sin tocar la nave enemiga. En este trance, los marineros de la *Independencia* comenzaron a arrojarse al agua para salvarse a nado, y al mismo tiempo se descolgaban botes, para el resto de la tripulación. La *Covadonga* comenzó a hacer fuego nutrido sobre los náufragos, a los que protegía yo con descargas, desde las playas próximas, logrando salvar a gran número de ellos. Mandé en seguida que fueran trasladados a mi campamento, y les proporcioné los auxilios del caso, dándoles después algún dinero, vestidos y hasta caballos, para su

Digitized by Google

viaje a Iquique. Entre los náufragos se encontraba mi cuñado, el doctor Dianderas, médico del buque, que salió semidesnudo, con sólo el pantalón.

Por otro lado, inmediatamente que se inició el naufragio mandé avisar a Iquique, dando razón de lo ocurrido, para que viniera el *Huáscar* en auxilio. Cuando el buque chileno divisó a nuestra nave, dióse inmediatamente a la fuga, cesando así en la infame tarea de asesinar a los náufragos. El comandante Grau trató de inquirir el estado en que había quedado la *Independencia,* a fin de ver si podía sacarla a flote, y en esta tarea demoró algún tiempo. La *Covadonga* huía mientras tanto a toda máquina, aumentando la distancia que la separaba del *Huáscar*. Viendo Grau la inutilidad de sus esfuerzos para desencallar la nave, y después de haber salvado a los últimos náufragos y trasladado a bordo al capitán Moore y al resto de los tripulantes de la *Independencia,* reanudó la persecución de la *Covadonga*. No pudiendo ya darle caza, regresó a Iquique el mismo día por la noche, y allí permaneció hasta el 24 del mismo mes, en que emprendió rumbo al Sur. De esta manera quedó temporalmente suspendido el bloqueo chileno en Iquique.

Organización del Ejército en Iquique.

Mientras tanto, iban llegando a Iquique otras divisiones peruanas y bolivianas, que venían a engrosar el ejército aliado.

El Presidente, general Prado, que se encontraba en Arica, trasladóse a Iquique y vino en seguida a visitar mi campamento y las caletas donde hacía el servicio. Inquirió todo lo relativo al estado de ánimo de las tropas, el rancho que les daba y el servicio que hacían, y regresó a Iquique, tomando en cuenta las indicaciones que sobre la organización del ejército me permití hacerle.

Digitized by Google

Permanecían en Iquique varios generales sin mando de tropa, cuyas continuas rivalidades causaban la desmoralización en el ejército. El Presidente Prado dióles destino a cada uno de ellos, nombrando a Bustamante comandante general de las tropas de vanguardia, a La Cotera comandante en jefe de las tropas estacionadas en Pozo Almonte, al general Lavalle prefecto del departamento de Tarapacá, y al general Beingolea lo envió de comisión a Lima.

Con estas medidas se regularizó el servicio en Iquique.

Entretanto, los buques chilenos volvían a bloquearlo, y nuestro ejército se mantenía en expectativa para evitar el desembarco.

Término de la campaña naval. — Concentración del Ejército en Tarapacá.

Después del combate de Iquique, sólo nos quedó el *Huáscar* como la única unidad apreciable que podíamos oponer a la escuadra enemiga. En esta época, el *Huáscar* redobló su actividad y realizó numerosas expediciones, transportando armas y víveres, custodiando los transportes y haciendo frecuentes excursiones a la costa chilena. Esta campaña del *Huáscar* duró cerca de cinco meses, hasta el 8 de octubre, en que fué capturado por la escuadra enemiga en Punta Angamos, después de un desigual y enconado combate con toda la escuadra chilena, y en el cual sucumbieron heroicamente desde Grau hasta el último comandante de la nave peruana. Con la captura del *Huáscar* estaba destruído nuestro poder naval, y por consiguiente nuestras costas quedaron desde entonces a merced del enemigo.

Durante la campaña naval, organizábase el Ejército del Sur y disponía sus órdenes de batalla con toda la celeridad que exigían las circunstancias. Vinieron

Digitized by Google

de Tacna las divisiones bolivianas *Villamil* y *Villegas*, aumentando nuestras filas y dando así constitución al ejército aliado. La división *Villegas*, que al principio ocupó Pisagua, fué trasladada más tarde a la Noria. La división *Villamil* reemplazó a aquélla en Pisagua, extendiéndose hasta el término del ferrocarril en Santa Catalina.

Las fuerzas peruanas ocupaban Iquique, el Alto del Molle y la Noria. Para la vigilancia se dividió la costa en sectores, en cada uno de los cuales se establecieron destacamentos de observación. Después del combate de Angamos, las fuerzas aliadas en Tarapacá llegaban a 10.000 hombres. Además de estas fuerzas, existían en Arica y Tacna cerca de 5000 hombres a las órdenes de los presidentes Prado y Daza, que se encontraban allí.

Los chilenos desembarcan en Pisagua.

Con la captura del *Huáscar*, el 8 de octubre, quedaron los chilenos dueños del mar y pensaron desembarcar su ejército en uno de los puertos de Tarapacá probablemente. A fines de octubre, el 28, toda la escuadra chilena y numerosos transportes, formando un total de 19 buques, emprendieron de Antofagasta rumbo al Norte, conduciendo un ejército de 13.000 hombres. El 2 de noviembre se presentó el convoy en la rada de Pisagua, y desde muy temprano sus buques de guerra comenzaron el bombardeo de la población y el ataque contra la pequeña guarnición que la defendía.

El sector de Pisagua estaba defendido por la división boliviana *Villamil*, cuyas tropas se encontraban distribuídas a lo largo de la línea férrea y parte de ellas en Mejillones, a seis leguas al Sur de Pisagua. Existían además cosa de 200 soldados peruanos a las

Digitized by Google

órdenes del comandante Recavarren, que tenía a su cargo las ligeras fortificaciones construídas al Norte y Sur de la bahía.

Cuando se presentaron las naves chilenas, bajaron del Hospicio, donde tenían su campamento, los batallones bolivianos *Victoria* e *Independencia,* que, unidos a los artilleros peruanos, se opusieron al desembarque del enemigo, ofreciéndole una valiente resistencia.

Dos días antes del ataque chileno había ido a Pisagua el general Buendía, con objeto de inspeccionar los fuertes y las tropas establecidas allí, encontrándose así en el combate ocasionalmente.

Después de una porfiada lucha de ocho horas, dominados los defensores por la artillería de los buques, y después de haber rechazado varias veces a las tropas de desembarco, cedieron al fin y se batieron en retirada, siguiendo la línea del ferrocarril que asciende en zigzag hacia el interior.

Dueños los chilenos de Pisagua, procedieron al desembarque de su material de guerra y sus tropas, sin inconveniente posterior, y se posesionaron del puerto y del ferrocarril que va desde Pisagua a Dolores.

De Pozo Almonte a San Francisco.

El general Buendía ordenó la reconcentración del ejército aliado en la región Noria — Pozo Almonte, dejando la división Ríos en Iquique para resguardar la plaza. Mientras se llevaba a cabo tal reconcentración, envió un pelotón de caballería al mando del comandante Sepúlveda, para explorar en dirección de Dolores. Pero el 6 de noviembre, a las cuatro de la tarde, fué sorprendido Sepúlveda y destrozado en Germania por un destacamento chileno que también venía en reconocimiento hacia el Sur. La sorpresa nos costó la pérdida de Sepúlveda y de todo el pelotón que mandaba. Este

Digitized by Google

desgraciado encuentro nos permitió, sin embargo, conocer que la caballería chilena ocupaba ya las cercanías de Agua Santa.

Más tarde se supo que considerable número de tropas enemigas ocupaba Dolores, y recibióse orden del Supremo Director de la Guerra, que se encontraba en Arica, de emprender la marcha contra el enemigo en combinación con las fuerzas del general Daza, que debían acampar en Tana, cerca de Camarones.

Puestos de acuerdo los jefes peruanos y bolivianos sobre la ruta que debía seguirse, decidióse la marcha sobre el enemigo el 16 de noviembre. Al salir de Pozo Almonte, el general boliviano Villamil y yo nos estrechamos la mano de aliados y amigos, prometiéndonos volver a estrechárnosla, vencedores, después del ataque. La primera noche recorrimos cuatro leguas del árido desierto que separa Pozo Almonte de Dolores. El 17 seguimos la marcha durante la mañana hasta Pozo Ramírez, y por la noche de este mismo día avanzamos hasta Negreiros, adonde llegamos al amanecer del día 18. Aquí permanecimos durante el día, y por la noche continuamos el camino hasta un caserío, en donde se hizo alto a las doce y se reunieron los jefes aliados para concertarse la forma de avance hacia Dolores. En este lugar, y con motivo de la ruta que se debía seguir, promovióse una acalorada discusión entre los jefes, en la cual se exaltaron los ánimos, y poco faltó para que se dieran de sablazos. El comandante Rubín de Celis, ayudante del general Buendía, vino entonces a noticiarme lo que pasaba y decirme que fuera yo a apaciguar a los jefes, lo cual quizás conseguiría dada la consideración y aprecio que me guardaban. Contestéle a Rubín de Celis que no podía separarme de mi división, y díjele que fuera donde el coronel Manuel Suárez, cuya intervención sería muy a propósito para conseguir tal objeto. El coronel Suárez, efectivamente, logró que los jefes se pusieran de

Digitized by Google

acuerdo. La marcha se continuó entonces, pero ya no directamente a Dolores, sino doblando un poco al Noroeste, con objeto de encubrir el movimiento al enemigo, mediante las lomas que existían por ese lado. Asimismo dispúsose que el orden de marcha fuera el de combate, y avanzóse en tres escalones. El primero, mandado por el coronel Bustamante; el segundo, por el coronel Suárez, y el tercero por mí. Seguía a continuación la columna de tren formada por carretas y acémilas, llevando las municiones y el bagaje. El General en Jefe marchaba tras el primer escalón. En esta disposición marchamos durante toda la noche del 18, y al amanecer del 19 entrábamos en el gran llano de San Francisco.

El desastre de San Francisco, 19 de noviembre de 1879 (Croquis núm. 1.)

Al entrar en el llano de San Francisco, divisamos el cerro del mismo nombre, cuya cima se encontraba ocupada por el enemigo. El entusiasmo de nuestras tropas fué grande, y se hizo un ligero alto para tomar los preparativos del combate. Una vez verificado el despliegue con las divisiones Bustamante, Dávila y la división boliviana Villegas a la derecha, la de Velarde y Villamil a la izquierda, y formando la reserva el escalón que yo mandaba, rompióse la marcha de avance con la resolución de atacar al enemigo en sus propias posiciones. A pesar de las fatigas de la marcha nocturna que acabábamos de realizar, nuestros batallones avanzaron briosamente en dirección del enemigo, y nos encontrábamos ya en media pampa, cuando se mandó hacer alto y luego descansar y formar pabellones.

Mientras permanecíamos en tal situación, vimos que se reforzaban las fuerzas chilenas con trenes cargados de tropas que llegaban de rato en rato, pues a

Digitized by Google

nuestra entrada al llano notamos que aun no había mucha tropa enemiga ocupando el cerro. Y si inmediatamente después de practicado el despliegue hubiésemos emprendido el ataque, seguramente habría sido nuestro el triunfo, porque hubiéramos atacado al enemigo con superioridad de fuerzas, pudiendo aislarlo de su base de operaciones y aprovechar al mismo tiempo el efecto moral que sin duda les causó nuestra superioridad numérica y nuestro decidido avance de las primeras horas.

Pero este alto intempestivo en medio de la pampa nos hizo perder todas estas ventajas. Estacionados allí bajo los rigores de un sol abrasador, sin agua para calmar la sed y el cansancio de la marcha, no se consiguió sino que el desaliento invadiera el ánimo de nuestras tropas. Los jefes nos mirábamos estupefactos, no explicándonos el por qué de esta decisión del mando, que censuraban duramente la mayor parte de los jefes, especialmente los bolivianos. Díjose que obedecía a que se esperaba al general Daza, que venía trayendo un fuerte refuerzo de Arica. Poco después se propagaba velozmente en las filas la desagradable noticia de que Daza no venía, produciendo el consiguiente efecto desmoralizador en las tropas.

Eran poco más o menos las tres de la tarde, cuando se me presentó un ayudante del Jefe del Estado Mayor, trasmitiéndome la orden de que se había dispuesto atacar al enemigo y que avanzara con mi división. Efectivamente, vi que se ponía en movimiento todo el ejército, y avancé con mis tropas hasta colocarme a la distancia conveniente en la pampa hacia el Sur del cerro, donde hice alto esperando las últimas ordenes. No pasó mucho tiempo de esto, cuando se dirigió hacia mí el Jefe del Estado Mayor, coronel Suárez, para decirme: «Felizmente he conseguido que se suspenda el ataque, postergándolo para mañana a primera hora».

En vista de esta disposición, retiré mi división al

Digitized by Google

lugar que antes ocupaba, y ordené que se procediera inmediatamente a preparar el rancho, y que fueran las tropas por compañías a tomar agua y llenar sus cantimploras en el pozo cercano del Porvenir, pues no habían almorzado aún y estaban sedientas. Una vez que mi división se encontraba en el sitio que se le había designado, ví que las demás divisiones retrocedían también a ocupar sus primitivos emplazamientos. En seguida, y por orden del coronel Suárez, mandé la 6ª compañía, cazadores, del *Zepita,* para que, en unión de otra boliviana, fuera a resguardar la aguada del Porvenir, situada inmediatamente al Sur del cerro. Todas estas marchas y contramarchas, efectuadas en presencia y a tiro de cañón del enemigo, parece que lo tenían perplejo, encerrándolo en la más completa inactividad, pues no se le notó actitud agresiva alguna.

Después de dar las órdenes convenientes a los jefes de batallón, alejéme de mis tropas dirigiéndome hacia el sitio donde se encontraba el Jefe del Estado Mayor. En el trayecto encontré al coronel Velarde, que llevaba la misma dirección, y ambos continuamos la marcha, lamentando que se hubiera dejado pasar la ocasión más oportuna para embestir al enemigo, por la mañana, antes de que fuera completamente reforzado.

Llegado que hubimos a la presencia del Jefe del Estado Mayor, encontramos a éste rodeado de varios jefes bolivianos que censuraban en alta voz las medidas dictadas por él y por el General en Jefe. Al verme, Suárez se dirigió a mí y me dijo: «Vea Ud. lo que pasa y si así podremos triunfar.»

Esperando que los ánimos se calmaran, resolvimos continuar nuestra marcha hacia el cerro y acercarnos lo más que fuera posible para observar las posiciones enemigas, y fuimos hasta muy corta distancia del pie del cerro. Allí nos encontrábamos, cuando llegó el coronel Dávila, sin duda con el mismo objeto, y co-

Digitized by Google

menzó a desatarse en improperios contra el General en Jefe y el Jefe del Estado Mayor. Entre Velarde y yo le hicimos ver amistosamente que no convenía seguir el ejemplo de los jefes bolivianos, desmoralizando al ejército. A lo cual replicó Dávila: «Con estos inútiles que nos mandan, bien pueden llevarnos los diablos.» Este jefe, díscolo de carácter, andaba siempre en pugna con el coronel Suárez, desprestigiándolo y haciéndole perder su reputación en el ejército, teniendo yo muchas veces que llamarle al orden y contenerlo en sus ultrajes al Jefe del Estado Mayor, pues el coronel Suárez era un jefe activo, organizador y esforzado en el cumplimiento de su deber.

En estas circunstancias, vimos que el general Buendía avanzaba escoltado por dos escuadrones y seguido de algunos batallones bolivianos, en actitud, al parecer, de ataque contra las posiciones enemigas. Observábamos este aparatoso movimiento de tropas, cuando del grupo de soldados que se encontraban en la aguada del Porvenir y que se disputaban un chorro de agua dándose de empujones, partió un tiro de fusil procedente sin duda del choque de alguna arma, pues no era presumible que hubiera sido disparado intencionalmente.

Inmediatamente la artillería chilena de la parte Sur del cerro disparó uno de sus cañones contra esos soldados, sin hacer daño alguno. Entonces, esas dos compañías, provocadas de esta manera, se lanzaron paso al trote contra los chilenos, y comenzaron a escalar el cerro rivalizando los peruanos con los bolivianos. El comandante Espinar, que pertenecía a la ambulancia y que en esos momentos se hallaba a caballo, cerca de la aguada, provocando a los chilenos, se puso a subir el cerro a la cabeza de las compañías, señalando a grandes voces los cañones enemigos como el objetivo de ataque. Empeñada así la lucha de manera intempestiva, nos dirigimos inmediatamente a po-

Digitized by Google

nernos a la cabeza de nuestras divisiones, iniciando luego el avance contra las posiciones del chileno y amagándolas ya de cerca, tanto por el frente, o sea el Sudoeste, como por el lado del ferrocarril. En estos momentos, los batallones bolivianos que venían con el general Buendía comenzaron a disparar, causando grave daño a las tropas aliadas que combatían en el cerro, y todo cuanto se hizo por ordenarlas fué en vano; por el contrario, el desorden que causaron fué mayor, y por último se dispersaron, disparando a discreción, dando gritos de «¡a Oruro!» y pidiendo el pre que se les adeudaba. La confusión producida fué enorme, extendiéndose por todo el campo y dando por resultado la deserción en masa de todas las tropas bolivianas, en cuya avalancha se vieron arrastradas algunas tropas peruanas, y, lo que es peor, hasta algunos jefes.

Yo moví mi división, que por el hecho de constituir la reserva había permanecido en su puesto, hacia el foco del trastorno producido por los bolivianos y con el fin de apoyar a los batallones que combatían en el espolón Sur del cerro. El coronel Suárez, que observó mi movimiento, galopó a mi encuentro y se detuvo diciéndome: «Salve Ud. su división para que no sea envuelta en este desorden, como las otras», y me ordenó colocarme junto a nuestra artillería, orden que cumplí no muy de grado, pues mi deseo era avanzar contra las posiciones enemigas.

Mientras tanto, las compañías que escalaban el cerro y comprometieron el ataque prematuramente, retrocedían por la falda del espolón, combatiendo cuerpo a cuerpo con los chilenos, que, ya enormemente reforzados, se lanzaron al contraataque defendiendo sus cañones. Nuestros valientes soldados intentaron repetidas veces apoderarse de las piezas enemigas, logrando poner las manos en ellas, pero el denso fuego de la fusilería les

Digitized by Google

obligó a retroceder, ocasionándoles muchas bajas, contándose entre ellas el bravo comandante Espinar.

Así, pues, el combate de San Francisco se redujo a este episodio en la extremidad Sur del cerro, terminado el cual y desaparecidas por completo del campo las tropas bolivianas, cesaron los fuegos. En el campo no quedaban sino tropas peruanas, aunque ya no completas. Las divisiones de los coroneles Dávila y Velarde, no obstante haber sido envueltas en la desorganización y el desorden que introdujeron las tropas bolivianas, pudieron rehacerse y volver al orden, con pequeñas bajas.

A eso de las cinco de la tarde, y cuando ya todo había concluido y el desastre estaba consumado, se me aproximó el coronel Suárez profundamente contrariado por lo sucedido; y habiéndole dicho que tomara el escuadrón de caballería para reunir a los dispersos, contestóme que el escuadrón con sus jefes había abandonado el campo, que la división *Vanguardia* se había dispersado y que también el General en Jefe había desaparecido. «Esto es inconcebible» añadió, «pues esas tropas se han dispersado sin ser atacadas; como Ud. ve, los chilenos no han hecho sino defenderse, rechazando el ataque a sus posiciones, y han continuado tranquilos en la altura, sin tomar actitud ofensiva alguna».

Efectivamente, la acción de San Francisco fué un triunfo obsequiado por los aliados al enemigo común, pues no hubo derrota para las armas aliadas, sino que ellas mismas causaron su desastre.

En el campo no quedaron sino las siguientes fuerzas: la 1ª división, sin su comandante general, el coronel Velarde; la 2ª división, que era la que yo mandaba; la del coronel Bolognesi; la del coronel Dávila y la artillería al mando del coronel Castañón.

En tal situación, esperábamos que los chilenos, viendo la dispersión de las tropas aliadas, bajarían de

Digitized by Google

sus posiciones para perseguirlas; pero no se dieron prisa para hacerlo, y continuaron tranquilos en ellas. Sólo a eso de las seis de la tarde descendieron como dos compañías del cerro, pero fueron contenidas inmediatamente por una compañía del *Zepita,* que mandé a su encuentro, y por algunos tiros de cañón que les hizo la artillería. Poco después, y viendo esta impasibilidad del enemigo, nos reunimos en junta los coroneles Bolognesi, Dávila, Castañón, Ferrando, Herrera, Fajardo y yo, con el Jefe del Estado Mayor General, coronel Suárez, para resolver la actitud que debíamos tomar, y, después de ligera discusión, optamos por emprender la retirada hacia Arica, por Tiliviche, aquella misma noche.

Retirada del Ejército de San Francisco a Tarapacá.

Reunidos los jefes del ejército peruano, pues los bolivianos habían tomado el camino de su país, esperamos la noche para, protegidos por las sombras, emprender la retirada hacia Arica. El orden de marcha fué el siguiente: la artillería, al mando del coronel Castañón, marchaba a la cabeza; en seguida la división del coronel Dávila; después, la del coronel Bolognesi; luego, la del coronel Velarde, al mando del coronel Herrera; y, por último, mi división, cerrando la izquierda y a la vez encargada de proteger la retirada. A las siete de la noche, poco más o menos, emprendimos la marcha por el despoblado; pero tropezóse después con el inconveniente de que el Jefe del Estado Mayor no atinaba a señalar la dirección precisa de la marcha, pues se carecía de mapa de la región y no teníamos ni siquiera brújula para orientarnos, ni había tampoco un guía experto conocedor del terreno. Felizmente, un soldado del batallón *Zepita,* llamado Durazno, que

Digitized by Google

en otro tiempo había trabajado en las salitreras, ofrecióse de guía y fué puesto a las órdenes del coronel Dávila, que iba a la cabeza. Caminamos algunas horas por los calichales siguiendo al guía, cuando noté cierto entorpecimiento en la marcha, que me impulsó a inquirir la causa que lo motivaba, y dirigíme a la derecha, donde se hallaban el Jefe del Estado Mayor y el coronel Dávila, encontrándolos perplejos ante la idea de que el guía nos hubiese conducido mal. Llamé entonces al soldado y preguntéle si estaba seguro del camino que llevaba, a lo cual me contestó que estaba atolondrado a causa de los gritos y amenazas continuas del coronel Dávila, y que, en verdad, se había desorientado. Entonces le hice ver a Dávila que todo procedía del mal trato dado al guía, sin razón para ello, y que suspendiese las amenazas, permitiendo a aquel hombre que pudiera orientarse nuevamente. En seguida volvíme a retaguardia, para continuar con mi división.

A poco de esto, ocurrió un lance que alarmó grandemente al ejército. A eso de las doce de la noche, vino de la cabeza la voz de «alto y silencio». Dirigíme hacia el Jefe del Estado Mayor para indagar lo que sucedía, y el coronel Suárez me dijo: «Parece que el enemigo nos flanquea; se siente a poca distancia un tropel.» Después de escuchar un momento y cerciorarme de que efectivamente marchaban tropas por nuestro flanco, dije a Suárez: «No es posible continuar en esta incertidumbre, sin saber si es el enemigo quien nos sigue; voy a indagarlo.» Me dirigí entonces hacia el sitio de donde partía el rumor de los pasos, y a la distancia conveniente dí la voz de «alto y quién vive», contestándoseme «Perú». Acerquéme, y encontré al batallón de los *Cabitos,* que mandaba el coronel Herrera. Esto batallón, por lo distante que estaba del que le precedía, se había extraviado y marchaba indistintamente por compañías, algunas de las cuales, ya cansadas y perdidas del resto de su batallón, habían

Digitized by Google

hecho alto y quedádose rezagadas, mientras el primer jefe continuaba su rumbo con la 1ª compañía, sin darse cuenta de lo que pasaba con las demás.

Este cuerpo extraviado de los *Cabitos* fué, pues, el que, en su confusión, tomaron los jefes que iban a la cabeza por el enemigo, y produjo tanta zozobra. Después de ordenar que ocuparan sus puestos, dirigíme al Jefe del Estado Mayor diciéndole: «Me parece conveniente que recorramos toda la columna para cerciorarnos del estado de la marcha», a lo cual accedió Suárez, y nos encaminamos juntos primero hacia la cabeza de la columna, donde marchaba la artillería. Pero nuestra sorpresa fué grande al no encontrar ningún artillero, inclusive al coronel, pues a las voces de «alto», «silencio», «el enemigo», que dieron algunos, los artilleros abandonaron los cañones, municiones y todo el atalaje y, haciendo uso de los mulos, huyeron, alejándose rápidamente del sitio donde estábamos.

Continuando la investigación en el resto de la columna, encontramos a la mayor parte de las divisiones fraccionadas en grandes grupos, a excepción de la del coronel Bolognesi y la mía, que cubrían la retaguardia y se hallaban en el mayor orden.

Era, pues, imposible en este estado continuar la marcha. La tropa estaba cansada, especialmente los cuerpos salidos de la Escuela Militar, formados de muchachos en su mayor parte, y la noche estaba completamente oscura a causa de la camanchaca. Resolvióse descansar allí y esperar a que amaneciera para reconcentrar los grupos extraviados y proseguir la marcha.

Al día siguiente, cuando se había despejado algo la niebla, procedióse a reunir a los soldados que dormían en la pampa a discreción y por grupos, envueltos en sus capotes, y notamos con sorpresa que no habíamos avanzado gran cosa y nos hallábamos no muy lejos de las posiciones del enemigo, de donde procuramos alejarnos rápidamente. Al mismo tiempo se observó que

Digitized by Google

la dirección que habíamos tomado durante la noche no correspondía a la de Tiliviche, sino a la de Tarapacá, no quedándonos otro recurso que seguir este camino. La camanchaca nos había librado, pues, de que el enemigo nos descubriera tan cerca y nos atacara en tan desventajosa situación.

Hacia las seis de la mañana reanudamos la marcha, y, después de haber caminado algo, hicimos alto en una oficina salitrera, para reunir la tropa que caminaba desperdigada, y ordenar la columna. Luego continuamos la marcha bajo los rigores de un sol canicular hasta una pequeña aguada, denominada Curaña, donde la tropa pudo descansar un poco y refrescarse, experimentando con esto gran alivio, pues los rigores de la sed fueron tales durante la marcha por el desierto, que los soldados desesperados tuvieron que meterse en la boca piedrecitas o una bala de plomo, por consejo mío, para humedecerla y mitigar un tanto así la sed, provocando la secreción de la saliva. Por casualidad llevaba yo un limón en el bolsillo, y tomando rebanadas muy delgadas se las daba a algunos muchachos de la banda de guerra del *Zepita,* que se ahogaban materialmente de sed. Algunos se vieron tan acosados por ésta, que llegaron a beber hasta orines.

En Curaña encontramos algunas cabras, que los soldados, hambrientos como estaban, degollaron, aparejándose con ellas un buen rancho. De este sitio el coronel Suárez envió un propio a Tarapacá avisando la próxima llegada del ejército.

Batalla de Tarapacá, 27 de noviembre de 1879.

(Croquis núms. 2, 3, 4 y 5.)

Después de atravesar la pampa del Tamarugal, sufriendo toda clase de contratiempos, llegamos a Tarapacá en la tarde del 22 de noviembre, donde gra-

Digitized by Google

cias a la actividad del coronel Suárez se pudo proporcionar a nuestras tropas el alojamiento y rancho de que tan necesitadas se hallaban. Allí encontramos al general Buendía con varios jefes, que, abandonando el campo de San Francisco, se habían retirado con anticipación. El Jefe del Estado Mayor envió orden, ese mismo día, a la división Ríos, que había quedado aislada en Iquique, para que se trasladara inmediatamente a Tarapacá.

Tarapacá es, como se sabe, una pequeña población situada al interior del puerto de Pisagua, del cual lo separa el desierto salitrero del Tamarugal. Se encuentra en el fondo de una quebrada, cuya vegetación se alimenta por el riachuelo que la atraviesa de Norte a Sur. Existen, además, en la misma quebrada los pueblecitos de Pachica y Quillahuasa, al Norte de Tarapacá, y los de San Lorenzo y Huaraciña, al Sur.

Como la población no diera abasto para el alojamiento de todas nuestras tropas, se acordó el 25 mandar las divisiones *Vanguardia* del coronel Dávila y 1ª del coronel Herrera, al pueblecito de Pachica, distante doce kilómetros, dejando en Tarapacá la división exploradora del coronel Bedoya, la 3ª del coronel Bolognesi y la 2ª cuyo jefe era yo. A estas fuerzas se unieron el 26 por la tarde las del coronel Ríos, que formaban la 5ª división, venida de Iquique en cumplimiento de la orden que le dió el coronel Suárez, haciendo cuatro jornadas a través de las pampas de Isluga y entrando en Tarapacá por el Sur de la quebrada.

La división Ríos se componía de ochocientas plazas, poco más o menos, y con ellas ascendían nuestras fuerzas en Tarapacá a unos 3600 hombres, distribuídos en la siguiente forma:

División Vanguardia — Jefe, coronel Dávila.

Batallón *Puno Nº 6* — Jefe, coronel Manuel Chamorro.

Digitized by Google

Batallón *Lima N° 8* — Jefe, coronel Remigio Morales Bermúdez.

Batallón *Cazadores del Cuzco N° 5* — Jefe, coronel Víctor Fajardo.

1ª división — Jefe, coronel Herrera.

Batallón *Cazadores de la Guardia N° 7* — Jefe, coronel Mariano Bustamante.

2ª división — Jefe, coronel Andrés A. Cáceres.

Batallón *Zepita* — Primer Jefe, coronel Andrés A. Cáceres; segundo Jefe, comandante Zubiaga.

Batallón *Dos de Mayo* — Jefe, coronel Manuel Suárez.

3ª división — Jefe, coronel Francisco Bolognesi.

Batallón *Ayacucho N° 2* — Jefe, coronel Agustín Moreno.

Batallón *Guardias de Arequipa* — Jefe, coronel Manuel Carrillo Ariza.

División Exploradora — Jefe, coronel Bedoya.

Batallón *Ayacucho N° 3* — Jefe, coronel Ramón Zavala.

Batallón Provisional de *Lima N° 3* — Jefe, comandante Máximo Somocurdio.

5ª división — Jefe, coronel Alfonso Ugarte.

Escuadrón *Gendarmes de Arequipa* — Jefe, mayor Pedro Espejo.

Escuadrón Castilla.

Regimiento Guías N° 3.

Columna Gendarmes de Iquique.

Columna Guardias de Iquique.

Columna Navales, comandante Meléndez.

Columna Tarapacá, coronel José Sabino Aduvire.

Columna Loa (boliviana), comandante González Flor.

Ambulancia.

Digitized by Google

Maestranza del Ejército.

Los artilleros que abandonaron los cañones en la retirada de San Francisco, formaban una columna de infantería a las órdenes del coronel Castañón. Caballería no teníamos. Los gendarmes y escuadrones que he mencionado, carecían de caballos y formaban también columnas de infantería. Nuestras fuerzas en Tarapacá estaban, pues, constituídas en su totalidad por hombres a pie.

Además, se encontraban en lamentable estado de extenuación, que muy poco mejoró con los cuatro días de descanso que allí tuvimos. Carecíamos no sólo de municiones, sino de subsistencias y vestuario, y la mayor parte de los soldados estaban descalzos, a consecuencia de las grandes marchas que se vieron obligados a hacer. Con el desastre de San Francisco y la retirada que le siguió, estaban moralmente deprimidos y físicamente agotados. Con grandes esfuerzos consiguió el Jefe del Estado Mayor algunas cabras para el rancho.

El 27 de noviembre debíamos partir para Arica, siguiendo la dirección de la quebrada. Yo tenía mi acuartelamiento en la parte occidental de la población. A eso de las ocho de la mañana de ese día me encontraba disponiendo la marcha de mi división, y los soldados se hallaban con las mochilas a la espalda tomando un ligero rancho, consistente en una ración de mote (maíz cocido) y charqui.

En esta situación se encontraba mi tropa, cuando uno de mis oficiales trájome el inesperado aviso de que las fuerzas chilenas se encontraban al borde de la quebrada, en las alturas que nos dominaban. Cerciorado de la noticia, y comprendiendo lo difícil de la situación, creí de mi deber actuar por mi cuenta sin esperar orden alguna, pues la experiencia reciente me había hecho dudar, a mí como a otros jefes, de las aptitu-

Digitized by Google

des del mando. Ordené inmediatamente que formara el batallón *Zepita,* y lo dividí en tres columnas, de dos compañías cada una, mandándoles que ganaran la altura sin abrir el fuego hasta haber llegado a la cima. La columna de la derecha, formada por la 1ª y la 2ª compañía, la mandaba el comandante Zubiaga; la del centro, 5ª y 6ª, a las órdenes del mayor Pardo Figueroa; y la de la izquierda, 3ª y 4ª, al mando del mayor Arguedas. Mandé en seguida al comandante Recavarren, Jefe de mi Estado Mayor, para que indicase al coronel Manuel Suárez, Jefe del *2 de Mayo,* distribuir sus fuerzas en la misma forma que el *Zepita* y avanzar a mi retaguardia. Mis bravos del *Zepita* y del *2 de Mayo* escalaron la empinada cuesta rápidamente, y al llegar a la cumbre mandé desplegar en guerrilla y hacer fuego rápido sobre el enemigo, que se encontraba a 150 metros de distancia. Los chilenos, formados en batalla, nos recibieron con una granizada de balas, causando numerosas bajas en nuestras filas; pero no lograron contener el empuje del *Zepita,* y comenzaron a ceder. Ordené entonces que la columna de la derecha cargase a la bayoneta contra la artillería enemiga, carga que dicha columna ejecutó brillantemente, dominando y destrozando al enemigo y apoderándose de los cuatro cañones allí emplazados. Las otras dos columnas, juntamente con el *2 de Mayo,* arrollaron a la infantería, que, después de una animada lucha, se batió en retirada y cedió el campo. El choque fué sangriento en este primer combate, y las pérdidas que experimentaron mis tropas fueron de consideración. Allí cayeron el valeroso coronel Suárez, Jefe del *2 de Mayo,* y los no menos valientes comandante Zubiaga y mayor Pardo Figueroa, jefes del *Zepita.* También mi hermano Juan cayó mortalmente herido.

Reunidos el *Zepita* y el *2 de Mayo,* emprendí la persecución de los chilenos, que se batían en retirada,

Digitized by Google

sosteniéndose aún de trecho en trecho, al abrigo de las sinuosidades del terreno, hasta el sitio donde habían descansado, a una legua más o menos de distancia, y donde se encontraron vestigios de su parada. En este mismo sitio se encontró una mula ensillada con montura de mujer, la cual probablemente pertenecía a una de las cantineras chilenas. La bestia fué tomada por uno de mis ayudantes, que, cambiándole la montura, me la ofreció para cabalgar, pues mi caballo, herido en el combate, estaba inútil. Dicho ofrecimiento fué muy de mi gusto, y la mula me prestó muy buenos servicios.

No siendo posible continuar más adelante, por el estado de fatiga en que se encontraba la tropa, resolví contramarchar para ocupar una posición favorable y no aislarme del grueso del ejército.

En estas circunstancias, se me presentó el general Buendía acompañado de su ayudante, el teniente coronel Roque Sáenz Peña, que fué después presidente de la República Argentina, y me dijo: «Aquí me tiene, mi coronel.» El general Buendía no se olvidaba de la proposición que hice acerca de él, el mismo día de nuestra llegada a Tarapacá, en la Junta de Guerra, impelido por un sincero sentimiento de deber frente al enemigo y tras el desastre de San Francisco. Contestéle que me agradaba su presencia; pero que lo que yo necesitaba eran refuerzos, porque mis tropas habían sufrido considerables bajas. Buendía me estrechó la mano asegurándome que daría órdenes para que regresaran las divisiones acantonadas en Pachica.

Durante la contramarcha vino el coronel Suárez, Jefe del Estado Mayor, quien me felicitó por el éxito inicial de la jornada, y yo solicité también de él el envío inmediato de refuerzos, manifestándole que en mi concepto tendríamos allí que continuar la lucha con los chilenos, que seguramente acudirían trayendo el grueso de sus tropas. Suárez fué de la misma opinión que yo,

Digitized by Google

y bajó inmediatamente a la quebrada. Momentos después regresó y díjome que el coronel Moreno no quería obedecerle, a lo que le repliqué: «Péguele Ud. un tiro y tómese la tropa». Suarez volvió a bajar. Entretanto, hice recoger a los heridos, entre los cuales estaba mi hermano Juan, que expiró luego en mis brazos.

Poco después, el coronel Suárez en persona conducía en mi apoyo la 5ª división Ríos. El combate había durado cosa de tres horas, habiendo sido rechazada también contemporáneamente otra columna enemiga de las tres armas que atacó Tarapacá por la quebrada, combate en el cual había tomado parte principal la 5ª división Ríos, que vino después a reforzar la mía.

No había transcurrido aún una hora de estar en mi posición de apresto cuando a eso de la una de la tarde vi, como lo presumía, aparecer de nuevo en línea al enemigo, grandemente reforzado. Ordené el avance a «paso de carga» de mis tropas a su encuentro, y comenzó un segundo combate con un violento fuego de fusilería, en el cual obligamos a retroceder a los chilenos. Pero éstos volvieron al empeño alentados por sus oficiales, que hacían prodigios de valor para contener nuestro empuje. Mis efectivos, pequeños relativamente, no permitieron sino un combate frontal en el que, sin embargo, los chilenos, obligados varias veces a perder terreno, se rehicieron otras tantas con porfiada tenacidad. Después de sucesivos empujes, llevados a cabo con brío por nuestras tropas, logramos al fin arrojarlos hasta la altura de San Lorenzo, donde, dándome la mano con las tropas que combatían en la quebrada, pude emprender un ataque envolvente por la izquierda del contrario y, arremetiendo con bravura, lograr desconcertar su orden de combate y empujarlo hacia el Sur. Eran como las cuatro y media de la tarde, y ya se había luchado más de tres horas, cuando vi aparecer por mi derecha y a retaguardia un escuadrón chileno que en esos momentos llegaba al campo de combate y que, lanzán-

Digitized by Google

dose contra mi derecha, cayó sobre los batallones *Loa* y *Navales,* que no tuvieron tiempo de «formar el cuadro», estando a punto de ser aniquilados; pero fueron protegidos oportunamente por el *Iquique,* mandado por Alfonso Ugarte, que con un nutrido fuego de fusilería detuvo al escuadrón y le obligó a volver grupas.

Esta carga de la caballería chilena permitió a su infantería rehacerse nuevamente y hacernos frente, aunque ya no con la firmeza de antes. Rechazada la carga, embestimos enérgicamente contra el chileno, que aun se resistía, haciendo un supremo esfuerzo. La acción se empeñó intensamente por corto tiempo, y al fin se decidió en nuestro favor. En estas circunstancias apareció la división Dávila, que venía de Pachica y que avanzó resueltamente, sin disparar, sobre el flanco izquierdo enemigo. Luego, a muy corta distancia, propinóle descargas cerradas de fusilería, que le hicieron vacilar, y, ante un empuje general que iniciamos en seguida, desbandóse, huyendo por las pampas de Isluga y abandonando sus dos últimos cañones, los cuales hice entregar al artillero mayor Carrera, ordenándole los empleara contra los chilenos. Nuestra persecución se detuvo cerca del cerro Minta por carecer de caballería. A las seis de la tarde emprendimos el movimiento de reconcentración sobre Tarapacá.

Así, pues, ese día obtuvieron nuestras tropas un brillante triunfo sobre los chilenos. En esta batalla tuvimos cerca de trescientos muertos y otros tantos heridos, contándose entre ellos considerable número de jefes y oficiales. Las pérdidas de los chilenos ascendieron a cerca de 800 hombres, entre muertos y heridos, y 61 prisioneros, entre los cuales hubo una cantinera.

Fué importante el número de armas que cayó en nuestro poder, inclusive toda su artillería de ocho cañones, los cuales tuvimos que enterrar en la arena,

Digitized by Google

porque, careciendo de mulas, nos era imposible llevarlos.

Esta batalla, que duró todo el día 27, agotó nuestras municiones, y habría sido muy difícil repetir la hazaña si los chilenos hubieran pretendido atacarnos nuevamente con tropas de refresco.

De Tarapacá a Arica.

Nuestro glorioso triunfo de Tarapacá, si bien contribuyó a levantar la moral de nuestras tropas y a poner a salvo el honor de la bandera, no tuvo, por desgracia, poder suficiente para modificar la situación estratégica creada en esa región con motivo del desastre de San Francisco. La condición aislada en que nos encontrábamos en el campo mismo de nuestra victoria, no fué propicia para permanecer en él más tiempo, y tuvimos que emprender la retirada en pos de la base Arica-Tacna, donde nuestra cooperación era necesaria; y allá partimos la misma noche del 27 de noviembre.

Sin elementos de transporte para llevar los cañones tomados al enemigo, como ya lo dejamos dicho, tuvimos que enterrarlos en la arena con el propósito de poderlos utilizar más tarde. Sin medios ni facilidades para conducir a los heridos, nos vimos en la penosa necesidad de dejar a gran número de ellos en Tarapacá, encomendados a los sentimientos caritativos de los pobladores. Sin municiones ni víveres, sin vestuario, y hasta sin fuerzas físicas, agobiados por el hambre y la sed y soportando toda clase de privaciones y fatigas, emprendímos la marcha por la falda de la cordillera, con la amenaza constante de ver cortada nuestra retirada por las numerosas y bien provistas fuerzas del enemigo, situado en San Francisco y Dolores. A esto había que agregar las

Digitized by Google

dificultades que se ofrecían en la marcha para el transporte de algunos heridos y el gran número de hombres, mujeres y niños que seguían al ejército, temerosos de las represalias de los chilenos por la derrota sufrida en Tarapacá. Así, pues, los pocos caballos y mulas de que disponíamos iban quedando rezagados a lo largo del camino, imposibilitados para continuar la marcha.

Durante los primeros días descuidaron los chilenos nuestra persecución; pero cuando ya estábamos cerca de la quebrada de Camarones, mandaron su caballería para interceptarnos el paso. Pero sólo llegó a Suca y de allí regresó a Tana, sin habernos dado alcance. Después del largo rodeo que dimos en nuestra retirada, en la cual empleamos como veinte días, haciendo jornadas sucesivamente en Pachica, Moche, Pacomilla, Sipisa, Jaina, Socota, Soga, Camiña, Moquella, otra vez a Camiña, Namamuta, Esquiña, Godpa, donde pasamos revista de comisario el 15 de diciembre, Chaca y Camaraca, llegamos por último a Arica el 18 de diciembre, después de haber recorrido 108 leguas. En Arica fueron despojados del mando el general Buendía y el coronel Suárez, y sometidos a juicio por orden superior.

Sucesos ocurridos durante mi permanencia en Arica.

Una vez que llegamos a Arica, supimos todo lo que había acontecido mientras nosotros marchábamos de Iquique a San Francisco y combatimos después en Tarapacá. En Arica había 5000 peruanos a las órdenes del general Prado, presidente del Perú, y en Tacna acampaban 3000 bolivianos a las órdenes de Daza, presidente de Bolivia. Mientras el primer Ejército del Sur marchaba a las órdenes de Buendía hacia San Francisco, en busca del enemigo que había

Digitized by Google

desembarcado en Pisagua, acordaron Prado y Daza en Arica que saliera el ejército boliviano para el Sur al mando del último de los jefes mencionados, con objeto de atacar a los chilenos por el Norte en combinación con el ataque de Buendía, que había de efectuarse por el Sur, debiendo tomar el mando de todo el ejército aliado el general Daza, por corresponderle tal jefatura como presidente que era de Bolivia. Este acuerdo se comunicó a Buendía por expreso, previniéndole que no comprometiera la batalla hasta la llegada de Daza.

Efectivamente, salió Daza con sus tropas de Tacna el 8 de noviembre, y después de haber permanecido tres días en Arica, partió el 11 del mismo mes para el Sur, llegando el 14 a la quebrada de Camarones. Allí permaneció dos días, y tuvo, según dicen, una conferencia con un personaje enemigo, que le hizo desistir del avance. El 16 emprendió la vuelta a Arica, con gran descontento de sus tropas, dejando al ejército de Buendía ya cerca del enemigo, posesionado de San Francisco. El mismo día del combate, el 19, llegó a nuestro campamento la noticia del regreso de Daza, y ésta fué una de las principales causas del desastre.

Daza, para exculparse, dijo en Arica que no pudo seguir adelante por la desmoralización de sus tropas; pero no hubo tal desmoralización en éstas, sino que por el contrario eran magníficas y bien disciplinadas, y su intervención en San Francisco habría sido quizas decisiva para inclinar el éxito en nuestro favor.

El general Prado permaneció en Arica mientras el Ejército del Sur se batía en Tarapacá, hasta el 26 de noviembre, día en que se embarcó, dirigiéndose al Callao y Lima, dejando el ejército al mando del contraalmirante Montero, a quien nombró jefe político y militar del Sur.

Una vez llegado a Lima, asumió Prado las funciones presidenciales el 2 de diciembre, ejerciéndolas

Digitized by Google

por algunos días. El 8 del mismo mes se dirigió al Callao y se embarcó para Panamá, dejando expedido un decreto por el cual delegaba sus poderes en el Vicepresidente general La Puerta. Esta resolución de Prado, que sin duda obedecía a razones patrióticas, fué considerada como una verdadera fuga por la gente y se exacerbaron las pasiones populares.

El 21 de diciembre pronunciόse en Lima un batallón a favor de Piérola y sostuvo un combate con las fuerzas leales, al mismo tiempo que Piérola en persona atacaba el Palacio al frente de otro batallón, sin lograr tomarlo. Por la noche se dirigió al Callao al frente de esos batallones, y se apoderó del Arsenal y del castillo, cuyas guarniciones se le rindieron, quedando así dueño de la población.

El 22 se reunieron los notables de Lima y aconsejaron al general La Puerta que abandonara el poder sin dar lugar a efusión de sangre, y dejara que se hiciera la voluntad del pueblo. La Puerta, acatando este consejo, retiróse del poder; entonces, los jefes del ejército resolvieron ponerse a las órdenes de Piérola, y el pueblo, en comicio popular, le proclamó Dictador.

El general Montero, en nombre del Ejército del Sur, reconoció al nuevo Gobierno y se dedicó a reorganizar sus fuerzas, pidiendo al Dictador los elementos necesarios.

Mientras ocurría en el Perú tal cambio de gobierno y el establecimiento de la dictadura, en Bolivia también sucedían hechos análogos.

Cuando se tuvo noticia en la Paz del desastre de San Francisco y de la conducta del presidente Daza, huyó el gobierno provisorio establecido en la República del Altiplano, dejando el poder al alcalde de la ciudad. Este convocó a los vecinos notables a una reunión, en la cual se protestó de la dictadura de Daza.

Daza supo lo ocurrido y trató a todo trance de ir con su ejército a Bolivia, abandonando la causa aliada.

Digitized by Google

Con este objeto se trasladó a Arica el 1º de enero de 1880, para proponer a Montero un plan de operaciones engañoso y que no tenía otro objeto que permitirle disimuladamente poder ir a Bolivia y tomar venganza de sus enemigos. El plan de Daza consistía en efectuar un movimiento de los dos ejércitos aliados conjuntamente, debiendo Daza ir a Bolivia y regresar después por San Pedro de Atacama, en tanto que Montero avanzaba hacia la quebrada de Camarones y Tana. Montero le contestó que estaba conforme en aceptar el plan, siempre que fuera aprobado por Piérola, a quien desde luego necesitaba consultar, enviándole al efecto un mensaje ese mismo día. Satisfecho Daza del resultado de su conferencia, disponíase a regresar a Tacna, cuando supo en la estación que su ejército le había depuesto del mando.

Efectivamente, los jefes bolivianos se reunieron en Tacna, y conocedores de los planes de Daza para abandonar la alianza con el Perú y dirigirse a Bolivia, exponiendo a su patria al desprecio y a la ruina, resolvieron deponerle. Para asegurar su plan, los jefes bolivianos hicieron salir ese día fuera de la población al batallón *Colorados,* que era muy adicto al dictador, con pretexto de que los soldados lavaran las ropas en el río Caplina, adonde fueron con sus armas, pero sin municiones.

En seguida declaró el ejército destituído a Daza y proclamó como su jefe al coronel Eleodoro Camacho, enviándose un piquete de soldados a la estación para aprehender al traidor y fusilarlo. Pero el general Montero salvó a Daza, mostrándole el telegrama en el cual se le comunicaban los hechos realizados en Tacna.

Entonces Daza se embarcó en un vapor que partía de Arica y se dirigió a Europa, terminando así la dictadura. Y cuando los *Colorados* regresaron a Tacna aquel día y supieron lo acontecido, no tuvieron

Digitized by Google

más remedio que unirse a sus compañeros y aceptar la revolución.

En estos días, precisamente, había estallado también una revolución en La Paz, proclamando presidente al general Campero. Y cuando se supo allí el movimiento de Tacna, todos se adhirieron a él y declararon, por boca de Campero, que Bolivia permanecía firme a su alianza con nuestro país.

Expedición a Ite.

Mientras se realizaban los sucesos revolucionarios de Tacna, nos llegó a Arica, el 1º de enero, la alarmante noticia del desembarco de tropas chilenas verificado en Ite, el día anterior. Con este motivo cambiáronse varias comunicaciones entre los jefes aliados, y acordóse enviar una expedición a la caleta de Ite con objeto de vigilar aquel punto del litoral. Dicha expedición debía componerse de una división peruana y otra boliviana, que habían de reunirse en Tacna y partir inmediatamente hacia la caleta indicada. Al segundo día, 2 de enero, se encontraba lista la división Canevaro para tomar el tren que conduce a Tacna, cuando el contraalmirante Montero recibió un telegrama del Mando boliviano, en el cual se pedía fuera nombrado yo como jefe de tal expedición. Montero me llamó para comunicarme lo que ocurría, diciéndome: «Los bolivianos piden que Ud. mande la expedición; le felicito por esa deferencia singular de nuestros aliados hacia Ud.; aliste sus tropas para que se pongan en seguida en marcha.»

Al siguiente día estaba yo en Tacna con mi división y me ponía de acuerdo con el coronel Castro Pinto, jefe de la división boliviana. Esta división se componía de tres batallones de infantería, una batería de cuatro piezas mandada por el comandante Pando, y un escuadrón de caballería a las órdenes del comandante

Digitized by Google

López. Estas fuerzas, unidas a las mías, compuestas del batallón *Zepita* reorganizado y el *Cazadores del Misti,* formaron el cuerpo de expedición que marchó a mis órdenes.

El mismo día 3, por la tarde, salimos de Tacna y marchamos durante la noche, haciendo cortas paradas para evitar las fatigas que ocasionan los ardores del calor abrasador que reina en aquellos arenales, y en otra nueva jornada llegamos el 5 a la caleta de Ite. Procedimos en seguida a recorrer la costa, observando los puntos por donde podían desembarcar los chilenos y tomando las medidas más apropiadas. El señor Artieda, propietario de una gran hacienda en el valle, nos prestó en esta ocasión muchos y valiosos auxilios.

Permanecimos allí en activa vigilancia dos semanas, resueltos a cumplir la misión que se nos había confiado, cuando recibí un telegrama del general Montero, ordenándome regresar con las tropas a Tacna. Conocida esta orden por el coronel Castro Pinto y demás jefes bolivianos, manifestaron gran desagrado para cumplirla, por el peligro que envolvía abandonar la caleta, dejando el campo libre para el desembarco del enemigo. Reunidos en junta los jefes, acordamos observar la orden.

En estas circunstancias presentáronse dos buques de guerra enemigos, que recorrían la costa con el ostensible objeto de elegir puntos convenientes para el desembarco. Montero me reiteró la orden de regreso, la cual, a instancias de los jefes bolivianos, volví a observar, haciéndole notar la presencia de los buques enemigos. Entonces recibí una última y terminante orden de regresar a Tacna sin pérdida de tiempo, orden que tuve que cumplir sin dilación alguna, no obstante el gran disgusto de los jefes bolivianos, quienes aun pretendían desobedecerla y quedarse con sus tropas para defender el sector que se nos había encomendado; pero habiéndoles hecho reflexiones sobre la

Digitized by Google

necesidad de la obediencia y disciplina, y lo ineficaces que serían sus esfuerzos para la defensa, conseguí que cedieran y emprendieran la marcha de regreso a Tacna.

A los pocos días de nuestra reincorporación al Cuartel General, recibimos la noticia de la presencia de toda la escuadra chilena en Ite y de los aprestos que verificaba para el desembarco de su ejército en aquel puerto. Efectivamente, después de varios reconocimientos, los chilenos desembarcaron, sin ser molestados, pues la pequeña guarnición que allí existía se había retirado a Moquegua. El desembarco se llevó a cabo entre el 25 de febrero y los primeros días de marzo, época en que se encontraba en tierra todo el ejército chileno, con un total de 15,000 hombres.

Combate de Los Angeles y reconcentración del Ejército aliado en Tacna.

Posesionado el enemigo del puerto de Ite, permaneció allí durante la primera quincena de marzo, sin determinarse a avanzar al interior y limitándose a practicar frecuentes reconocimientos hacia Moquegua. Después avanzó sobre esta ciudad una fracción de tropas enemigas a las órdenes del general Baquedano, obligando a la guarnición peruana que allí existía, y que era la primera división del 2º Ejército del Sur, mandada por el coronel Gamarra, a retirarse a la cuesta de los Angeles, donde fué derrotada el 22 de marzo. Entonces los chilenos quedaron dueños de toda la región comprendida entre Ite y Moquegua, interceptando así la comunicación del ejército de Arequipa con el de Tacna.

Por esta época surgieron dificultades entre el Ministro de Guerra Sotomayor y el general Escala, siendo este último reemplazado en el mando por Baquedano.

En los primeros días de abril comenzó a mover

Digitized by Google

Baquedano su ejército desde Ite y Moquegua hacia el valle de Sama, ocupando sucesivamente Locumba y todos los demás pueblos de aquella región.

Por nuestra parte comenzamos a trasladarnos de Arica a Tacna, tanto para efectuar una concentración de las tropas aliadas, cuanto por salvar al ejército del flagelo de las enfermedades que le acosaban en el insalubre valle de Azapa y que ocasionó más de mil bajas en nuestras tropas. Esta operación terminó el día 3 de abril, ocupando los peruanos la población de Tacna y las tropas bolivianas las aldeas de Pocollay y Pachía, cercanas al campamento de Tacna.

En Arica dejó el general Montero dos divisiones, la 7ª y la 8ª, cuyos jefes eran Inclán y Alfonso Ugarte, confiando el mando superior de ellas al coronel Bolognesi, gobernador militar de la plaza.

Concentrados los ejércitos aliados en Tacna, el general Montero tomó el mando en jefe, poniéndose el coronel Camacho a sus órdenes. Al principio reinó completa armonía entre ambos jefes; pero más tarde sufrió una seria alteración, al tratarse de la discusión del plan de operaciones, del cual hablaremos luego. Tal situación sólo pudo remediarse con la llegada del general Campero a Tacna, el 20 de abril, al frente de una división de 800 hombres. Desde entonces se restableció la unidad de mando, que recayó en el general Campero, quien, como presidente de Bolivia, era llamado a ser el jefe de ambos ejércitos unidos.

La reorganización del Ejército de Tarapacá.

Desde el día en que Montero se hizo cargo del Ejército del Sur, emprendió la obra de su reorganización, pidiendo a Lima los elementos necesarios e introduciendo en él diversas modificaciones.

Digitized by Google

El ejército de Tarapacá, que llegó a Arica con sus divisiones en esqueleto, sufrió una nueva reagrupación. El batallón *Puno* se refundió en el *Lima Nº 8,* nombrándose jefe de éste al coronel Remigio Morales Bermúdez; el *2 de Mayo* fué refundido en el *Zepita,* del cual era yo el jefe; el *Cazadores de la Guardia* tomó el nombre de *Cazadores del Cuzco,* a las órdenes del comandante Fajardo; el *Ayacucho* recibió el nombre de *Pisagua;* el *Provincial de Lima* y la *Guardia Civil de Iquique* formaron un solo batallón, con el nombre de *Tarapacá,* cuyo jefe era Ramón Zavala; el batallón *Iquique* se formó de las columnas cívicas de Iquique y los gendarmes de Tarapacá, a las órdenes del coronel Raimundo de la Flor; los artilleros fueron distribuídos en las diversas baterías. Cada batallón tenía más o menos 400 plazas, y algunos cerca de 600. El *Zepita* tenía 578.

Así adquirió el ejército vencedor de Tarapacá una nueva composición, que vino a completar la reorganización total del Ejército del Sur. Más tarde restringió Piérola el mando político y militar de Montero a sólo el mando militar del primer Ejército del Sur, situado en la región de Arica, ordenando al mismo tiempo la formación de un segundo Ejército del Sur, con base accidental en Moquegua y después en Arequipa.

Montero distribuyó el 1er Ejército del Sur en diez divisiones, que comprendían 18 batallones de infantería, 3 escuadrones de caballería y 3 brigadas de artillería con 14 piezas; el total ascendía a 9000 hombres.

El ejército boliviano se componía entonces de 3000 plazas, y estaba organizado en cuatro divisiones: 1ª, 2ª, 3ª y la división *Vanguardia.*

El ejército peruano, poco antes de la batalla de Tacna, tenía el siguiente «*orden de batalla*»:

General en Jefe, contraalmirante Montero.

Jefe de Estado Mayor General, coronel Velarde.

Digitized by Google

Tropas:

1ª división, jefe, coronel Justo Pastor Dávila; batallones: *Lima Nº 11,* jefe, coronel Morales Bermúdez; *Granaderos del Cuzco,* jefe, coronel Quintanilla.

2ª división, jefe, coronel Andrés A. Cáceres; batallones: *Zepita,* jefe, comandante Llosa; *Cazadores del Misti,* jefe, coronel Luna.

3ª división, jefe, coronel Belisario Suárez; batallones: *Pisagua,* jefe, coronel A. Suárez; *Arica,* jefe, Mac Lean.

4ª división, jefe, coronel Mendoza; batallones: *Victoria,* jefe, coronel Godínez; *Huáscar,* jefe, coronel Barriga.

5ª división, jefe, coronel Herrera; batallones: *Ayacucho,* jefe, coronel Somocurcio; *Arequipa,* jefe, coronel Iraola.

6ª división, jefe, coronel Canevaro; batallones: *Lima,* jefe, coronel Díaz; *Cazadores del Rímac,* jefe, coronel Fajardo.

Artillería, jefe, coronel Panizo.

Caballería, jefe, coronel Méndez; escuadrones: *Húsares de Junín,* jefe, coronel Salcedo; *Guías,* jefe, coronel Nieto, y *Flanqueadores de Tacna,* jefe, coronel Albarracín.

Planes de campaña de los aliados.

Mientras avanzaban los chilenos hacia Locumba, el Mando en Jefe del ejército aliado, concentrado en Tacna y sus alrededores, aun no decidía el plan que debía adoptar definitivamente. A principios de abril, el coronel Camacho expuso a Montero su parecer con respecto al plan de operaciones que había de adoptarse. Camacho proponía que el ejército aliado dejara Tacna y se trasladara a Sama, para combatir sucesivamente a las fracciones del ejército

Digitized by Google

chileno, que iban llegando por escalones. De esta suerte, decía, se ganarían varias ventajas, tales como establecer una cooperación más eficaz e inmediata entre el Ejército aliado del Sur y el peruano de Arequipa; el de aprovechar los recursos de la región del Sama para la subsistencia del ejército aliado, con lo cual no se abandonaría la defensa de Tacna, y además, en caso de un descalabro, se tendría libre la retirada hacia Bolivia. Montero no aceptó el plan de Camacho, exponiendo que tenía órdenes precisas de Piérola para mantenerse en la defensiva en la región Tacna-Arica.

Los jefes peruanos apoyamos a Montero. Por mi parte hice algunas observaciones referentes a que no debíamos establecer la defensa inmediatamente al Norte de Tacna, sino tomar posiciones de flanco, hacia el costado derecho, por la quebrada del Diablo. En cambio, todos los jefes bolivianos eran partidarios del plan de Camacho, menos el coronel Castro Pinto. En vista de esta divergencia de opiniones, nombróse una comisión de jefes peruanos y bolivianos para recorrer el valle y examinar sus condiciones defensivas.

Por esta causa, las relaciones entre los mandos aliados se hacían cada vez más tirantes y estaban a punto de llegar a una ruptura; pero salvó la crisis felizmente, la oportuna llegada del general Campero, impidiendo a la vez que Camacho marchara a Sama con sólo el ejército boliviano, como lo tenía resuelto. Desde entonces quedó restablecida la armonía entre los jefes aliados.

El plan de Camacho no hay duda que era excelente, pues daba la perspectiva de batir en detalle al chileno, y me habría adherido a él sin restricciones, de no haber estado al corriente de la deficiencia de nuestros elementos de transporte, como se lo manifesté a Montero, lo cual se comprobó en la práctica. Esto no aminora en nada, desde luego, la competencia y capaci-

Digitized by Google

dad de Camacho, quien era uno de los mejores jefes del ejército aliado.

Campero nombró Jefe del Estado Mayor al general boliviano Pérez y resolvió ejecutar un ensayo práctico, poniendo en marcha todo el ejército hacia el valle de Sama. Pero desde el primer momento se notó lo difícil que era semejante marcha, por la falta de medios de transporte, y se postergó hasta que pudieran conseguirse. El 2 de mayo se puso al fin en movimiento el ejército, internándose en el desierto y acampando a legua y media de la ciudad, en las alturas de Itiorco. Allí permanecimos dos días y regresamos luego a Tacna; pero viendo Campero que no era posible el avance hacia Sama, donde progresaba el enemigo, ni tampoco establecer la defensa en la misma ciudad de Tacna, resolvió establecerla definitivamente en las alturas de Itiorco, cuyo campamento se denominó desde entonces «Campo de la Alianza».

Al mismo tiempo avanzaban los chilenos de Locumba hacia Sama, por una parte, y desembarcaban en Ite, por otra, ocupando la región Yaras-Buenavista, sobre el río Sama.

La batalla de Tacna, 26 de mayo de 1880.

(Croquis núm. 6.)

Establecido nuestro campamento en el «Campo de la Alianza», sobre las lomadas de Itiorco, que miden unos diez kilómetros, permanecimos allí todo el tiempo que tardaron los chilenos hasta caer sobre nosotros. Estableciόse desde luego en nuestro campo el servicio de vigilancia, nombrándose al efecto una gran guardia, que debía vigilar diariamente la Quebrada Honda, distante unos tres kilómetros, y que era la ruta probable por donde vendría el enemigo. En este servicio de avanzadas alternaban las divisiones peruanas y boli-

Digitized by Google

vianas, habiéndome tocado a mí hacer tres veces tal servicio.

Los chilenos avanzaron efectivamente de Sama hacia la Quebrada Honda, llevando a cabo el saqueo de las localidades por donde pasaban, como lo hicieron con la hacienda de Artieda, que nos proporcionó facilidades en la expedición de Ite, y en la cual rompieron los toneles y depósitos de vino, haciendo correr éste por el suelo, después de saciarse de él.

El Mando aliado tuvo noticias de la llegada de los chilenos a la Quebrada Honda, merced a los datos obtenidos de unos arrieros que fueron capturados por una patrulla de nuestra gran guardia, la antevíspera de la batalla.

Intento de sorpresa en la Quebrada Honda.

Los generales Campero y Montero y los jefes del Estado Mayor perú-boliviano acordaron, entonces, sorprender al enemigo en la Quebrada Honda, lugar donde vivaqueaba.

El general Campero, que me distinguía bastante, tuvo a bien llamarme para comunicarme el plan que había adoptado. Según dicho plan, la marcha debía realizarse durante la noche del 25, en tres columnas, mandadas: por Campero la derecha, por Camacho la del centro, y la izquierda por Montero.

A las doce de la noche del 25 púsose en movimiento nuestro ejército, dirigido en la marcha por el general Campero. Yo iba con mi división en la columna Camacho. Después de una caminata de hora y media, noté que llevábamos mal rumbo y me dirigí a Camacho para decírselo. Camacho me contestó que íbamos bien, puesto que nos guiábamos por el general Campero, que llevaba la dirección. «Sin embargo», le repliqué, «estoy en el caso de insistir en que el general Campero ha errado la dirección;

Digitized by Google

tenemos ya al enemigo a la izquierda, y dentro de poco lo dejaremos a la espalda, dando nuestro frente al cerro de Pachía, si continuamos en la vía que estamos siguiendo; yo, que he hecho el servicio de avanzadas, conozco bien esta región y estoy seguro de que hemos extraviado el camino».

Entonces el coronel Camacho se dirigió al general Campero para hacerle notar el errado rumbo que llevábamos, conviniendo todos en que realmente, en vez de marchar de frente, se había oblicuado demasiado a la derecha. Hízose, pues, indispensable rectificar la dirección, y para esto el general Campero mandó variar a la izquierda las divisiones que tenía a sus órdenes, las cuales, al efectuar el movimiento, se encontraron de frente con las del centro, donde yo estaba, encuentro que produjo la mayor confusión, por lo cual mandó hacer alto el general Campero a todo el ejército. Pero entonces ya no se sabía a qué distancia del enemigo se encontraban nuestras tropas, y convencidos de que estábamos perdidos en la dirección de marcha, el general Campero mandó a sus ayudantes hacer fogatas en el campamento que quedaba a la derecha. Poco después, en efecto, quedó alumbrado el paraje y las divisiones recibieron orden de regresar al campamento. El ayudante que fué a dar esta orden al general Montero, le encontró perdido en el campo y casi a la mano del enemigo, de donde felizmente pudo contramarchar. En esta descabellada marcha y contramarcha nos sorprendió el día, fracasando así la intentada sorpresa en la Quebrada Honda.

La batalla.

Los chilenos, entretanto, habían pasado una noche de descanso en la Quebrada Honda, y muy de mañana levantaron su vivac, dirigiéndose hacia nuestras posiciones. Nosotros, en cambio, apenas tuvimos tiempo

Digitized by Google

para ocupar las alturas de Itiorco, que habíamos abandonado temporalmente, en la noche. Nuestra línea de defensa estaba dividida en tres sectores: el de la derecha, mandado por el general Montero, con la 1ª y 6ª división peruanas Dávila y Canevaro; el del centro, mandado por el coronel Castro Pinto, con la división boliviana Zapata y la 5ª peruana Herrera; el de la izquierda, mandado por el coronel Camacho, con la 3ª división Suárez y la 2ª, que era la que yo mandaba. Nuestra artillería estaba distribuída en la siguiente forma: seis cañones a la derecha, un cañón y dos ametralladoras en el centro y las piezas restantes en el ala izquierda. Como reserva teníamos tres divisiones, instaladas inmediatamente a retaguardia y extendidas casi a lo largo de la línea, y nuestra pequeña caballería, dividida en dos grupos, situada detrás de las alas. De esta manera quedaba formada nuestra línea de defensa con los nueve mil hombres de que constaba el ejército aliado.

Eran poco más o menos las ocho de la mañana del día 26, cuando, despejada ya la densa camanchaca que hasta entonces había cubierto el campo, vimos aparecer al enemigo, que avanzaba en un extenso frente, en tres líneas escalonadas, siendo la más adelantada la que se dirigía hacia nuestra ala izquierda. A eso de las nueve, el ala derecha chilena, que se encontraba como a dos mil metros de nuestra ala izquierda, rompió un nutrido fuego de artillería, que fué contestado inmediatamente por nuestras baterías, entablándose así un duelo que duró cerca de dos horas, sin producir en nuestras filas efecto material de importancia y permitiendo que las otras dos columnas enemigas continuaran su movimiento de avance hasta ponerse a la altura de la primera.

El fuego de artillería se hizo intermitente, hasta cesar casi por completo. Eran como las once de la mañana cuando ya los chilenos tenían desplegadas

Digitized by Google

sus tropas en todo el frente, moviéndose hacia adelante, en un amplio ataque frontal.

Del escalón de la derecha, que venía más adelantado, avanzaron sus guerrillas dirigiéndose contra nuestra izquierda. Inmediatamente salieron a su encuentro fuerzas de los batallones de mi división y trabóse un reñido combate, en el cual hicieron retroceder los nuestros a los chilenos. Pero éstos fueron luego reforzados y recrudeció la lucha, tomando mayores proporciones una vez que los nuestros recibieron también refuerzos. Al mismo tiempo se empeñaba el combate en todo el frente, sosteniéndose los nuestros tenazmente, sin ceder un paso. Pero el foco de las refriegas se localizó en el ala izquierda, a la cual trataron los chilenos de abordar a todo trance. En estos momentos, el coronel Camacho ordenó cambiar de posición a la artillería e hizo entrar a la 4ª división Mendoza, para que ocupara el claro dejado por aquella; asimismo ordenó que fuera la división Acosta, boliviana, de reserva, para defender el flanco, seriamente amenazado.

La lucha prosiguió intensa por más de una hora. El coronel Camacho pidió refuerzos, que el General en Jefe le envió sucesivamente, debilitando el resto de su frente, mandándole hasta la reserva del centro para reforzar a la división Acosta, que en esos momentos se encontraba muy comprometida. Los famosos batallones *Colorados* y *Aroma,* que fueron sacados del ala derecha, llegaron jadeantes e intervinieron con poderoso brío en la contienda. Su intervención logró sostener a la división Acosta, y nuestra izquierda no sólo se sostuvo firmemente, sino que emprendió un poderoso empuje que obligó a retroceder a los asaltantes y emplear como sostén su caballería. El enemigo carecía de cercanos refuerzos, pues las otras divisiones chilenas estaban tenazmente empeñadas con el resto de nuestra línea, y la columna de reserva se hallaba muy retirada.

Digitized by Google

La situación en el ala izquierda parecía cambiar a nuestro favor, y el coronel Camacho quiso aprovechar esta oportunidad y ordenó el contraataque, el cual se inició con el avance de mi división y la de Suárez. Apenas había adelantado yo unos cien metros a la cabeza de mis batallones *Zepita* y el *Misti,* cuando perdí el caballo. Mi ayudante, el capitán Lazúrtegui me dió el suyo, que también pronto quedó inutilizado. Mi segundo jefe, comandante Llosa, al avanzar sobre el enemigo, recibió un balazo en el pecho, que le mató instantáneamente; su caballo, sintiéndose sin jinete, partió, pero fué tomado por uno de los oficiales, quien me lo trajo; al tiempo de poner el pie en el estribo derecho, fué arrancado éste por una bala y tuve que montar por el lado izquierdo. De los ayudantes que me acompañaban, cayeron el capitán Chacón y el capitán Cabello. El abanderado, teniente Padilla, cayó haciendo flamear la bandera en medio de la lucha, y ordené al teniente Castellanos que recogiera la insignia del *Zepita.*

Nuestro contraataque fué vigoroso y tenaz. Los *Colorados* rivalizaban con nuestros bravos del *Zepita,* y la refriega era cada vez más enconada y terrible. Aliados y chilenos se arremetían con furia, haciendo proezas. Con todo, nuestro empuje adelantaba, pero nos faltaban refuerzos para cubrir las bajas y sostener el impulso de nuestro golpe, refuerzos que ya no era posible obtener, porque todas las reservas estaban en la línea.

La lucha era tremenda. El fuego que se nos dirigía de todas partes diezmaba mi división y la de Suárez, que la acompañaba en el avance, y hubo un momento en que estuvimos a punto de ser totalmente envueltos, pues el resto de nuestra línea no había seguido nuestro avance, sino que se encontraba combatiendo duramente en sus propias posiciones. Entonces recibimos orden de retroceder, retroceso que se practicó sin precipitación, cubriendo la retirada el *Zepita,* que a cada paso veía

Digitized by Google

clarear más y más sus filas, quedando al fin reducido a menos de cien hombres, después de cuatro horas de un rudo y valiente combatir. El *Zepita* perdió más del 80 por ciento de su efectivo; pero se retiró del campo conservando su bandera.

El resto de la línea se vió arrojado al mismo tiempo de sus posiciones, pronunciándose entonces la derrota. Eran como los tres de la tarde.

Dueños los chilenos del campo, acabaron despiadadamente con todos los soldados del *Zepita* que encontraban mal heridos, diciéndoles al ultimarlos: «Toma Tarapacá», en represalia de la derrota que les infligieron los del *Zepita* en aquella acción.

En la retirada con los restos de mi división llegué al principio del camino que desciende a Tacna, procurando reunir a todos los que podía alrededor de la bandera. De trecho en trecho hacía clavar ésta en alguna eminencia y ordenaba al corneta tocar reunión. Por allí encontré a los generales Campero y Montero, que se retiraban, y les manifesté la conveniencia de que dictaran algunas medidas para la reagrupación de las tropas aliadas, que todavía se podían reorganizar. El general Montero me contestó que todo estaba perdido y no había nada que hacer. A pesar de esto, me quedé en aquel sitio, alentando a mis compañeros para que se esforzaran en reunir a los dispersos; indiqué al coronel José Latorre que bajase a la población adonde había llegado ya el general Montero, y le dijese que me diera el mando del escuadrón gendarmes, a fin de cerrar con él el paso a los dispersos para efectuar, reunidos, la retirada en orden. El general Montero respondió que había ordenado fueran todos a Tarata. Al regresar Latorre con esta respuesta, continué mi retirada hasta esta población, adonde llegué dos días después.

En Tarata convocó Montero a los jefes que allí se encontraban, para tratar de la marcha que debía veri-

Digitized by Google

ficarse hacia Puno y Arequipa con las fuerzas reunidas en este lugar. El general Montero presidió nuestra reunión, y en ella le invoqué la obligación que tenía, como General en Jefe, de no abandonar la parte del ejército que quedaba en Arica, a la cual podíamos proteger con las fuerzas reunidas en Tarata. Respondióme que él había dado orden para que se retiraran aquellas tropas, y que, por consiguiente, sería inútil cualquiera otra medida. En seguida se resolvió la marcha hacia Puno.

Con la batalla de Tacna terminó la campaña del Sur, pues, como se ha dicho, fué imposible ya la reorganización del ejército. El general Montero había perdido toda iniciativa. El ejército de Arequipa, al mando de Leyva, que pudo cooperar favorablemente en la acción de Tacna y contribuir al éxito de nuestras armas, no se dió la prisa necesaria. Sólo el 28, dos días después de la batalla, llegó a Locumba, y cuando aun podía caer sobre el enemigo victorioso, pero fatigado de la lucha, contramarchó tranquilamente. Los bolivianos, como era natural, fueron a su país, y la alianza, que, después de rota por la traición de Daza, pudo mantenerla el general Campero, se había deshecho nuevamente. En el campo de batalla quedaban valientes jefes peruanos y bolivianos, caídos juntos para siempre, en defensa del honor de sus banderas.

En esta encarnizada batalla fué muy crecida la mortandad por ambos bandos, y esto dará una medida de la magnitud de los esfuerzos que se desplegaron en la jornada. Los aliados perdimos, entre muertos y heridos, cosa de 2.500 hombres, o sea un tercio del efectivo total.

Nunca podrá decirse que en esta batalla faltó decisión y valor por parte de peruanos y bolivianos, pues todos igualmente cumplieron la misión honrosa que

Digitized by Google

la Patria les encomendara, distinguiéndose los batallones *Zepita* y *Colorados,* que parecían rivalizar en denuedo, escribiendo así una nueva y memorable página en sus gloriosas tradiciones.

De Tarata a Puno.

Después de haber permanecido dos días en Tarata, donde escasearon las subsistencias y tuvimos únicamente choclos para comer, emprendimos la marcha hacia Puno. El día de la salida se nos dió a todos una peseta boliviana, o chaucha, a cuenta de nuestros haberes. En la tarde de ese día llegamos a un lugar de la cordillera donde el frío era muy intenso. Allí pudimos tomar un rancho de carne de llama, que es bastante agradable.

Al día siguiente continuamos la marcha, y antes de llegar a Puno recibió el general Montero orden del Dictador para que entregara el mando de las fuerzas al coronel Dávila. Una vez cumplida esta orden, quedamos libres la mayor parte de los jefes. De este lugar se dirigió el general Montero a Puno, embarcándose en un vaporcito del Lago. De Puno dirigióse a Lima.

Yo, acompañado de mis ayudantes Leca, Lazúrtegui y Castellanos, continué mi viaje a Puno, por tierra. Primeramente me detuve en el pueblo de Juli, donde el cura, señor Arroyo, amigo mío, me recibió con las mayores muestras de estimación. Allí permanecí tres días, espléndidamente atendido, saboreando el rico vino añejo que tenía mi amigo bien guardado en un barrilito y que pronto consumimos.

En seguida pasé a Puno y me alojé en la casa de la familia Calle, donde fuí atendido de un modo exquisito. De allí emprendí viaje a Arequipa y fuí recibido en casa de la familia Llosa, compartiendo con ésta el inmenso dolor que la embargaba a consecuencia de la muerte del

Digitized by Google

comandante Llosa, caído heroicamente en la batalla de Tacna. En Arequipa conseguí que el Prefecto me proporcionara pasajes de tren para mí y mis ayudantes, y regresé a Puno con el propósito de seguir mi viaje a Lima, pasando por los departamentos del Centro.

De Puno a Lima.

Mi viaje de Puno a Lima fué una continuada serie de agasajos. En cada población que tocaba, era recibido con grandes manifestaciones de simpatía y se me prodigaban innumerables atenciones, dándome banquetes y reteniéndome dos o tres días en cada lugar.

En Sicuani me ofrecieron sus pobladores formar otro batallón *Zepita,* para que yo lo mandara, pues estaban orgullosos del gran nombre que ese cuerpo había adquirido en el ejército y hasta entre los mismos enemigos.

En el Cuzco me esperaban los amigos y el prefecto doctor Jiménez. Al paso para la ciudad, en el camino real, está situada la hermosa hacienda del señor José A. Astete, personalidad distinguida del lugar. Este caballero me salió al encuentro y me obligó a entrar en su casa, prodigándome las mayores atenciones y reteniéndome un par de días.

El almuerzo y comida eran exquisitos. El lujo de la mesa era grande. Aparte de la blancura y calidad de los manteles y la finísima cristalería y porcelana, el servicio de café era de oro puro, desde el azafate y demás piezas hasta las tazas. A la vista de tan rico servicio, díjele al dueño: «Señor Astete, este servicio de oro en los actuales tiempos corre peligro.» — «Sí», me contestó, «pero él sale muy raras veces y a la aparición de un personaje patriota como Ud.; después permanecerá guardado bajo tierra.»

La habitación para dormir era algo notable en aquellos lugares: las paredes estaban tapizadas con

Digitized by Google

damasco de seda roja, con adornos y listones de madera dorada en las esquinas; la cama la constituía un hermoso catre de bronce; la sobrecama era de lana, con hebras de oro y plata, semejante al tejido de las casullas y capas de coro de las iglesias, y con una flecadura bastante larga del mismo hilado. Las sábanas eran de hilo, con finísimas mallas, y los almohadones todos también de encaje. En una palabra, el lujo de la cama era oriental.

Cuando recibí el aviso del prefecto Dr. Jiménez de que el pueblo y amigos esperaban mi llegada, se lo participé al señor Astete para despedirme y agradecerle las atenciones y amabilidad que me había prodigado en su casa. Al estrecharle la mano, me dijo: «Los servidores de la nación, después de un desastre como el que ha sufrido Ud., quedan siempre sin recursos; lleve Ud. estos reales — dándome 100 pesos — para los gastos de su viaje.» Al aceptar su oportuno ofrecimiento y ponerme a firmar un recibo, me dijo: «No, mi amigo; Ud. los mandará cuando pueda; entre caballeros no se acostumbran recibos.»

Despedido tan amablemente por este caballero, seguí mi marcha a la ciudad del Cuzco, de donde salieron a recibirme muchos amigos a caballo, en compañía del prefecto y gran número del pueblo. La recepción que me hicieron fué tan entusiasta como si se tratara de un vencedor. Fuí alojado en la prefectura, y permanecí varios días recibiendo las amables invitaciones de las familias. El prefecto me dijo: «¡Cuánta diferencia, coronel, entre la recepción que le han hecho en este pueblo a usted y la que le hicieron al pobre Montero, quien para entrar en la ciudad tuvo que pedirme garantías!»

En el Cuzco conocían el valeroso comportamiento del batallón *Zepita,* formado en su mayor parte por cuzqueños, y su nombre les era muy simpático, razón por la cual me ofrecieron allí nuevamente los amigos

Digitized by Google

formar otro *Zepita*. Estas demostraciones, indudablemente, halagaban mi patriotismo y me hacían ver que jamás los pueblos escatiman su aprecio y simpatía a los jefes que se esfuerzan por el cumplimiento del deber.

Después de las infinitas pruebas de aprecio con que me agasajaron los cuzqueños, salí de la ciudad con gran acompañamiento y seguí mi viaje tocando en diferentes pueblos, donde recibí idénticas ovaciones, viéndome obligado a detenerme dos o tres días en cada uno de ellos para concurrir a los banquetes que las familias se dignaban ofrecerme.

Así continué mi viaje hasta Lima, recibiendo las manifestaciones de simpatía por la valerosa conducta del *Zepita,* cuyos hechos eran ya de todos conocidos, y el cual, después de combatir en Tarapacá, quedó en cuadro en la batalla del «Alto de la Alianza».

Mi viaje duró más de un mes.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CAMPAÑA DE LIMA

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CAMPAÑA DE LIMA.

Preliminares.

Con la batalla y derrota de Tacna quedó terminada prácticamente nuestra alianza con Bolivia, pues desde entonces no volvieron a intervenir tropas bolivianas en la contienda con Chile, la cual fué sostenida sóla y únicamente por el Perú.

Cuando después de aquel hecho de armas nos retiramos con los restos del ejército a Tarata, propuse, en la junta de jefes que allí se efectuó, ir en socorro de Bolognesi, cuya situación de aislamiento y abandono en la plaza de Arica no podía ser más comprometida; pero no se tomó en cuenta mi indicación, y se dijo que aquel jefe tenía ya recibida la orden de abandonar la plaza y que, por tanto, procedería en conformidad con dicha orden.

Poco después, mientras yo emprendía mi viaje por tierra con dirección a Lima, pasando por Puno y Cuzco, ocurrió el asalto y toma de Arica por los chilenos victoriosos en el campo de la Alianza, realizándose entonces, el 7 de junio de 1880, la heroica defensa de la plaza por el íntegro Bolognesi y su glorioso sacrificio.

Con la toma de Arica quedaron en poder del vencedor los territorios del Sur, objeto de sus ambiciones, y entonces se movieron los resortes diplomáticos encaminados a poner término a la guerra.

Digitized by Google

El gobierno de los Estados Unidos intervino, por medio de sus representantes acreditados en los tres estados beligerantes, y se celebraron las tituladas conferencias de Arica, a bordo de una corbeta americana; pero estas conferencias no dieron ningún resultado en el sentido que se perseguía, y la guerra siguió su curso entre el Perú y Chile.

Como los chilenos sabían que no bastaban las victorias por ellos obtenidas hasta entonces para doblegar el ánimo de los peruanos y obligarlos a aceptar una humillante paz, con desmembración del territorio, comenzaron a llevar a cabo grandes preparativos para emprender la campaña sobre Lima.

Mientras así se preparaban, sostenían por una parte el bloqueo del Callao, y por otra lanzaban la expedición Lynch a lo largo de la costa del territorio, para aterrorizar a las poblaciones del litoral, llevando a cabo una obra de verdadera piratería y destrucción.

El bloqueo del Callao había comenzado el mes de abril de 1880. Durante el bloqueo los buques chilenos cuidaron siempre de permanecer fuera del alcance de las baterías del puerto, cerca de la Isla de San Lorenzo, procurando cambiar de fondeadero durante las noches, a fin de evitar sorpresas y la acción de los torpedos que pudieran lanzar los peruanos.

La Unión y el *Atahualpa* y todos los demás pequeños transportes que aun quedaban de la marina peruana, se mantenían en la bahía, al abrigo de la batería de tierra; y sólo de cuando en cuando algunas lanchas de vapor, armadas, emprendían la salida y cambiaban tiros con los buques bloqueadores.

Los buques de guerra neutrales anclaban a tres millas al Norte de la bahía. Había dos ingleses, el *Thepis* y *Pingouin;* un italiano, la fragata *Garibaldi,* y un francés, el *Descrés.*

Digitized by Google

Las excursiones de lanchas de vapor y portatorpederos eran frecuentes entre uno y otro bando, sobre todo en la noche; y las descargas de fusil y ametralladoras eran la señal de algún encuentro. Uno de éstos ocurrió el 25 de mayo, en que fueron a pique una lancha peruana y otra enemiga, por la acción de los torpedos que conducían.

Más tarde, el 3 de julio, fué destruido el *Loa,* a 7 millas al Norte del Callao, por la acción de un torpedo ingeniosamente preparado. El *Loa* hacía un reconocimiento al Norte de la bahía, donde encontró una lancha con velas izadas, al parecer, por los tripulantes y cargada de víveres, la cual fué inmediatamente tomada. Entre los víveres había un cajón preparado de tal suerte que al ser descargado debía reventar. Efectivamente, izado este bulto y transportado al buque, produjo una terrible explosión, que lo echó a pique, muriendo muchos de sus tripulantes y siendo salvados los demás por los botes de los buques neutrales que presenciaron el hecho.

Pocos días después, la *Covadonga,* que bloqueaba Chancay, corrió la misma suerte del *Loa,* por la acción de otro torpedo.

Estos hechos indujeron a la escuadra chilena a tomar venganza, pidiendo que se le entregaran la *Unión* y el *Rímac,* y amenazando bombardear Chorrillos y Ancón en caso contrario. A la negativa de los peruanos, se llevó a cabo el bombardeo de Chorrillos por el *Cochrane,* el 22 de julio; pero este buque tuvo que retirarse ante los fuegos de los cañones emplazados en el morro, cuyas bombas lograron alcanzarlo. El 23 practicaba igual operación el *Blanco,* bombardeando Ancón y destruyendo e incendiando las casas de dicho pueblo. La *Pilcomayo* bombardeó también Chancay.

Digitized by Google

Mi llegada a Lima.

Precisamente en estos días había llegado yo a Lima, deseoso de seguir prestando mis servicios a la Patria y contribuir en lo que me fuera posible a la defensa de la capital, la cual a la sazón se estaba organizando. El Dictador, señor Piérola, impuesto de mi llegada, me hizo llamar por conducto del Jefe del Estado Mayor, general Silva.

El Jefe Supremo, a cuyo despacho acudí sin pérdida de tiempo, me manifestó que estaba acordado mi nombramiento como jefe de la división acantonada en Huaral, la cual, después de organizada, debía encargarse de impedir el desembarco del ejército enemigo en la bahía de Ancón. La seguridad con que el señor Piérola emitiera este concepto, que, desde luego, no estaba en armonía con el que yo me había formado de la situación militar general, me obligó a manifestarle mis ideas al respecto, en vista de que no era probable que el enemigo llevara a cabo un ataque por Ancón. La existencia del ferrocarril de Lima a este puerto y el aislamiento en que hubiera quedado respecto de su escuadra el ejército invasor, no le daban la seguridad del éxito, y, por consiguiente, no era presumible que el mando chileno pretendiera atacar Lima por ese lado. Piérola me replicó que él tenía datos precisos y seguros sobre el plan enemigo de atacar Lima por Ancón, agregando: «y es necesario vigilar ese puerto». No obstante la orden terminante que acababa de recibir, y dándome completa cuenta de la gravedad de la situación por la que atravesaba la defensa de la capital, insinué al señor Piérola la idea de preparar la defensa por el lado Sur de Lima, exponiéndole las razones que me asistían para pensar de este modo y pidiéndole pusiera a mis órdenes las fuerzas de esa región, a las cuales agregaría la división cuyo mando se me acababa de confiar. Con estas tropas juzgaba yo poder contener el avance ene-

Digitized by Google

migo por ese lado, mientras el grueso del ejército marchaba al encuentro decisivo. El Dictador me dijo entonces que precisamente había dispuesto lo conveniente para tal objeto, y había nombrado al coronel Sevilla para vigilar esa zona. Pero, como veremos después, las fuerzas encargadas de esta operación fueron insuficientes y destrozadas a poco por el enemigo.

Acatando las ordenes del Generalísimo, marché sin pérdida de tiempo a ponerme al frente de la división, cuyo mando y organización se me encomendó. Una vez llegado a Huaral, dediqué toda mi actividad a la organización y disciplina de mis tropas, logrando, en los cuatro meses que permanecí allí, ponerlas en aceptables condiciones de combate.

Estado de la defensa de Lima.

Del Ejército del Sur, después de la batalla de Tacna, no quedaban sino algunos batallones, cuya traslación se hizo difícil. Así, pues, el ejército de línea había desaparecido. Las fuerzas que se organizaron para la defensa de la capital estaban compuestas de entusiastas voluntarios, pero completamente faltos de instrucción militar. Los pocos batallones de línea que existían fueron entremezclados con tropas novicias, perdiendo así su consistencia para la lucha. Desplegando gran actividad, pudo el Dictador reunir para la defensa de la capital un ejército de poco más o menos 20.000 hombres, de las tres armas. La mitad de este ejército se componía de indígenas sin ninguna instrucción militar, y la otra mitad de voluntarios que habían acudido de todas partes de la República, en virtud de un feliz decreto del Dictador llamando a las banderas a todos los ciudadanos capaces de llevar las armas.

En cuanto a armamento, se logró, no obstante el bloqueo del Callao, adquirir algunos miles de fusiles y

Digitized by Google

apreciable cantidad de municiones, y se emprendió la fabricación de cañones en considerable número. Pero los fusiles ofrecían el defecto de ser de distinto sistema y calibre, razón por la cual había gran confusión en el amunicionamiento.

Todas estas tropas fueron distribuídas al principio en tres ejércitos, llamados del Norte, del Centro, y de Lima. El jefe del ejército del Norte era el generál Vargas Machuca, y yo fuí designado comandante general de la 5ª división de este ejército, situada en Huaral.

Los chilenos inician la campaña.

Habían transcurrido cinco meses desde las conferencias de Arica, en las que fracasaron las negociaciones de paz, y durante este tiempo se ocupó Chile en aumentar y reorganizar su ejército, armarlo y equiparlo perfectamente para emprender en seguida la campaña sobre Lima, cuya posesión consideraba indispensable para negociar la paz.

Con este objeto preparó todos los buques de su escuadra e hizo acopio de los transportes necesarios para trasladar la parte mejor y más numerosa de su ejército hacia las playas cercanas de Lima.

Y, en efecto, hacia la segunda quincena de noviembre, se presentaba en la bahía de Paracas, al Sur de Pisco, el primer convoy enemigo conduciendo una fuerte división chilena de las tres armas, seguida pocos días después de otra menos numerosa.

Desde entonces nadie dudaba de que los chilenos pretendían atacar Lima por el Sur, lo cual se confirmó días después con el avance por tierra de las tropas desembarcadas en Pisco, las cuales atravesaron la provincia de Cañete, sin ser molestadas y cometiendo todo género de abusos.

Mientras estas fuerzas marchaban por tierra, el grueso del ejército enemigo se embarcaba en Arica en

Digitized by Google

los buques de su escuadra y los trasportes que eran necesarios, y en número de más de 26000 hombres se acercaba a las costas de Lima. El 22 de diciembre llegaba ese ejército a la rada de Curayacu, cerca de Lurín, donde desembarcó, empleando varios días en esta operación, sin que nadie se lo impidiera.

Este mismo día, y cuando se cumplían cuatro meses de mi permanencia en Huaral al frente de las tropas allí acantonadas, recibí una urgentísima orden para trasladarme a Lima. Inmediatamente me puse en marcha hacia la capital. Aquí pude enterarme de que los chilenos habían desembarcado en las inmediaciones de Lurín, y que se preparaba la organización de la defensa de Lima hacia el lado Sur, por donde se veía seriamente amenazada.

Se trataba, pues, de un verdadero cambio de frente en la defensa, y el desconcierto que reinaba con este motivo en el alto mando era verdaderamente desconsolador. En tales circunstancias se practicó una nueva agrupación de las tropas, distribuyéndolas en cuatro cuerpos de ejército, y entremezclándolas y creando nuevas unidades y nuevos jefes. Entonces fué cuando vi confirmadas mis previsiones. Los chilenos preparaban el ataque de Lima por el Sur y habían marchado tranquilamente desde Pisco y desembarcado, por último, a las puertas de la capital, sin impedimento alguno. Si en vez de estacionarse y esperar ser atacado, hubiera habido un poco de iniciativa y más conciencia de responsabilidad en nuestro mando supremo, seguramente que se hubiera evitado tanta desgracia.

Decretada la nueva agrupación de las tropas, como dejo dicho, se formaron los llamados cuerpos de ejército 1º, 2º, 3º y 4º, nombrándose para mandarlos a los coroneles Iglesias, Suárez, Dávila y a mí, respectivamente. Se me quitó el mando de las tropas de Huaral, que yo había instruído y preparado, lo cual me causó

Digitized by Google

mucho desagrado y constituía, en mi concepto, una medida muy desacertada de parte del alto mando. Se me designaron, para formar el cuerpo de ejército del que yo había sido nombrado jefe, tres divisiones acantonadas en distintos sitios: Surco, Chorrillos y Pacayar, cuyo personal de jefes y oficiales no conocía en su mayor parte, ordenándoseme me pusiera al frente de ellas inmediatamente y fuera a ocupar las alturas de San Juan, donde debía permanecer hasta que se me dieran nuevas órdenes.

Era al atardecer del día en que se me dió el mando del 4º cuerpo de ejército, cuando, sin pérdida de tiempo, me puse en camino a los distintos lugares donde se encontraban las divisiones antes indicadas, para concentrarlas en San Juan. Durante toda la noche me ocupé en la tarea de ir a cada uno de los acantonamientos y, después de hacerme reconocer, dar las órdenes convenientes para la agrupación en San Juan, vigilando personalmente la marcha. De esta manera pude conseguir que al siguiente día se encontraran en ese lugar todas las tropas puestas bajo mi mando. No obstante haber recibido únicamente la orden de trasladarme a San Juan y aguardar allí nuevas órdenes, mis primeros cuidados fueron estudiar la topografía del terreno y situar mis unidades en las posiciones más convenientes para prevenir un ataque.

En esta situación, y viendo que trascurría el día sin que se me trasmitiera ninguna nueva orden, resolví bajarlas al huarangal de San Juan para que descansaran y estuvieran a la sombra, pues se encontraban fatigadas por la marcha forzada durante la noche, además sin rancho ni agua, bajo el sofocante calor del sol. Mandé a uno de mis ayudantes donde el Jefe del Estado Mayor, para que le diese a conocer el estado en que me encontraba, sin órdenes para orientar mi actitud y sin subsistencias de ningún género para las tropas. El Jefe del Estado Mayor, general Silva, en vista de

Digitized by Google

este aviso, se dirigió hacia mi campamento, ordenando traer el rancho, que llegó al anochecer. Mostróse muy complacido de las posiciones que yo había elegido, y me dijo que continuara en ellas a fin de que pudieran servir de base a la formación de la línea que a uno y a otro lado de mis tropas deberían completar los demás cuerpos de ejército.

Formación de la línea de defensa. — El Dictador visita mi sector.

Reunidos los jefes de los cuerpos de ejército con el Jefe del Estado Mayor, ordenó éste que yo me situara en las alturas comprendidas entre Santa Teresa por la derecha y las de San Juan por la izquierda. A mi derecha y a continuación, ocupando el Morro Solar, debían situarse las tropas de Iglesias; a mi izquierda, entre San Juan y Monterrico Chico, las de Dávila; Suárez, con el otro cuerpo de ejército, debía formar la reserva. De esta manera se constituyó una larguísima y delgada línea de defensa, en una extensión de más de 14 kilómetros, dejando grandes intervalos, por donde podía pasar el enemigo sin resistencia, y sin que pudieran prestarse los cuerpos mutuo apoyo. Uno de estos intervalos francos se dejó entre mi derecha y las tropas del Morro.

Pocos días después de instalado mi cuerpo en las posiciones ya indicadas, se presentó por primera vez el Dictador en San Juan, y, después de recorrer la línea, me preguntó mi parecer sobre las posiciones que yo ocupaba. Respondíle que había dispuesto mis tropas tomando todas las medidas de precaución posibles para cualquiera eventualidad, pues de los cerros que tenía ante mis posiciones había descubierto con mi anteojo no sólo las avanzadas del enemigo, sino también su campamento lejano, situado en las inmediaciones de Lurín. Sorprendido el Jefe Supremo, me hizo entre-

Digitized by Google

ver que dudaba de lo que oía; entonces le invité a ir al cerro desde el cual se divisaba al enemigo. El Dictador, acompañado por su secretario general, señor García y García, y por mí, comenzó la ascensión a dicho cerro. Al poco rato de haber emprendido la marcha, el secretario se sintió cansado y manifestó que le era penoso continuar por esos sitios escarpados a causa de la enfermedad que padecía, y quedóse en el camino. Seguimos subiendo con el Dictador; pero éste tampoco continuó, por lo impracticable que era el terreno, y me dijo estar fatigado y que admiraba cómo yo había podido caminar por senderos tan difíciles. Respondíle que mi deber me había impelido a practicar tal reconocimiento, que era indispensable para enterarme en lo posible de la situación del enemigo y, según ella, dictar las medidas convenientes para evitar cualquier sorpresa. Al mismo tiempo y aprovechando la ocasión, pregunté al Dictador si las posiciones que ocupaban actualmente los distintos cuerpos de ejército eran las que debían formar la línea definitiva de batalla, a lo cual me respondió, traslu-ciendo no estar de acuerdo con esta disposición: «No; esta línea es provisional y hemos de rectificarla luego para estrechar los intervalos que se notan y que efectivamente son una constante amenaza para nuestras fuerzas.» — «Así es,» le afirmé, «se hace necesario rectificarla, y no podemos permanecer en la situación en que nos encontramos sin correr el peligro de que el enemigo pueda penetrar por estos puntos sin encontrar resistencia.» Luego, alentado por la confianza que me demostró el Dictador, le pedí que diera colocación en las filas al coronel Velarde, que se encontraba conmigo, pero sin puesto. El señor Piérola, después de manifestar su concepto desfavorable para ese jefe, accedió sin embargo a mi petición y lo designó como jefe de una columna de honor constituída por varios jefes y oficiales sin colocación.

Digitized by Google

Modificación de la línea de defensa.

A poco de esta entrevista con el Dictador, se ordenaron algunas correcciones en la línea de defensa, quedando establecida en la siguiente forma: el 1er cuerpo de ejército, a las órdenes del coronel Iglesias, Ministro de la Guerra, formaba la derecha de la línea y ocupaba las alturas que existen desde el Morro Solar inclusive hasta las de Santa Teresa. En el Morro existían algunas baterías emplazadas tanto para disparar hacia el Sur y la playa de Conchán, como hacia la bahía de Chorrillos. Este cuerpo constaba de 5200 hombres de las mejores tropas, entre las cuales se encontraban los batallones que discipliné y organicé durante mi permanencia de cuatro meses en Huaral. El centro de la línea, desde Santa Teresa y ocupando los cerros de San Juan, Pamplona y Colorado, estaba defendido por el cuerpo de ejército que yo mandaba y cuyas tres divisiones, a las órdenes de los coroneles Ayarza, Pereira y Lorenzo Iglesias, ocupaban de derecha a izquierda las alturas indicadas. El total de mis tropas ascendía a 4500 hombres. La artillería la situé en el centro de mi sector, juntamente con la división Pereira. La izquierda de la línea estaba formada por el 3er cuerpo de ejército a las órdenes del coronel Justo Pastor Dávila, que ocupaba los morros y alturas que se extienden desde el cerro Colorado hasta Monterrico Chico, y constaba de otros 4500 hombres. La reserva, constituída por el 2º cuerpo de ejército, a órdenes del coronel Suárez y compuesta de 3500 hombres, se estacionó a retaguardia de la línea, en dirección a la derecha de mis tropas y la izquierda de las de Iglesias.

De esta manera quedó constituída definitivamente la línea de batalla, en mejor forma que la anterior, pero sumamente débil, tanto por la pequeñez de los efectivos con relación a la extensión de la línea (16.000

Digitized by Google

hombres sobre 14 kilómetros de frente), cuanto por su mala organización defensiva.

En estas condiciones, pues, se iba a librar una batalla decisiva y de grandes consecuencias militares y políticas, a las puertas de Lima, cuando, con probabilidades de éxito, se pudo batir al enemigo en detalle durante su marcha de Pisco a Lurín y durante su desembarco en Curayacu.

Reconocimientos.

Como el ataque de los chilenos era inminente, me dediqué a recorrer nuevamente el frente de mis posiciones y practicar reconocimientos del terreno; pedí al Jefe del Estado Mayor que estableciera el servicio de seguridad que lamentablemente se había descuidado y que incumbía al alto mando el establecerlo, en lo cual fuí atendido oportunamente; pero las tropas que se enviaron para cumplir esa misión hicieron un servicio nulo, por su falta de capacidad, como lo probó el hecho de no haberse dado cuenta de la aproximación al Morro Solar de un escuadrón de caballería enemigo, que yo descubrí con mi catalejo, en una de mis observaciones. Ese escuadrón, después de reconocer nuestra línea, regresó tranquilo a su vivac.

Pocos días después practicaron los chilenos otro reconocimiento al frente mismo de mis posiciones, dispararon algunos cañonazos y regresaron tranquilamente, a la vista del Generalísimo, quien presenciaba el hecho desde el ala derecha de mi sector de defensa, sin que dictara ninguna disposición. No pudiendo ocultar mi desagrado al ver esta impasibilidad de parte del Mando Supremo y no pudiendo proceder de manera independiente, me acerqué al secretario general, señor García y García, y le manifesté mi disgusto. El

Digitized by Google

secretario me dijo que no había más que conformarse con las disposiciones del Dictador. Desde este momento comenzó a perderse la confianza que el Dictador había inspirado como Generalísimo del ejército, pues todos los jefes censuraron su actitud.

El reconocimiento que acababa de practicar el enemigo no dejaba dudas respecto a lo que sucedería inmediatamente después. Convencido de que no tardarían los chilenos en atacar, redoblé la vigilancia y establecí el servicio avanzado, por medio de guerrillas destacadas a vanguardia, y además establecí un servicio de ronda, por medio de patrullas.

Los batallones del 4º cuerpo de ejército, de mi mando *(Lima Nº 61; Canta Nº 63; 28 de Julio Nº 65; Pichincha Nº 73; Piérola Nº 75; La Mar Nº 77; Manco Capac Nº 81; Arica Nº 79; Ayacucho Nº 86)* estaban desplegados en línea de batalla, la cual recorría yo de día y de noche, a fin de que estuvieran listos para repeler cualquier ataque del adversario.

Poco después emprendieron los chilenos un tercer reconocimiento, llevado a cabo por una división de las tres armas, y que también fué presenciado por el Dictador desde el cerro Pamplona, donde se encontraba en compañía de los generales Buendía, Vargas Machuca, Segura y Montero, quienes, sin puesto en filas, formaban su séquito. Y esta vez tampoco dictó medida alguna para oponerse al enemigo, y dejó que realizara su cometido. Entonces me permití manifestar que había necesidad de salir a batirlo con una división, a fin de impedirle verificase más reconocimientos; pero mi propuesta no fué aceptada. Convencido de que a este reconocimiento seguiría el ataque, le comuniqué mi pensamiento al secretario del Dictador, haciéndole ver además la conveniencia de cavar una zanja de unos tres metros de ancho por otros tres de profundidad en la falda de un promontorio desenfilado que teníamos a la vista, a nuestra izquierda, a fin de ocultar tropas

Digitized by Google

que podían atacar sorpresivamente y de flanco al enemigo que intentase avanzar y arrojarlo hacia la playa. Le pareció buena mi idea al secretario, y se dirigió donde el Dictador para exponérsela, siendo aprobada por el señor Piérola, quien ordenó al Jefe del Estado Mayor que procediera inmediatamente a dar las órdenes convenientes para la excavación de la trinchera; pero la falta de herramientas no permitió utilizar toda la gente disponible, ni tampoco el enemigo nos dió ya tiempo para ello.

Víspera de la batalla.

La noche del 12, el coronel Lorenzo Iglesias, que estaba de jefe de día, se introdujo en el sector de su hermano, el Ministro de Guerra, para tomar una taza de té en su compañía. Aquí supo aquel jefe que una de las avanzadas establecidas por Iglesias había capturado a un soldado chileno perteneciente a la ambulancia, que se había extraviado.

Sometido a un interrogatorio, declaró el prisionero que el ejército chileno se había puesto en marcha desde las cuatro de la tarde de ese día, con el objeto de atacarnos a la madrugada del siguiente. Dicho soldado fué remitido a la presencia del Dictador.

Cuando el coronel Iglesias me relató lo sucedido, le dije: «Ya se lo había dicho a usted antes, que después del último reconocimiento deberíamos esperar el ataque, lo cual hoy queda confirmado. Sólo nos queda ahora prepararnos a recibir al chileno como mejor convenga, a fin de que no le resulte fácil llegar hasta nosotros.» En seguida le ordené marchar en el acto a recorrer la línea, no obstante que yo acababa de hacerlo, con el objeto de cerciorarse de si se había distribuído el rancho y ron a la tropa, debiendo después de esto ponerse a la cabeza de su división, que formaba la izquierda del sector, advirtiéndole que yo iba en seguida.

Digitized by Google

Serían las tres de la mañana, poco más o menos, cuando, después de tomar una taza de té, me puse en marcha hacia el frente de mi línea. Hasta este momento, el Jefe del Estado Mayor no había dado ninguna orden para prevenir el ataque que luego iniciaría el enemigo, de modo que sin otro dato que el que me acababa de dar, por un hecho casual, el coronel Iglesias, determiné de mi propia cuenta colocarme frente a mis tropas, listo a combatir.

Acababa de dejar mi carpa en compañía de mis ayudantes, cuando divisé al señor Piérola que se encaminaba hacia nosotros, seguido de uno de sus hijos y de un ayudante, el coronel Chocano. En la conversación que entablamos en el camino, entre otras cosas me dijo: «¿Qué piensa usted del asalto que se dice pretende darnos el enemigo?» — «Es de esperárselo,» le repuse, «después de los reconocimientos hechos de nuestras posiciones.» — «¿Cree usted», añadió el Dictador, «que nuestros soldados se porten bien?» — «Si su bravura corresponde a su aspecto exterior de gente robusta y vigorosa, y si obedecen a pesar de su escasa instrucción, creo», le dije, «que podemos dar serio trabajo a los chilenos.»

Continuamos en nuestro camino hablando sobre los movimientos del enemigo, cuando nos sorprendió el traquido de algunos lejanos tiros. No cabía duda de que esos disparos se producían por el encuentro de las avanzadas. Era el preludio de la batalla.

La batalla de San Juan, 13 de enero de 1881.

(Croquis núm. 7.)

Eran las cuatro de la mañana y el campo se encontraba cubierto de neblina, la cual protegía el avance aproximativo de los chilenos, que se presentaron de improviso, y sin haber hecho fuego, por la parte casi

Digitized by Google

indefensa que se dejó entre la izquierda de Iglesias y mi derecha. Al oir que se iniciaba un violento fuego por ese sitio, comprendí que el enemigo había penetrado por ese lugar desguarnecido de nuestra línea, e inmediatamente me dirigí allá, adonde se encaminó también el Dictador.

Llegado que hubimos, pude confirmar mis suposiciones y dije a Piérola: «Vea Ud.; el enemigo está ya sobre nuestra línea.» Avanzamos en seguida hasta la base de una colina donde se encontraba uno de los batallones de la división de Ayarza, cuando vi que los chilenos habían efectivamente penetrado por ese claro desguarnecido y nos atacaban por la retaguardia. Entonces díjele al Dictador: «Los chilenos están detrás de nuestra línea y nos atacan por la espalda.» El Jefe Supremo miró atónito, y sin decir palabra dió vuelta a su caballo y se alejó.

No obstante que nuestras tropas se vieron atacadas por la espalda, sostuviéronse valientemente. El coronel Ayarza vino donde mí precipitadamente y me dijo: «Arguedas nos ha traicionado atacándonos por la espalda.» Tan rápida había sido la sorpresa y de tal magnitud, que este valiente jefe creía que los que atacaban eran los soldados de la división Arguedas, que constituían la izquierda de Iglesias. Inmediatamente le hice ver su error diciéndole: «No es lo que Ud. supone; el enemigo ha rebasado la línea cerca de la posición de Arguedas, y son los chilenos los que atacan a la división de Ud. Ordene que baje el batallón que tiene en la cima y ataque a los chilenos, que están ocupando las posiciones que defendía Arguedas.»

Efectivamente, los chilenos, rebasando la línea, habían desalojado a Arguedas de sus posiciones y desde ellas dirigían sus fuegos contra Ayarza, por la espalda.

El coronel Ayarza, cumpliendo mis órdenes, colocó sus tropas en línea perpendicular a la que determinaba la posición primitiva en el ala derecha. De esta manera

Digitized by Google

se conseguía al mismo tiempo batir a los chilenos situados en la posición de Arguedas y proteger en parte nuestro sector, por la retaguardia.

Al propio tiempo envié a uno de mis ayudantes para que pidiera al coronel Suárez, que mandaba la reserva y se encontraba a retaguardia, que acudiera en nuestro apoyo y contuviera a los chilenos que avanzaban sin obstáculo por el boquete desguarnecido. Suárez me mandó decir, en respuesta, que no podía acudir a mi llamamiento, porque había recibido orden del Dictador de retirarse a Chorrillos.

Mientras tanto, las tropas de Ayarza seguían combatiendo valientemente en la derecha y el fuego se generalizaba en toda la línea. Ya no era, pues, posible sustraer ninguno de los batallones que tomaban parte en la lucha para oponerlo al avance del enemigo. Dejando a Ayarza que sostuviera la derecha, me dirigí al centro de mi línea, defendida por la división Pereira y en la cual estaba emplazada la artillería. Dispuse que ésta rompiera los fuegos sobre otras tropas enemigas que avanzaban por el frente, y ordené a Pereira que se sostuviera allí, haciendo que sus soldados se tendieran en tierra detrás de los muros de arena formados en el cerro, a fin de hacer mejor blanco sobre el enemigo, presentándole a su vez uno menor. En seguida me dirigí a la izquierda, defendida por el coronel Lorenzo Iglesias, y, al llegar, encontré que sus tropas habían sido batidas completamente, por no haber ocupado las posiciones que le indiqué y haber contrariado mis órdenes.

Perdida la izquierda, regresé al centro con el objeto de sostenerme con la división Pereira y la artillería; pero al llegar no encontré fuerza alguna. Pereira no había podido resistir, y sus tropas se dispersaron. No encontré allí sino a un oficial herido, al pie de su cañón, quien me dijo: «Mi coronel, tan luego como Ud.

Digitized by Google

se separó de aquí, la división no pudo resistir y el coronel Pereira abandonó el campo.»

Me encontraba en trayecto a la derecha, cuando se me vino a avisar que la división de Ayarza había sido desbaratada, tras dura e intensa pugna, y muerto heroicamente su valiente jefe. Así, pues, en menos de tres horas, nuestra línea había sido totalmente destrozada por el enemigo.

Me encontraba, pues, sin soldados y solamente acompañado de mis ayudantes sobre una pequeña colina, donde ya mi permanencia carecía de objeto, y rodeado por las tropas enemigas que en ese momento ocupaban la hacienda San Juan, adonde afluían por uno y otro lado, después de haber destrozado el centro y derrotado también a Dávila en la extrema izquierda de nuestra extensa línea.

No obstante encontrarme en tan difícil situación, pude escapar con mis ayudantes por un camino que conduce al pueblo de Surco. A poco de recorrerlo encontré a un grupo de unos 200 soldados, que huían a la desbandada. Los detuve, los agrupé y los conduje a Barranco. Cerca de este pueblo encontré al coronel Arias Aragüez, que se ocupaba también en reunir los dispersos.

En Barranco, el doctor Sebastián Lorente, que se encontraba a cargo de la oficina telegráfica, obsequió a los soldados con algunos sacos de pan, que pronto se repartieron, y después me dirigí a Miraflores.

En el campamento establecido aquí, encontré al Jefe del Estado Mayor, general Silva, completamente solo, sin ningún ayudante, y puse a su disposición los hombres que había podido recoger. Luego, con mis ayudantes, dediquéme a reunir los dispersos que atravesaban el campo en diferentes direcciones.

Ocupados en esta tarea, demasiado pesada, desde luego, conseguimos reunir antes de las doce del día los

Digitized by Google

restos del ejército derrotado. Allá fueron llegando muchos jefes que habían podido conservar grupos de soldados bajo sus órdenes. Mientras tanto, el doctor Lorente pedía con insistencia por telégrafo refuerzos para el coronel Iglesias, que seguía batiéndose en el Morro de Chorrillos, en donde el fuego continuaba ininterrumpido. El general Silva me hizo llamar y me propuso que fuera en auxilio de Iglesias con parte de las fuerzas ya reunidas en el campamento. Tomé 400 hombres, y sin observación alguna partí en seguida.

Al pasar por Barranco, encontré al coronel Suárez con el cuerpo que mandaba. Al ver que Suárez se retiraba tan tranquilo, no pude contenerme y le dije: «No me explico el motivo de su retirada, encontrándose Iglesias combatiendo en Chorrillos y, sobre todo, cuando pide refuerzos.» El coronel Suárez me respondió que Iglesias había sido cogido prisionero a las diez del día, y que la división que permanecía en la cima del cerro se había retirado ya; «las fuerzas que se ven allí son de los chilenos y el fuego que se oye es de ellos mismos, que se han entregado al saqueo, rompiendo las puertas de las tiendas y de las casas.»

A pesar de esta explicación, continué mi marcha hasta Chorrillos, diciéndole: «Pues bien, yo voy a cumplir la orden del Estado Mayor.» El coronel Suárez continuó su marcha a Miraflores. Su cuerpo de ejército estaba íntegro, a excepción de un batallón, que Recavarren condujo por su propia cuenta en auxilio de Iglesias, y que fué deshecho en Chorrillos. Llegué a casa del señor Lafón, ciudadano francés, que me ofreció su mirador para observar el campo, y pude ver con mi anteojo que efectivamente tropas chilenas ocupaban los cerros cercanos a la población de Chorrillos. Era la una del día. No obstante, y tomando las precauciones convenientes, penetré en Chorrillos, y en las primeras calles encontré un grupo de soldados enemigos, a los cuales ataqué e hice huir;

Digitized by Google

pero a poco fuí acometido por fuerzas superiores que pretendían flanquearme, cortándome el camino de retirada, lo cual impidió oportunamente el capitán Mariátegui, que llegó en esos momentos, conduciendo un cañón montado en la plataforma de un carro, y les hizo un sostenido y certero fuego. De esta manera pude contener el empuje de las numerosas tropas enemigas que llegaban. Mas, comprendiendo lo inútil que sería seguir combatiendo sin esperanza de recibir refuerzos y con soldados que me inspiraban poca confianza, resolví regresar a Miraflores, convencido del fracaso completo de nuestros esfuerzos y profundamente apenado de las desgracias del Perú.

Un día de intervalo entre las batallas de San Juan y Miraflores.

Anochecía el 13 de enero, y dí por terminada mi labor de recoger dispersos de los campos cercanos a Miraflores. Nuestros esfuerzos no fueron infructuosos, pues logramos reunir más de 2000 hombres de los derrotados en San Juan.

Las fatigas y emociones experimentadas durante el día me hicieron sentir la necesidad de descansar. Desmonté, tendí mi capote en el suelo y me acosté un momento.

Mientras tanto, Chorrillos ardía y el cielo reflejaba el color rojizo de las llamas; los disparos y descargas en serie no interrumpida parecían haber convertido la población en teatro de un combate nocturno, cuya intensidad aumentaba por momentos.

Seguro de lo que había pasado y de que la soldadesca chilena, entregada sin duda al saqueo y a la borrachera, se encontraba desorganizada completamente, incapacitada de oponer una seria resistencia a un ataque sorpresivo y enérgico, pensé ser yo quien lo

Digitized by Google

llevara a cabo, y abrigaba la profunda convicción de alcanzar buen éxito.

Inmediatamente me dirigí al general Silva y le propuse el plan que acababa de concebir, obteniendo su aprobación, pero agregando éste que no podía autorizarme para tal empresa sin el consentimiento previo del Dictador, a quien debía consultar. Llegado Piérola a las diez de la noche, el general Silva puso en su conocimiento mi propósito, pidiéndole al mismo tiempo su aprobación y manifestándole la conveniencia de realizarlo. Pero el Jefe Supremo desechó el proyecto, diciéndole: «El plan del coronel Cáceres encierra un sacrificio estéril e inútil, porque el ejército chileno se encuentra formado en los alrededores de la población y los que saquean e incendian no son sino unos pocos.» El Dictador estaba mal informado en esos momentos, pues, como se supo más tarde, mis presunciones eran fundadas, y era todo el ejército chileno el que se había entregado esa noche al más completo desenfreno. Desechado mi proyecto, comenzó el general Silva a darle cuenta de los acontecimientos del día y a exponerle las medidas que había tomado para la organización de la segunda línea de defensa, a fin de hacer frente a la nueva situación creada, así como los esfuerzos desplegados para reunir a los dispersos y concentrarlos cerca de los reductos.

Al siguiente día 14, el Comandante en Jefe chileno envió ante el Dictador al secretario del Ministerio de Guerra, Errázuriz, en compañía del coronel Iglesias, que se encontraba prisionero, para proponerle negociaciones de paz, declarando que quedaba salvo el honor de las armas peruanas, después de la batalla de San Juan. Pero Piérola no aceptó al parlamentario chileno, por carecer de los poderes necesarios para tratar. Un poco más tarde, el cuerpo diplomático residente en Lima, apoyado por los jefes de la escuadra neutral surta en el Callao, consiguió que se pactara

Digitized by Google

una tregua entre los beligerantes, la cual debía durar hasta las doce de la noche del día 15. Pero esta tregua fué rota por el enemigo en la tarde del día siguiente, antes de que expirase el plazo, como lo vamos a ver en seguida, y originó la batalla de Miraflores.

Los chilenos aprovecharon la tregua para agrupar sus tropas, situarlas en determinadas posiciones y practicar reconocimientos de nuestra línea.

Batalla de Miraflores, 15 de enero de 1881.

(Croquis núm. 8.)

La línea de defensa de Miraflores extendíase desde las inmediaciones del mar, en el poniente, hasta la hacienda Vásquez, por el Nordeste. Estaba constituída por seis reductos levantados sobre toda su extensión a intervalos casi iguales. Eran los tales reductos simples obras de tierra con parapetos formados de sacos terreros. En cada uno de ellos se habían montado algunas piezas de artillería.

El ejército de defensa de esta segunda línea estaba formado por los restos del ejército de línea derrotado en San Juan, la reserva, pequeñas unidades colecticias y dos batallones chalacos. En suma: de 8 a 10.000 hombres.

La línea estaba organizada en tres sectores de defensa: el de la derecha (ala derecha) a mis órdenes, el centro a las del coronel Suárez y el ala izquierda al mando del coronel Justo Pastor Dávila. La reserva, situada por Vásquez, la mandaba el coronel Echenique.

Mientras los reductos estaban ocupados por tropas de reserva con mando propio, la misión encomendada a los comandantes de sector era la defensa de los intervalos entre tales reductos. Así, a mí me tocaba la defensa de las trincheras tendidas entre el 1er reducto encargado

Digitized by Google

al ciudadano señor Lecca, y el 2º confiado al ciudadano Ramón Riveiro. Comandante general de los reductos era el señor Correa y Santiago, si bien recuerdo.

Las tropas de mi mando constituíanlas tres batallones mandados respectivamente por los coroneles Frisancho, Seminario y Porras, una compañía de improvisados con el capitán Garay a la cabeza, un batallón formado igualmente de gente colecticia por el intrépido coronel Arias y Aragüez, y el batallón de Marina, chalaco, el mejor de todos, al mando del coronel Fanning. Estas unidades estaban agrupadas en dos divisiones, de las cuales la 1ª la mandaba el coronel Cevallos.

Distribuí estas fuerzas entre el 1er y 2º reducto, de modo que a la vez que quedase cubierto el intervalo, se aprovechasen las tapias y pircas de los potreros como parapetos.

Dispuestas mis fuerzas en este orden, pasé la noche del 14 vigilando la línea y en actitud de repeler cualquier ataque por sorpresa del enemigo.

Durante toda esta noche continuaban aún el incendio y la orgía de los chilenos en Chorrillos, y al fin amaneció sin que hubiera novedad en nuestra línea.

Ocupé la mañana en recorrer el frente y tomar las últimas disposiciones, así como cuidar que se diera a mis soldados una copa de ron y su correspondiente rancho.

En estas circunstancias, comunicóme el Jefe del Estado Mayor que los miembros del cuerpo diplomático se hallaban en Miraflores, conferenciando con el Dictador.

Pero no obstante la tregua pactada, los chilenos comenzaron a moverse y avanzar, hasta desplegar sus guerrillas al frente mismo de mis posiciones, a unos 500 metros de distancia. Inmediatamente puse este hecho en conocimiento del Jefe del Estado Mayor, haciéndole notar que el enemigo no observaba la tregua convenida. El general Silva me contestó que por nues-

Digitized by Google

tra parte estábamos obligados a observarla y a guardar la calma que el caso requería.

No había terminado de hablar con el Jefe del Estado Mayor, cuando se oyó un disparo, luego otros y por último el fuego que se generalizaba en toda la línea.

Fuíme inmediatamente a mi sector para inquirir la causa de la ruptura del fuego. El coronel Cevallos, quien hacía el servicio de día, me informó que los disparos habían salido de las líneas chilenas y que los nuestros, excitados e incontenibles, habían contestado. La lucha habíase, pues, encendido de modo intempestivo. Y mi sector se vió pronto atacado de frente por la 3ª división Lagos y, del flanco, por los buques de la escuadra enemiga. Eran las dos de la tarde.

Entablóse así una lucha desigual. Sin embargo, recorriendo la línea, logré despertar y avivar el entusiasmo de mi tropa y pude sostenerme durante toda la tarde. Dirigíme al reducto de Lecca y ordené que saliera una compañía para que defendiera la cortadura de Almendaris, porque podría penetrar por ella el enemigo y subir a tomar el 1er reducto. En dicha compañía, la 4ª del batallón de reserva Nº 2, constituída por jóvenes de la sociedad de Lima, formaba, con la clase de sargento, el actual presidente del Perú, don Augusto B. Leguía.

A medida que continuaba la refriega, íbanse agotando las municiones, de lo cual me dí inmediata cuenta, y mandé al teniente coronel Adeodato Carvajal y al ayudante Enrique Canseco a solicitarlas del Jefe del Estado Mayor; pero ninguno de ellos regresó a dar cuenta de su comisión. Envié a otro oficial solicitando refuerzos, pero no encontró al Jefe del Estado Mayor, y regresó a darme la noticia de que dicho Jefe ya no se encontraba en el campo y que le habían dicho que estaba herido. El Dictador tampoco se presentó en la línea.

Digitized by Google

Entonces hice un esfuerzo supremo. Salí al frente, lanzándome contra el enemigo. Nuestro contraataque fué tan robusto y firme, que paralizó al adversario y le hizo retroceder. La pugna en este punto fué encarnizada y dura. Y los chilenos cejaban, fuertemente presionados en su frente y en sus flancos. Pero no recibiendo ningún refuerzo, ni siendo apoyados eficazmente por las tropas de los demás sectores, a poco nos sentimos extenuados e incapaces de continuar el empuje. Sólo la derecha de Suárez, la división Canevaro, había acompañado en parte nuestra arremetida.

El éxito hubiera cambiado seguramente en nuestro favor, con la intervención oportuna y decisiva de las tropas del ala izquierda y de la reserva. Pero no se movieron, sino que, como espectadores, presenciaron la función y vieron luego cómo el chileno, entretanto rehecho y ya reforzado, devolvía el golpe con abrumadora superioridad numérica y destrozaba mis tropas. Los comandantes generales esperaban órdenes.

A pesar de todo, nos sostuvimos hasta las cinco de la tarde. Con la puesta del sol se apagaron los fuegos de mi tropa por falta de municiones, y ante el robusto avance del enemigo se declaró la derrota.

Durante la refriega recibí un balazo en la pierna derecha y dos me atravesaron mi kepis sin herirme; perdí a todos mis ayudantes, unos muertos y otros heridos de gravedad, figurando entre los primeros los jóvenes Paz y Retis. Entre los heridos estaban el teniente coronel Salvador Cavero, Jefe de Detall de una de las divisiones, que permanecía a mi lado; los capitanes Augusto Bedoya, Eduardo Lecca y Joaquín Castellanos.

Todos mis esfuerzos por contener la dispersión fueron estériles. Y solo, con la pierna atravesada de un balazo y mi caballo también herido, abandoné el campo. Pero antes quise recorrer la línea, para informarme del porqué de la pasividad de mis compañeros comandantes generales. Llegué al reducto que mandaba el

Digitized by Google

señor Narciso de la Colina, en el vecino sector de Suárez, precisamente en el momento en que de la Colina recibía un balazo mortal y yo otro, que me destrozó el anteojo de campaña con que observaba al enemigo. El reducto, aún perdido su jefe, continuó sosteniéndose por breve espacio de tiempo. Indignado por la actitud observada por los comandantes generales, increpéles de espectadores impasibles del desastre de mis tropas. Excusáronse, diciéndome que no hacían sino cumplir órdenes recibidas, y a medida que el enemigo avanzaba se iban retirando y dispersando.

Consumada la derrota y desvanecida toda esperanza de rehacer la resistencia, herido, tomé el camino de la capital.

Después de Miraflores.

Solo, y acosado por fuertes dolores de la herida, seguí por el camino que conduce a Lima. En el trayecto encontré al comandante Patiño Zamudio, quien me alcanzó un poco de agua en su kepis y me vendó la pierna con su pañuelo. Por el camino pasaban atropelladamente los dispersos. Detras de mí quedaba el exterminio y la desolación; Chorrillos y los demás pueblos ardían, el campo cubierto de cadáveres y de heridos, pisoteados por el vencedor.

Impotente y colérico, caminaba soportando en el corazón todo el peso de las desgracias de la Patria, y un tumulto de ideas y sentimientos agitaban mi espíritu, que en medio de todo no se resignaba a la derrota.

La gran cantidad de dispersos que abandonaba el campo me sugirió la idea de que aún se podía organizar con ellos un ejército y trasladarlo a la Sierra para continuar la lucha contra el invasor.

Digitized by Google

Animado con esta idea, apuré el paso a mi caballo y llegué a la Plazuela de la Exposición, a las siete de la noche poco más o menos. Aquí fuí reconocido por los soldados, quienes agrupáronse en mi derredor, pidiendo a gritos que me pusiese a su cabeza para continuar la lucha.

Este rasgo de patriotismo me hizo comprender que, no obstante las desgracias sufridas, aún no se había quebrantado el espíritu de las tropas y que aún era posible formar un nuevo ejército y operar con él en la región del Centro de la República. Les hice ver mi herida, y les dije que en el estado de mi salud me era imposible por ese momento ponerme al frente de ellos; pero les recomendé que se reunieran y reorganizaran a órdenes de los principales jefes que se hallaban en Palacio, quienes tomarían el mando.

En esos momentos acercóseme el capitán La Barrera, y se puso a mis órdenes, ofreciéndose como ayudante. Aproveché sus servicios y lo envié inmediatamente a Palacio para que informara en mi nombre a los coroneles Suárez y Secada de lo que ocurría en la Exposición, y manifestara la necesidad y conveniencia de reunir esos dispersos para formar un nuevo ejército, así como designar un jefe que se encargase de esa labor y de conducirlos al interior, pues yo no podía sostenerme por estar herido.

Para impedir que las tropas se internasen en la población mientras regresaba mi comisionado, ordené a La Barrera que, antes de marcharse con los soldados de caballería que a él le seguían, cerrase todas las bocacalles de la plaza. Anheloso esperaba la vuelta de mi comisionado, cuando regresó diciéndome que en Palacio habían juzgado irrisorio mi proyecto y mandaban decir que todo estaba completamente perdido y que mandara a los dispersos para que dejaran sus armas y fueran licenciados.

Digitized by Google

Hacia la Ambulancia de la Cruz Roja.

Decepcionado con la respuesta, me dirigí en busca de una ambulancia de la Cruz Roja. Llegué casi exánime a la improvisada en la calle de San Carlos. Me apearon del caballo inmediatamente y me colocaron en una cama. En seguida el médico dispúsose a hacerme la primera cura, para lo cual hubo necesidad de cortar la bota, la que se me había pegado a la pierna, con la sangre coagulada. Lavóme la herida y puso una venda.

En la noche de ese mismo día se me presentó el capitán José Miguel Pérez, oficial muy apreciado por mí y que combatió con el batallón Concepción. Dicho capitán, al saber que yo estaba herido, comenzó a buscarme por todas las ambulancias, hasta que me halló en la de San Carlos y me ofreció y prestó luego sus valiosos servicios.

Obsesionado siempre por la idea de reunir a los dispersos, no obstante el mal resultado que obtuvo mi anterior comisionado, quise insistir en mi idea y mandé al capitán Pérez a Palacio para que reiterara a los coroneles Suárez y Secada mi proyecto de formar por lo menos un cuerpo de ejército y decirles que aún era tiempo para aprovechar el entusiasmo de ese considerable número de soldados, llevándolos a Chosica, adonde también se podía trasladar el parque de guerra almacenado en el cuartel de Santa Catalina, utilizando el ferrocarril que estaba a nuestra entera disposición. Dichos coroneles volvieron a decirme que todo era inútil, que ya habían licenciado a los soldados, recogiendo las armas, y que el Dictador había ido al interior, ordenando antes al comandante general de la división de reserva que disolviera sus tropas.

Así, pues, perdióse el tiempo precioso que mediaba entre la derrota de Miraflores y la entrada de los chilenos en Lima, en vez de aprovecharlo para trasladar todo el parque, las armas y los soldados, que se hallaban

Digitized by Google

con ánimo de seguir peleando, hacia el interior, y formar allí otro ejército.

Lamentando todo lo ocurrido y la desgracia de que no hubiera hombres de suficiente tino para afrontar una situación como la que ofrecía el país, pasé la noche preocupado con la idea de organizar el ejército de la Sierra y con el pesar de haber perdido a mis ayudantes, valientes jóvenes llenos de esperanzas.

El capitán Pérez se trasladó a la ambulancia de San Pedro para comunicar a mis ayudantes, que se encontraban heridos en ese puesto, que yo me hallaba en la de San Carlos. Pocas horas después me trasladaron a la ambulancia de San Pedro, donde el doctor Belisario Sosa se encargó de mi curación, encontrando allí a mis ayudantes Augusto Bedoya y Joaquín Castellanos, quienes al verme experimentaron gran alegría, manifestando el deseo que tenían de restablecerse para continuar a mis órdenes.

Dos días transcurrieron entre nuestra derrota y la entrada de los chilenos en Lima, tiempo sobrado para reorganizar a los dispersos y formar un nuevo ejército, como yo lo deseaba.

Los chilenos me buscan en las Ambulancias.

Una vez que entraron los chilenos en Lima, el 17, buscáronme en todas las ambulancias. Al tocar en la de San Pedro, el personal de la ambulancia negó mi estancia, temeroso de que me hicieran prisionero. Al día siguiente, volvieron dos jefes, después de haberme buscado en los demás puestos de auxilio; y casi seguros de que yo me encontraba en el de San Pedro, se dirigieron al jefe de la ambulancia diciéndole que el objeto suyo era saludarme en nombre del general Baquedano y ofrecerme sus servicios y toda clase de garantías.

Digitized by Google

Mis amigos de la ambulancia escucharon estas palabras tan elogiosas y muy atentos las agradecieron, invitándoles a pasar al salón donde estaban los demás heridos, haciéndoles ver de este modo que no me ocultaban y diciéndoles que probablemente me encontraba medicinándome en alguna casa particular. Los comisionados, satisfechos por las atenciones recibidas, se retiraron, lamentando no hallarme. Pero entretanto se me había ocultado en la celda del Superior de los jesuitas.

Desde esta visita tuve necesidad de tomar mayores precauciones, y seguí curándome, oculto en la celda del Padre Superior, a cuya bondad y celo debí no haber caído prisionero del enemigo. Y a pesar de que las autoridades chilenas habían ordenado que todos los militares que se encontraban en la ciudad debían dar las señas de su domicilio, yo no las dí.

Temiendo que los chilenos persistiesen en su empeño de buscarme, se me trasladó al domicilio de don Gregorio Real, en la calle del Quemado, donde también moraba el Ministro del Brasil y se ostentaba en el balcón la bandera de dicho país. Allí fuí solícitamente atendido por la familia del señor Real, y permanecí hasta que mejoró notablemente la herida. Después me trasladé ocultamente a mi casa de la calle de San Idelfonso, donde los cuidados de mi esposa, señora Antonia Moreno, apresuraron mi restablecimiento, y apresté mi viaje a la Sierra.

Digitized by Google

LA CAMPAÑA DE LA RESISTENCIA

Digitized by Google

Digitized by Google

LA CAMPAÑA DE LA RESISTENCIA.[1])

Primer período de la campaña. Operaciones en el Centro.

‹Abril de 1881 a octubre de 1883.›

De Lima a Jauja.

Como dejo dicho, a raíz del desastre de Miraflores surgió en mí la idea de internarme en la Sierra y continuar la resistencia contra el invasor, pues pensaba que, aprovechando las ventajas defensivas que ofrecía la región, era factible una resistencia tenaz, que obligaría al enemigo a malgastar sus energías y a moderar sus ambiciones, teniéndole a raya en la región de la costa que ya ocupaba.

---

1) El cariño popular peruano llama a esta épica campaña LA BREÑA, por la naturaleza del suelo patrio en que se desarrolló. La campaña de la Resistencia comprende todos los sucesos militares ocurridos desde abril de 1881 hasta octubre de 1883.

Uno de los últimos días de agosto de 1923, al terminar la revisión de la publicación hecha en El Nuevo Diario de los capítulos pertinentes a sus memorias, y después de haber anotado todas las indicaciones y rectificaciones que me hizo, díjome el Héroe: «Nos falta todavía algo. Una introducción. Hay que hacerla y consignar en ella mi reconocimiento a Ud. por su laboriosidad como secretario y colaborador mío en la confección de estas memorias. Asimismo, dirigir mi postrer saludo a todos mis compañeros de la campaña de la resistencia.» Luego, tras una pausa en que parecía concentrarse el benemérito caudillo, añadió: «Vamos quedando ya muy pocos. ¡Cuántos sacrificios! ¡Y todo estéril! Que me dispensen si no están consignados todos en estas páginas. No me es posible acordarme de sus nombres.»

Digitized by Google

Acariciando esta idea y con el firme propósito de inculcarla en todos los que aún estaban dispuestos a hacer mayores sacrificios por la Patria, mi único deseo era salir de Lima y encaminarme al interior, a fin de poner en práctica mi proyecto de organizar la resistencia armada. Y como sabía el viaje del Dictador al Centro, aumentaba mi confianza de que aceptaría y secundaría mi propósito.

Apenas cicatrizada mi herida, el 15 de abril de 1881, muy temprano y tomando las debidas precauciones para no ser reconocido, abandoné mi domicilio y me encaminé a la estación de Viterbo, cercana a mi casa, acompañado del capitán José Miguel Pérez, embarcándonos seguidamente en el tren de la sierra.

Una vez en el coche, me llamó mucho la atención entre los pasajeros un grupo de dos chilenos y dos mu-

---

El 5 de septiembre, con motivo de mi regreso a Europa, fuí a despedirme. Fué la última vez que vi al héroe de la Breña y recibí sus últimas recomendaciones. Al estrecharle la mano, conmovióse mi ánimo, llenándose de pena. ¡Terrible presentimiento! El 11 de octubre, al tocar en el puerto de Amberes, me enteré cablegráficamente de su fallecimiento.

Si bien el ilustre finado no tuvo la dicha de ver publicada su obra completa, lo cual fué la obsesión postrera de su vida, sí tuvo la satisfacción de verla terminada, y constituyó un gran placer suyo el ver los capítulos de sus memorias publicados en El Nuevo Diario, a cuyos redactores envió desde Ancón una expresiva carta, la cual reproduzco a continuación, con los comentarios de dicho diario. J.C.G.

Significativas palabras del Mariscal don Andrés A. Cáceres.

UNA CARTA DEL ILUSTRE MILITAR.

Lima, Lunes 17 de septiembre de 1923.

Desde el balneario de Ancón, en donde ha establecido su residencia, por motivos de salud, nos envía el mariscal don Andrés

Digitized by Google

jeres alegres. Los individuos eran dos oficiales, de paisano, quienes sin duda iban en viaje de recreo. Las mujeres, después de mirarme con insistencia, hablaron en voz baja con sus compañeros, señalándome. — «Estamos perdidos — dije a Pérez; — sin duda me han reconocido, y al llegar a Chosica van a denunciarnos.» Descendimos del tren con la debida precaución, para perdernos de vista de las dos parejas. En el andén encontré a un amigo mío, el señor Ramírez, quien sorprendido al verme, me abrazó efusivamente exteriorizando su regocijo. Contéle lo que ocurría, y le advertí que no diera mi nombre a nadie, pues sospechaba que aquellos oficiales eran espías y podían entregarme a los destacamentos enemigos del tránsito.

No obstante mi desconfianza, tuve que embarcarme nuevamente para seguir viaje a Chicla, término del ferrocarril, adonde llegué sin novedad, y bajé inmediatamente del tren, ordenando a mi ayudante que fuera en busca del gobernador del pueblo y le pidiera dos caballos ensillados para continuar nuestra marcha aquella misma noche. Esta autoridad se encontraba

---

Avelino Cáceres la breve pero honrosa carta que en seguida publicamos. Ello nos estimula en la tarea que tenemos comenzada y que nosotros tenemos el firme propósito de cumplirla.

En Ancón, septiembre 15 de 1923.

Señores Redactores de «*El Nuevo Diario*».

Lima.

Mis estimados amigos:

La labor entusiasta de Uds. en pro del Partido Constitucional y la publicación, en el diario que Uds. acertadamente dirigen, de varios capítulos de mis memorias militares, tienen comprometido mi reconocimiento; y al hacerlo constar en estas líneas, quiere su viejo amigo expresarles su satisfacción y aplauso por el celo y rectitud con que vienen tratando los asuntos políticos que tanto interesan al país.

Anhelando el mayor progreso a «El Nuevo Diario», reitérales su afecto y distinción su buen amigo y S. S.

Andrés A. Cáceres.

Digitized by Google

felizmente en la estación, y yo mismo le solicité las bestias y le recomendé que vigilase a los dos oficiales chilenos.

A poco regresó el gobernador con los caballos ensillados y me comunicó que los oficiales con sus compañeras habían ingresado en el hotel. Tranquilizado con la noticia, montamos inmediatamente y emprendimos sin detenernos el viaje a Jauja, por el camino conocido, bajo la acción de una copiosa lluvia.

Al día siguiente llegamos a esa ciudad, dirigiéndome yo a casa del señor José María del Valle, quien me recibió en compañía de varios amigos suyos, entre los cuales estaba el doctor Arturo García, persona muy culta y simpática por su trato, y me proporcionó hospedaje y toda clase de comodidades.

Momentos después recibí la visita del capitán de navío Aurelio García y García, enviado especialmente por el Dictador para darme la bienvenida y decirme que el señor Piérola deseaba verme lo más pronto posible. Agradecí la invitación, y mandé decir al Dictador que iría a verle al siguiente día.

Mi visita al Dictador. — Mi nombramiento como Jefe Político y Militar del Centro. — Breves consideraciones sobre la organización de la resistencia.

Muy temprano presentéme al señor Piérola, quien me recibió con mucha amabilidad, y, estrechándome la mano, me dijo: «Tengo mucho gusto de que haya venido usted, porque aquí se hacen muy necesarios sus servicios. Yo deseo que usted se quede al mando de los departamentos del Centro, con el carácter de Jefe Superior Político y Militar, en reemplazo de Echenique, que debe marchar conmigo a ocupar otro puesto.»

«Justamente el único móvil que me ha traído acá—le contesté—ha sido el de secundar los propósitos y es-

Digitized by Google

fuerzos del Jefe Supremo en la organización de un ejército para continuar la resistencia o para imponer respeto al invasor, al tratar de las condiciones de la paz. Acepto gustoso el nombramiento, y quedo desde este momento a sus órdenes en todo lo que se relacione con la defensa de la Patria.»

Mi respuesta agradó al Dictador, quien añadió que pronto firmaría mi nombramiento y luego partiría hacia Ayacucho, donde le reclamaban urgentes asuntos.

El 26 de abril, antes de emprender viaje a aquella ciudad, firmó el Jefe Supremo el nombramiento que me confería el mando político y militar de los departamentos del Centro. El 30 partió con dirección a Ayacucho, acompañado de su secretario Aurelio García y García y de una pequeña escolta de 40 hombres, al mando del comandante Barreda.

Así, pues, desde ese día quedaba oficialmente designado para levantar un ejército y organizar con él la resistencia armada contra el invasor.

La toma de Lima por los chilenos no entrañaba, en mi concepto, el completo aniquilamiento del poder militar del Perú, ni la decisión de la guerra por la fuerza de las armas.

Esta podía continuarse. Apoyada nuestra campaña, como lo esperaba, por un levantamiento en masa de todos los pueblos de la República, no dudaba del triunfo o por lo menos del logro de ventajas militares tales que influyesen poderosamente en la celebración de una paz aceptable y honrosa para el Perú.

Para conseguir tal fin, en lo que a mí tocaba, proyecté el empleo de una «*estrategia de desgaste*» contra el enemigo, manteniéndome primeramente en la defensiva, para emprender en la primera oportunidad una contraofensiva vigorosa que pudiera darnos el triunfo o las ventajas apetecidas.

Digitized by Google

Mi plan era sencillo: *defensiva activa y reacción ofensiva, aprovechando el momento y las circunstancias favorables.* De esta suerte tenía en la mente combinar la resistencia con un contragolpe, ejecutado cuándo y dónde lo indicasen las perspectivas del suceso.

Consagré desde entonces toda mi actividad a la adquisición de los elementos indispensables para echar las bases del Ejército de la Resistencia, y esperaba que entretanto aumentarían y se engrosarían los efectivos existentes en el Norte y Sur de la República, constituyendo los manantiales de la fuerza para alimentar la campaña.

Comienza la formación del Ejército del Centro. — Primeras disposiciones. — El primer batallón.

Cuando el Dictador partió para Ayacucho, sólo me dejó el nombramiento a que me he referido anteriormente, pero no tropas ni recursos de ninguna clase. Una pequeña fuerza a las órdenes del coronel Aduvire, que existía con anterioridad a mi llegada en Jauja, se encontraba ahora en el Cerro de Pasco, adonde partió a principios de abril con objeto de contener un motín encabezado por un ciudadano francés apellidado Louquet.

No obstante la serie de dificultades que se me ofrecían para llevar a cabo la formación de un ejército, no vacilé en emprender esa difícil tarea y llevar adelante mis propósitos. Comencé por estudiar la forma y medios de que debía valerme para crear y organizar las primeras tropas, y procedí sin pérdida de tiempo a dictar las disposiciones convenientes.

A los dos días de mi nombramiento, el 28, dirigí un oficio al coronel Máximo Tafur, dándole a conocer la misión que cumplía llenar a la Jefatura del Centro, la cual no era otra que la defensa del país, y solicitando

Digitized by Google

al mismo tiempo su patriótico concurso y el de todas las personas de bien, para secundar mis esfuerzos. Le pedía al coronel Tafur su concurso personal y le hacía presente la necesidad que había de que se extinguieran todos los odios y pasiones políticas y que todos concurrieran a prestar su contingente a la causa nacional, aportando, por todos los medios que fueran posibles, armas y demás elementos bélicos.

El coronel Tafur acudió inmediatamente a mi llamamiento, y, acompañado de varios jefes y oficiales que estaban en Jauja, adonde habían ido con el objeto de ponerse a disposición del Dictador, vino a someterse a mis órdenes.

Por otra parte, existían en el hospital 16 gendarmes convalecientes que habían quedado allí por enfermedad. Con la base de estos soldados y los oficiales que se me ofrecieron con el coronel Tafur, dí comienzo a la organización del Ejército del Centro.

Como señal característica de mis primeros soldados, ordenéles usar una faja encarnada en los sombreros y una funda del mismo color, llevando además una cubrenuca blanca. Esto dió origen al kepis rojo, que más tarde usaron mis tropas.

Nombré Jefe del Estado Mayor al coronel Manuel Tafur, a fin de que él a su vez designara las colocaciones que se debían acordar a los demás jefes y oficiales existentes, según convenía a sus diversas clases y aptitudes. Luego dispuse que se improvisara una maestranza para la reparación de las pocas armas con que se contaba.

Dispuse asimismo que se solicitara en todos los distritos la entrega de las armas y municiones que en ellos pudieran existir, entusiasmando a los pobladores para que acudieran a tomar parte en la defensa patria. Envié a los jefes y oficiales a los pueblos vecinos, y yo mismo emprendí una gira por las provincias de

Digitized by Google

Jauja y Huancayo invocando el patriotismo de sus hombres principales, para que allegaran recursos para la organización del ejército en ciernes todavía, y se pudiera conseguir el reclutamiento de hombres, que era el elemento indispensable y primordial.

Mi gira y la de los jefes y oficiales obtuvieron el más satisfactorio resultado. Los vecinos útiles de esos pueblos acudían diariamente a alistarse en las filas, y el ejército se creaba y acrecentaba con gran rápidez. Entretanto continuaba yo mi obra de patriótica propaganda, despertando el entusiasmo de los habitantes con arengas y discursos en los caminos y las plazas de los pueblos adonde llegaba, hablando unas veces en español y otras en quechua, según las circunstancias.

Los comerciantes y personas notables de los pueblos del Centro manifestaron desde el primer momento su adhesión entusiasta a la causa patria, y ofreciéronme toda clase de facilidades para llevar a feliz término la obra de la defensa nacional que yo afanosamente perseguía.

El doctor Arturo García, que se encontraba, como ya he dicho, en Jauja, accedió gustoso a prestarme sus servicios de secretario, desempeñando el puesto con gran voluntad y talento.

Mediante estas disposiciones y el entusiasmo de los jefes que me secundaban, pude conseguir, al cabo de un mes, formar una columna de cien hombres, y con ella dí principio a la organización del batallón *Jauja,* que fué el primero que llegué a formar con entusiastas voluntarios de la provincia de ese nombre, dándole por jefe al valiente y distinguido coronel Miguel E. Luna.

Por ese entonces no pude disponer de las fuerzas que mandaba el coronel Aduvire, pues, ante el avance de la división Letelier de Lima hacia el Cerro de Pasco, se vieron en la necesidad de retirarse a Huánuco.

Digitized by Google

La expedición chilena Letelier. — Cupo que impone a Huancayo, y del cual me apodero.

Me encontraba en Tarma dedicado a la formación del ejército, cuando tuve conocimiento de que la división chilena Letelier se aproximaba con objeto, sin duda, de capturarme a mí y a mis pequeñas fuerzas. En vista de esto, tuve que retirarme a Jauja apresuradamente.

Ante el avance de los chilenos, alarmáronse las provincias de Tarma, Jauja y Huancayo, y temieron que en ellas se repitieran las tropelías cometidas por el enemigo en otras poblaciones.

Permanecí en Jauja muy pocos días, y seguí a Huancayo al frente de los cien hombres que componían el batallón *Jauja,* pues no me era posible con tan diminutas fuerzas oponerme al avance del enemigo. En Huancayo fuí recibido con gran entusiasmo por don Juan Quintana y sus amigos, de quienes solicité la formación de una guardia urbana, invocando a la vez el patriotismo de los comerciantes y personas notables del lugar para que contribuyeran con su apoyo pecuniario al sostenimiento de las fuerzas que estaban a mis órdenes.

El primero que acudió a mi llamamiento fué don José Osambela, con un grupo de 25 jóvenes distinguidos de la localidad, que había reunido para que me sirvieran de escolta. Además recibí en esta población los contingentes de los pueblos vecinos. Estos y la escolta fueron armados y equipados por los comerciantes de Huancayo.

Mientras tanto, la división Letelier, que regresaba del Cerro de Pasco, y estaba ya en Jauja, avanzó hasta Concepción, donde se detuvo. Desde allí impuso el jefe chileno a la población de Huancayo un fuerte cupo

Digitized by Google

en dinero y treinta caballos de la mejor calidad, que debían ser entregados en el perentorio plazo de 48 horas, bajo la amenaza de saqueo e incendio de la población, en caso de incumplimiento.

Yo salí entonces con mi pequeña tropa y escolta a una legua de distancia del pueblo, y me estacioné en el sitio llamado la Quebrada Honda, enviando avanzadas con objeto de observar los movimientos del enemigo.

Al ver mi salida y creyendo que yo iba a contener el avance chileno, librando un combate, y ante la terrible amenaza que Letelier hacía desde Concepción, los vecinos y comerciantes de Huancayo se alarmaron y consideraron que un gran peligro amenazaba a la población, lo cual no pasó de ser felizmente sino una alarma.

Permanecí en la Quebrada Honda varios días, haciendo creer al enemigo, por medio de estratagemas, que mis fuerzas eran numerosas, y logrando así que no intentara continuar su avance hasta Huancayo.

En esta ocasión sobresalieron la abnegación y patriotismo del coronel Tafur, jefe de mi Estado Mayor, quien, no obstante su avanzada edad, la inclemencia del clima, la inminencia del peligro y la necesidad de velar toda la noche, me disputaba el derecho de vigilar las avanzadas, servicio en el cual turnábamos él y yo.

Tratándose de un ejército ya completamente organizado, este servicio, desde luego, no incumbía al mando en jefe. Mas con tropas improvisadas debía procederse así, para estimular a la gente y mantenerla siempre entusiasta y animosa con el propio ejemplo.

También fueron importantes los servicios que prestó el mayor Osambela, llevando sus exploraciones hasta muy cerca del enemigo y causándole algunas bajas.

En estos días fuí informado por un vecino de Huancayo, que el alcalde y los comerciantes de esa localidad habían reunido, con gran reserva, una parte

Digitized by Google

del cupo impuesto por Letelier, lo mismo que los 30 caballos, y que solamente esperaban llegase la noche para enviar dicho contingente al enemigo, encargándose de conducirlo don Manuel Zevallos, designado para tal misión por el alcalde.

Esta noticia produjo en mi ánimo gran indignación, al ver la falta de entereza de quienes, sacrificando sus intereses, se proponían satisfacer una imposición del invasor. Tan luego como conocí el proyecto, y antes de que se realizara, pues suponía que para ello intentaban burlar mi vigilancia, ordené al coronel Tafur que procediera a apresar al alcalde y que en el acto exigiera la entrega del dinero colectado, que ascendía a la suma de 60.000 soles. Al mayor Osambela le mandé que se apoderara de los 30 caballos que estaban a cargo de Zevallos y se encontraban depositados en la hacienda «La Mejorada».

Llevadas a cabo estas órdenes, reproché a la primera autoridad comunal su conducta, la cual trató de disculpar su falta alegando haber sido eso el acuerdo del vecindario, el que juzgaba inútil toda resistencia en las proximidades de la población sin contar con recursos militares.

Desde entonces pude contar con fondos, pues hasta la fecha no había tenido ningunos. Este dinero sirvió para aliviar en algo la triste situación económica de los jefes y oficiales, pagándoles un sueldo de los varios que se les debía. Establecí el pago semanal de una propina de dos soles a cada soldado, y compré tocuyo asargado azul para la confección de uniformes de la tropa del batallón *Huancayo,* que ya estaba reunido y cuyo mando confié a don Juan Quintana, quien fué el que con mayor entusiasmo contribuyó a su formación.

Digitized by Google

Contramarcha de Letelier a Lima. — Combate de Sangrar.

Letelier no se atrevió a seguir adelante. Sin haber conseguido su objeto, emprendió la marcha de regreso a Lima a fines de junio, dejando una guarnición en la hacienda Sangrar, propiedad de la familia Vento. Esta guarnición fué atacada y destrozada por las guerrillas organizadas en Canta por el coronel Manuel de la Encarnación Vento y dirigidas en el combate por el sargento mayor don Emilio Fuentes, subprefecto de la provincia. El combate proporcionó a las guerrillas más de un centenar de fusiles Comblain.

Este nuevo fracaso apresuró la retirada de Letelier, que abandonó el departamento de Junín sin cumplir su amenaza de incendiar Huancayo, y para lo cual hubiera tenido que vencer a mis tropas, que él creía numerosas.

Mi regreso a Tarma. — Instalación del Cuartel General en esta ciudad.

Libre el departamento de Junín de la planta chilena, resolví instalar mi Cuartel General en Tarma. Tenía ya armados y equipados dos batallones, con los recursos tomados casualmente al alcalde, y que impedí fueran entregados al enemigo.

Antes de salir de Huancayo, incorporáronse a mis tropas 80 voluntarios ayacuchanos al mando del coronel Angel Campos, los cuales fueron enviados por el prefecto de ese departamento, don Pedro José Ruíz. Esta columna estaba formada en su mayor parte por jóvenes distinguidos de Ayacucho, que habían acudido solícitos al llamamiento del prefecto. Con esos dos

Digitized by Google

batallones y los voluntarios ayacuchanos salí de Huancayo y me trasladé a Jauja y de aquí a Tarma. Durante el viaje traté de aumentar mis tropas con el ingreso de voluntarios y contingentes enviados por los gobernadores, recordándoles a los habitantes de los pueblos del tránsito el imperioso deber que tenían de acudir a la defensa nacional, y encargando a los gobernadores que reuniesen y me enviasen contingentes a Tarma, el Cuartel General.

A poco llegaban, efectivamente, a este lugar los contingentes enviados por las autoridades de los pueblos vecinos, y de este modo aumentaba el efectivo de mis tropas. Con los contingentes últimamente venidos y mediante su propio esfuerzo y peculio, llegó don Fortunato Bermúdez, distinguido patriota tarmeño, a armar y sostener el batallón *Tarma*.

De Ica llegó una columna de 50 hombres al mando del teniente coronel Benigno Zevallos.

El Jefe del Estado Mayor se encargó de dar a estos dos batallones la respectiva dotación de jefes y oficiales, quienes se dedicaron con toda actividad a la instrucción militar de la tropa.

Al mismo tiempo dicté las órdenes del caso para la formación de guerrillas en la quebrada de Huarochirí, en la provincia del mismo nombre, y cuyo subprefecto, don Ricardo Bentín, se dedicó a levantarlas con todo entusiasmo.

Hasta entonces carecía el ejército de artillería, y para dotarlo de esta arma, mandé traer los cuatro cañones Krupp de retrocarga, que supe existían en el fuerte de «San Ramón» en Chanchamayo. Estos cañones, una vez trasladados a Tarma, sirvieron de base a la artillería, cuyo mando confié al comandante Navarro.

Digitized by Google

Captura del destacamento peruano enviado por el Gobierno de la Magdalena. — Las guerrillas y su misión.

Por noticias recibidas de Lima, supe que el nuevo gobierno de la Magdalena, del cual me ocuparé más adelante enviaba al Centro una columna de cien hombres, los cuales conducían 200 rifles y municiones para levantar tropas contra las mías. El gobierno de la Magdalena creyó sin duda que yo levantaba tropas para sostener la dictadura del señor Piérola, cuando mi pensamiento y toda mi actividad se concentraban única y exclusivamente en la defensa de la Patria. Más tarde, ya reunido el Congreso, pudo convencerse de lo contrario.

Para impedir el paso a este destacamento, ordené que el subprefecto de Huarochirí, don Ricardo Bentín, dispusiera convenientemente las guerrillas que tuviese a mano. Efectivamente, las guerrillas organizadas en San Mateo se situaron en Chicla, término del ferrocarril al interior, y por sorpresa se apoderaron del tren y la tropa con el armamento y municiones que traían.

Tan luego como recibí la noticia de la captura, bajé a Chicla acompañado de mis ayudantes y escolta, e increpé su censurable conducta a los coroneles Venancio Solís y Carrillo Ariza, jefes de dicho destacamento. Ordené que dichos jefes, así como el teniente coronel Aguila y el sargento mayor Illescas, que también formaban parte de la expedición, fueran conducidos presos hasta Ayacucho, donde se encontraba el Dictador. Los demás oficiales que manifestaron deseos de plegarse a la causa de la Resistencia, así como la tropa, fueron incorporados al ejército.

Las guerrillas estaban organizadas regularmente en columnas sueltas, teniendo a su cabeza como jefe, a la persona de más prestigio del lugar donde habían

Digitized by Google

sido armadas. El jefe designaba sus comandantes subalternos de acuerdo con la opinión de la multitud, y de este modo la gente se sometía voluntariamente a la más completa obediencia.

La misión de las guerrillas era, en general, servir como elemento auxiliar del ejército, secundando los proyectos del mando en jefe. Sobre todo se exigía de ellas una gran rapidez en los movimientos, para que así les fuese fácil caer de improviso sobre los destacamentos enemigos desde las alturas y tenerlos siempre inquietos, amagándolos por todas partes. Debían rehuir todo combate serio, y sólo aceptarlo estando seguras de las ventajas de su posición y de su superioridad numérica. Sin embargo, algunas veces contravenían a estas disposiciones, impulsadas por sus arrebatos de entusiasmo. El puesto del jefe de guerrilla debía estar en primer término.

Los principales organizadores de las guerrillas fueron los mayores González, Rivas, Incháustegui, Adrián Medina, José Granados y otros cuyos nombres no recuerdo, así como don Luis Tello, vecino notable de Huarochirí.

De Tarma a Huánuco y mi regreso a Chicla. — Escarmiento de los indios contra un cura. — Patriótica alocución de otro sacerdote. — Estado de la organización del Ejército en Chicla. — Conducción de las tropas de Aduvire.

Mejorada la situación de mis tropas con el botín capturado, y después de haber dado instrucciones a las guerrillas para que continuasen hostilizando al enemigo, regresé de Chicla a Tarma para disponer el traslado del Cuartel General a aquel lugar; luego pasé al Cerro de Pasco y de aquí a Huánuco, con objeto de traer a las tropas del coronel Aduvire y allegar re-

Digitized by Google

cursos tocando el sentimiento patriótico de los habitantes de esos pueblos.

En esta gira fuí acompañado de mi secretario, el teniente coronel Luis Isidro Ibarra, de mis ayudantes, el capitán José Miguel Pérez, don Carlos G. Amézaga, don Enrique Openheimer, don Lizandro La Rosa, y el capitán Augusto Bedoya; además, mi escolta, mandada por el teniente coronel Lucidoro Cava.

Al trasladarme de Chicla al Cerro de Pasco, fuí informado en el pueblo de Junín de que los vilcabambinos se habían apoderado de la ciudad del Cerro, después de haber sostenido una lucha con los acaudalados mineros de esa región, Minaya y Cortázar. Después de haber conseguido restablecer el orden en dicha ciudad, no sin correr algún peligro, continué mi marcha a Huánuco.

En este lugar me encontré a la indiada paseando la cabeza del cura Lino, al cual había degollado por los abusos cometidos en su parroquia. Corrí bastante riesgo de ser arrollado con mi escolta, pues los indios estaban furiosos. Sin embargo, traté de calmarlos y traerlos al orden, lo que conseguí con bastante trabajo.

Luego reuní al alcalde municipal y a los vecinos notables, entre los cuales se encontraban los señores Durand, Ingunza, Cantuarias y otros varios, y les expuse la mala situación en que se encontraban mis tropas, solicitando proporcionasen algunos recursos. Efectivamente, así lo hicieron, y pusieron a mi disposición 3.000 soles.

Como tal suma no correspondía al llamamiento que hice, motivado por una santa causa, el cura del lugar, señor Huapaya, aprovechando la prédica dominical, apostrofó a los vecinos, calificándolos de miserables, en vista de lo poco que habían erogado.

Por la noche fuí agasajado con un banquete por don Joaquían Durand, al que concurrieron el cura

Digitized by Google

Huapaya y personas notables del lugar. Durante la comida protestaron algunos comensales, quienes todavía se encontraban sentidos por las palabras del cura pronunciadas en la iglesia, y le exigieron que las retirase; pero el sacerdote se negó a ello, y más bien las ratificó, en un conceptuoso y patriótico brindis.

Después de haber allegado algún auxilio para mejorar la situación de la tropa, regresé al Cerro de Pasco y ordené que el coronel Aduvire y sus tropas se trasladasen a Chicla. Esta orden no la cumplió personalmente el referido coronel, por haberse trasladado al Norte de la República, encargándose del cumplimiento de ella el teniente coronel Juan C. Vizcarra, jefe del batallón *Junín*.

En el Cerro de Pasco me apoderé de 30 mulas, de propiedad del minero Minaya, contrario a la causa de la Resistencia, las cuales fueron utilizadas para cargar la artillería.

Cuadro de Jefes y Oficiales en Chicla.

Entre los muchos jefes y oficiales que se incorporaron, desde el comienzo, al Ejército del Centro, figuran los siguientes con sus colocaciones respectivas:

En el Estado Mayor General:

Jefe: Coronel Manuel Tafur; Ayudante: Capitán Gaspar Tafur; Mayores Benito Valdivia, Daniel Gómez Marcial; Capitanes José E. Chilet, Aurelio Sánchez, José Vega, Esteban Morales, Fermín Amézaga; Teniente José S. Rivera; Subtenientes Andrés M. Cancino, Ricardo Guzmán de Malamoco.

En la Columna «Constancia»:

Tenientes Coroneles Manuel Trujillo, José M. Leiva, E. B. Valdizán; Capitanes Manuel Villavicencio, Mariano Rodríguez; Subteniente Protasio Arauco.

En el Batallón «Junín Nº 2»:

Tenientes Coroneles José M. Villegas, Jacinto Llerena; Capitanes Martín Gómez, Manuel Labarthe; Te-

Digitized by Google

nientes Abraham Ballenas, Felipe S. Cárdenas, Adolfo Diéguez, Dionisio Fajardo, Domingo Páez, José Ruíz, Nicanor Vivar, J. B. Benavides, Foción Fajardo; Subtenientes Fernando Carrión, Carlos Decker, Carlos Puertas, Rafael Ramírez Jara.

En la Escolta:

Teniente Coronel Lucidoro Cava, Capitán José L. Gómez; Subtenientes José Garay, Leandro Tambine.

En la Caballería:

Sargento Mayor Tomás Boza.

En el Batallón «Ica»:

Capitanes Juan José Aguirre, José M. del Carpio, José Cornejo.

En el Servicio de Administración:

Subtenientes Fermín Aguinaga, E. del Risco.

En la Secretaría:

Capitán Aurelio Gutiérrez.

Como Ayudante de la Comandancia en Jefe:

Subteniente Juan Núñez.

En la Pagaduría:

Teniente Coronel Andrés Freire, Mayor Juan M. Saravia.

En la Ambulancia:

Teniente Mariano Piérola.

Agregados al Estado Mayor:

Sargento Mayor Emilio Fuentes, subprefecto de Canta; Teniente Melquíades Medrano, ayudante de la subprefectura; Teniente Coronel Juan Quintana, Comandante Militar de Izcuchaca.

El ejército está formado. — Su composición. — Traslación del Cuartel General a Matucana.

Después de una breve permanencia en Chicla, a mi regreso de Huánuco, trasladé el Cuartel General a Matucana, en el mes de julio, y bajé a la quebrada, alentando el entusiasmo de los guerrilleros.

Digitized by Google

Las tropas del coronel Aduvire llegaron a Matucana, conducidas por su jefe, el teniente coronel Juan C. Vizcarra. Junto con ellas llegó el sargento mayor Juan C. Mendizábal.

Procedente de Puno llegó el batallón *Lima Nº 8,* a las órdenes del coronel Remigio Morales Bermúdez. A estas fuerzas se unieron otros destacamentos y el batallón *Canta Nº 1,* que se habían organizado en la región de mi mando.

El 31 de agosto de 1881, después de haber reformado la composición de los cuerpos, quedó organizado el Ejército del Centro en la siguiente forma:

Jefe del Estado Mayor:

Coronel Manuel Tafur.

Sub-Jefe del Estado Mayor:

Coronel Angel Campos.

Primera División:

Comandante General: Coronel Remigio Morales Bermúdez.

1er batallón, *Tarapacá.* — 1er jefe: Teniente Coronel Mariano R. Espinoza.

2º batallón, *Zepita.* — 1er jefe: Teniente Coronel José M. Villegas.

Segunda División:

Comandante General: Coronel Miguel La Jara.

1er batallón, *Junín Nº 3.* — 1er jefe: Teniente Coronel Juan C. Vizcarra.

2º batallón, *Tarma Nº 7.* — 1er jefe: Teniente Coronel Fortunato Bermúdez.

Tercera División:

1er batallón, *Ica Nº 4.* — 1er jefe: Teniente Coronel Lucidoro Caba.

2º batallón, *Huancayo.* — 1er jefe: Teniente Coronel Juan Carvo.

Escuadrón de Caballería:

1er jefe: Sargento Mayor José Osambela.

Digitized by Google

Brigada de Artillería:

1er jefe: Teniente Coronel Ambrosio Navarro.

Maestranza:

Jefe: Comandante Guillermo Yáñez.

Una Secretaría:

Que estuvo a cargo del Teniente Coronel Luis I. Ibarra, y en la que sirvieron los señores José Salvador Cavero, Arturo Morales Toledo, Lizandro de la Puente, Rosendo Bustillos, Lizandro La Rosa y Abel Bedoya y Seijas.

Un Cuerpo de Ayudantes (afecto al Cuartel General): Jefe: Teniente Coronel Florentino Portugal y los señores Mariano M. Portugal, Pedro Hurtado Prada, Enrique Openheimer, Vicente Palomino, Carlos Amézaga, Ricardo Bentín, Darío Enríquez y Benavides, José Miguel Pérez, Ignacio del Vigo, Félix Costa y Laurent, León Andraca, Federico Porta, Ernesto Velarde y Ernesto J. Mora.

Servicio de sanidad:

Se organizó más tarde con los doctores Mariano C. Mispireta, José M. Zapater, Ignacio Dianderas.

Pagador del Ejército:

Teniente Coronel Andrés Freyre.

Otras dependencias del Estado Mayor:

Columnas sueltas de guerrilleros.

Observaciones:

El batallón *Tarapacá Nº 1* fué el *Lima Nº 8*.

El batallón *Zepita Nº 2* se formó en Jauja.

El batallón *Junín Nº 3* lo formaron las fuerzas de Aduvire.

El batallón *Ica Nº 4* fué formado con fuerzas de Ica, Cañete y Yauyos.

La artillería se formó con una columna que vino del Cerro de Pasco y con la batería del fuerte de San Román (Chanchamayo).

En Matucana y toda la provincia de Huarochirí se

Digitized by Google

habían formado, conforme a las órdenes impartidas, columnas de guerrilleros, en lo cual influyó don Ricardo Bentín, así como otros muchos vecinos. El mando de estas guerrillas fué confiado al coronel de caballería Ramírez.(1)

En Canta se formaron dos batallones que debían componer la 4ª División a las órdenes del coronel Manuel Encarnación Vento.

El Prefecto de Lima, que era el coronel Agustín Bedoya, con residencia en Chancay, había organizado dos batallones: el *Alianza Nº 9* y el *Huacho Nº 10,* de 250 plazas cada uno, mandados respectivamente por el teniente coronel Manuel Bedoya y el coronel Manuel Cáceres. Dispuse que estas tropas fuesen trasladadas al Cuartel General para reforzar las de Matucana. Como el día 17 de octubre falleciera el coronel Bedoya, nombré para reemplazarle al coronel Juan Gastó, encomendándole a la vez la conducción de las tropas organizadas en Chancay.

A fines de noviembre ingresaron estas fuerzas en el Cuartel General, así como un piquete de caballería con el nombre de *Dos de Mayo,* organizado en Ancachs por el entusiasta sargento mayor Nemesio Viana. Todas estas fuerzas fueron traídas por el mismo coronel Gastó y el coronel Cáceres, y formaron la división *Vanguardia,* compuesta de 600 plazas.

También ingresó en el Cuartel General una fuerza que vino de Huánuco con el nombre de batallón *América,* al mando del teniente coronel Máximo Araujo.

Del Cerro de Pasco llegaron algunos fondos proporcionados por los comerciantes de ese lugar, los cuales sirvieron para aliviar la penosa situación de las tropas y para adquirir algunas armas. También

---

1) Esta relación no es del todo completa, pues, falto de documentos, mi memoria no puede recordar nombres y datos con cabal exactitud.

Digitized by Google

remitieron 12 mulas para cargar la artillería. En esa ciudad había quedado el coronel Máximo Tafur, encargado de conseguir elementos bélicos.

En los primeros días de septiembre desertó de Lima una columna de 60 gendarmes, y vino al Cuartel General para ofrecer sus servicios.

Una vez que, al fin, después de tantos afanes y vigilias, tuve la satisfacción inmensa de ver constituído el Ejército de la Resistencia, creí conveniente apresurar e intensificar en lo posible la instrucción y el entrenamiento de las tropas, para darles consistencia y formar el núcleo que me era indispensable para la campaña. Los soldados veteranos, que habían tomado parte en las campañas del Sur y de Lima, prestaron excelentes servicios en esta tarea. Asistía personalmente a los ejercicios, y a menudo los dirigía yo mismo. Esto llenaba de júbilo a la tropa, y a mí me proporcionaba la coyuntura de conocer individualmente a mis soldados, con lo cual podía apreciar también el temple del instrumento de guerra que forjaba.

Reunía con frecuencia a los jefes superiores, y en pláticas militares discutíamos y bosquejábamos la conducción de las operaciones. Ellos me exponían sus pareceres, yo los míos. Luego los fijábamos en órdenes y directivas. Lo que yo procuraba ante todo en tales consultas era infundir en sus ánimos el más grande optimismo, pues nada hay más necesario para quien tenga que conducir tropas novicias o en formación, que un mando lleno de optimismo. De esta suerte se coloca en condiciones de sopesar, libre de engaños, las debilidades y desventajas de sus propias tropas. Lejos de amedrentarse ante los contratiempos, despliega todas sus fuerzas mentales en busca de los auxilios necesarios para dominarlos, y, consciente de sí mismo, arrostra con éxito las dificultades y obstáculos que se le interponen.

La instrucción de los oficiales fué también objeto

Digitized by Google

de mi constante preocupación. Y a pesar de que casi todos ellos eran antiguos oficiales del ejército de línea, quería que se penetrasen del sistema de guerra que íbamos a emprender, diferente del que hasta entonces habíamos seguido desde San Francisco hasta Miraflores. Nuestra guerra era ahora una guerra en pequeño, *guerra de montaña*. Nuestra campaña consistiría primeramente en una acertada combinación de marchas y contramarchas, estratagemas y alarmas, en las cuales la rapidez de los movimientos y la oportuna reunión de las tropas en los momentos dados nos serviría para suplir las desventajas de la inferioridad numérica. Los coroneles Tafur y Morales Bermúdez tomaron a su cargo la instrucción de los oficiales, y su tarea no fué sino agradable, por la gran voluntad y el deseo de aprender que demostró la oficialidad.

Traslado del Cuartel General de Matucana a Chosica. — La epidemia del tifo. — Disposiciones orgánicas.

En los primeros días de octubre trasladé el Cuartel General de Matucana a Chosica, para ocupar mejores posiciones y tener en constante alarma al enemigo.

Este pequeño pueblo había sido abandonado poco antes por los batallones chilenos *Aconcagua* y *Maule*, que lo incendiaron antes de desocuparlo, salvándose únicamente la estación del ferrocarril, merced a las gestiones del superintendente Mr. Silley.

Apenas ocupado por nuestras tropas, extendidas desde Matucana, dispuse tomar las medidas de seguridad más indispensables para evitar una sorpresa, colocando puestos destacados e inutilizando la vía del ferrocarril hasta más allá del pueblo de Chaclacayo.

Los destacamentos avanzados estaban provistos de

Digitized by Google

cohetes de colores que servían para hacer señales al Mando en Jefe, indicando, según lo convenido, un cohete de color rojo la presencia del enemigo; dos o más del mismo color, que se había iniciado el ataque enemigo o que se habían roto los fuegos; dos o más azules, la retirada del adversario, mientras que el amarillo significaba no haber novedad y que continuaba inalterable el servicio de seguridad. Este medio de señales prestó servicios muy útiles.

El ejército chileno, que se hallaba encerrado en Lima, no se atrevía a atacar a las guerrillas que por diferentes puntos avanzaban hasta las puertas de la capital, amagándolo y aprovechando sus avances para extraer de la ciudad armas, municiones y vituallas, enviadas por el Comité que funcionaba en Lima, y que desde luego servía para aprovisionar al ejército, en el cual una gran parte de los soldados sólo estaba armada de rejones, lanzas y hondas, armas primitivas que le servían unas para el combate cuerpo a cuerpo y otras para lanzar piedras a considerables distancias, aparte del empleo de las *galgas* que se hacían rodar desde la cumbre de los cerros hacia los pasos estrechos y encañadas, por los cuales se atrevían a avanzar los destacamentos enemigos, produciendo la muerte y confusión en sus filas.

Las tropas chilenas que habían abandonado Chosica, se establecieron a menos de una legua de Lima, en el fundo Quiroz, destacando sus avanzadas hasta Vitarte, mientras nuestras fuerzas quedaban escalonadas desde Matucana hasta Chosica, pero conservando un riguroso enlace. De esta suerte resultaba fácil el ingreso de las tropas existentes en Canta, y dí las órdenes consiguientes para que el batallón *Canta N° 2* viniera a reunirse con el *Canta N° 1* y se organizase un cuerpo de reserva para proteger esa quebrada contra cualquier ataque eventual del enemigo.

Las columnas de guerrillas se dividían en dos sec-

Digitized by Google

ciones: la derecha, que protegía y vigilaba la quebrada de Canta, en cuyo pueblo se encontraba el batallón que llevaba este nombre, y la izquierda, que defendía la quebrada de Yauyos. La quebrada central estaba resguardada por tropas de línea y protegida a su vez por ambas guerrillas.

El 3 de octubre se nombró pagador general del ejército al sargento mayor Francisco Mendizábal, en reemplazo del teniente coronel Andrés Freyre, quien servía provisionalmente en ese puesto.

En el Cuartel General de Chosica tomé las disposiciones requeridas cuando se está cerca del enemigo y se presume una acción. Para estar listo a la defensa, envié el 14 de octubre una nota al coronel Agustín Bedoya, prefecto de Lima que residía en Chancay, previniéndole redoblar las medidas de seguridad para la defensa de la quebrada de Canta, por donde sabía avanzarían las tropas enemigas en dirección a Tarma.

Esta medida, a la vez que permitía atacar de flanco a las fuerzas enemigas que pretendieren avanzar por dicha quebrada, proporcionaba además libertad de acción a la división *Vanguardia* que estaba formada con elementos de la provincia de Chancay.

El 18 del mismo mes tuve la dolorosa noticia de haberse presentado en el campamento, y en forma alarmante, una terrible epidemia: el tifo. La víspera había fallecido el sargento mayor Adolfo Irigoyen, y ese mismo día murió el coronel Benigno Cevallos, de la misma enfermedad. La aparición de esta epidemia me contrarió hondamente.

En este mes, el contratista del ejército, Pérez, escapó de Lima llevando a la quebrada una máquina de ferrocarril, la cual prestó importantísimos servicios para vigilar a las tropas de Chosica hasta Chicla.

Mientras yo me dedicaba a recorrer la línea que

Digitized by Google

ocupaba el ejército, la cual era agredida constantemente por destacamentos chilenos, los coroneles Tafur y Morales Bermúdez continuaban con toda actividad la instrucción de las tropas, las cuales se encontraban ya por entonces en excelente estado de disciplina.

Pero la falta de armamento se dejaba sentir cada día más. Repetidas veces me dirigí al Dictador solicitándolo, pero todas mis demandas resultaron estériles. Y bien hubiera podido atenderme, ordenando que la gran cantidad de material sobrante de que disponía el contraalmirante Montero, Jefe Superior del Norte, pasara a mi disposición. Por la falta de armas no me era posible utilizar los servicios de los innumerables voluntarios que se presentaban.

El 20 de octubre nombré al coronel Remigio Morales Bermúdez comandante de la plaza, y después, el 20 de noviembre, Comandante en Jefe del Ejército. El 25 de noviembre, jefe de la 1ª división al coronel Pedro E. Montani, a quien reemplazó el coronel Manuel Cáceres, cuando aquél fué en comisión a Ayacucho, en el mes de diciembre.

Gobierno de García Calderón. — El Congreso de Chorrillos me envía un Delegado. — Nueva delegación al Centro. — Llegada de mi esposa al Cuartel General. — Se organizan nuevas guerrillas.

El 22 de febrero se había reunido una junta de notables en Lima, y, bajo la presidencia de don Aurelio Denegri, eligió Presidente Provisional al doctor Francisco García Calderón. Este se estableció en la Magdalena, que fué declarada zona neutral por los chilenos. En julio del mismo año se reunió en la Escuela Militar de Chorrillos un Congreso, bajo la presidencia de don Francisco de Paula Muñoz, y pro-

Digitized by Google

clamó Presidente de la República al mismo doctor Francisco García Calderón.

Desde el comienzo de sus sesiones, este Congreso acordó enviarme un comisionado especial, con objeto de invitarme a reconocer al nuevo gobierno. Fué nombrado con tal propósito el doctor Agustín Daniel Zapatel, quien vino a Chosica con amplios poderes y me instó a reconocer al nuevo gobierno, ofreciéndome la 2ª vicepresidencia; como 1er vicepresidente había sido elegido el contraalmirante Lizardo Montero. Pero yo no acepté esta invitación y el cargo que se me ofrecía, en razón de que los consideraba como un asidero para la guerra civil frente al enemigo de la Patria, o que por los menos aflojarían el nervio de la resistencia en el momento en que justamente requeríase la más grande energía. En consecuencia, retuve al comisionado y lo envié a disposición del Dictador.

Poco después se presentaron nuevamente en Chosica los doctores José María Químper, José María García, Luis Carranza, N. Flores Chinarro y Salvador Cavero, los cuales vinieron a ponerme al corriente de la situación política y de las gestiones que para conseguir la paz honrosa habían sido emprendidas por el gobierno de García Calderón, bajo la protección del Ministro norte-americano Mr. Hurbult.

A estos señores les hice saber que yo no me oponía a los arreglos que se llevaran a cabo para conseguir una paz honrosa; pero les declaré al mismo tiempo mi resolución firme de permanecer al frente de mi ejército, defendiendo el honor nacional, mientras aquellos no se concluyeran.

El doctor José María Químper regresó a Lima y los demás se trasladaron a Tarma. De estos últimos, el doctor Salvador Cavero me ofreció sus servicios, que acepté complacido, nombrándole mi secretario general.

Por esta misma época, viéndose mi esposa, la señora Antonia Moreno, asediada por el enemigo, huyó

Digitized by Google

de la capital y vino a la quebrada a ponerme al corriente de la situación política por la cual atravesaba Lima y el gobierno de García Calderón, manifestándome la ninguna confianza que en este gobierno se tenía, pues nadie conceptuaba buenos sus trabajos y arreglos iniciados para conseguir la paz y que, por consiguiente, no serían aceptados por la opinión pública. Regresó a Lima mi esposa, volviendo a unírseme más tarde en compañía de mis tiernas hijas Hortensia, Zoila Aurora y Rosa Amelia, quedándose desde entonces a mi lado durante gran parte de la campaña y soportando con resignación y fe todas sus peripecias y vicisitudes.

Los informes de mi esposa me contrariaron muchísimo, pues me hicieron entrever alzado ya el fantasma de la discordia civil, el cual, de no desaparecer, tenía que influir de modo fatal en la prosecución de la campaña de la Resistencia. Un pueblo que quiere vencer con el incompleto instrumento de guerra de un ejército improvisado, a más del caudillo militar, requiere una buena, activa y fuerte dirección política, un gobierno que, lleno de un apasionado amor a la Patria, sepa entusiasmar a las masas por la causa y el ideal supremo de la guerra, ahogando sin consideración alguna todo síntoma de debilidad. Pero tal gobierno ya no existía, y yo anhelábalo intensamente.

Mi vida en la quebrada era muy movida; constantemente tenía que recorrer la línea que ocupaba el ejército, dictando órdenes y observando que fuesen cumplidas estrictamente. Además, los guerrilleros reclamaban mi presencia en distintos puntos, pues con mis palabras alimentaban ellos su espíritu combativo.

Al pasar de Santa Eulalia a Carampoma, en uno de mis viajes de inspección, don Adrián Medina, vecino principal de este último lugar, me participó que con su propio esfuerzo había organizado una guerrilla formada con los vecinos de esta localidad, y que su 2º

Digitized by Google

jefe era el señor Vila, vecino de Carampoma. Esta guerrilla fué la que rechazó el avance de dos compañías del batallón chileno *Buin,* comprometiéndoles seriamente su flanco y retaguardia, y obligándolas a retirarse con una pérdida de más de 60 hombres. Más tarde, dicha guerrilla engrosó sus filas y se convirtió en el batallón *Atahualpa.*

Después de haberle dado al señor Medina las instrucciones pertinentes, me trasladé a Cieneguilla, donde quedé igual y gratamente sorprendido cuando el cura del lugar, don Eugenio Ríos, me participó que tenía a sus órdenes una fuerte guerrilla que había armado y de la cual era jefe. Aplaudí el patriotismo de este sacerdote, quien me manifestó sus deseos de continuar al frente de su guerrilla, suplicándome que, por carecer de carácter militar, le invistiese con un grado militar. Ante esta prueba de valor y patriotismo, nombréle «Comandante general de la guerrilla de *Cieneguilla*», otorgándole la clase de coronel provisional.

Para atender a la manutención del ejército, acudí al patriotismo de los propietarios de Chosica, los cuales, según sus posibilidades, me proporcionaban reses, patatas y otros artículos de primera necesidad.

Congreso de Ayacucho.

Mientras tanto, el Dictador, después de haber recorrido los departamentos del Sur, asistía en el mes de julio a la Asamblea convocada por él con anticipación.

El 28 de julio de 1881 se reunía la Asamblea de Ayacucho, y ante ella deponía el poder dictatorial el señor de Piérola.

Presentóse enseguida una proposición suscrita por 27 representantes, pidiendo se proveyese la Jefatura

Digitized by Google

Suprema, vacante por la renuncia del Dictador. La moción fué aprobada por unanimidad, y se eligió a Piérola Presidente Provisional de la República.

El Presidente y la Asamblea quedaron instalados en esa ciudad durante varios meses, hasta noviembre, y en este período se dictaron varios decretos, tendientes a regularizar el nuevo orden de cosas, pero sin lograr dar unidad al gobierno de la República, que era por entonces lo que más interesaba, pues los pueblos del Norte y Sur se pronunciaron poco después por García Calderón y pusieron en situación crítica al Gobierno de Ayacucho, y con él al Ejército del Centro que yo mandaba, dando lugar a los acontecimientos que se sucedieron más tarde.

Proyecto de viaje a Chancay. — Otros sucesos.

En el mes de octubre se presentaron serias dificultades en la provincia de Chancay con motivo del fallecimiento del prefecto y comandante de la plaza de Lima, que residía en ese lugar. Con tal motivo, tuve que preparar un viaje a esa provincia para poner término al conflicto que se había producido, y a la vez dictar órdenes para la organización de nuevas fuerzas.

Dí instrucciones al coronel Manuel Tafur, jefe del Estado Mayor, quien debía representarme durante el tiempo de mi ausencia. Le dejaba encargado que, en caso de que el enemigo atacara a las tropas que mandaba el coronel Martín Valdivia, y que éstas no pudieran contenerlo, debían replegarse a Chosica, donde se debía prolongar la resistencia por todo el tiempo que fuese posible. En caso aun de ceder ante la superioridad numérica del enemigo, debía efectuar la retirada procurando conservar el mayor orden en este movimiento, y aprovechando todas las buenas posiciones que ofrece el terreno para llegar a Purhuay, y luego retrogradar hasta San Bartolomé y Surco. Asimismo le previne que

Digitized by Google

hiciera coronar con los guerrilleros los cerros dominantes, a fin de ofender mejor al enemigo, sin descuidar de dejar vigías que observasen las rutas de Cieneguilla y Piedra Liza, por donde temía que el enemigo ejecutase algún movimiento ofensivo a nuestras tropas.

El coronel Tafur debía proceder de acuerdo con el coronel Morales Bermúdez, haciéndoles presente a ambos que debían conservar el mayor orden y la mejor armonía en el ejército y sus dependencias. Recomendéles también que debían tenerme al corriente constantemente de lo que ocurriese en el ejército, disponiendo la salida de propios bien montados, cada dos días, durante todo el tiempo que durase mi ausencia.

Al cura y coronel Ríos le recomendé que reduplicase su vigilancia hacia el portachuelo de Manchay, por donde temía una agresión, según los avisos que había recibido de Lima.

Tales fueron las medidas que dicté antes de emprender el viaje a Chancay. Pero tal viaje se frustró, porque en momentos de emprenderlo, recibí comunicaciones de Lima, en las cuales se me anunciaba la salida de fuerzas enemigas hacia la quebrada, para batirme.

En vista de tales informes, envié varias comunicaciones al coronel Manuel Encarnación Vento, jefe del batallón *Canta,* para que procediera en el acto a reconocer todos los caminos que terminan en los cerros de Huscata y Pariachi, colocando las guerrillas que fueran necesarias en los lugares más convenientes y elevados, a fin de que, al aparecer el enemigo en estos puntos, lo atacaran por retaguardia. Ordenábale también que redoblase la vigilancia del portachuelo de Cieneguilla, donde debía tener permanentemente diez jinetes en observación, para que dieran aviso inmediato en cuanto apercibiesen el avance del enemigo. Pero el coronel Vento no dió cima a la organización del batallón *Canta*, ni me remitió al Cuartel General

Digitized by Google

139 rifles y más de 20000 tiros de bala, que por la ruta de Canta me había enviado mi agente secreto Gómez Silva, quien adquirió estos elementos en la capital con el dinero enviado por mí para ese objeto. Mis comunicaciones reiteradas a Vento resultaron inútiles, pues a pesar de haberle hecho presente que tenía a la gente acuartelada y que sólo aguardaba el armamento para organizar un nuevo batallón, no atendió mis órdenes, causando así un verdadero perjuicio al ejército de la defensa.

Continuamente se producían casos de deserción en el ejército chileno que se encontraba encerrado en la capital; presentáronse en nuestro campamento gran número de desertores, que eran enviados a las haciendas de la montaña de Chanchamayo como peones, siendo el comandante Díaz el encargado de conducirlos a esa región.

Uno de esos días, en Chosica, fuí sorprendido por la visita de un coronel completamente desconocido para mí. Presentóse al Cuartel General elegantemente uniformado y montado en un buen caballo, acompañado de dos soldados. Al interrogarle acerca de su personalidad, me dijo ser el cura Ríos de Cieneguilla; dióme cuenta del estado de sus guerrillas, y yo le dí instrucciones para el mejor desempeño de su misión.

Combate de Cieneguilla. — Atentados contra mi persona.

Los chilenos habían comenzado los movimientos ofensivos prolongando su línea hacia mi izquierda y extendiéndose más allá de la Calera, Tebes y San Juan, de manera que por allí atacaron a nuestras avanzadas de Cieneguilla más de 300 chilenos. Nuestros guerrilleros, después de tenaz lucha de más de dos horas, abrumados por la superioridad numérica del enemigo, tuvieron que replegarse al grueso de la fuerza que

Digitized by Google

ocupaba mejores posiciones, de conformidad con las instrucciones que habían recibido.

Apenas tuve conocimiento de este hecho, alisté 200 hombres del batallón *Zepita* y del escuadrón *Escolta,* y me trasladé al lugar del suceso, para contrarrestar la acción del enemigo; pero a mi llegada a este lugar ya se había retirado a sus posiciones alrededor de Lima, después de haber saqueado e incendiado la hacienda de Cieneguilla, y haber atacado a los guerrilleros que defendían esa salida en número de 60.

La situación del ejército se hacía cada vez más apremiante, debido a los encuentros que se realizaban con mucha frecuencia, y empeoraba de día en día; el ejército no contaba con un solo centavo en caja, y no había con qué comprar carbón para abastecer la máquina del ferrocarril, por lo cual hubo necesidad de enviar al mayor Saravia con una partida de mulas al Cerro de Pasco, para que en ese lugar lo adquiriera en las propiedades de don Claudio Gutiérrez.

Como yo recorría frecuentemente la línea del ferrocarril desde Chosica hasta Chicla, trató el enemigo de aprovechar esta circunstancia para atentar contra mi persona.

Seguramente, el Alto Mando chileno juzgó fatídica mi vida, y, para hacerme desaparecer y desbaratar la organización de la resistencia armada, compró varias veces, a bajo precio, la maldad de algunos hombres faltos de todo escrúpulo, que se encargaron de poner en juego los medios más ruines para acabar con mi existencia, lo cual no llegaron a conseguir, por fortuna.

En uno de esos días, a la salida de uno de los túneles, el tren en que viajaba con mis ayudantes y escolta, quedó detenido de repente. Al punto descendí con mis acompañantes, y fuí informado por el maquinista norteamericano Wall (a quien llamaban «Cáceres Chico») que había detenido el tren en esa forma

Digitized by Google

brusca, por haber encontrado una piedra de gran tamaño en la línea, la cual seguramente fué colocada con intenciones criminales. No presté gran atención a este hecho; aguardé a que se hiciera retirar la piedra, y continué el viaje.

Poco después, en otra excursión, fué detenido el tren en la misma forma que la vez anterior, en la quebrada del Infiernillo, por haber notado el mismo maquinista que los railes habían sido movidos con intención de que al salir el tren del túnel, en lugar de pasar por el puente, se precipitara al fondo del abismo. El oportuno aviso dado por el maquinista Wall, quien me guardaba gran estimación y cariño, evitó que se realizara la catástrofe, merced únicamente a su gran pericia. Subsanóse al punto el desperfecto, y continuamos el viaje.

Ante este nuevo atentado, ordené a las autoridades del tránsito que vigilasen estrictamente la línea para evitar la repetición de tales hechos.

Sin embargo, lograron los criminales burlar nuevamente la vigilancia de los soldados colocados en todo el trayecto del ferrocarril, y levantaron los railes, colocándolos de tal modo que nadie se hubiera dado cuenta del peligro, a no ser el mismo Wall, quien, dando oportunamente el grito de «¡hay peligro!», nos salvó de la catástrofe. Los railes estaban desviados y dirigidos hacia el precipicio por donde corre el río Purhuay.

Días después se capturó a dos chilenos, que fueron sorprendidos en el momento en que se ocupaban en la tarea de levantar railes de la línea. Presos y conducidos a Matucana, fueron sometidos a un Consejo de Guerra, ante el cual declararon que habían causado varios perjuicios en la línea del ferrocarril, con el propósito de hacerlo volar, mandados por Lynch. Los individuos fueron fusilados, previo consejo verbal.

Digitized by Google

Desconocimiento del Gobierno de Piérola en el Sur y Norte de la República. — Grave situación del Ejército del Centro.

El 3 de noviembre supe que el Ejército de Arequipa había desconocido la autoridad del Dictador el día 7 de octubre, reconociendo la del doctor Francisco García Calderón; y que el 23 de octubre había hecho lo mismo en el Norte el contraalmirante Montero, jefe político y militar de esa región, quien había sido elegido 1er vicepresidente y había aceptado dicho cargo. Tales sucesos agravaron la situación del Ejército del Centro, pues comenzaron a dividirse las opiniones de los jefes con marcada tendencia hacia la paz.

También en noviembre recibí una nota del Jefe Supremo de la Nación, don Nicolás de Piérola, comunicándome haberme designado para desempeñar la cartera de Guerra, nota a que respondí, aceptando y agradeciendo tal designación.

Hasta esta época mantenía buenas relaciones con el coronel Vento y su cuñado Vargas, al primero de los cuales me dirigí para que se constituyese en la provincia de su mando, con el fin de prestar movilidad a la división *Vanguardia,* que debía haber salido ya de Huacho, siguiendo el itinerario que le había marcado el prefecto del departamento. Tal disposición no tuvo efecto, pues recibí avisos de Lima, comunicándome que fuerzas chilenas habían salido de la capital con objeto de atacar a esta división a su llegada al pueblo de Macas, por donde debía pasar para llegar al Cuartel General. Con la anticipación que el caso requería, ordené al comandante de la división que variase el itinerario de su marcha, internándose para no ser cortado en ese punto y evitar la pérdida del parque y demás elementos que conducía a Chosica. Al mismo tiempo envié varias comunicaciones al sub-

Digitized by Google

prefecto de Chancay, poniéndole al corriente de lo ocurrido. Pero la división no llegó al lugar de su destino, pues a la aproximación del chileno se desbandó.

En este tiempo ordené la prisión de un tal Bao, contratista de valijas de correo, por recaer sobre este individuo la sospecha de haber delatado el movimiento de las tropas de Huacho. Y para deslindar cualquier responsabilidad, dispuse que se efectuaran los respectivos esclarecimientos sobre la acusación que se le hacía.

Escribí también al comisario del valle de Lurín y Pachacamac, ordenándole que un cañón y material de guerra que me enviaban de Lima fueran desembarcados y conducidos al Cuartel General por el lado Sur, y entregados al jefe de las guerrillas de este sector, el cual estaba encargado de internar esos elementos. El comisario no pudo cumplir la orden, porque el encargado de la conducción, don Eduardo Camacho, no encontró a quién hacerle la entrega, y, para evitar que fueran descubiertos, enterró el cañón y las armas en un islote de Chorrillos.

A últimos de noviembre se había desarrollado ya el tifo completamente en el campamento, ocasionando grandes pérdidas al ejército y destruyendo la labor que con tanto sacrificio había realizado y, lo que es peor, sembrando el descontento en sus filas. Diez o doce soldados desaparecían diariamente, y no valieron para impedir el contagio el constante cambio de cuarteles y emplazamientos, pues se carecía de los elementos de sanidad necesarios para impedir el desarrollo del mal. Para aliviar la triste suerte de los enfermos, improvisé un hospital de campaña, donde fueron atendidos con los pocos y escasos auxilios de que se pudo disponer en ese lugar.

Al mismo tiempo que la epidemia abría enormes brechas en las filas del ejército, el armamento tam-

Digitized by Google

bién comenzaba a inutilizarse a causa de su antigüedad, de las continuas marchas y combates y de las constantes lluvias. Su destrucción era inminente, y por tanto amenazaba dejar desarmadas a las tropas frente al enemigo. Para atender a su reparación, establecí la maestranza en Matucana.

Los pueblos del Centro me ofrecen la presidencia de la República. — El conflicto político de Chosica. — ¿Plan de reacción ofensiva desde Iquique hasta Paita?

A la par que estas desdichas flagelaban al ejército, se hizo mi situación política en extremo difícil, con la llegada al Cuartel General de una comisión formada por los vecinos principales de los departamentos del Centro, la cual vino a proponerme que desconociera la autoridad de Piérola y aceptara la presidencia de la República, en atención a que, habiendo desconocido ya a dicha autoridad los pueblos del Norte y Sur, había llegado el momento de asumir una actitud enérgica para resolver lo más pronto posible los destinos del país, cuyo lamentable estado no podía prolongarse.

Decliné tal propuesta, manifestando a los comisionados que mi única norma de conducta era la de continuar al frente del ejército, defendiendo el honor nacional hasta donde me lo permitieran mis fuerzas.

En seguida me dirigí por escrito a Piérola preguntándole cuáles eran los trabajos que tenía comenzados para conseguir la paz, o cuáles sus planes y proyectos para continuar la guerra. Contestóme que estaban autorizados los señores vocales don Antonio Arenas, don Eusebio Sánchez y don Jorge Loayza para tratar con el enemigo sobre la paz. Apenas recibí esta comunicación, dirigíme a esos señores, preguntándoles cuál era el estado de las gestiones emprendidas según

Digitized by Google

las instrucciones que habían recibido del señor de Piérola. Estos señores manifestaron suma sorpresa por mi pregunta, asegurándome que no habían recibido comunicaciones de ninguna clase para tratar de la paz con el enemigo, y que tampoco habían sido nombrados delegados por Piérola[1]).

[1]) Encontrándome en Italia, donde a la sazón desempeñaba la plenipotencia del Perú, recibí, en 1909, dos cartas, la una de mi malogrado amigo, el comandante Montani, y la otra de mi actual secretario, D. Julio C. Guerrero. Dichas cartas referíanse a una conferencia dada por el coronel Celzo N. Zuleta en la Biblioteca Militar, en la cual, tocando el punto del conflicto político ocurrido en Chosica, hacía afirmaciones categóricas sobre la existencia de un vasto plan de ofensiva del señor de Piérola, concertado en Bolivia con el general Campero, y me preguntaban lo que había de cierto sobre tales afirmaciones del citado Coronel. Mi respuesta al respecto la verá el lector en la carta que el comandante Montani dirigió, con citas de la mía, al director del *Boletín del Ministerio de Guerra y Marina,* y que fué publicada en el número 10 de 1º de junio de ese mismo año, con el título de «Rectificación del Sr. General Cáceres». La carta dice así:

Piura, 29 de mayo de 1909.

Señor Teniente Coronel D. Alejandro Arenas,
Director de la Biblioteca Militar.
Lima.

Señor Comandante:

En la conferencia histórico-militar dada en ese Instituto por el Sr. Corl. D. Celso N. Zuleta sobre la acción de «Pucará», existe una afirmación de cierta trascendencia histórica, que el Sr. Corl. conferenciante ha sentado como base de una amplia combinación militar, de dilatados horizontes en las operaciones que a la sazón se sostenían en el centro de la República, contra el ejército de Chile. En vista de la próxima publicación de ese trabajo en el «Boletín del Ministerio de la Guerra», ha llegado el momento de hacer la rectificación conveniente, a fin de que lo que por entonces pudo ser una charla o un anhelo patriótico, aunque irreflexivo, no quede como una versión histórica perjudicial siempre a la majestad de los acontecimientos que se tratan de historiar.

Me refiero al plan militar que dice el Corl. Zuleta existió con Bolivia, para *emprender la ofensiva* sobre el ejército

Digitized by Google

En estas circunstancias, el señor Guillermo Ferreiros, que había llegado al campamento, reunió a los comisionados de los departamentos del Centro, y les expuso la situación política por que atravesaba la República, aconsejándoles que tomaran una actitud decisiva en armonía con la actual situación del país.

---

de Chile, después que hubo ocupado nuestra Capital y como un dispositivo genial del Sr. Piérola, establecido con algunas tropas en Ayacucho.

Adelanta el Sr. Corl. Zuleta la afirmación de que a ese intento militar se enviaron por el Dictador fuertes sumas de dinero a Europa, para comprar armas y cañones; y extrañándome a mí, modesto cronista de aquellos acontecimientos, la oscuridad de este asunto, del que sólo oí hablar una vez y en vía de opinión al Sr. Juan Martín Echenique en Ayacucho, a fines del año 1882 o a principios de 1883, acudí al Sr. General D. Andrés A. Cáceres, pidiéndole las noticias que él pudiera tener sobre este particular. Dicho Sr. General Cáceres, en carta fechada en Roma (Italia) en 5 de abril del año en curso, me dice sobre este particular lo siguiente:

«Me he encontrado con una noticia nueva y sorprendente para mí, dada en la conferencia del Corl. Zuleta, al describir la retirada y combate de «Pucará», cuando dice que se había celebrado un acuerdo con Bolivia, para atacar las fuerzas chilenas existentes en varios puntos de nuestras costas y que, con ese objeto, se mandó dinero suficiente a Europa, para la adquisición de rifles y cañones, añadiéndose que se organizaban por entonces *tres cuerpos de ejército,* al mando de Jefes que el Corl. Zuleta designa en detalle».

«Lo extraño para mí es que, siendo yo Jefe superior de los departamentos del Centro, al mando inmediato de una fuerza regularmente organizada, no se me hubiera hecho conocer jamás por el Sr. de Piérola ese importante plan, que se dice ahora estaba acordado con el General Campero».

«Cuando se retiró Piérola del Centro, todos los Jefes que estuvieron con él en Ayacucho vinieron poco después a mi lado, y además los coroneles Secada, Tafur, y el mismo coronel Zuleta, a ninguno de los cuales oí jamás hablar de semejante plan, cosa tanto más rara, cuanto que se trataba de Jefes que, al decir del coronel Zuleta, debieron ejecutar esa operación.»

«Con este motivo, voy a referir a Ud. lo siguiente: Cuando se encontraba Piérola en Ayacucho, le escribí de la

Digitized by Google

Entonces se reunieron los delegados en junta, y acordaron desconocer el gobierno de Piérola, que había perdido su prestigio en la opinión pública y cuya autoridad había sido desconocida en los departamentos del Norte y del Sur. Los comisionados no reconocieron tampoco la autoridad de García Calderón, y, como al

---

quebrada de Chosica, donde estaba yo con el ejército que había formado, preguntándole qué plan tenía a nuestras armas, y cuáles las instrucciones que yo debía seguir al intento. Su contestación fué: — «TENGO DADAS MIS INSTRUCCIONES A LOS SEÑORES DR. ARENAS, LOAYZA, — a otro señor cuyo nombre no recuerdo — Y AL CORL. TORRICO, PARA QUE TRATEN DE LA PAZ CON EL JEFE DE LA OCUPACION CHILENA EN LIMA.»

«En vista de esta respuesta, me dirigí por carta a esos señores, preguntándoles cuál era el éxito de sus gestiones cerca del Jefe chileno, y, según las instrucciones que me dijo el Sr. Piérola, haberles enviado. En contestación recibí, poco después, el mentís de estos señores, que me aseguraban no haber recibido encargo alguno sobre este particular.»

«De estas comunicaciones y aun de sus copias debe de ser testigo vivo el Corl. D. Luis J. Ibarra, actual Jefe de la Zona Militar de Lima y mi Secretario en aquella época.»

«Cuanto al envío de fondos a Europa para adquirir rifles y cañones, sería hoy mismo muy útil saber quién o quiénes recibieron ese dinero, y cuánto y cómo se invirtió, pues esas armas jamás han llegado al Perú.»

Por la gráfica versión trascrita más arriba, se viene en cabal conocimiento de que el plan referido por el Sr. Corl. Zuleta, y en combinación con Bolivia para atacar de nuevo a los chilenos, no fué cierto en forma alguna, quedando sólo como fruto de una fantasía patriótica, que no debe correr como versión histórica de los sucesos de la «Campaña del Centro».

Con tal fin, me permito dirigir a Ud., señor Comandante, la presente carta rectificatoria, para que, con publicarse el trabajo del Sr. Corl. Zuleta, quede a su lado la versión con que, por encargo especial, ha querido honrarme una vez más el Benemérito Sr. Gral. D. Andrés A. Cáceres.

De Ud. muy atto. y S. S.

Mayor — Alejandro Montani.

Digitized by Google

principio, insistieron en su propósito de proclamarme presidente de la República; por otra parte, los jefes del ejército insistían en idénticos propósitos a los de la comisión, y yo me ví obligado a permitir que se reunieran en junta para cambiar ideas al respecto y acordar lo más conveniente a los intereses del país.

Esta junta ratificó el acuerdo anterior, desconociendo la autoridad de Piérola, sin reconocer tampoco la de García Calderón, y ofreciéndome la presidencia. Para el efecto levantaron un acta de proclamación, la cual fué suscrita, entre muchos otros, por los coroneles Remigio Morales Bermúdez, Angel Campos, Manuel Tafur, Miguel Jara, Guillermo Ferreiros, Manuel Cáceres, Martín Valdivia, Manuel Hernández, Pedro J. Montani; comandantes Juan C. Vizcarra, J. M. Villavicencio, Lucidoro Cava, José S. Díaz, Francisco Carbajal, Fortunato Bermúdez, Feliciano Loayza, Francisco Cáceres, José Asaldo, Benigno Dorregareay, Eloy Cabrera, José M. Navarro, Pablo González, Andrés Freyre, Pablo del Mar, Milcíades Ríos, Fermín Dalones; sargentos mayores José Manuel Osambela, Juan M. Saravia, el doctor Salvador Cavero, etc.

A consecuencia del conflicto político creado en el Cuartel General de Chosica, con motivo de los actos de esta junta y de la proclamación que se hacía de mi persona para desempeñar la presidencia de la República, la situación del país no podía ser más delicada y difícil.

Yo era, pues, el llamado a resolverla, y dí respuesta al acta suscrita por medio de una proclama, manifestando mi deseo de no inmiscuirme en asuntos políticos que originarían la anarquía en todo el país, y que mis propósitos eran sólo los de continuar al frente del ejército y proseguir la Campaña de la Resistencia ya comenzada. Esta proclama la hice extensiva a todas

Digitized by Google

las autoridades políticas y militares de la región de mi mando.[1])

El desconocimiento de la autoridad de Piérola por los pueblos y el Ejército del Centro, contribuía a secundar el movimiento operado ya en las regiones del Norte y Sur de la República, y a conseguir la unificación del país, evitando una guerra civil, que por cierto hubiera sido asaz desastrosa. Además de esta razón, bastante poderosa, tendía a todo trance a evitar la lucha entre hermanos, la cual se hacía inminente en caso de continuar sosteniendo a Piérola. Toda resistencia llevada a cabo por las fuerzas del Centro, no habría tenido otro resultado que comprometer por completo la causa de la defensa nacional y ensangrentar al país.

Apenas terminado el acto del desconocimiento de la autoridad de Piérola, se le despachó un comisionado llevándole el oficio en el cual se le comunicaba el acuerdo tomado por los pueblos y el ejército del Centro. Este comisionado encontró a Piérola en Tarma, adonde había llegado, procedente de Ayacucho. Una vez que le fué entregado el oficio, y al saber el desconocimiento de su autoridad por los pueblos y el ejército del Centro y del Sur, expidió un decreto abdicando el poder y calificando como un acto de rebeldía la resolución tomada por los pueblos y los ejércitos del Centro y del Sur, resolución que me vi obligado a seguir, inspirado en el sentir unánime y en las conveniencias primordiales de la Nación. El 28 de noviembre expidió igualmente un decreto ordenando que todas las fuerzas que en el Centro le obedecían pasaran a mis órdenes, y en seguida continuó su viaje a Lima por la quebrada de Canta.

---

[1]) Los documentos oficiales relativos a la Campaña de la Resistencia, correspondientes al año de 1881, se hallan en el primer tomo de la obra histórica: «La Campaña de la Breña», escrita por mi hija Zoila Aurora.

Digitized by Google

Desde entonces continué en el Centro la Campaña de la Resistencia, actuando de manera independiente. El acuerdo tomado por el Ejército del Centro, comunicado ya a todas las autoridades militares de la región de mi mando, fué recibido con entusiasmo en todas partes, adhiriéndose a él los principales jefes que obedecían a Piérola, entre los cuales figuraban el coronel Manuel Encarnación Vento y el Coronel Arnaldo Panizo, jefe de una fuerte división en Ayacucho, y a quien, en virtud del decreto del ex Jefe Supremo, ordené que se pusiera en marcha hacia el cuartel de Chosica con las fuerzas de su mando.

Con motivo de la dimisión del señor Piérola, pasó a aumentar de hecho e inmediatamente el Ejército de la Resistencia el escuadrón de caballería que le había servido de escolta, a las órdenes del coronel Pedro Pablo Nieto, con el nombre de *Cazadores del Perú*. Pero ocurrió que, a medida que aumentaban las tropas, escaseaban los recursos para sostenerlas, por lo cual mandé al pagador del ejército, el coronel Mendizábal, a la capital del departamento de Junín, para que, de acuerdo con el prefecto, abriese una suscripción voluntaria para reunir fondos.

Vento disuelve sus tropas y me desobedece. — Panizo no acude a mi llamamiento. — Nueva tentativa contra mi persona.

Una vez en Lima el ex presidente Piérola, parece que se arrepintió de haber dejado el mando supremo, y consintió, según se dijo, en que sus amigos políticos enviaran agentes secretos para desmoralizar a mis tropas y se dirigieran también a varios jefes adictos a él, haciéndoles insinuaciones para que me desobede-

Digitized by Google

cieran, lo cual cumplieron el coronel Manuel Encarnación Vento, disolviendo los batallones que se encontraban a sus órdenes, y el coronel Arnaldo Panizo, negando su concurso cuando más necesarios eran sus servicios.

A pesar de que la epidemia continuaba haciendo fuertes estragos, avanzaron los guerrilleros hasta las puertas de Lima, parapetándose en las alturas de la quebrada.

Encerrados los chilenos en el círculo de la capital, estaban ya inquietos al ver que verdaderamente se verificaba la resistencia armada. Pensé entonces emprender una reacción ofensiva, atrayendo fuerzas enemigas para batirlas en detalle, utilizando las ventajas del suelo y el entusiasmo de las tropas. Mas hube de desistir luego de mi propósito, cuando eché de ver que no podía contar con las fuerzas de Panizo que me eran indispensables para tal operación. Y lo que era peor, la disolución de las fuerzas de Vento dejaba en descubierto mi flanco derecho.

Entretanto, el escuadrón *Carabineros de Chancay,* que se encontraba en Huacho, al saber la dimisión de Piérola, levantó un acta proclamándome también Presidente de la República, acta que fué suscrita por el teniente coronel Antonio Arriaga, 1er jefe; el sargento mayor Pedro Vargas, 2o jefe; los capitanes Zoilo Padilla, José Robles, Manuel A. del Pino; los tenientes Luis A. Rivadeneira, Abdón Gao, Manuel Aler, Ramón Isidro, Diego Espinoza, Pedro O. Arriaga y muchos otros.

Serias dificultades, interpuestas por el enemigo, entorpecieron nuevamente mis labores. Estando en Chosica, fuí sorprendido con la visita de un italiano, Antonio Gilesdán, que me propuso apoderarse de uno de los blindados que se encontraban surtos en la bahía del Callao, diciéndome que esta operación le era fácil realizarla porque contaba con los servicios de 50 griegos decididos, y que deseaba saber con cuánto podía

Digitized by Google

recompensarle. Yo le manifesté que no podía atenderle en la forma que solicitaba, por no contar con dinero, pero que no me oponía a su idea, la cual podía poner en práctica con la seguridad de que yo le recompensaría. Me exigió el pago de 30000 soles, y como no acepté su propuesta, retiróse a Lima.

Un mes más tarde regresó nuevamente al campamento dicho italiano, diciéndome que en Lima había hablado con el señor Panizo, representante de Piérola, y que le había encargado que regresara donde mí para arreglar y aceptar la propuesta que me hacía. Rechazado nuevamente, volvió por donde vino.

Poco después de esta entrevista recibí una carta de la capital, enviada por mi amigo Alberto Larco, en la cual me decía que, encontrándose él en el Palacio del Gobierno, había sorprendido una conversación entre Lynch, General en Jefe del ejército invasor, y un italiano; que el jefe de las tropas chilenas había reconvenido al italiano por la falta de cumplimiento en su compromiso, y que éste le aseguró que mi vida se encontraba en sus manos y que pronto daría buena cuenta de ella.

Sospechoso el señor Larco de que algún funesto plan se tramaba contra mí, siguióle hasta fuera del Palacio y, observándole bien, envióme tal dato con la filiación del italiano, previniéndome la celada que iba a tenderme.

Días después regresó el italiano al campamento y fué reconocido por una buena mujer que venía con frecuencia a vender fruta. Esta mujer, al pasar por Santa Clara, vió que el italiano hablaba con el jefe de las fuerzas chilenas en ese lugar, y que éste le gritaba ásperamente. Ella, pretextando vender su fruta, acercóse al grupo, pudiendo escuchar que el italiano aseguraba al oficial chileno: «esta vez no se escapará de

Digitized by Google

mis manos.» Al verlo llegar al campamento, presurosa vino donde mí, preguntándome qué podían significar las palabras que había escuchado, y prorrumpiendo en llanto. Yo la calmé y le aseguré que nada grave sucedería, porque ya estaba perfectamente advertido y conocía a fondo las intenciones criminales de ese individuo.

El italiano solicitó audiencia para hablarme. Hice salir de la oficina a los jefes y oficiales que en esos momentos se encontraban ocupados en sus labores diarias; pero el coronel Tafur, que era por demás celoso, se opuso tenazmente a abandonarme. Traté de convencerle de que nada grave me ocurriría, y aceptó esperar en el corredor, temiendo que alguna desgracia me sucediese.

Al entrar el italiano en la habitación, levantéme del asiento y avancé hasta el centro de ella. Sin darle tiempo para nada, cogíle de las orejas diciéndole: «Estamos solos. ¡Canalla!... ¡Asesíname!... ¡Atrévete!... ¡Cumple tu misión!...» Pero el italiano, completamente desconcertado, cayó de rodillas al suelo, víctima de un percance indigno de describirse, implorándome perdón.

Apresado y conducido al cuartel, se le encontró, al registrarlo, oculto en la ropa, un puñal. Declaró que había sido enviado por el general Lynch, con el encargo de asesinarme... Este canalla no pudo ser ejecutado, porque se fugó, aprovechando el desorden y lo confusión de la retirada que a poco se llevó a efecto.

El Ministro Norte-americano me insinúa la conveniencia de reconocer al Gobierno de García Calderón.

El 11 de diciembre recibí una comunicación del Ministro de los Estados Unidos de Norteamérica, Mr. Hurlbult, en la cual me manifestaba la conveniencia de re-

Digitized by Google

conocer al Gobierno del doctor García Calderón, como el único medio de solucionar el conflicto pendiente y poder llegar a un acuerdo sobre la celebración de la paz. Asimismo me manifestaba el Ministro americano que, estando próxima a llegar al Perú la comisión que había salido de la República del Norte para intervenir en los arreglos de la paz, era de todo punto indispensable que esos comisionados encontraran al país completamente unificado.

En vista de esto y de la situación excepcional por la cual atravesaba el país, resolví dirigirme al prefecto de Arequipa, participándole lo ocurrido en los departamentos del Centro, esto es, el deseo que habían manifestado los comisionados de los pueblos y los jefes del ejército, de que yo fuera el jefe supremo de la República; pero que empeñado como estaba en la Campaña de la Resistencia, no había aceptado tal designación y sólo deseaba permanecer desempeñando mi honroso cargo de Jefe Político y Militar del Centro y jefe de la resistencia en esa zona del territorio nacional. Asimismo proponía al prefecto la reunión de una asamblea nacional, para que eligiera un gobierno constitucional que pudiera satisfacer los anhelos del país, eliminando mi persona. Mientras aguardaba la respuesta del prefecto, dediquéme a atender los asuntos que se relacionaban con la defensa y el ejército.

Como el coronel Arnaldo Panizo, jefe de las tropas de Ayacucho, no había acatado la orden que le diera el señor de Piérola para unírseme, poniéndose a mis órdenes, ni había contestado al oficio que le dirigiera al respecto, reiteréle, el día 14, la orden de ponerse en marcha inmediatamente con sus tropas hacia el Cuartel General, ordenándole asimismo que trajese consigo todas las tropas que se encontraban destacadas en la región del departamento de Apurímac.

El prefecto del departamento de Ica, coronel Pedro Más, que igualmente obedecía al señor Piérola,

Digitized by Google

al saber el desistimiento de éste, lejos de ponerse a mis órdenes, según lo ordenaba el decreto del ex mandatario supremo, declaró que, habiendo renunciado el señor de Piérola, no existía gobierno legal y que por consiguiente se mantenía en expectativa de la situación. Parece que esta actitud del coronel Más fué debida a una mala interpretación de la proclama que hice publicar a raíz de mi repulsa a la elección que para presidente hizo de mi persona el Ejército del Centro. Más tarde, y después de haber cambiado varias comunicaciones con este jefe, conseguí que se adhiriera al nuevo orden de cosas.

El día 18 de diciembre rechazaron las guerrillas avanzadas de Cieneguilla, a las órdenes del cura coronel Eugenio Ríos, un ataque chileno por aquel lugar. Este coronel reforzó su línea con tropas del escuadrón *Inmortales* y la columna *Cáceres,* las cuales se posesionaron inmediatamente de la portada y estuvieron listas para luchar. Pero los chilenos no continuaron su avance, y al día siguiente, por la mañana, abandonaron la hacienda llevándose el ganado que encontraron y siendo hostilizados en su regreso hasta las cercanías de Lima, por 15 guerrilleros del escuadrón *Inmortales,* que los siguieron por la quebrada de Pampa Grande.

El 31 de diciembre, finalmente, expedí un decreto por el cual cambiaba el nombre del batallón *Lima Nº 1* por el de *Tarapacá,* en memoria del glorioso hecho de armas que allí se realizó, y por estar compuesto este batallón de jefes, oficiales y tropa veterana que habían tomado parte en aquella acción. Este batallón debía ser considerado, pues, en lo sucesivo como el primero del ejército y ocupar lugar preferente en la línea.

Digitized by Google

Auxilios que proporcionan de Lima al Ejército del Centro.

En Lima funcionaba un comité formado por los patrióticos señores Carlos Elías, Pedro Helguera y otros, presididos por el Ilmo. Señor Obispo Tordoya, los cuales, en forma bastante activa, me proporcionaban cuantos recursos les era posible conseguir para el Ejército del Centro, y a la vez noticias sobre el movimiento de las tropas enemigas y sobre la política del país.

Al coronel Ambrosio Navarro le entregaron un cañón que habían conseguido, para que lo trasladase al centro de operaciones. Este jefe, para cumplir satisfactoriamente su cometido, puso en juego una estratagema asaz peligrosa. Para burlar la vigilancia del enemigo, que era estricta, aparentó conducir al cementerio de la capital un cadáver, y dentro del ataúd consiguió sacar el cañón, con su respectivo cortejo, formado por militares de paisano, quienes continuaron su marcha por el camino del cementerio hasta Chosica y vinieron a engrosar las filas del ejército.

Mi esposa, doña Antonia Moreno, a pesar de ser perseguida por la policía chilena, reunía sigilosamente, con otras señoras, en el local donde funcionaba el antiguo teatro Politeama, armas y municiones, que luego me eran enviadas aprovechándose de que la línea que ocupaban mis tropas llegaba casi hasta las puertas de la capital.

Fué tanto el entusiasmo de algunos patriotas en Lima, que en cierta ocasión llegaron hasta a apoderarse del caballo del jefe de la ocupación, general Lynch, enviándomelo para que me sirviera de él.

Durante la ocupación de Lima por el ejército chileno, entraba el coronel Mariano Muñoz continuamente en la capital, y luego extraía de ella fuertes partidas de

Digitized by Google

rifles y municiones, burlando al efecto la vigilancia que ejercían las tropas enemigas encargadas de impedir hechos de esta naturaleza.

Pero así como había ciudadanos que se esforzaban por contribuir al sostenimiento del ejército, no faltaron tampoco malos elementos que trataron de destruir la labor que con tantos sacrificios realizaba.

En el Cuartel General de Chosica se presentó un día un joven universitario, apellidado Barriga, ofreciendo sus servicios, que desde luego acepté creyendo fuese un verdadero patriota. Y juzgando que había llegado el momento de aprovechar sus servicios, enviéle a Lima en comisión, con 3000 soles que había reunido a costa de grandes esfuerzos, para que los entregase al señor Obispo Tordoya, mi delegado encargado de hacer compras de armamento. Junto con este comisionado mandé también al comandante Ordóñez, quien debía recogerlo; pero el universitario Barriga desapareció en Lima con los 3000 soles, destinados para una obra sagrada, y, no contento con su infame acción, denunció al comandante Ordóñez, dando lugar a que éste fuese flagelado públicamente por los chilenos en el local de la Intendencia de Policía.

El Mando chileno prepárase a abrir campaña contra el Ejército del Centro. — Nuevas instancias a Panizo para que venga de Ayacucho.

Mientras continuaba el tifo diezmando mis tropas, recibí la noticia, enviada por mis delegados en Lima, de que el Alto Mando chileno, alarmado con la organización del Ejército del Centro y sus constantes amagos, había resuelto emprender una campaña seria contra él, y que al efecto se preparaba la salida de dos fuertes divisiones chilenas, que iban a ser mandadas por el jefe del ejército de ocupación, contraalmirante Lynch.

Digitized by Google

La noticia me sorprendió en uno de los más difíciles períodos de mi ya larga campaña en la quebrada, precisamente cuando las enfermedades hacían serios estragos en mis tropas y el armamento se encontraba en lamentable estado de deterioro. Fué entonces cuando llamé nueva y urgentemente al coronel Panizo, ordenándole que se trasladara inmediatamente al Cuartel General de Chosica.

El 25 del mismo mes recibí, al fin, una comunicación de Panizo, en la cual me decía que movería sus tropas en cuanto tuviese los recursos suficientes para ello; por lo cual, para salvar este obstáculo, escribí inmediatamente a don Tomás Patiño, buen amigo mío radicado en Ayacucho, para que hipotecara o vendiera mi finca, a fin de poder proporcionar al coronel Panizo los recursos que necesitaba.

Lo más grave era todavía que los flancos de la organización defensiva de Chosica quedábanse ya en el aire, desprovistos de todo apoyo. Con la defección de Vento quedó descubierto el flanco derecho. Y ¡qué fatal coincidencia! Tal defección ocurría justamente con la resolución del mando chileno de enviar una fuerte expedición al Centro, cuando nada serio había emprendido mientras se realizaban las atrevidas incursiones de los guerrilleros que se dejaban sentir en los mismos arrabales de la capital. ¡Designios del Destino!

Retirada del Ejército del Centro hacia su base de operaciones en el departamento de Junín.

Nuevas comunicaciones de Lima me confirmaron la salida de la expedición chilena al interior, expedición constituida por dos divisiones, de las cuales la una

Digitized by Google

avanzaría de frente por la quebrada de Chosica, y la otra por la de Canta, con el fin de rodearme y cortarme la retirada en Chicla. Ante la inminencia de tal peligro, reuní sin pérdida de tiempo a los principales jefes; expúseles la situación general, y acto seguido ordené que se levantara el campamento y emprendiésemos la retirada hacia Junín, nuestra base de operaciones.

Esta medida, impuesta por la fuerza de acontecimientos inevitables, obedecía a motivos poderosos.

La epidemia mortífera del tifo, desarrollada en Huarochirí hacía más de un mes, había azotado a las tropas en tal grado, que el número de bajas por defunciones y enfermos ascendía a una cifra alarmante. Las condiciones propias de la estación, la organización bastante deficiente del servicio sanitario y otros inconvenientes, como la escasez de recursos, que no se ocultaba a nadie, fueron las causas que impidieron combatir eficazmente el mal, el que recrudecía cada día más, multiplicando el número de sus víctimas.

Esta situación, de suyo calamitosa, no hubiera sido motivo, sin embargo, para determinar por sí sola la retirada, porque, resuelto firmemente el ejército a hacer todo género de sacrificios en pro de la Patria, estaba dispuesto a arrostrar con resignada entereza los rigores de la peste.

Lo que había hecho crítica la situación del ejército en la quebrada de Huarochirí era el tener ahora sus flancos descubiertos, invitando a un rodeo o flanqueo, sin que los escasos efectivos permitiesen restablecer los puntos de protección que estaban a cargo de la división de Vento.

En tal situación, pues, y en la imposibilidad de poder intentar un ataque contra las fuerzas chilenas reconcentradas en la capital, por la inmensa superioridad numérica de ellas sobre las mías, diezmadas ya por las enfermedades, resolví la retirada.

Digitized by Google

La evacuación de Chosica significaba la pérdida de una excelente posición militar, pero no quedaba otro recurso si se quería salvar el ejército. La guerra defensiva no consiste en la espera pasiva de los acontecimientos; sólo se aguarda cuando se presumen ventajas evidentes y decisivas. Estas habían desaparecido por el momento y era necesario moverse para cruzar los designios del contrario.

La región de Junín ofrecía los recursos suficientes para reparar la salud de las tropas y reponer las bajas producidas; allí tenía además la esperanza de reunirme con la división de Ayacucho, cuyo refuerzo era indispensable para impulsar la resistencia, activar las operaciones y crear nuevos momentos favorables para recuperar la ocasión perdida por la ausencia de dicha fuerza.

El 4 de enero se rompió la marcha en retirada. Honda consternación experimenté al presenciar el desfile de mi tropa, toda extenuada y maltrecha. El Ejército del Centro, que en los momentos de la ocupación de la quebrada contaba ya con unas 5000 plazas, estaba reducido ahora a 2500 hombres escuálidos, pero en quienes no habían desaparecido los destellos del valor y patriotismo. Esos hombres hicieron toda la campaña y, o vivieron dedicados exclusivamente al servicio de la Patria, o murieron guerreando en su defensa.

Antes de emprender la retirada, envié una circular a todas las autoridades de la región de mi mando, exponiéndoles las causas que motivaban el abandono de Chosica, tanto para evitar comentarios antojadizos y falsas interpretaciones, cuanto para que tal resolución no menguara el ánimo por la causa de la Resistencia.

Con la celeridad que el caso requería, dispuse que los enfermos de gravedad fuesen encargados a los habitantes de los caseríos vecinos, para impedir que ca-

Digitized by Google

yesen en manos del chileno, y, aprovechando el único tren que tenía a mi disposición, comencé la traslación de las tropas a Matucana.

De Chosica a Matucana. — Traición del capitán peruano Lara. — Sublevación del escuadrón Cazadores y medidas tomadas para restablecer la disciplina.

En el primer viaje que hizo el tren, despaché con dirección a Matucana el escuadrón de caballería *Cazadores,* juntamente con otras tropas; pero el escuadrón, que había sido la escolta del ex presidente Piérola, se sublevó durante la travesía, dispersándose gran parte de su personal, y solamente se logró dominar este desorden con el fusilamiento de algunos de los principales promotores.

Al mismo tiempo que ocurría esta sublevación, el capitán Lara, jefe de los guerrilleros de Sisicaya, dejaba el paso franco a los destacamentos enemigos que avanzaban por ese lugar. Los guerrilleros que permanecían fieles a la causa nacional, al descubrir su infamia, lo fusilaron, y al registrarle los vestidos le encontraron ocultos dentro de las botas los documentos chilenos que acreditaban su traición. Su cadáver fué arrojado desde un barranco al abismo.

Multiplicando mi presencia en los lugares donde se hacía necesaria mi persona, continué la difícil tarea de trasladar las tropas a Matucana. Al llegar a este lugar, ya en la noche, hice que pernoctaran en la Plaza de Armas. Yo permanecí paseándome en la casa del gobernador, sin poder conciliar el sueño, no obstante encontrarme sumamente fatigado a consecuencia del agitado trabajo del día. Pensaba en la grave situación que se había creado y estaba apenadísimo al contemplar la fatalidad en torno nuestro. Era este

Digitized by Google

el estado de mi ánimo cuando, a la una de la madrugada, fué interrumpido el silencio de esa tétrica noche por las detonaciones de varias armas de fuego en el improvisado campamento. Inmediatamente me encaminé al lugar del trastorno para averiguar lo que ocurría, y hube de recibir una nueva y fatal noticia: el escuadrón *Cazadores,* sublevado en la tarde, lo hacía otra vez, a pesar de las precauciones que se habían tomado para impedir todo acto de indisciplina.

Alarmado el campamento con los disparos, los batallones *Tarapacá* y *Zepita,* de toda mi confianza, se pusieron sobre las armas y estuvieron listos para cumplir mis órdenes.

Los amotinados, aprovechando la obscuridad de la noche, lograron fugar en distintas direcciones, pero ocho, que habían intentado huir a Lima, fueron capturados por las avanzadas que esa noche mandaba el mayor Osambela.

Conducidos ante mí, y comprendiendo que ya era llegada la hora de dictar una medida radical dando una lección ejemplarizadora a las tropas, se acordó, después de un breve consejo de guerra, que fuesen fusilados en la mañana siguiente, en presencia del ejército.

Formadas las tropas en cuadro, fueron colocados los desertores en la línea del ferrocarril y fusilados por una compañía del batallón *Zepita.* Aprovechando la situación del momento, y tratando de moralizar la tropa para evitar la repetición de estos bochornosos sucesos, ordené también que quince insurrectos más, que habían sido capturados, fuesen conducidos al sitio donde habían sido ejecutados los anteriores.

Estos, al ver mi actitud, corrieron hacia mí y, arrojándose a mis pies, me ofrecieron no volver a sublevarse y continuar acompañándome hasta morir a mi lado. Les amonesté severamente, y bajo juramento me

Digitized by Google

ofrecieron el cumplimiento de sus promesas, que acepté desde luego, disponiendo que pasaran a mi escolta a prestar sus servicios. Más tarde, tales individuos dieron verdaderas pruebas de valor y disciplina en varios y porfiados combates.

Continuando mi marcha al interior, que no presentó más inconvenientes que el paso de la cordillera y las fatigas experimentadas por la tropa enferma, llegué a la Oroya.

Primera expedición chilena contra el Ejército del Centro.

(Croquis núm. 9.)

Mientras tanto, la expedición chilena abandonaba la Capital y se ponía en marcha hacia la Sierra.

El día 2 de enero partió una de las divisiones chilenas que mandaba Lynch en persona, y se dirigió a Canta siguiendo la ruta marcada por Cavallero, Zapán, Yangas, Santa Rosa de Quives, Yasu, Cahua, Pariamarca hasta Canta, y, doblando enseguida por Lachaqui, San Pedro de Laraos y Carampoma, hacia Chicla.

Dos días más tarde, el 4, salía de Lima la otra división, a órdenes del coronel Gana, avanzando por la quebrada del Rímac.

Cuando se verificó la unión de las divisiones chilenas en Chicla, hacía ya algunos días que había yo abandonado este punto.

En Chicla acordó Lynch constituir una sola división con las mejores tropas y, encargando el mando en jefe al coronel Gana, retornó a Lima el día 11.

La división Gana, que partió de Chicla en mi busca el 19 de enero, llegó a la Oroya el día 23. Estas

Digitized by Google

tropas, muy bien armadas y municionadas, hacían un efectivo de más de 2500 combatientes.

Continúa la marcha en retirada a Tarma. — Consejo de Guerra en Tarma. — De Tarma a Jauja.

Antes de la llegada de los chilenos a la Oroya, había reunido en este sitio a mis tropas con las de Yauyos, al mando del coronel Tafur. Mandé cortar el puente sobre el Mantaro y me encaminé a Tarma.

En esta población convoqué una junta de guerra con el objeto de examinar la situación y ver si era conveniente enfrentarse al enemigo o continuar la retirada. Se decidió lo último, en vista de dos razones poderosas: la primera, la de ir en pos de mejores posiciones, y la segunda, esperar el refuerzo de las tropas de Ayacucho que habían sido llamadas repetidas veces desde Chosica. Para apresurar la marcha de tales fuerzas, se enviaron como comisionados expresos a esa ciudad a los coroneles Manuel Cáceres y Pedro Montani.

De manera, pues, que atendiendo a esta poderosa necesidad y al aviso de los coroneles Cáceres y Montani, de que las tropas de Panizo habían resuelto emprender la marcha después de satisfechos ciertos pagos efectuados por don Tomás Patiño, resolvióse la marcha a Huancayo, para establecer el Cuartel General en esa ciudad, allegar recursos y procurar el mejoramiento de la salud de las tropas.

Por el momento habíase logrado hacer fracasar el designio del mando chileno de cortar nuestra retirada y batirnos sobre la línea Chosica-Chicla.

Con la ayuda poderosa de las fuerzas de Ayacucho pensaba emprender la reacción ofensiva, descendiendo

Digitized by Google

nuevamente a la quebrada y arrojando al enemigo del interior. Entre tanto continuaría el retroceso, obligando al chileno a seguirme e internarse en terreno desventajoso para él, lo cual iría cansando y agotando sus fuerzas.

Desgraciadamente, a poco, vi nuevamente ensombrecerse mis perspectivas. Antes de emprender la marcha a Jauja tuve que permitir al jefe del batallón *Tarma* que licenciara a su tropa, la mayor parte de la cual se encontraba enferma, atacada del tifo, por lo que le era imposible continuar al interior. Asimismo dispuse que la 1ª división quedase a retaguardia para proteger la retirada, y con el resto de las tropas me encaminé hacia Jauja.

Consejo de Guerra en Jauja. — Reconocimiento del Gobierno de García Calderón.

En Jauja permanecí algunos días y provoqué la reunión de un Consejo de Guerra formado por todos los jefes del ejército y presidido por el Illmo. Arzobispo del Valle, para acordar la respuesta a la carta del ministro Hurlbult, en la que me manifestaba la necesidad de reconocer el gobierno de García Calderón como el único medio de llegar a un pronto arreglo de paz con el enemigo.

Discutida la propuesta del ministro americano, el día 24 de enero de 1882, se acordó, por unanimidad, reconocer el gobierno de García Calderón.

A este acto asistieron todos los jefes de los batallones, los coroneles Secada, Tafur, Montani, Tafur (hijo) y los señores Flores Chinarro, Cavero, Patrón y Carranza.

Enseguida me dirigí por escrito al señor García Calderón, comunicándole que había sido reconocido su gobierno por los departamentos y el Ejército del Centro y que se trasladase al Centro para tratar al

Digitized by Google

frente del Ejército. Mas no recibí respuesta alguna, y a poco supe que García Calderón se encontraba ya deportado en Chile desde el 6 de noviembre del año anterior, y quien ejercía el mando supremo era el contraalmirante Montero, que aun se encontraba en Cajamarca, ciudad que abandonó a últimos de enero, dejando la jefatura superior del Norte a cargo del general Miguel Iglesias, para trasladarse a Arequipa por la ruta de Huárez.

De Jauja a Huancayo. — En Huancayo. — Pequeño combate de encuentro en San Gerónimo. — Marcha a Pucará.

En Jauja me informé que Gana partía de la Oroya hacia Tarma, adelantando un fuerte destacamento sobre Jauja. Salí personalmente a cerciorarme de la noticia, enviando patrullas de reconocimiento de oficiales en distintas direcciones, en una de cuyas excursiones fué capturado por los chilenos el capitán Porta, distinguido oficial.

La división chilena, efectivamente, dirigióse a Tarma, en cuyo pueblo permaneció hasta el día 30 de enero, en que prosiguió su avance hacia Jauja, trabándose algunos ligeros tiroteos con las avanzadas de nuestra 1ª división. En Tarma renunció el mando de la división expedicionaria el coronel Gana y lo substituyó el coronel Estanislao del Canto.

No obstante la superioridad numérica del enemigo, resolví molestarle de cerca, con el objeto de dilatar su marcha y dar tiempo para que se reuniera la división de Ayacucho. Mas mi designio principal era, una vez verificada la reunión de todas las tropas, hacerme fuerte en Izcuchaca utilizando las ventajas del terreno, y luego pasar desde este punto a la contraofensiva.

Digitized by Google

Cuando llegué a Huancayo, del Canto ingresaba en Concepción, donde instaló su Cuartel General. Yo hice lo propio en Huancayo, manteniéndonos así a una distancia media de 15 a 20 kilómetros.

En la plaza de armas de Huancayo revisté mis tropas y grande fué el dolor que sentí al observar su lamentable estado. El ejército estaba en esqueleto, reducido a los batallones en cuadro *Zepita, Tarapacá, América* y *Huancayo,* con un efectivo total de cosa de 1100 hombres, unos 90 artilleros, 40 soldados de caballería y los restos del escuadrón *Cazadores,* amotinado en la quebrada de Matucana. En todo unos 1300 hombres. En tales condiciones no se podía exigir mucho de esas tropas fatigadas y exangües a causa de la marcha y, particularmente, de la epidemia del tifo, que aun persistía en gran parte de los soldados.

En Huancayo nombré comandante general del Ejército del Centro al coronel Francisco de Paula Secada, excelente soldado, entusiasta y ardoroso patriota. Al coronel Remigio Morales Bermúdez le designé como prefecto y comandante general del departamento de Ayacucho.

El 31 de enero me informó el doctor Telésforo de Ortecho de haberse confirmado la noticia del ingreso de las descubiertas chilenas en los pueblos de Cajas y San Gerónimo. Inmediatamente ordené un reconocimiento por la caballería, el cual se verificó con suceso en la noche del 1º al 2 de febrero, al mando del comandante Celso Zuleta. El destacamento de exploración penetró en San Gerónimo y se apoderó allí de las contribuciones que, en reses, patatas, forrajes y otros productos, habían impuesto los chilenos, y luego, tras de sostener un pequeño combate de encuentro con un destacamento contrario, regresó a Huancayo trayendo las vituallas cogidas y los más esenciales datos sobre la situación del enemigo y sus intenciones.

Digitized by Google

Para el día 3 ordené un nuevo reconocimiento por un destacamento de soldados seleccionados. El destacamento, después de observar los alrededores de San Gerónimo y Cajas, regresó sin haber topado con el adversario, pero sí habiendo recogido de los paisanos datos que confirmaban las noticias anteriores.

Evidenciada así la marcha de del Canto, que se proponía cortarme la retirada a Izcuchaca e impedir la reunión de las tropas de Ayacucho con las mías, y sin perspectiva de enfrentármele con éxito, levanté el campo y dispuse para el siguiente día la marcha hacia Pucará, encomendando antes al alcalde del lugar el cuidado de aquellos soldados enfermos, que estaban absolutamente imposibilitados para caminar.

El día 4 a la madrugada recogí las avanzadas instaladas en la Quebrada Honda, después de lo cual se puso el ejército en movimiento sobre Pucará, siendo a poco sorprendido por una lluvia torrencial, que embarazó la marcha.

Yo permanecí todavía en la población hasta las cuatro de la tarde, hora en que me fuí en pos del ejército, encargando a mis amigos me enviasen todos los datos que recogiesen sobre los movimientos del enemigo y dejando a uno de ellos, a Giraldez, mi propio caballo, para que corriese a darme aviso de la presencia del chileno. Mas no se cumplió mi encargo, y del Canto ocupaba el pueblo momentos después de haberlo yo abandonado.

Hacia las cinco de la tarde de ese mismo día acampaba el Ejército del Centro en Pucará y el chileno ingresaba en Huancayo. Ahora no nos separaba más que el trecho de una jornada (14 kilómetros). A fin de evitar cualquier sorpresa, ordené se restableciera el servicio de seguridad.

Digitized by Google

Combate y retirada de Pucará, domingo, 5 de febrero de 1882.

(Croquis núm. 10.)

En vista de la proximidad del chileno y previendo un encuentro ineludible, resolví proseguir la marcha en la madrugada del siguiente día. Como medida de precaución dispuse que el coronel Secada, con el grueso del ejército y sobre la marcha, tomase posiciones en las alturas dominantes más allá del pueblo Pucará, pues la situación de este lugar no ofrecía ninguna ventaja táctica. La impedimenta tomó la delantera.

A las cinco de la mañana, cuando el ejército se hallaba formado en columna de marcha y se acababa de pasar lista de diana, apareció de súbito el enemigo que, forzando el paso, había caminado toda la noche para alcanzarnos y atacarnos de rebato.

Su artillería, emplazada a pocas cuadras de distancia al frente de la población, rompió sus fuegos protegiendo el despliegue de sus guerrillas, al mismo tiempo que su caballería dirigíase al trote largo a pasar el río Pucará. La sorpresa, sin embargo, no desconcertó a nadie. Los soldados llenáronse de júbilo a la presencia del chileno y a cada cañonazo le contestaban con un estentóreo «viva el Perú». Secada siguió su marcha conforme se había dispuesto. Conmigo quedaron dos compañías del *Zepita,* e inmediatamente bajé con la 4ª, mandada por el capitán Mariano Rodríguez, conduciéndola yo personalmente, al llano a contener al chileno, y situándola al abrigo de unos tapiales en las inmediaciones del río. Opúsose aquí firme resistencia a la infantería enemiga que, ya desplegada y extendiéndose ahora a la derecha, intentaba ganarme el flanco izquierdo, amenazando envolverme. Con la prontitud que el caso requería, hice bajar la otra com-

Digitized by Google

pañía para que se situase a la altura de la 4ª y a la izquierda, sosteniendo la embestida del contrario.

Después de cosa de un cuarto de hora de haberse iniciado el combate en esta forma, el fuego se hizo más nutrido y el enemigo arreció su empuje, ante el cual retrocedí con la 4ª compañía y, afirmándome en una nueva posición de retaguardia, protegí el retroceso de la otra, que seguía en tanto batiéndose y que vino a colocarse a la altura de la 4ª. Esta operación se repitió varias veces, y así, en una serie de combates escalonados y sucesivos, se sostuvo la lucha conteniendo el avance chileno y llegando a las inmediaciones de la población.

A consecuencia del continuo subir y bajar el terreno conduciendo a la tropa habíase aflojado la cincha de mi caballo. Desmonté para arreglarla, pero precisamente en esta circunstancia ví que un piquete de caballería enemiga había logrado vadear el río, que estaba bastante cargado por la fuerte lluvia de la noche, y se dirigía al sitio donde yo estaba. Ante tal peligro ordené a mi escolta y a mis ayudantes, que se hallaban en una altura inmediata, que hicieran fuego contra ese piquete, el cual, no pudiendo seguir adelante a causa del fuego y la fragosidad del terreno, tuvo que retroceder.

Parapetadas ahora las compañías en los linderos de la población, se continuó la lucha por algún tiempo y fué debilitándose poco a poco, a medida que afirmábamos la resistencia y menguaba el brío del ataque chileno. Ya habíamos ganado las alturas y nuestra situación táctica había mejorado.

Cuando ya ocupábamos la parte alta, después de contener al chileno, llegó el comandante Ambrosio Navarro, jefe de la artillería, a comunicarme, de orden del coronel Secada, que el grueso del ejército estaba reunido y había tomado posiciones sobre las alturas de la derecha del Cuello de Marcavalle y hallábase listo para

Digitized by Google

combatir. El objeto principal, desprendernos del enemigo y proteger el retroceso del grueso del ejército, estaba cumplido.

A las doce del día estaba concluida la acción; las compañías de *Zepita,* replegadas en la altura y en orden de combate, aguardando un nuevo ataque enemigo. Pero éste no avanzaba. Para provocarlo a continuar la refriega e incitarlo a seguir hacia el Cuello de Marcavalle, donde formado en batalla esperaba el grueso de nuestro ejército, ordené que bajara una de las compañías, haciendo fuego sobre el chileno. En estas circunstancias, el comandante Navarro, impulsado por un irresistible entusiasmo, se adelantó a dicha compañía disparando contra el enemigo, pero a poco cayó, atravesado por una bala chilena diestramente dirigida.

¿Qué pasó en las filas enemigas? ¡Los chilenos rehuían la batalla y contramarchaban sobre Zapallanga! ¿Por qué? Lo que veía parecíame inverosímil y para convencerme de tal operación, que bien podía ser un ardid, acompañado de mi escolta me encaminé en dirección a Zapallanga. Efectivamente, el chileno contramarchaba a Huancayo dando muestras de desorganización, pues sobre el campo dejaba abandonados insepultos sus muertos y tirados considerable cantidad de municiones y equipos. Indudablemente que su impulso atacante habíase quebrado ante nuestra resistencia. La campaña comenzaba, pues, a dar sus frutos.

Por nuestra parte, las pérdidas que sufrimos en esta acción fueron relativamente considerables, en comparación con el efectivo que combatió. De nuestros oficiales resultaron heridos los tenientes Manuel A. Montenegro, Federico Morales y Abraham Ballenas; y los subtenientes Demetrio Mercado, de gravedad, Manuel Bendezú, Manuel Domínguez y Ruperto Guerra.

Convencido ya de que los chilenos no intentarían renovar el ataque, replegué mis guerrillas hacia el

Digitized by Google

grueso del ejército. El entusiasmo de la tropa por batirse con el chileno subía hasta el delirio. Lástima que nuestra manifiesta inferioridad numérica y las circunstancias materiales no nos permitieran tornar nuestra defensa inmediatamente en contragolpe. Hubimos de poner la cabeza sobre el corazón.

Al cabo de una hora de espera en el Cuello de Marcavalle, seguimos a Nahuimpuquio, aldea situada en el término de la cuesta de Marcavalle. En la plaza de dicho lugar descansó la tropa y después de comer el rancho, proseguimos la marcha hasta Izcuchacha, donde se pernoctó.

Marcha hacia Ayacucho. — Una horrenda tempestad destruye gran parte del Ejército en la cuesta de Julcamarca.

En Izcuchaca dicté inmediatamente las medidas convenientes para la defensa de la quebrada de este nombre, llave principal de las ricas poblaciones que se extienden al otro lado del río, como de la gran zona que avanza hacia el Sur, formada por los departamentos de Ayacucho, Apurímac, Cuzco y Puno.

El propósito de del Canto de cortarme la retirada sobre Izcuchaca e impedir la reunión de las fuerzas de Ayacucho al Ejército del Centro había fracasado con el combate de Pucará. Tocábame ahora a mí organizar el contragolpe.

Dictadas las disposiciones para tal defensa, pasé sucesivamente a Acostambo, Huancavelica y Acobamba, y en seguida ordené la marcha del ejército a Ayacucho, donde encontrábase Panizo con su división. Mi constante anhelo era reorganizar sólidamente el Ejército del Centro y, reforzado con la división de Panizo, activar la defensa y preparar la contraofensiva.

Digitized by Google

El 18 de febrero partimos de Acobamba y debíamos llegar a Julcamarca, distante nueve leguas de la primera población, lo que no pudimos hacer por las dificultades que ofreció el paso del río. Sólo en la tarde, a la puesta del sol, pudimos tocar la base de la cuesta que da acceso al pueblo situado en las alturas, y como no encontramos allí los medios para acampar, ni facilidades ni recursos para atender a la tropa, hubo necesidad de continuar la marcha para llegar al poblado. Cuando toda la fuerza estaba en la mitad de la cuesta y la vanguardia próxima a llegar a la población, se desencadenó en medio de la lobreguez de la noche una furiosa tempestad que convirtió el desfiladero por donde caminábamos en una cadena interminable de precipicios, sembrando la muerte y confusión general en las filas y trayendo por consecuencia la pérdida de 412 individuos de tropa, aparte de las bestias de silla y carga y gran parte del material de guerra que transportaban.

La fuerte lluvia abría profundas grietas en el terreno, por demás deleznable; y los hombres rodaban a los profundos abismos, sin que pudieran ser oídos sus gritos de auxilio, silenciados por el estallido de los truenos.

Las pérdidas debidas a esta terrible tempestad fueron muy grandes, y muchos soldados se dispersaron, aprovechando la obscuridad de la noche y la confusión del momento. De manera que, después de esta funesta e imprevista catástrofe, al escalar la cuesta de Julcamarca, el Ejército del Centro quedaba reducido a 400 hombres, más o menos. Se había perdido en la ascensión la mitad del efectivo; así lo manifestaba la lista que se pasó en la mañana del 19 en la plaza de Julcamarca, donde acampamos.

Las tropas llegaron a la población completamente extenuadas por el cansancio y la falta de alimentos,

Digitized by Google

y empapadas por la torrencial lluvia que soportaron durante la noche.

Apenas llegué a la población, acudí al gobernador Quevedo, para que solicitara del vecindario frazadas y mantas para los soldados. El gobernador y su esposa, una señora muy amable, cumplieron fielmente mi encargo con todo entusiasmo, consiguiendo a los pocos momentos los abrigos que les había solicitado.

Era necesario continuar nuestra marcha, pero la mayor parte de la tropa estaba descalza, por lo que hube de apelar nuevamente al gobernador, a fin de que solicitara de los habitantes algunos cueros, para la confección de ojotas que sustituyesen el calzado. Los vecinos de Julcamarca contribuyeron inmediatamente con los cueros y también con sus servicios, pues ellos mismos se trasladaron a la plaza a confeccionar las ojotas para la tropa, que se encontraba acampada allí y ocupada en secar sus ropas y limpiar sus armas y paquetes de munición.

En los momentos en que me encontraba en la plaza preparando la marcha, llegaron de Ayacucho mis antiguos amigos señores Ruiz, Espinosa y Moore, quienes, al saber mi aproximación, se adelantaron para recibirme y darme la bienvenida.

La sorpresa de estos señores al ver al Ejército del Centro en tan miserable estado fué grande y no pudieron menos que asombrarse al saber que con en esas tropas intentaba imponer obediencia a Panizo, si no se sometía de buen grado.

Les supliqué que guardaran en el mayor secreto lo que veían y que, al regresar a Ayacucho, avisaran a las indiadas de Carmenca que muy en breve estaría al lado de ellos, y que era necesario se alistaran para que me protegiesen al llegar a esa ciudad.

Digitized by Google

Ultimos requerimientos hechos a Panizo para que acate mis órdenes.

Habiéndome expuesto anteriormente el coronel Panizo que no le era posible moverse para unírseme por falta de recursos, resolví, como ya lo he dicho, por deber patriótico, allanar esta dificultad ordenándole por escrito a don Tomás Patiño que hipotecara o, si era necesario, vendiera mis propiedades, y que entregase el producto obtenido al jefe de la división de Ayacucho.

El señor Patiño, de conformidad con mis disposiciones, entregó al coronel Panizo la suma de 3000 soles, producto de la venta de mi finca, para facilitarle la marcha de sus tropas; pero Panizo se dirigió a aquél manifestándole que la cantidad recibida no era suficiente para atender los gastos y que era preciso una mayor suma. Patiño, que comprendía lo necesario que era conseguir por cualquier medio la pronta movilidad de estas fuerzas, no puso obstáculo de ninguna clase al nuevo pedido, haciéndole otra entrega de 2000 soles para lograr el objeto perseguido.

Inútiles fueron todos los oficios que se dirigieron a Panizo para obtener su pronta cooperación.

El 8 de enero de 1882 había ofrecido ponerse en marcha, pero más tarde, en otras comunicaciones, me hacía saber que, debido al reconocimiento del gobierno de García Calderón, hecho por el Ejército del Centro, se había producido en la división de su mando un ambiente completamente desfavorable a este acto, por lo que solicitaba a la mayor brevedad posible su reemplazo, para no ser responsable de los tristes acontecimientos que suponía iban a realizarse. En atención a este comunicado, nombré en Huancayo comandante general y prefecto de Ayacucho al coronel Remigio Morales Bermúdez, pero cuando este jefe soli-

Digitized by Google

citó la movilización de la división el 15 de febrero, le manifestó Panizo que ni él ni los jefes y oficiales que se encontraban a sus órdenes, reconocían el régimen constitucional a que me había adherido, adhesión que llevé a cabo en virtud del acuerdo general del Ejército y de los departamentos del Centro, y con la patriótica mira de dar unidad al gobierno de la Nación.

El coronel Panizo, en sus comunicaciones, no sólo me solicitaba su reemplazo, sino que también reclamaba mi presencia en Ayacucho, alegando que ésta era necesaria para hacerme la entrega formal de la división.

El día 19 tuve noticias de que Panizo había desconocido mi autoridad, y que había apresado al coronel Morales Bermúdez, alojándole, incomunicado, en el local de la prefectura.

La defección de las tropas hermanas quedaba completamente consumada; pero, no obstante, por todos los medios que estuvieron a mi alcance, traté de evitar la lucha fratricida.

Sobreponiéndome a todas las contrariedades, hice descansar mis hambreadas y fatigadas tropas, reducidas ahora a unos 400 hombres y, después de haberlas agrupado convenientemente, ordené la marcha a Cajarchapa el día 20. Aquí pernoctamos y, al día siguiente 21, seguimos a Carmenca pasando por el caserío Rocón. En este sitio recibí una nota de Panizo, en la cual me comunicaba oficialmente el desconocimiento de mi autoridad, y me advertía de no seguir a Ayacucho, porque entonces no respondía de las consecuencias.

Mi situación tornóse grave: a retaguardia tenía al chileno, y ahora, al frente, un compatriota en rebelión, quien, cegado por la pasión política, no sólo me negaba su concurso para luchar contra el enemigo de la Patria, sino que aprestábase a combatirme.

Seguí a las alturas de Carmenca y al día siguiente, 22, bajé al camino que de Ica conduce a Ayacucho, por

Digitized by Google

el cual me dirigí a la población, verificando así un rodeo, para caer sobre Panizo por la espalda.

Combate de Acuchimay, 22 de febrero de 1882.

A la una de la tarde estaba mi columna próxima a llegar a la ciudad de Ayacucho. Cuando las fuerzas de Panizo la avistaron, creyeron al principio que eran fuerzas de Ica que venían a unírseles. Pero al reconocerme, salió la división a mi encuentro con gran aparato, desplegando dos batallones con la artillería en el cerro Acuchimay, y uno en las alturas de Carmenca, que era el camino que seguíamos.

En el acto ordené que se hiciera alto detrás de una pequeña colina llamada Quicapata y que la artillería se situara en un lugar conveniente, absteniéndose por el momento de hacer fuego, hasta que no recibiera mis órdenes.

Al propio tiempo ordenaba a mi secretario, doctor Salvador Cavero, redactara un oficio para Panizo, invocando sus sentimientos de patriotismo y fraternidad a fin de que evitara la lucha; recordándole que sus armas debía esgrimirlas contra el enemigo de la Patria, que iba a vanagloriarse y sacar provecho de nuestra lucha, y, por último, haciéndole presente que si persistía en su actitud, él sería el único responsable de ella ante la Nación.

Apenas había firmado el oficio, cuando la artillería de Panizo disparó sobre mi columna, que reposaba en la colina. Rotos así los fuegos por las tropas de Panizo, ordené que una compañía del batallón *Zepita,* desplegada en dos guerrillas, contestara inmediatamente los fuegos a derecha e izquierda.

Iniciado el combate, y cuando el rebelde, sin cesar el fuego de su artillería, hizo descender algunas compañías de infantería que atacaron nuestro frente y amenazaban envolvernos por los flancos, mandé salir

Digitized by Google

una fuerza del batallón *Junín,* a las órdenes de su jefe, coronel Juan C. Vizcarra, para proteger nuestra línea de combate.

La lucha se hacía encarnizada y casi insostenible, por los contínuos refuerzos que el rebelde destacaba desde las alturas de sus posiciones sobre el llano que yo ocupaba. Fué entonces cuando ordené que acudiera el coronel Francisco de Paula Secada con el batallón *Tarapacá* a cubrir el ala derecha, lo cual Secada y el coronel Espinoza, jefe de ese batallón, ejecutaron inmediatamente.

Asimismo mandé que el batallón *Huancayo,* con su jefe, el coronel Martín Valdivia, comandante general de la 3ª división, acudiera a la izquierda de la línea, con la orden terminante de desalojar al rebelde de su posición sobre el Acuchimay, llevando el escuadrón *Cazadores* para que cubriese su retaguardia.

Emprendido vigorosamente el combate en toda la línea, desde su flanco izquierdo, que estaba apoyado en la quebrada que pasa por el barrio del Carmen Alto, hasta las faldas del Acuchimay, el éxito de la jornada dependía únicamente de la bravura de mi tropa. Y así fué, efectivamente.

El ejército que desde Chosica hasta Pucará supo arrostrar resignadamente todo género de privaciones y dolores; que combatió y batió gloriosamente al chileno y estaba perfectamente convencido de la alta y sagrada misión patriótica que tenía que cumplir, no podía menos que desplegar, en esta memorable y triste jornada, el mismo valor que desplegó ante el enemigo común, pues se trataba de hacer volver al camino del bien a una tropa extraviada por la conducta ignominiosa de sus jefes, que impasibles presenciaban el desarrollo de la lucha fratricida y la destrucción de las fuerzas que debían emplearse en la lucha contra el invasor.

El coronel Secada, que con sus tropas formaba el ala derecha, ascendió valerosamente las faldas del Acu-

Digitized by Google

chimay y atacó a la bayoneta a los dos batallones que ocupaban esas posiciones a las órdenes del coronel Feijoo y el teniente coronel Zagal, los cuales murieron en el combate. Por la izquierda, los coroneles Villegas y Valdivia atacaron intrépidamente el flanco y frente del rebelde, desalojándolo de sus posiciones y parapetos y poniendo en fuga al batallón mandado por el coronel Agustín Moreno, que se dispersó y tomó el camino de Huanta.

El robusto ataque de nuestras tropas me permitió tomar la delantera y escalar el Acuchimay, acompañado solamente de mis ayudantes y escolta. Llegado que hube a la meseta del cerro, encontré allí al coronel Panizo, rodeado de otros jefes y oficiales, 300 individuos de tropa formados en columnas, y 4 piezas de artillería.

Dominado por la indignación, me acerqué a ellos y los apostrofé de miserables, porque se habían atrevido a volver las armas contra sus propios hermanos. Distinguí entre la tropa a un antiguo corneta que había actuado a mis órdenes en el batallón *Zepita* y que había combatido en la batalla de Tarapacá, y le grité:

—¿Y tú también, Farfán, traicionas a tu general...? ¡Viva el Perú!

El soldado, completamente avergonzado y saliendo de las filas, me contestó:

—«Nos han engañado, mi general...», y dió un estentóreo viva al Perú, que fué coreado por todos los soldados.

Después de 4 horas de reñida lucha, a las cinco de la tarde, habíamos logrado apoderarnos de los principales jefes rebeldes, autores de la triste escena que ofrecía el Perú en medio de sus desgracias al frente del enemigo.

Cuando el resto de mi ejército hubo terminado de llegar a la cumbre del Acuchimay, ya la situación estaba definida y apresados los coroneles Arnaldo Panizo, Enrique Bonifaz, Juan Vargas Quintanilla y otros.

Digitized by Google

En el combate murieron los sargentos mayores Osambela, 2º jefe de la caballería, Domingo La Fuente, del *Tarapacá,* y Fermín Dalón, que murió de sus heridas a los pocos días. Herido fué el teniente Pedro E. Muñiz.

Entrada del Ejército del Centro en Ayacucho.

La entrada del Ejército del Centro en la ciudad de Ayacucho fué imponente y triunfal; todo el pueblo lo recibió con delirantes ovaciones. Los habitantes notaban con gran satisfacción que, al desfilar por la ciudad el ejército vencedor, era tres veces inferior al rebelde vencido.

Después del combate se presentó un trabajo bastante difícil. Los dispersos habían abandonado, en su huida, el armamento por distintas partes, y fué preciso destacar comisiones de oficiales para que se encargaran de recuperarlo del poder de los vecinos, lo cual se consiguió a los pocos días, debido, en gran parte, a la honradez de los ciudadanos.

Al día siguiente, 23, expedí un decreto ordenando fueran juzgados en Consejo verbal de Guerra los coroneles Panizo, Bonifaz, Vargas Quintanilla y demás jefes y oficiales, que no solamente incurrieron en la grave falta de contravenir las disposiciones de la Jefatura, sino que desoyeron los angustiosos clamores de la Patria, que demandaba su auxilio, señalándoles su deber.

Si los 1700 hombres de la división de Panizo hubieran acudido oportunamente a reforzar el sufrido Ejército del Centro, la suerte de la división del Canto hubiera quedado sellada en Pucará. No habría sido seguramente necesario llevar tan lejos el retroceso, y el contragolpe hubiérase asestado con la oportunidad debida. Pero al horrible episodio de Julcamarca quiso el Destino agregar una nueva y amarga contrariedad.

Digitized by Google

Segundo período de la campaña: Operaciones en el Centro. Reorganización del Ejército en Ayacucho. — Combates entre guerrilleros y chilenos en Comas y Acostambo.

Restablecido el orden en la ciudad de Ayacucho y recogido el material de guerra abandonado, me dediqué con toda actividad a la reorganización del ejército, acrecentándolo con las tropas de Panizo y con gran número de voluntarios que se presentaron gustosos para prestar sus servicios en el Ejército del Centro. Desgraciadamente no pudieron utilizarse los servicios de todos por la carencia de armamento y vestuario.

A pesar de estos inconvenientes pude elevar el efectivo del ejército a unos 1500 hombres entusiastas, dispuestos a sacrificarlo todo en aras de la Patria.

En cuanto a los jefes rebeldes, fueron enjuiciados, pero pocos días después decidí olvidar la responsabilidad que sobre ellos pesaba, y, a fin de que pudieran rehabilitarse combatiendo contra el enemigo común, ordené cortar el juicio de rebelión a que estaban sometidos.

Poco después del combate de Acuchimay supe que el coronel Suárez se encontraba en el puente de Pampas, distante más o menos 14 leguas de Ayacucho; y, juzgando necesarios sus servicios, lo invité para que se me uniese, pero se excusó diciendo que se encontraba en este lugar cumpliendo órdenes del presidente Montero. La conducta del coronel Suárez resultaba inexplicable para mí, pues yo no comprendía qué órdenes podía cumplir en ese lugar. Lo probable era que dicho jefe se encontraba vigilando el puente por orden de Montero, quién, suspicaz, quería impedirme el paso a la otra banda al ser batido y perseguido por del Canto. Pero ¿qué podía temer de mí, que lo había reconocido

Digitized by Google

y de quien estaba convencido que mi única aspiración era la defensa del suelo patrio?

Felizmente para el Ejército del Centro, las previsiones de Montero no se realizaron. Del Canto permaneció en el departamento de Junín, contentándose con imponer el terror entre sus habitantes, los cuales, por otra parte, batían y amagaban constantemente a los destacamentos enemigos.

Mientras tanto, el patriotismo de los guerrilleros no decaía, y eran frecuentes los partes que recibía dándome cuenta de los hechos por ellos realizados.

Los hijos del distrito de Comas arrojaron de su suelo a las fuerzas chilenas que merodeaban por esos lugares, sin contar con otros elementos bélicos que su arrojo y unos pocos fusiles que pudieron conseguir.

El 25 de febrero, a las nueve de la mañana, se presentaron en ese pueblo 32 jinetes chilenos en compañía de dos extranjeros muy conocedores del lugar, los cuales les servían de guías; demoraron tres horas en la población, cometiendo abominables delitos, y pasaron luego a la hacienda Runatullo para saquearla.

Los pobladores, reunidos en masa, resolvieron atacarlos a su regreso. Hicieron lo posible para conseguir municiones para los pocos rifles que poseían, y se armaron de rejones y lanzas. Pero necesitaban de una persona que dirigiera el ataque o ideara el medio de emprenderlo para conseguir su mejor éxito; y se fijaron en don Ambrosio Salazar, vecino prestigioso de esa localidad. Salazar aceptó gustoso el nombramiento que le dieron de Comandante Militar de la guerrilla del distrito de Comas.

Preparado todo bajo su dirección para sorprender al enemigo, sólo esperaban el momento de verlo descender por el camino de las alturas cercanas. El 2 de marzo, a las once de la mañana, se cumplieron los deseos de los guerrilleros; traían los chilenos un gran pillaje: 600 reses, 50 arrobas de mantequilla y otras

Digitized by Google

subsistencias. Los del pueblo rompieron sus fuegos de fusilería, desprendieron galgas y finalmente emplearon rejones, sin ceder un palmo de terreno. En la refriega cayeron quince chilenos, y entre éstos el jefe de la incursión.

En los días 21 y 22 de mayo se libraron dos combates entre las fuerzas chilenas, en número de 300, y los guerrilleros de Tongos, Pazos y Acostambo. A pesar de que en estos encuentros el enemigo hizo uso de su artillería, las pérdidas, por nuestra parte, no fueron de consideración.

En Acostambo había ocurrido una emocionante escena, durante un combate parcial habido entre una guerrilla de ese pueblo y un destacamento chileno. Dos guerrilleros peruanos, en momentos que lanzaban una gran galga contra una columna enemiga que pasaba por la falda del cerro donde aquéllos se encontraban, fueron sorprendidos por un soldado chileno que, furiosamente, para impedir el lanzamiento de la piedra, se avalanzó contra uno de esos guerrilleros, apellidado Menéndez, atravesándole el pecho con su bayoneta. El guerrillero peruano, por su parte, y con la misma furia que era acometido, hundió su rejón en el pecho de su enemigo, quedando ambos en esta actitud, unidos y atravesados por sus armas, hasta que otro guerrillero, machete en mano, le cortó la cabeza al chileno.

Al llegar a dicho pueblo, fuí recibido con júbilo por sus habitantes, y al ver la cabeza del soldado enemigo enclavada en un rejón, averigüé por qué se encontraba insepulta, y como respuesta me hicieron el relato anterior. Fuí a visitar al guerrillero, cuya herida, a pesar de su gravedad, felizmente no fué mortal, y al felicitarlo por su valor, le recomendé que guardara el fusil del chileno como un recuerdo imperecedero de tal episodio.

Los pueblos de Junín ya estaban cansados de soportar las crueldades del invasor; por todas partes

Digitized by Google

había un deseo irresistible de combatir al enemigo, de manera, pues, que solamente faltaba dirigirlos en la lucha, y con tal objeto recibía continuas y reiteradas solicitudes.

El 1º de junio lancé una proclama al ejército y a los pueblos de la región para alentar más su patriotismo y prevenirles la próxima salida contra el enemigo.

Contramarcha del Ejército del Centro de Ayacucho a Izcuchaca. – Contraofensiva del Ejército del Centro y su fracaso. – Combates de Marcavalle, Pucará y Concepción.

(Croquis núm 12.)

Después de haber permanecido en Ayacucho más de tres meses, que aproveché en la reorganización del ejército y mejoramiento de su instrucción, emprendí la contramarcha por Huanta, Acobamba y Huancavelica, hasta Izcuchaca, donde establecí mi Cuartel General a fines de junio. Hasta entonces la defensa del puente de Izcuchaca estaba a cargo de una columna de guerrilleros, a órdenes del patriota don Tomás Patiño.

Mientras el grueso de las fuerzas chilenas se encontraba en Huancayo y alrededores, destacamentos avanzados ocupaban las alturas de Marcavalle y Pucará, posiciones de gran importancia.

Esta situación de las fuerzas enemigas me sugirió el plan de encerrarlas en una amplia tenaza, de modo de aislarlas completamente de Lima y en seguida batirlas en detalle. Contribuían a favorecer la realización de tal proyecto la topografía del teatro de operaciones, el estacionamiento desperdigado de las tropas enemigas y la capacidad probada de nuestras tropas para la ejecución de largas y rápidas marchas en las serranías.

Para el efecto ordené al coronel Gastó que en marcha rodeante y de flanco, pasando por Comas, ocupara

Digitized by Google

Concepción, batiendo a la guarnición chilena allí existente; que el coronel Máximo Tafur, siguiendo por Chongos y Chupaca, y describiendo un extenso arco, cayese sobre la Oroya, batiese igualmente a la guarnición chilena que allí existía, y cortase el puente, para impedir la retirada de los chilenos hacia Lima. Bandas de guerrilleros encubrirían la marcha, amagando incesantemente al enemigo. Yo, con el resto del ejército, avanzaría frontalmente sobre Marcavalle y Pucará.

Asimismo di órdenes para que se organizaran las guerrillas de Canta y Huarochirí, atacaran al enemigo y obstaculizaran su probable fuga, cortándole el puente de Purhuay. Todas las guerrillas organizadas a uno y otro lado del Mantaro debían cooperar a las operaciones del ejército.

De Izcuchaca salió la división *Vanguardia,* compuesta del batallón *Pucará Nº 4,* los restos del batallón *América* y la columna *Libres de Ayacucho,* por las alturas de la derecha para situarse en Comas y allí esperar órdenes para atacar la guarnición enemiga de Concepción. Tafur, al frente de un batallón y un fuerte grupo auxiliar de guerrilleros, partió por las alturas de la izquierda.

El 29 de junio salí yo de Izcuchaca para Pazos, donde permanecí algunos días, dando tiempo para el avance de Tafur y Gastó y dictando las últimas disposiciones a fin de que el movimiento se hiciera general y concertadamente, debiendo emprenderse el ataque el 9 de julio. Entretanto entretenía al enemigo, a tres leguas de distancia, practicando continuos reconocimientos y avanzando hasta cerca de su campamento.

En la tarde del 8 de julio levanté el vivac y marché al asalto de las posiciones de Marcavalle, dispuesto para la mañana del día siguiente. Tras una marcha nocturna, emprendióse el ataque a las cinco de la mañana del día 9. Para ello dispuse que el coronel Secada

Digitized by Google

avanzara sobre las posiciones enemigas con el batallón *Tarapacá,* cuatro piezas de artillería y algunas bandas de guerrilleros; al coronel Tafur le ordené ganar las alturas, con la 2ª división y dos columnas de guerrilleros. Yo, con los batallones *Zepita, Izcuchaca,* el escuadrón *Escolta,* cuatro cañones de ánima lisa y mis ayudantes, situéme en las alturas de la derecha, sobre el flanco del enemigo. Por la izquierda mandé a los coroneles Carrera y Gálvez para que con sus guerrilleros interceptaran al enemigo el camino hacia Pucará. La *Columna de Voluntarios de Izcuchaca* fué por las alturas, a situarse entre Pucará y Zapallanga, con la misión de establecer la incomunicación con Huancayo, donde se hallaba el grueso de la división chilena.

Rotos los fuegos por el batallón *Tarapacá,* no tardaron en seguir los de las alturas. Comenzó a funcionar la artillería y empeñóse el combate por corto tiempo. La 4ª compañía del batallón *Santiago,* que ocupaba Marcavalle, viéndose flanqueada, emprendió precipitada fuga.

Perseguidos los chilenos por dos compañías del *Tarapacá,* fueron empujados hasta Pucará, donde se unieron a las otras compañías de su batallón y volvieron a oponer resistencia. Aquí cayeron sobre ellos las guerrillas mandadas por Carrera y Gálvez, al mismo tiempo que eran estrechados de frente por el resto de nuestras tropas. Desalojados nuevamente de Pucará, los perseguimos hasta el pueblo de Zapallanga. Las pérdidas sufridas por el chileno fueron de consideración. Entre muertos y heridos pasaron de 300. Dejaron en nuestro poder 200 fusiles y sus municiones, la caja del cuerpo, una bandera, vestuario, calzado, caballos, pailas y muchos otros despojos de guerra, quedando el batallón *Santiago* completamente destrozado.

Los numerosos muertos que dejaron fueron enterrados al día siguiente por nuestra tropas; entre ellos

Digitized by Google

se encontraban un jefe y cinco oficiales, para quienes dispuse se les diera sepultura especial, rindiéndoseles los honores correspondientes.

En este mismo día las guerrillas del coronel Gastó atacaron también la guarnición chilena de Concepción, la cual, convencida de su impotencia para luchar en las calles y plazas, se refugió en la iglesia, parapetándose en las ventanas para repeler el ataque.

Las fuerzas del coronel Gastó, compuestas de los testigos y víctimas de los crímenes, saqueos e incendios practicados por los chilenos, les dieron un furioso asalto, del cual no se salvó ni uno solo de los 73 enemigos que componían ese destacamento.

El día 10 reanudé la marcha sobre Huancayo, resuelto a continuar la lucha; pero del Canto había ya abandonado esa población, dirigiéndose a Jauja. El enemigo, en su fuga, incendió los pueblos de Matahuasi, Matamalzo, Ataura y San Lorenzo, asesinando al paso a multitud de indefensos pobladores.

Al retirarse de Jauja los chilenos, se disponían a saquear la ciudad, cuando de improviso les cayeron los guerrilleros de Concepción; por lo cual, sin tiempo para realizar su fechoría, dejaron la población y se encaminaron a Tarma.

El 15 por la noche, después de un ligero encuentro entre los guerrilleros de nuestra vanguardia con la retaguardia enemiga, cuyo grueso se hallaba ya en Tarma, ocupé Tarmatambo, una legua distante de aquel lugar.

Este era el momento propicio para emprender un ataque decisivo con todo el grueso de mis fuerzas; pero, juzgando que un combate librado en tales condiciones iba a traer como lógica consecuencia la destrucción completa de la población, adopté el plan de sitiar al enemigo y asediarlo de cerca, cerrándole todas las avenidas y obligándolo a hacer frente a los amagos encomendados a las guerrillas. Por otra parte no me

Digitized by Google

daba prisa en atacarlo, esperando el aviso de Tafur de haber cortado el puente de la Oroya. El día 16 envié un pequeño destacamento sobre las alturas de San Juan de la Cruz, que domina la ciudad de Tarma por el Nordeste, donde ocurrió un combate con un batallón chileno, dando por resultado el rechazo del enemigo hacia la población.

Consecuente con el plan que había trazado, ordené que marchara sobre Acobamba, distante dos leguas al Norte de Tarma, un cuerpo de guerrilleros que, unido a los de aquel pueblo, debía cerrar también por ese lado el paso al enemigo, el cual, hasta el día 17, permanecía encerrado ocupando la ciudad, sin dar muestras del propósito de abandonarla. Dispuse en la tarde de aquel día que la 2ª división y el cuerpo de guerrilleros de San Gerónimo tomaran las alturas que dominaban completamente a Tarma, sobre el camino que sale para la Oroya. Con la presencia de esta fuerza en dicho punto, comprendieron los chilenos el peligro inminente en que se encontraban de ser cortada su retirada hacia Lima, así es que la emprendieron inmediatamente en la noche del 17, tomando las mayores precauciones para no ser sentidos. Fué la tal retirada muy favorecida por la densa neblina que en la mañana del 18 cubría la campiña, impidiendo distinguir los lugares en donde los días anteriores habían colocado sus avanzadas. De otra suerte se hubiera advertido en la madrugada misma del 18 la falta de esas avanzadas y se habría practicado un reconocimiento hasta la ciudad y dispuesto la persecución. Pero se ignoró la retirada del chileno hasta las ocho de la mañana, en que algunos vecinos del pueblo llegaron a comunicármela. Inmediatamente, con lo más escogido de mis tropas y guerrillas, emprendí la marcha en su persecución. Creí alcanzarlo en la Oroya y allí batirlo. Pero al llegar jadeante a aquel punto, ya del Canto había pasado el puente con su división, haciéndolo volar enseguida para asegurar su

Digitized by Google

huída a Lima. Tafur no había cumplido el cometido que se le encomendó y el puente de la Oroya quedó libre al paso de los chilenos. Mi plan de atenazarlos habíase frustado, pero su forzada retirada fué desastrosa, pues perdieron casi la mitad de sus efectivos.

Siéndome imposible pasar adelante, regresé a Tarma, donde establecí mi Cuartel General, deplorando que mi plan, concertado en Izcuchaca e iniciado con tan halagüenos auspicios, no llegara a realizarse completamente.

Luego me dediqué a reorganizar mi diezmado ejército, que ya no sumaba sino 890 hombres de tropa y 500 guerrilleros.

En su precipitada fuga, el enemigo dejó abandonado algún armamento, ganado, acémilas y municiones, que fueron cogidos por los nuestros.

La indignación contra los chilenos tomó grandes proporciones en los habitantes a causa de los crímenes que aquéllos cometieron durante su fuga a Lima, y de todas partes surgían voluntarios y guerrilleros dispuestos a luchar sin cuartel contra el enemigo común.

Por estos días llegó a Tarma el contraalmirante Montero, quien había sido elegido 1er Vicepresidente del Gobierno de García Calderón, y que, encontrándose en Cajamarca, dejó la jefatura política y militar del Norte, que desempeñaba, a cargo del general Iglesias y se trasladó en el mes de enero a Huaraz, donde permaneció algunos meses, y después a Arequipa.

Cuando ingresó en la ciudad con su séquito de ayudantes, salí a recibirle rindiéndole los honores que correspondían a su alta investidura. Montero revistó las tropas y quedó bien impresionado de su presentación. Aproveché la oportunidad para pedirle los elementos bélicos que necesitaba, y él me ofreció proporcionármelos y ayudarme eficazmente tan luego como llegara a Arequipa. Ofrecimientos que nunca cumplió.

Digitized by Google

Reorganización del Ejército del Centro en Tarma.

Libre por segunda vez de las fuerzas invasoras el departamento de Junín, me dediqué, como lo dejo dicho, a la reorganización del ejército en Tarma. Las tropas allí existentes alcanzaban a 890 hombres de las tres armas, formados por los batallones *Zepita, Tarapacá, Junín y Pucará,* 8 piezas de artillería y el escuadrón *Cazadores del Perú.*

Haciéndose de todo punto necesario aumentar su efectivo para proseguir la campaña, llamé a los numerosos voluntarios de las provincias de Jauja, Huancayo y Tarma, los cuales acudieron presurosos a las filas, formando los batallones *Apata, Concepción* y *Tarma.* La juventud de esta última población armó a su propia costa un cuerpo de caballería, cuyo mando encomendé al mayor Agustín D. Zapatel. Desde entonces, el departamento de Junín quedó convertido en un verdadero campamento.

Pero no era solamente el personal lo que hacía falta al ejército, sino, sobre todo, armas y municiones. En vano esperé los auxilios que pudieran venir de Arequipa o Bolivia. Las varias comisiones que envié a Arequipa no fueron atendidas; y así transcurrieron tres meses en espera de esos recursos, durante los cuales los chilenos prepararon contra el Ejército del Centro la formidable campaña que había de finalizar en la batalla de Huamachuco.

La situación política.

Mientras yo y el abnegado grupo de jefes que me acompañaba, hacíamos todo género de sacrificios por reorganizar y armar las tropas del Centro y mantener en alto el pabellón nacional, la anarquía política de-

Digitized by Google

voraba al país. Existían de hecho dos gobiernos en la República: el de Arequipa con Montero, que vacilante o cobarde no se resolvía a continuar la guerra enérgicamente con los recursos con que contaba; y el de Cajamarca, con Iglesias, que había levantado la bandera de la paz, aceptando las condiciones impuestas por el enemigo.

Esta anómala situación política empeoraba de día en día no sólo la causa de la defensa, sostenida por el Ejército del Centro, sino la del país, en todo orden de cosas. La anarquía se extendía de un confín a otro de la República y le presagiaba días aún más sombríos y desventurados.

En la región del Centro, uno de los primeros pueblos que se afilió al manifiesto de Montán, lanzado el 6 de agosto de 1882, fué el de Canta. Nada de extraño hubiera tenido que la opinión de sus habitantes se manifestara en el sentido de la paz, no obstante sus humillantes condiciones, si sólo allí hubiera quedado; pero lo lamentable y delictuoso fué que los corifeos de la paz, encabezados por Vento, hicieran causa común con los enemigos de la Patria y fueran los más eficaces instrumentos para la destrucción y el exterminio de los defensores de la integridad nacional.

Así como Canta, otros pueblos se declararon por la bandera izada en Montán, pero las regiones que eran la llave de las operaciones chilenas contra el Centro, como Canta y Huarochirí, tenían para el chileno particular importancia.

Expedición a Canta y Huarochirí.

Tan luego como recibí un pequeño contingente de armas de Lima, que me fué enviado burlando la vigilancia chilena, armé los contingentes de voluntarios y resolví expedicionar a Canta, cuya posesión por el ene-

Digitized by Google

migo amenazaba los flancos del ejército. Dejé en el Cuartel General de Tarma, a cargo del Jefe del Estado Mayor, coronel Manuel Tafur, los batallones *Concepción, Marcavalle, Apata,* el escuadrón *2 de Mayo,* parte del *Cazadores del Perú* y dos piezas de artillería de ánima lisa, y con las demás tropas emprendí el avance, el 29 de enero, hacia Casapalca.

Aquí dividí estas tropas en dos columnas, una a mis inmediatas órdenes y otra a las del coronel Secada. La primera se componía de los batallones *Tarapacá Nº 1* y el *Zepita Nº 2,* a órdenes del coronel Manuel Cáceres; el *Junín Nº 3* y el *Jauja Nº 8,* a las órdenes del coronel Manuel Reyes Santa María; cuatro piezas de artillería rayada, el escuadrón *Tarma* y la otra parte del *Cazadores del Perú.* Con estas fuerzas tomé el camino de Canta juntamente con las fuerzas de guerrilleros que allí existían, tales como el batallón *Guerrilleros del Rímac,* a órdenes del mayor Manuel Vivar; el escuadrón *Guerrilleros de Rímac,* a órdenes del mayor Wenceslao Incháustegui; *Guerrilleros de Atahualpa,* a las del coronel Mariano Medina; *Batallón Huarochirí,* a las de don Ismael González; escuadrón *Grau,* a órdenes del sargento mayor Agustín Lora. Estas fuerzas hacían un total de 800 hombres.

El 4 de febrero llegué al pueblo de La Chaqui, a tres leguas de Canta. La población de Canta estaba en poder de Vento al frente de 300 hombres, quien, noticioso de mi acercamiento, había destacado espías en la ruta de Canta-Tarma, por Marcapomacocha, descuidando la de Asunción de Huanza, por donde yo marchaba. El 5 envié un oficio a Vento, desde las afueras de la ciudad, en el cual le manifestaba la conveniencia de unírseme sus tropas a las mías para robustecer la acción contra los enemigos de la Patria, y le pedía me hiciera preparar al efecto rancho y cuarteles para el ejército. Al mismo tiempo continué el avance, observando los caminos de Pariamarca y Obrajillo y enviando descubiertas de los

Digitized by Google

escuadrones *Guerrilleros del Rímac* y *Cazadores del Perú,* las cuales fueron recibidas con un fuego graneado desde los pueblos de San Miguel y San Buenaventura.

Semejante agresión me decidió a combatir a Vento. Mandé armar la artillería rayada, y a los pocos disparos se convirtió la resistencia en desbande, tomando Vento el camino a la hacienda Caballero, cerca de Lima, donde fué recibido por los chilenos y conducido con una escolta a la presencia de Lynch, dejándome dueño de la plaza.

Hice recoger las armas abandonadas por los fugitivos, e incorporé a mis tropas la mayor parte de los soldados de Vento.

Expedición de Vento y León García contra el Ejército del Centro.

Llegado Vento a Lima, engañó a Lynch diciéndole que su presencia allí no significaba la derrota de sus fuerzas, las cuales, al contrario, se encontraban íntegras en Huamantanga, llenas de entusiasmo, y que, con el auxilio de una fuerza chilena podría atacar y derrotar a las mías en el mismo Canta. El Jefe chileno accedió gustoso a las indicaciones de Vento y envió rápidamente una división a órdenes del coronel León García, a la cual debía servir de guía Manuel Encarnación Vento.

La expedición tomó descanso en la hacienda Macas y destacó sus reconocimientos hasta Yangas y Santa Rosa de Quives.

Bien pronto descubrí el intento enemigo y mandé resguardar los pueblos de Huamantanga, San Buenaventura, La Chaqui y la quebrada central que conduce de Canta a Santa Rosa de Quives. Ordené a los guerrilleros ocupar las alturas de las quebradas, donde emplearían la defensiva de galgas, anonadando a los que se atrevieran a pasar.

Digitized by Google

Mi actitud detuvo a los chilenos por varios días.

La expectativa violenta en que se encontraban mis tropas me decidió a destacar al escuadrón *Guerrilleros del Rímac,* apoyado por el batallón *Tarapacá,* sobre las descubiertas chilenas, esperando que, entusiasmados los enemigos por el corto número de esas fuerzas, avanzaran dentro del perímetro de la defensa.

Como resultado de esta operación se trabó un sostenido tiroteo entre las avanzadas de ambos bandos, replegándose la caballería chilena al grueso de su división.

Poco después, el coronel León García recibió aviso de mi avance resuelto contra sus posiciones y retiróse precipitadamente hacia Lima.

Ataque demostrativo sobre la guarnición chilena de Chancay y expedición de Recavarren al departamento de Ancachs.

(Croquis núm. 13.)

Mientras yo estaba en Canta, llegó a Tarma el coronel Isaac Recavarren, procedente de Arequipa, conduciendo 200 carabinas Remington y un pequeño cañón fundido en aquella ciudad por el doctor Morales Alpaca y obsequiado por éste a Recavarren.

Dejado este material de guerra en Tarma, se trasladó Recavarren a Canta y aquí se acordó destacar una pequeña fuerza hacia el departamento de Ancachs, para que sirviera de base a la formación de un nuevo ejército, que debía operar en la región del Norte, donde se encontraba don Jesús Elías, a quien el gobierno de Arequipa había nombrado Jefe Político y Militar de los departamentos del Norte. Encargado de esa importante misión el coronel Recavarren, puse a su dispo-

Digitized by Google

sición el batallón *Pucará,* de 250 plazas, y tres piezas de artillería, con los cuales partió a fines de marzo hacia la provincia de Cajatambo. Según las circunstancias, dicho destacamento debía marchar a Cajamarca.

Como en Chancay y Huacho existían guarniciones chilenas, que podían molestar la marcha de Recavarren, decidí efectuar un ataque demostrativo sobre aquellas fuerzas, con el objeto de atraer sobre mí la atención del enemigo y facilitar la marcha de la expedición.

El 31 de marzo emprendí directamente la marcha de Canta al pueblo de Chancay, al frente de los batallones *Tarapacá* y *Zepita,* el escuadrón *Tarma* y cuatro piezas de artillería. El 2 de abril llegué a la hacienda Palpa, que dista cinco leguas del pueblo de Chancay, e hice avanzar hacia este pueblo al prefecto de Lima, coronel Elías Mujica, escoltado por el escuadrón *Tarma.*

Los destacamentos chilenos se retiraron y embarcaron en la corbeta *Chacabuco,* que se encontraba en la bahía y que en seguida bombardeó la plaza.

De esta manera quedó abierto el paso de la expedición a Cajatambo y realizado, con todo éxito, el objeto que me había propuesto.

Comunicado el hecho por telégrafo al Cuartel General chileno en Lima, Lynch despachó inmediatamente una división de 1500 hombres de las tres armas, en buques de su escuadra, a órdenes del coronel Arriagada, para batirme. Pero cuando estas tropas llegaron a Chancay, ya no me encontraron, pues, cumplido mi propósito, regresé por Huaral a mi campamento, a fin de tomar contacto con el resto de mi ejército.

Digitized by Google

Actuación de Secada en la quebrada de Huarochirí.

La defensa de la quebrada de Huarochirí había quedado encomendada al coronel Secada. La derecha estaba defendida por el batallón *Atahualpa,* situado en San Gerónimo y la quebrada lateral de Santa Eulalia; el centro, por el batallón *Guerrilleros del Rímac,* situada en la formidable posición de Purhuay y Huachinga, que eran los puntos más avanzados delante de Matucana. La izquierda estaba defendida por el *Escuadrón Rímac,* situado en Cocachacra, y el batallón *Huarochirí,* en la quebrada de Sisicaya, ocupando Balconcillo, las alturas de Yanacoto y Chaimallán.

Estas guerrillas estaban apoyadas por los batallones *Jauja* y *Junín,* situados en los pueblos de Cocachacra y Surco, respectivamente. El Estado Mayor se estableció en el pueblo de Matucana.

Distribuídas así las fuerzas del coronel Secada, mantenían en jaque a las del coronel chileno Urriola, que ocupaban Chosica, siendo por tanto frecuentes las escaramuzas y combates entre uno y otro bando, en los cuales casi siempre eran rechazados los chilenos. Entre los encuentros realizados, los de Purhuay y Yanacoto fueron verdaderos combates, en que el enemigo sufrió pérdidas relativamente considerables.

El Cuartel General chileno resuelve el envío de una fuerte expedición con objeto de batir y destruir definitivamente al Ejército de la Resistencia.

(Croquis núm. 14.)

Deseoso Lynch de destruir toda resistencia armada en el Perú, para dar estabilidad al Gobierno de Iglesias, establecido en Cajamarca, decidió enviar tres fuertes divisiones contra el ejército nacional que le tenía en

Digitized by Google

jaque desde hacía diez meses y se encontraba posesionado en las quebradas de Canta y Huarochirí, sitiándolo en Lima, no obstante su enorme superioridad en número y elementos de combate.

Para lograr su objeto, ordenó Lynch el avance de la división León García por la quebrada de Canta, la del coronel del Canto, por la de Sisicaya, y la de Urriola, por la de Matucana, las cuales, marchando por los puntos señalados, dos en marcha rodeante y la otra en avance frontal, debían atacar al Ejército del Centro en todas sus posiciones y perseguirlo hasta conseguir su completo aniquilamiento. El mando en jefe teníalo Arriagada.

En los primeros días de abril salió de Lima la división León García por la hacienda Nievería con dirección a Pumbamba, desde donde hizo adelantar un destacamento mixto.

Los guerrilleros que defendían esa región, mandados por el señor Medina, atacaron a esta avanzada y fueron rechazados en un primer encuentro; pero, habiendo recibido refuerzos oportunos, volvieron a la lucha y pusieron al enemigo en situación apurada, rechazándolo y ocasionándole varias bajas. Habiendo avanzado poco después el grueso de la división chilena en apoyo de su destacamento, los guerilleros se retiraron ante la enorme superioridad del contrario.

Aquí se estacionó la fuerza chilena por tres días. El 11 emprendió la marcha con dirección a Quilcamachay, en cuyas alturas volvieron los guerrilleros a presentar combate, deteniéndola en el camino y ocasionándole algunas bajas.

Yo, que después de la expedición a Chancay me había dirigido a la quebrada de Huarochirí con la 1ª y 3ª división para reforzar la defensa de esa quebrada, sobre la cual sabía que intentaba avanzar Urriola desde Chosica, dejé en Canta el resto de las tropas al mando del Coronel Santa María, con la misión de de-

Digitized by Google

fender a todo trance esas posiciones, debiendo, en el caso de ser obligadas a la retirada, efectuarla por el camino de Lachaqui, Laraos y Carampoma, a fin de no perder el contacto con las fuerzas de la quebrada de Huarochirí, pues era racional suponer que el ataque a esta quebrada sería simultáneo con otro, llevado a cabo por el lado de Canta. Efectivamente, apenas había llegado a Chicla, recibí aviso de los guerilleros de Canta, de que una fuerte división enemiga avanzaba por el camino de la Nievería, por lo cual me pedían refuerzos.

Ordené entonces a Santa María, por medio de propios, que saliera de Canta y ocupara el portachuelo de Lachaqui, a fin de impedir a la división chilena el avance sobre Canta, mientras yo me encaminaba de Chicla hacia Asunción de Huanza, para atacar a León García por el flanco y retaguardia.

Con la celeridad que el caso requería, partí al frente de la 1ª y 3ª división, y, acelerando la marcha todo lo que humanamente fué posible, recorrí catorce leguas por las alturas de la región, hasta llegar al anochecer a Asunción de Huanza, en la seguridad de que Santa María se encontraba en Lachaqui defendiendo el paso que se le había encomendado.

Pero mi decepción fué grande cuando al término de la jornada recibí la noticia de que Santa María había abandonado Canta y se dirigía a Tarma, quedando así frustrado el plan iniciado.

Con la posesión de Canta por el enemigo, quedaba, pues, flanqueado el Ejército del Centro, y la retirada y abandono de las demás posiciones se imponía.

De Canta destacó León García una fuerza de infantería y caballería sobre Huamantanga, ocupada por el prefecto Elías Mujica con 150 hombres. Avistadas las tropas a las doce del día, se trabó un rudo combate que duró hasta las cuatro de la tarde, muriendo la mayor parte de nuestros oficiales y cayendo prisione-

Digitized by Google

ros muchos de ellos, que fueron fusilados, y entre los que recuerdo al coronel Villegas, mayor Manuel Vargas, capitanes Francisco Robles, José María Toro, teniente Manuel Buitrón, subteniente Manuel Tagle y sargento Nolasco López.

Este mismo día ocurrió otro combate entre los guerrilleros de Quipán y el grueso de las tropas chilenas en Canta. Ignorantes los guerrilleros de que la población estaba ocupada por tropas enemigas, se dirigieron allí con objeto de penetrar en la ciudad, dando lugar a un reñido combate que duró una hora y en el cual resistieron valientemente los guerrilleros, siendo al fin derrotados por la superioridad del número.

Mientras estos hechos ocurrían en la región de Canta, se realizaban otros en la quebrada de Huarochirí.

El 9 de abril, los guerrilleros establecidos cerca de Yanacoto a órdenes de don Adrián Medina, atacaron a las avanzadas chilenas en la mañana de ese día, las cuales, después de un nutrido tiroteo, fueron rechazadas y se ocultaron en sus atrincheramientos sin moverse de ellos, quedando Yanacoto en poder de las guerrillas.

El 22 del mismo mes despachó Urriola un destacamento de 300 hombres, de Chosica, hacia el puente de Purhuay, para proteger los trabajos de reparación de la línea férrea, que estaba destruida. Pero el destacamento no llegó más que a media legua distante de Purhuay. Al intentar trasponer las alturas fué acometido por los guerrilleros. Trabóse un rudo combate, que duró cerca de dos horas, después del cual el destacamento chileno se retiró a Chosica, con treinta individuos menos.

El 24 de abril salió de Lima la división del Canto, que debía atacar el flanco izquierdo del Ejército del Centro. Llegó a Cieneguilla y continuó hasta Mal Paso, donde pernoctó.

Digitized by Google

El 25 emprendió la marcha a Balconcillo, posición que estaba defendida por los guerrilleros de Huarochirí, a las órdenes del coronel Ismael González.

Al acercarse a la posición peruana una avanzada chilena, fué atacada por los guerrilleros. Entonces se puso en movimiento toda la división, fraccionada en dos columnas, marchando resueltamente sobre los guerrilleros. Estos sostuvieron el combate por más de una hora, ocasionando numerosas bajas al enemigo, y se retiraron después a la posición de Sisicaya.

Desde aquí emprendieron los guerrilleros durante la noche un asalto al campamento chileno, pero habiendo éstos coronado las alturas después de una marcha nocturna de seis horas, aquéllos tuvieron que retirarse. En el combate cayó prisionero el mayor Sacravilca.

Después de estos combates se retiraron los nuestros hacia el grueso del Ejército Nacional, y los chilenos siguieron su avance a Tuna, y después a San Bartolomé, que se encontraba ya desocupado por nuestras fuerzas, cuya retirada se había llevado a cabo, con toda regularidad, en todo el extenso frente que ocupaba, desde Canta, por el Norte, hasta Cieneguilla, por el Sur.

Concentración del Ejército del Centro en Chicla y su retirada hacia Tarma. — Los chilenos pasan el Mantaro y se dirigen a Tarma.

(Croquis núm. 15.)

Una vez que la división chilena León García se posesionó de Canta, por el abandono que hizo Santa María de Lachaqui, y frustado el ataque a esa fuerza chilena, ordené la reconcentración de las tropas en

Digitized by Google

Chicla, pues, de haber intentado seguir resistiendo en la quebrada de Huarochirí, hubiera sido cortada mi retirada al interior y con ello perdido el ejército. La posición de Secada en Matucana vióse seriamente comprometida.

Efectuada la reconcentración en Chicla con toda felicidad, sin que ninguna fracción de las fuerzas hubiera sido copada por el enemigo, quien, al contrario, se vió interrumpido en su marcha por una serie de valerosos rechazos que le ocasionaron serias pérdidas, el ejército emprendió la marcha hacia Tarma, en los primeros días de mayo. Si había fracasado nuestro designio, logramos siquiera cruzar el del adversario salvando nuestras huestes. El 5 de mayo ingresaba León García en Chicla en persecución nuestra.

De aquí desprendió el jefe chileno avanzadas a Yauli, donde fueron atacadas por los guerrilleros de la región, mandados por el gobernador del lugar, quien murió en la refriega.

Una vez que los nuestros pasaron el Mantaro, mandé cortar el puente para asegurar la retirada del ejército, y encomendé la defensa del paso del río al general Silva, al frente del batallón *Tarma* y los guerrilleros del lugar.

De Yauli, donde se verificó la reunión de las dos divisiones chilenas, avanzaron éstas a Pachachaca, y de este sitio enviaron patrullas de reconocimiento a la Oroya, las cuales fueron recibidas por el fuego de los defensores, las dos veces que se presentaron.

Pero mientras se amenazaba aparentemente este sitio, el grueso de la división enemiga se dirigió al paso llamado de *Quilla,* y atravesó el Mantaro sin inconveniente alguno. Flanqueado así el general Silva, vióse precisado a replegarse a Tarma. Esto sucedió el 20 de mayo. Los chilenos aceleraron su marcha hacia Tarma, llegando a Tarmatambo en la madrugada del 21, a la vez que enviaron un fuerte destacamento hacia Jauja.

Digitized by Google

En Tarmatambo fueron atacados por los guerrilleros del lugar, quienes, después de un sostenido combate, se retiraron dejando algunos prisioneros en manos del enemigo, los cuales fueron fusilados.

Tercer Período de la Campaña: Operaciones en el Norte.

Junta de Guerra en Tarma. — Se resuelve la retirada al Norte de la República.

En vista de las apremiantes circunstancias que rodeaban al Ejército en Tarma, convoqué a un Consejo de Guerra a todos los jefes que me acompañaban. Reunidos el 20 de mayo de 1883 por la tarde, les propuse dos puntos para que deliberaran: primero, resolver si era o no conveniente librar un combate con el enemigo; y segundo, en caso de no librarse, determinar el punto hacia el cual convenía emprender la retirada.

Las opiniones de los jefes fueron diversas; unos, como el coronel Tafur, estuvieron por el combate inmediato; otros, como los coroneles Secada, Borgoño y Carrión, fueron de parecer que se evitara el combate que, seguramente, había de ser decisivo, y se emprendiera la retirada al Norte. El coronel Secada abundó en razones en apoyo de esta resolución, haciendo ver el estado de las tropas, el pequeño número de sus efectivos, su mal armamento, consistente en fusiles de diversos sistemas, sin bayonetas, sus escasas municiones y la falta de caballería.

Consideróse, además, que los pueblos del Centro estaban faltos de recursos y que no podía esperarse ningún auxilio de parte del gobierno de Arequipa, cuya intención de no favorecer absolutamente al Ejército del Centro era por demás conocida, pues ni siquiera había mandado las armas que se le pidieron, no obstante las

Digitized by Google

tantas y repetidas instancias. Túvose también en cuenta la reunión del destacamento de Recavarren en Huaraz, con el cual se reforzaría al ejército y se imprimiría nuevo vigor a las operaciones. Iglesias mismo volvería quizás sobre el camino de la defensa patria, y, acordándose del morro Solar, arriaría la bandera que un ambicioso séquito le había hecho levantar.

En consecuencia, resolví la retirada al Norte. No dejó de preocuparme por momentos la realización de tal operación. Las retiradas pertenecen a aquellas operaciones de la guerra que más preñadas están de dificultades y vicisitudes. La principal dificultad consiste en el ánimo de la tropa, el cual, en tales casos, desmejora. Es de ver cuán diversa es la impresión que el enemigo hace a los soldados, cuando éstos le miran de frente, que cuando le vuelven las espaldas. Allá ven la realidad; aquí el fantasma del peligro agranda su imaginación.

Fuí, pues, a cerciorarme del estado de ánimo de mi tropa. Le hablé alternativamente en castellano y en quechua, tocándole el patriotismo y recordándole Tarapacá y Pucará. Encontré un espíritu bien templado. Sabía que tenía plena confianza en mí; habíame apoderado de su moral. ¿Para qué más?

La resolución de la retirada la comuniqué inmediatamente a los prefectos del Centro, al señor Elías, Jefe Superior del Norte, y al coronel Recavarren, que se encontraba en Ancachs.

Ordené al coronel Dávila, que se hallaba con una pequeña fuerza en Castrovirreyna, que avanzase hasta el puente de Izcuchaca y defendiera ese sitio en unión de todas las fuerzas que pudieran armar los prefectos de los departamentos del Centro.

Puse, por último, el acuerdo en conocimiento del gobierno de Arequipa, y dí las órdenes necesarias para la marcha retrógrada del ejército al día siguiente.

Digitized by Google

Retirada del Ejército hacia el Norte.

(Croquis núm. 16.)

El 21 de mayo, a las doce, formó el Ejército en la plaza de Tarma y, después de dar un «*viva al Perú*», dejó la población, emprendiendo la retirada al Norte de la República.

Este mismo día, por la tarde, entraron en Tarma las fuerzas chilenas que venían en mi persecución, y fueron recibidas por los pobladores extranjeros de la ciudad.

Tiempo de sobra tuvo Arriagada para atacarme en el mismo Tarma. Pero no lo hizo, y nuestra retirada se verificó con la mayor tranquilidad. Yo salí mucho después que la tropa, pues me quedé en observación. Por la noche acampóse en Palcamayo, tras una jornada de cinco leguas.

El 22, a las cinco de la mañana, desfiló el Ejército hacia el pueblo de Junín, tomó rancho en el pueblecito de Cacas y a la una de la tarde continuó su marcha; atravesó la pampa de Junín, en medio de una fuerte lluvia y, a las seis del mismo día, entró en el pueblo del mismo nombre, y pernoctó en la plaza, cubierta de lodo, pues no hubo sitio donde pudiera albergarse. La jornada fué de seis leguas.

El 23, antes de rayar la aurora, hice emprender la marcha hacia Carhuamayo, donde pasamos la noche, después de haber recorrido cinco leguas.

El 24, las tropas avanzaron otras cinco leguas, hasta el glacial pueblo de Pasco.

El 25, a las doce del día, y después de recorrer dos leguas, entré en la población del Cerro de Pasco, acompañado de mis secretarios, ayudantes y del Estado Mayor, lo cual causó gran sorpresa a los habitantes que me creían ya completamente derrotado.

El Ejército del Centro, en los momentos de la retirada, contaba con unos 2300 hombres y tenía la siguiente formación de guerra:

Digitized by Google

Comandante en Jefe del Ejército:
Coronel Francisco de Paula Secada.
Jefe del Estado Mayor General:
Coronel Manuel Tafur.
Sub-Jefe del Estado Mayor General:
Coronel Pedro Nieto.

1ª División:
Batallón *Glorioso Tarapacá Nº 1,*
„ *Zepita Nº 2.*

2ª División:
Batallón *Marcavalle Nº 6,*
„ *Concepción Nº 7,*
„ *Tarma Nº 11.*

3ª División:
Batallón *Junín Nº 3,*
„ *Cazadores de Jauja Nº 9.*

4ª División:
Batallón *Cazadores de Apata Nº 8,*
„ *San Gerónimo Nº 10.*

Artillería: 8 piezas de diferentes sistemas, unas de ánima lisa y avancarga.

Cerraba la izquierda el escuadrón *Cazadores del Perú.*

Jefes:

Comandante general de la Artillería: coronel Federico Ríos.

Comandante general de la 1ª División, coronel Manuel Cáceres.

1er jefe del batallón *Tarapacá:* coronel Mariano Espinoza.

1er jefe del batallón *Zepita:* coronel Justiniano Borgoño.

Comandante general de la 2ª División: coronel Juan Gastó.

1er jefe del batallón *Marcavalle:* comandante José Marticorena.

Digitized by Google

1er jefe del batallón *Concepción:* coronel Pedro Carrión.

1er jefe del batallón *Tarma:* comandante Julio Aguirre.

Comandante general de la 3ª División: coronel Máximo Tafur.

1er jefe del batallón *Junín:* coronel Juan C. Vizcarra.

1er jefe del batallón *Jauja:* coronel Miguel E. Luna.

Comandante general de la 4ª División: capitán de navío Germán Astete.

1er jefe del batallón *Apata:* coronel Ramón Patrón.

1er jefe del batallón *San Gerónimo:* coronel M. González.

1er jefe del batallón *Cazadores del Perú:* comandante Viana.

El *parque,* compuesto de más de cien mulas, al mando del jefe de la maestranza, comandante Yañez.

La *administración,* a las órdenes de los sargentos mayores Callirgos y Castillo.

El *servicio sanitario* corría a cargo del cirujano doctor Juan A. del Valle.

Mi secretaría componíanla las siguientes personas: Secretario de Guerra, comandante Lizandro La Puente; de Gobierno, doctor Pedro M. Rodríguez, y de la Sección Económica, doctor Daniel de los Heros. Secretario privado, comandante Florentino Portugal.

Mi escolta, compuesta de la juventud tarmeña, tenía por jefe al sargento mayor Agustín Daniel Zapatel. Además me acompañaban los distinguidos ingenieros coronel Teobaldo Eléspuru y comandante Ernesto de La Combe.

La sección de imprenta estaba encomendada al señor M. F. Horta.

Una vez en el Cerro de Pasco, dirigí dos proclamas, una a los pueblos del Centro, y la otra a mi abnegado

Digitized by Google

Ejército, con objeto de levantar y retemplar el espíritu del pueblo y de mis tropas, y preparar a éstas para afrontar con energía todas las dificultades y peligros, y acometer con brío la grande empresa a que estaban destinadas.

Recibí aquí comunicaciones del señor Jesús Elías, Jefe Superior del Norte, que se encontraba en Huaraz, en las cuales me anunciaba la marcha de una expedición chilena a Huamachuco para proteger, contra las fuerzas de Recavarren, a Iglesias, quien, como ya se ha dicho, había lanzado su manifiesto de Montán, desconociendo la autoridad de García Calderón, proclamando la paz con Chile y aceptando sus condiciones.

Inmediatamente despaché a Huaraz dos expresos: uno por Cajatambo y otro por Huallanca. El capitán Collazos, que se había distinguido en el cumplimiento de peligrosas comisiones, siguió el primer camino, llevando comunicaciones para el subprefecto de Cajatambo, don Juan del Carmen Félix, y para el prefecto de Lima, don Elías Mujica, que se encontraba también en aquel lugar. Prevení a estas autoridades que tuviesen preparadas bestias, víveres y las fuerzas que pudieran reunir, pues por ese punto debía seguir el Ejército su marcha a Huaraz.

Por la ruta de Huallanca marchó el teniente Bao con comunicaciones a los señores Elías y Recavarren, anunciándoles la marcha del Ejército hacia el Norte.

Cuatro días permanecí en la ciudad del Cerro, con objeto de dar descanso a la tropa, allegar recursos y adquirir noticias sobre los movimientos del enemigo. Logré reunir gran número de mantas para el Ejército, obsequiadas en su mayor parte por los vecinos extranjeros.

Una equivocada información, recibida por el coronel Secada, hizo que variase el itinerario de marcha, que debía verificarse por Cajatambo a Huaraz. Tomóse

Digitized by Google

entonces la ruta de Huánuco, por creer, según la noticia recibida, que por ese camino venía a unírseme Recavarren.

El 29 de mayo por la mañana partí con el Ejército en dirección a Huánuco, haciendo una jornada de cinco leguas y pernoctando en la hacienda Melaochaca, cerca de Cajamarquilla.

El 30, a las siete de la mañana, continuóse la marcha hacia San Rafael, pasando por Huariaca, donde se hizo un gran alto, después de una jornada de seis leguas.

El 31, a primera hora, seguimos para Ambo, descansando antes en Salapampa y caminando siete leguas. Ambo, pueblo entusiasta por la causa nacional, manifestó gran alegría al ver al Ejército. Yo y mis tropas fuimos esmeradamente atendidos por las autoridades y vecinos del lugar.

El 1º de junio, muy temprano, emprendí la marcha a la ciudad de Huánuco, distante dos leguas y situada en un hermoso valle, llegando a dicho punto a las once del día. La ciudad estaba casi despoblada por el gran número de familias que habían huído para evitar los ultrajes del enemigo.

Permanecí aquí hasta el 4 de junio, y durante este tiempo procuré conseguir recursos y noticias exactas sobre los movimientos del chileno, el cual, aunque me seguía de cerca, no se atrevía a atacar resueltamente. En este lugar conseguí una pequeña suma de dinero en billetes, que sirvió para sufragar en muy pequeña parte los exigentes gastos de las tropas.

El día 4, a la una de la tarde, hice avanzar al Ejército a Higueras, distante cuatro leguas de Huánuco, donde mandé acampar, pues en adelante la ruta era montuosa y difícil de seguir durante la noche. Hice, sin embargo, que el coronel Secada avanzase con la 3ª y 4ª división hasta Mito, haciendo alto en el camino la 1ª y 2ª, y pasando allí la noche. Yo,

Digitized by Google

acompañado de mi escolta, llegué dos horas después al campamento. Esa noche, desgraciadamente, hubieron algunas deserciones en las tropas.

El día 5 continué mi marcha hasta Chasqui, caminando cinco leguas y acampando, por necesidad, en una puna rigurosa y sin ninguna clase de recursos.

El día 6, bien temprano, después de sufrir los efectos de un impetuoso aguacero, partí para Sulluyaco. Pasé en seguida el Marañón, cuya corriente es tranquila en esos sitios y ofrece una hermosa vista. Llegué al poblacho de Chacabamba, en la orilla opuesta, donde descansaron las tropas y tomaron rancho, subiendo en seguida la larga cuesta que conduce a Sulluyaco, pueblo miserable y frío. Aquí acudieron los indios de las vecinas estancias, trayéndome comida especial para mí y carne, papas y maíz para la tropa. Esos pobres indios, impulsados por el amor patrio, atendieron con gusto a los soldados, y ellos mismos se ocuparon en hacer el rancho durante la noche.

El día 7, después de tomar un ligero desayuno, seguimos la marcha hacia Aguamiro, capital de la provincia de Huamalíes. En el sitio llamado Malpo hice alto, para dar descanso a los soldados. En esa puna se dejaba sentir la necesidad del alimento y del alcohol para rehabilitar las fuerzas debilitadas del ejército en tan fatigosa marcha, pero ambos eran escasísimos. El cura de Aguamiro y el de Carhuamayo, doctor Chávez, se unieron al ejército en ese punto y obsequiaron a los jefes con una botella de aguardiente, que, dadas las circunstancias en que nos encontrábamos, no obstante ser malo, nos supo muy bien y sirvió de refrigerio. A las ocho de la noche, y después de soportar una huracanada tempestad, llegamos a Aguamiro y bajo el rigor de la lluvia acampamos en unos potreros, cubiertos de lodo. Ese día y esa noche el ejército sufrió los efectos del hambre, pues no fué posible preparar ningún rancho. Ordené

Digitized by Google

que el subprefecto, acusado por los vecinos, fuera destituído de su puesto y sometido a juicio. El gobernador, acusado también de haber ocultado los víveres, se había fugado, resultando inútiles las medidas que dicté para hacerlo comparecer. Mandé abrir las puertas de su casa, y se encontró gran cantidad de papas y granos, que fueron distribuídos entre los hambrientos soldados, y nombré un nuevo gobernador, el cual se mostró solícito en sus atenciones al ejército. En este punto encontré al señor Serna, prefecto de Huánuco, a quien encargué levantar fuerzas y darme aviso de los movimientos del enemigo.

En Aguamiro recibí también 17.000 soles en billetes, mandados por don Jesús Elías, suma que sirvió de gran auxilio para el ejército.

El día 9 ordené que se pasara revista de comisario y se diera un socorro a los jefes, oficiales y tropa, de los fondos recibidos de Huaraz.

El señor Manuel Pinzás me escribió de Huánuco, dándome noticias de la llegada de los chilenos a esa ciudad y de la ruta que seguían en mi persecución, mandándome además una copia de la vergonzosa nota que el titulado Jefe Superior del Centro, Milón Duarte, había dirigido a la municipalidad, pidiendo reses, café y otros artículos para el rancho de los enemigos y amenazando a los huanuqueños con cupos y extorsiones, si no entregaban los víveres que pedía, en un término breve y perentorio. Mandó después una lista de las personas que se habían prestado para formar la nueva municipalidad y que solícitas atendían a los chilenos.

Esta misma noche del 9 llegó a Aguamiro el secretario del Jefe Superior del Norte, ingeniero Augusto Benavides, acompañado de don Francisco de la Vega, vecino de Huallanca y muy conocedor de los caminos, quien me informó que la ruta por Chavín era la más corta y abundante en recursos, lo cual me decidió

Digitized by Google

a seguirla, abandonando la de Huallanca, no obstante saber que era esperado mi ejército con entusiasmo por los vecinos. Desde el punto de vista estratégico era también mejor aquella ruta.

El 10 de junio, muy temprano, salió el ejército de Aguamiro por un camino pedregoso, pesado y lleno de atolladeros; después siguió parte del camino de los Incas, ancho y horizontal, y acampó en Tarapaco, estancia donde se encontraron seis chozas abandonadas de pastores, que fueron deshechas y empleadas como combustible en la preparación del rancho de una parte de la tropa, quedando la otra parte sin poder hacerlo por falta de leña. Yo, mis secretarios y ayudantes, hubimos de conformarnos con una taza de agua de coca hervida, mi bebida frecuente y habitual en esas heladas punas; aquí el frío era de una intensidad insoportable. Se habían caminado seis leguas.

El dia 11, al rayar la aurora, se emprendió la marcha por un camino mucho más penoso que el de la víspera. En las pendientes y en los fangos muchas mulas rodaron o quedaron sumidas, perdiéndose con ellas las municiones que llevaban. La artillería tuvo que ser pasada al hombro, y las bestias conducidas con mucho cuidado. Así se caminó ocho leguas hasta un paraje cercano a Chavín, donde se acampó.

El día 12, a las nueve de la mañana, me adelanté a Chavín y esperé a las tropas, que llegaron una hora después. Los habitantes del pueblo me recibieron con mucho entusiasmo. Proporcionaron todos los víveres que les fué posible para la alimentación de los soldados, y el subprefecto Boubi procuró bestias para los oficiales que caminaban a pie. Tan escasos eran mis elementos de movilidad, que tuve que dejar en el camino varias cargas de municiones, y muchos enfermos confiados a la caridad de los pueblos de tránsito; y también al subprefecto de Canta, Pardo, a quien

Digitized by Google

dejé en Aguamiro y fué después cruelmente victimado por los chilenos.

El pueblo de Chavín posee un buen clima; cerca de él existen las ruinas de un palacio subterráneo, de época, al parecer, anterior a la de los Incas. Mis secretarios, que lo visitaron, lo describían y quedaron encan- magnífico monumento.

Para reponerme de las fatigas del viaje, permanecí con mi ejército en Chavín dos días, durante los cuales no tuve noticias de los chilenos, ni mucho menos de la ruta que seguían.

El día 14 emprendí la marcha muy temprano, y llegué a las tres de la tarde al pie de la cordillera en el paso de Arguaycancha.

La ascensión parecia imposible; así lo comprendieron los chilenos, que llegaron pocos días después y tuvieron que retroceder, admirando la intrepidez de mis soldados. Acostumbrados éstos a vencer toda clase de dificultades, subieron esa casi inaccesible cuesta de dos leguas, sembrada de pasos peligrosos, llevando en hombros la artillería y el parque, pues no había bestias que pudieran conducir su carga por esa empinada ruta. El ejército y el parque estuvieron en la cumbre a las seis de la tarde; desde allí se divisaba el hermoso callejón de Huaylas, formado por las cordilleras Negra y Blanca, cubiertas de nieves perpetuas. Avancé un poco más y acampé al lado occidental de las montañas, en el lugar llamado Arguaycancha, bajo los rigores de un frío glacial. Desde este punto envié a mis secretarios Rodríguez y de los Heros y al ingeniero Eléspuru al pueblo inmediato de Olleros, con objeto de pedir bestias a Huaraz para la conducción del parque y prevenir a las autoridades de Recuay que dieran avisos exactos y oportunos sobre los movimientos del enemigo. A la una de la mañana llegaron mis comisionados a Olleros y oficiaron inmediatamente al señor Elías y a

Digitized by Google

las autoridades de Recuay comunicándoles mis instrucciones.

El día 15, a las once de la mañana, llegamos a Olleros; demoramos una hora en este lugar, tomando el rancho que generosamente prepararon los vecinos, y emprendimos el camino, ya llano, a Huaraz. En el trayecto me dió alcance el señor Elías, y a las seis de la tarde entré en la capital de Ancachs y ocupé con mis tropas los cuarteles preparados con tal objeto. Muchas calles estaban embanderadas a mi llegada y las señoras de esa ciudad me manifestaron su simpatía, ofreciéndome manojos de flores naturales.

Mandé apresar en Huaraz a dos individuos, uno peruano y otro español, acusados de espías; pero, como no llegó a probarse su culpabilidad, a pesar de las sospechas fundadas que existían, ordené su libertad.

Al día siguiente, 16, llegaron a Huaraz, procedentes de Yungay, el coronel Recavarren y el doctor Manuel Cisneros, y me insinuaron entrar en comunicación con uno de los jefes de la expedición chilena para tratar sobre la paz. Yo les manifesté que a nosotros no nos correspondía gestionarla, sino al gobierno de Arequipa, agregando además que las condiciones impuestas por los chilenos eran inaceptables, y que sólo una victoria decisiva de nuestras armas o la prosecución de la campaña, en la cual yo esperaba aun contar con el apoyo unánime de los pueblos para reduplicar la resistencia, podrían modificar tales condiciones; y que, en consecuencia, debíamos continuar la lucha, lo cual quedó acordado.

Mandé agentes con objeto de inquirir noticias sobre la situación del chileno, hasta entonces ignorada; pero mis comisionados, o no regresaron, o trajeron datos inexactos.

Por fin, después de muchas inquisiciones, supe que el ejército chileno se había reconcentrado en Recuay y

Digitized by Google

avanzaba hacia el pueblo de Olleros, por el Sur de Huaraz.

Emprendí entonces la marcha hacia Carhuaz el 18, adonde llegué después de haber recorrido las siete leguas que separan esta población de la de Huaraz, teniendo que pernoctar en la plaza.

Mi esposa e hijas, que me habían acompañado hasta Huaraz sufriendo las penalidades e incidencias propias de una marcha de campaña tan larga y llena de incomodidades, quedaron en esta ciudad, al amparo de familias conocidas.

En Huaraz hízome saber el señor Elías que en el departamento de Cajamarca se encontraba el doctor Puga con una fuerza de 300 hombres, la cual pensé utilizar en su oportunidad.

También me participó que sabía de buena fuente que Iglesias había firmado un protocolo preliminar, por el cual se comprometía a celebrar un tratado de paz conforme a las condiciones estipuladas por los chilenos. Tal noticia causóme intensa tristeza. Hasta entonces no había perdido la esperanza de hacer volver sobre sus pasos a Iglesias para que coadyuvara a la defensa de la integridad nacional. Lúgubres presentimientos me atormentaron.

El día 19, muy temprano, salí con dirección a Yungay, población de clima delicioso y hermosa campiña. Sus bondadosos habitantes atendieron con solicitud a la tropa, y muchas fueron las atenciones que yo y los jefes recibimos de las familias que nos dieron hospedaje. Al segundo día, 20, se me unió el destacamento de Recavarren que había aumentado notablemente, componiéndose de dos divisiones con un total de 1100 hombres, regularmente vestidos y equipados, pero faltos de instrucción militar y muchos desarmados. Las tropas de Recavarren venían de Huaylas, en retirada de las fuerzas chilenas de Gorostiaga, que salieron de Trujillo con objeto de impedir el paso hacia Caja-

Digitized by Google

marca, donde Iglesias negociaba la paz por su cuenta. Recavarren había destruído el puente sobre el río Santa y obstruído el camino de este sitio a Huaylas, retardando así el avance de Gorostiaga, que a la sazón se encontraba en Corongo, al otro lado del río.

Este mismo día comisioné al secretario de la Jefatura Superior del Norte, doctor Benavides, para ir a Carhuaz a buscar fondos para el socorro de la tropa; regresó trayendo 500 soles, que fué todo lo que pudo conseguir, siendo éste el único contingente metálico que aportó Ancachs a la causa de la Resistencia.

Mientras tanto, los chilenos habían ocupado Huaraz y mandaban avanzadas hacia Carhuaz, adonde también mandé mi escolta, con objeto de adquirir noticias.

Los habitantes de esta villa habían hecho provisiones de víveres y forrajes para recibir a los chilenos, temerosos de los excesos que pudieran cometer en el caso de no atenderlos. Todos estos elementos fueron destruídos por los jóvenes de mi escolta, quienes, después de esperar algunas horas la aparición de las avanzadas chilenas sin conseguir su objeto, regresaron a Yungay.

Para evitar una sorpresa, saqué al ejército de Yungay y lo hice acampar al pie de la cordillera Blanca.

Ardid de Yungay y el paso de la Cordillera de Yanganuco.

(Croquis núm. 17.)

La situación militar del Ejército de la Resistencia en Yungay, el día 21, era de lo más crítica que pudiera imaginarse. Por el Norte se me acercaba Gorostiaga; por la costa otra expedición que, según se aseguraba, debía partir de Casma; por el Sur, Arriagada, que ocu-

Digitized by Google

paba Huaraz, y por el Oriente tenía la inaccesible cordillera de Yanganuco.

Así, pues, me encontraba encerrado en un callejón sin salida, justamente en el callejón de Huaylas. Había que saltar los muros; pretender romperlos era una imprudencia.

Por consiguiente decidí trasmontar la cordillera de Yanganuco (20000 pies) y dirigirme a Pomabamba, haciendo antes circular la noticia de mi regreso a los departamentos del Centro en marcha retrógrada por el camino antes recorrido. Y Arriagada tragó el anzuelo.

El paso de esta cordillera constituye una de las más grandes dificultades vencidas por nuestros soldados en aquella difícil retirada. Los obstáculos que hubieron de salvarse, la elevación de esas montañas, el estado de las tropas y las circunstancias en que se encontraban, dieron a este acto todo el mérito de un verdadero triunfo.

Comienza la ruta con un terreno montuoso y pedregoso que conduce al portachuelo de una de las ramas de la cordillera. Este portachuelo está formado por rocas cortadas casi a pico, delante de una laguna que hay que bordear por un camino estrecho, practicado en las rocas con palos y barbacoas, y que tiene a un lado las peñas y al otro la profunda laguna; todo lo cual lograron salvar nuestras tropas con felicidad, conduciendo el parque, la artillería y el ganado al lado oriental de la dicha laguna, donde pasaron la noche. Yo, con mi escolta, pernocté al lado occidental, para atender a las emergencias que pudieran sobrevenir; pasamos la noche sin comer, por falta de provisiones, las cuales no se pudieron adquirir con anticipación y en cantidad suficiente, por carecer de fondos para ello.

El día 22, a la madrugada, ordené el desfile del ejército, y una vez que hubieron pasado todos por el sendero que bordea la laguna valiéndose de pilotes en ciertos sitios, ordené al ingeniero Eléspuru destruir

Digitized by Google

dicho sendero, lo cual fué ejecutado. Comenzaron las tropas la ascención de una áspera y empinada cuesta de tres leguas, en cuyas cimas están los picachos más altos de los Andes peruanos.

Penosa y difícil fué la ascensión de esta cordillera. Varias bestias con cargas y otras con jinetes se desbarrancaron, precipitándose al abismo. Las dificultades y peligros aumentaban a medida que más se aproximaba el ejército a la cumbre. Los senderos eran cada vez más estrechos y peligrosos, la respiración difícil, el cansancio grande y el malestar del cuerpo enorme. Pero nuestros soldados todo lo vencieron, y a eso de las tres de la tarde alcanzaron la cumbre de la montaña. Desde allí pudimos contemplar con emoción y cariño el vasto panorama que ofrecía a nuestros ojos aquella región del territorio patrio: al Norte y Sur la serie de picos nevados, que rematan las montañas de los Andes; al Oeste la cordillera Negra, que cierra el hermoso callejón de Huaylas; al Oriente, las dilatadas regiones de la selva regadas por el caudaloso Marañón, y sobre nuestras cabezas un cielo azul y profundo.

Trasmontada la cumbre, ordené comenzar el descenso hacia Tingo, hacienda situada en la falda oriental de la cordillera, en cuyas cercanías, una legua antes, acampé entrada ya la noche.

A las nueve llegué al campamento, pues marchaba siempre a la cola cuando el enemigo estaba a retaguardia. Después de dos horas de descanso, avancé a Tingo, a la luz de la luna.

Aquí se me presentó el joven López, natural de Huari, trayéndome un paquete de comunicaciones del enemigo, arrancado a los estafetas de Arriagada, a quienes, acompañado de tres amigos suyos, había sorprendido en el camino de Huallanca a Huaraz. Estas notas oficiales confirmaban los datos que ya tenía sobre el plan de encerrarme en el Callejón

Digitized by Google

de Huaylas. Pero el paso de la cordillera de Yanganuco y mi marcha a Pomabamba desorientaron al chileno por completo. Las fuerzas de Arriagada que me seguían más de cerca, pretendieron trasmontar la cordillera de la Quebrada Honda, pero se detuvieron presas de desaliento ante obstáculos al parecer infranqueables, y dirigiéronse a Huaraz. En esta ciudad, y en vista de las noticias que le llegaron de mi contramarcha al Cerro de Pasco, Arriagada contramarchó también apresuradamente, con el propósito de darme alcance.

Más tarde se interceptaron nuevas comunicaciones de Arriagada a Gorostiaga, en las cuales anunciaba a éste su contramarcha a Junín en mi persecución. Mi ardid había surtido el efecto deseado, logrando deshacerme mediante él del más fuerte de mis enemigos, pudiendo ahora dirigirme solamente contra Gorostiaga.

Para premiar el valor y patriotismo del joven López, lo nombré comandante militar de la provincia de Huari, con facultad de organizar fuerzas para hostilizar a los chilenos.

Antes de salir de Tingo, dí orden a los vecinos de recoger las cargas de munición que habían quedado en la cordillera por falta de acémilas, y alisté mi marcha.

Continuación de la marcha de Tingo a Tulpo.

El 23 hice una jornada de tres leguas desde Tingo a la hacienda de Yurma, donde tuvo el ejército que pasar la noche en pie, con motivo de un impetuoso aguacero.

El día 24 salí temprano de Yurma y marché a Seccha, donde el señor Roca y su familia, propietarios de Yurma, me obsequiaron y atendieron debidamente y donde esperé al ejército, que llegó después.

Habiéndome asegurado los coroneles Alcázar y La

Digitized by Google

Puente en Seccha, ese día, haber divisado tropas chilenas dirigiéndose hacia Tingo, ordené que el coronel Borgoño, con el batallón *Zepita,* contramarchara hasta las alturas de Cruz Circa, y el batallón *Tarapacá* permaneciera en la orilla opuesta del río Seccha, mientras las demás fuerzas seguían la marcha a Acobamba, tres leguas de Seccha.

Toda esta alarma y demora fué originada por una equivocación de los citados jefes, pues los tales chilenos no eran sino pacíficos vecinos de Yanama, que en número de unos cien se dirigían a Tingo con objeto de recoger las armas y municiones dejadas en la cordillera, y que encargué en Tingo fueran a buscarlas.

El día 26 emprendí la marcha de Acobamba a Pomabamba, capital esta última de la provincia de su nombre, a donde llegué con las tropas a las ocho de la mañana, acampé en la plaza, encontrando ya listo el rancho, merced a la actividad del general Silva, aposentador de las fuerzas, y del subprefecto Delgado, que se esforzó en atender a las tropas.

Aquí supe que las fuerzas chilenas de Gorostiaga habían avanzado hacia la hacienda Urcón, de la vecina provincia de Pallasca.

Sobre las fuerzas de Arriagada, que me perseguían por el Sur, no sabía más que lo que decían los partes oficiales interceptados, esto es, que contramarchaban al Centro para cortame la retirada por esa parte.

El día 27 salí de Pomabamba y me dirigí a la hacienda Urcón, caminando siete leguas y acampando cerca de Chullín. Habiendo seguido la marcha del Ejército del Centro por una ladera montuosa llamada Palo Seco, extraviáronse las tropas, en la obscuridad de la noche, y desertaron algunos soldados. Cuando llegué a este lugar, tuve que guiar uno por uno a los batallones, con antorchas de paja, buscándoles sitios apropiados para descansar. Terminada esta penosa operación, yo

Digitized by Google

con mis ayudantes me ví obligado a situarme en una peligrosa ladera, en la cual se nos robaron dos caballos, uno mío y otro de mi secretario Heros.

El día 28, al amanecer, emprendí la marcha de Palo Seco a Chullín, donde encontré a las tropas de Recavarren, que, siguiendo el camino de las alturas, habían llegado temprano a ese lugar. Tomado el rancho, seguí la marcha a la hacienda Andaymayo, adonde llegué a las tres de la tarde.

En Mitobamba, hacienda situada cerca de Chullín, a la ribera opuesta del río, yo, mis ayudantes y los jefes que me acompañaban, fuimos obsequiados con un suculento almuerzo, el primero y último que tomé en el largo trayecto de Yungay a Huamachuco. El señor y la señora Cifuentes esmeraron sus atenciones para con nosotros, y luego partimos muy agradecidos, en pos de las tropas.

En Andaymayo, hacienda de la familia Cisneros, fueron nulas las atenciones que recibí del administrador, lo cual contrastaba con las que la familia anterior me prodigó en Mitobamba. Pagué una lata de kerosene y un poco de cebada tomada por algunos soldados, con 200 soles billetes, y tuve que dejar allí, bajo recibo, el archivo, algunos instrumentos de mi uso y varias cargas de municiones, por falta absoluta de medios de transporte.

El día 29 salí para Urcón, hacienda de un señor Terry, que tenía una magnífica fábrica de paños.

Extremada fué la miseria con que me trató el administrador, negándose a venderme algunas piezas de paño que necesitaba para vestir a algunos oficiales que iban en estado lastimoso, y dejando sin comer a mis ayudantes.

Al saber mi aproximación Gorostiaga, que se encontraba en Pallasca, se retiró de la infeliz población, después de saquear las casas, incendiarlas y matar a

Digitized by Google

muchos pobladores, entre ellos dos niñas, y llevarse presos a otros.

El 30 marché hacia Conchucos y acampé al pie de la cordillera de Pelagatos bajo un frío intensísimo; no existía combustible suficiente para el rancho, y sólo pudieron tomar las tropas un poco de agua hervida.

Bajo la acción de este frío mortal, seguimos nuestra marcha el 1º de julio paralelamente a la cordillera de Pelagatos, y llegamos a Callaringa, cerca de Conchucos. Varios soldados murieron en el camino durante esta dura jornada de hambre y frío. Antes de las cinco seguimos para Conchucos, donde fuimos bien recibidos por los pocos vecinos que habían quedado, pues la mayor parte de los pobladores habían emprendido la fuga, a la aproximación de las fuerzas de Gorostiaga, temerosos de seguir la misma desgraciada suerte que los de Pallasca. A eso del medio día llegó el ejército y tomó el rancho, del cual se había privado en las dos jornadas anteriores, pudiendo descansar un tanto de las fatigas del largo y penoso viaje practicado.

Este mismo día envié dos comisiones: una por el lado de Mollepata, y otra por el lado de Pallasca, con objeto de observar al enemigo, que se decía estaba en el primero de los pueblos indicados. Regresado que hubieron las comisiones, supe que las fuerzas de Gorostiaga habían emprendido la retirada al Norte.

Por otra parte se me informó haber sido avistadas fuerzas chilenas en marcha hacia Pallasca. Resolví entonces maniobrar por «líneas interiores», para lo cual dispuse que Recavarren marchase en dirección a Pallasca, con objeto de observar al enemigo por ese punto y entretenerle retardando o impidiendo su avance, en tanto que yo iría con el Ejército del Centro en busca de Gorostiaga.

El mismo día envié a Mollepata, escoltada por un pelotón de caballería de Recavarren, una comisión for-

Digitized by Google

mada por don Jesús Elías y mis secretarios, con objeto de adquirir datos más exactos sobre la situación de Gorostiaga y preparar alojamiento y rancho para las tropas.

Súpose, en efecto, que Gorostiaga se había retirado a Huamachuco, a fin de proteger a Iglesias, en cumplimiento de las órdenes recibidas del Cuartel General chileno en Lima.

El día 4, la fuerzas de Recavarren se dirigieron a Pallasca y las del Centro a Mollepata, acampando estas últimas en Pampas, lugar cercano. Yo fuí hasta Mollepata.

Pero luego se comprobó que la información sobre el avance de fuerzas enemigas a Pallasca era falsa. Los señores Porturas me confirmaron la noticia de la presencia de Gorostiaga en Huamachuco. Inmediatamente mandé contramarchar a Recavarren y ordené la concentración de todas las fuerzas en Angasmarca, a cuatro leguas de Mollepata, a donde envié antes a los Posturas y a un oficial, para inquirir noticias más concretas.

Entretanto, viéndose Gorostiaga aislado y reconociendo lo difícil de su situación, había solicitado refuerzos de Lynch, quien no demoró en mandárselos.

Efectivamente, cuando regresaron los Porturas y el oficial que envié, me informaron de que un destacamento chileno, al mando del comandante Herminio González, se encontraba en Santiago de Chuco, y que un vecino de Mollepata llevaba las comunicaciones de este jefe para Gorostiaga.

A media noche envié de Angasmarca un propio a Santiago de Chuco, con objeto de traer noticias exactas sobre el número de las fuerzas chilenas allí existentes. Tomadas también las comunicaciones de González a Gorostiaga, supe por ellas, una vez descifradas por mi secretario de los Heros esa misma noche, que

Digitized by Google

las fuerzas de González eran de 781 hombres, con cinco piezas de artillería, buena cantidad de municiones y vestuario. En esas comunicaciones se indicaba además el día en que dichas fuerzas debían unirse a las de Gorostiaga.

Intento de sorpresa al comandante González.

(Croquis núm. 18.)

No había, pues, que perder la oportunidad de batir en detalle a esas fuerzas. Con esa idea me trasladé el día 5 de Tulpo, donde acampaban mis tropas, a la hacienda Angasmarca, y allí supe positivamente que ese mismo día salía González de Santiago de Chuco y debía pernoctar en la hacienda Porcón, término obligado de la jornada; y que el segundo día, 6, a las dos o tres de la tarde, deberían pasar las tropas chilenas por el punto llamado Tres Cruces, situado en el trayecto de Porcón a Tres Ríos. Resueltos el ataque y la sorpresa para el día 6, regresé a Tulpo y di las órdenes necesarias para la marcha del ejército hacía Tres Cruces, al amanecer.

Eran las cinco de la mañana del 6, cuando las tropas se encontraban en pie, tomando ya el rancho. A las seis estaban listas para emprender la marcha; yo me adelanté para llegar a Tres Cruces y elegir posiciones antes de que pasaran las fuerzas enemigas. Desgraciadamente se perdió una hora en castigar a algunos soldados que pretendieron desertar de las fuerzas de Recavarren que debían salir a vanguardia, y éstas salieron a las siete. Una hora más tarde, a las ocho, partió el Ejército del Centro. Este también demoró en el camino, por habérsele hecho pasar por un portillo estrecho, adelgazando sus filas, y haber bajado a tierra su artillería para pasar un riachuelo.

A la hora precisa me encontraba en Tres Cruces, esto es, a las dos de la tarde. El coronel Recavarren

Digitized by Google

y sus tropas llegaron un poco después. Desde Tres Cruces veía desfilar, por las alturas, a los chilenos, y el Ejército del Centro no parecía. Consulté con Recavarren si era posible emprender el ataque con sus tropas, pero Recavarren díjome que no tenía confianza en ellas; entonces envié un ayudante al coronel Secada, ordenándole forzar su marcha. Mientras tanto, los chilenos avanzaban tranquilamente de Tres Cruces hacia Tres Ríos, por el camino de Huamachuco.

Mis miradas dirigíanse impacientes a escudriñar los puntos por donde debían aparecer las fuerzas de Secada, pero las tropas no parecían. Esperé hasta las cinco de la tarde. Los chilenos llegaban a Tres Ríos. El plan se frustraba.

Cuando, a las seis, llegaron las fuerzas del Centro, ya el enemigo había pasado Tres Ríos y se estacionaba en Mollebamba, un poco más allá de aquel punto, según me lo dijeron el señor Terry, hacendado de Urcón, y algunas personas más de esas regiones, las cuales regresaban de Huamachuco después de haber sido apresadas y luego puestas en libertad por los chilenos. Asimismo me aseguró el señor Terry que las fuerzas de Gorostiaga no pasaban de 500 hombres.

Pretendí nuevamente sorprender a las fuerzas de González en Mollebamba, y ordené que esa misma noche se emprendiera la marcha hacia aquel lugar. No obstante la obscuridad, emprendí la marcha por una extensa pampa cubierta de pantanos, yendo con mi escolta a la cabeza del ejército, como acostumbraba hacerlo cuando el enemigo se encontraba a vanguardia. Después de una fatigosa marcha, que costó al ejército 600 bajas, causadas por la gran deserción habida en las tropas de Recavarren principalmente, llegué a Tres Ríos y encontré que González había seguido sin detenerse, hasta Huamachuco.

El nuevo proyecto quedó tambíen frustrado.

Digitized by Google

En Tres Ríos, el 7 de julio, convoqué un Consejo de Guerra.

A pesar de haber fracasado la tentativa de copar al destacamento de González, creí llegado el momento de dar batalla. Había logrado desprenderme de Arriagada e impelido a contramarchar a Gorostiaga, aislándole y obligándole a la defensiva. De estas circunstancias debía aprovecharme. Era yo ahora el agresor. Con todo, quise saber el parecer de los jefes. La mayoría optó por el combate. Resuelto el ataque, destaqué una comisión de observación ese mismo día, la cual regresó a las ocho de la noche, después de comprobar que los chilenos permanecían en Huamachuco.

«Orden de Batalla» del Ejército de la Resistencia en marcha a Huamachuco.

Al salir de Yungay el Ejército de la Resistencia, tenía más o menos la siguiente composición:

Destacamento del Norte: Comandante en Jefe, coronel Isaac Recavarren; 1ª división: batallones *Pucará Nº 4* y *Pisagua Nº 5*. Jefe, coronel Mariano Aragonés, Jefe de Estado Mayor, coronel Leoncio Prado. 2ª división: batallones *Aroma Nº 11* y *Huallaga Nº 12,* Jefe, coronel Ciriaco Salazar; Jefe de Estado Mayor, coronel Manuel Antonio Prado.

Ejército del Centro: Comandante en Jefe, coronel Francisco de Paula Secada. 1ª división: batallones *Tarapacá Nº 1,* coronel Mariano Espinoza; *Zepita Nº 2,* coronel Justiniano Borgoño; jefe de esta división, coronel Manuel Cáceres; 2ª división: batallones *Marcavalle Nº 6,* coronel Crespo; *Concepción Nº 7,* coronel Pedro José Carrión; jefe de la división, coronel Juan Gastó. 3ª división: batallones *Junín Nº 3*, coronel Juan Vizcarra; *Jauja Nº 9,* coronel Miguel E. Luna; jefe de la división, coronel Máximo Tafur. 4ª división: batallones

Digitized by Google

Apata Nº 8, coronel Diego Goyzueta; *San Jerónimo Nº 10,* coronel Melchor González; jefe de la división, capitán de navío Germán Astete. Caballería: Escuadrón *Cazadores del Perú;* jefe, mayor Santiago Zavala; escuadrón *Tarma;* jefe, mayor Agustín Daniel Zapatel, Artillería: 48 piezas, al mando del coronel Federico Ríos.

Pero, a consecuencia de la gran deserción habída en la noche anterior, en la cual las fuerzas de Recavarren quedaron materialmente en cuadro, el efectivo total que tomó parte en la batalla de Huamachuco, no sumaba más de 2000 hombres.

Marcha sobre Huamachuco.

Resueltos por el Consejo de Guerra el avance sobre Huamachuco y el ataque a los chilenos, que se habían posesionado de la ciudad con el ostensible propósito de impedir a toda costa nuestro avance hacia Cajamarca, inicié muy temprano, el 8 de julio, la marcha sobre aquella población. Dejé el camino usual que conduce de Tres Ríos a Huamachuco, por el cual fueron las tropas de González, y tomé el de las alturas, llamado de la «Escalerilla» o «Balconcillo» que lleva por la cordillera de Huaylillas a los altos cerros situados al Sur de Huamachuco, como son el Negro y el Cuyurga. Para prevenir los efectos del intenso frío en esas alturas, hice que las tropas tomaran un regular rancho y se les distribuyera un poco de aguardiente, que mandaron los señores Porturas de su hacienda de Angasmarca.

La ascensión fué difícil y penosa, y la marcha por las punas duró seis horas, a pesar de la corta distancia de tres leguas que separa Tres Ríos de Huamachuco. Vencidas todas las dificultades, ocasionadas principalmente por la falta de acémilas para la carga del parque y la artillería, llegamos al fin, a la una de la tarde, a las alturas del Sudeste de Huamachuco, desde

Digitized by Google

donde se divisaba la campiña. Ordené que el ejército, sin mostrarse al enemigo, continuara la marcha por las faldas meridionales de los cerros hasta hacer alto en la hondonada que existe detrás del Cuyurga.

En seguida me encaminé a este cerro, acompañado de los comandantes generales, coroneles Secada y Recavarren, de mis secretarios y de mis ayudantes, con objeto de observar las posiciones del enemigo y las que debían ocupar nuestras tropas.

Los chilenos no se habían movido de la población, y sus caballos pastaban en los potreros inmediatos. Esta aparente calma del enemigo provenía de que, habiendo mandado avanzadas en la dirección de Tres Ríos, éstas aún no regresaban trayendo la noticia de nuestro avance. De esta suerte, mi aparición, por lugar tan inesperado, fué casí una sorpresa, que puso en alarma al enemigo.

Efectuado el reconocimiento, regresé con mis acompañantes al sitio donde descansaban las tropas, y dicté las medidas preventivas para el ataque.

La población de Huamachuco está situada en el llano de Purrubamba, que tiene una legua de largo por media de ancho, y se encuentra rodeada de cerros y colinas. Por el Sur, y siguiendo el camino de la cordillera, se elevan el Prieto, el Cuyurga y el Amamorco, el segundo de los cuales se prolonga hacia la ciudad, formando el morro de Santa Bárbara. Por el Este lo limitan las alturas de Chochoconda, una de cuyas cimas es el cerro Toro, rico en minerales de oro, y cerca del cual existen varias oficinas mineras. Por el Oeste están los cerros Cucañán, Tushcán y la colina Alto de las Flores. Por el Norte del llano se eleva el cerro Sazón. Entre los cerros del Oeste y la población corre, de Sur a Norte, el río Huamachuco o Grande, formando la quebrada de Chuchichaca. Por el Oriente corre también, de Sur a Norte, otro río, que separa las alturas del Toro de las del Sazón.

Digitized by Google

El cerro Sazón es una verdadera fortaleza natural. Hacia la parte Sur del mismo tiene un pantano, por el Norte es alto y casi vertical, y por el Oeste igualmente alto y de difícil acceso. Sólo por el Sudeste ofrece una suave pendiente que desciende al llano, estando, pues, casi aislado. En su parte alta existen algunas ruinas incaicas.

El Cuyurga, situado al Sudeste de la ciudad y frente al Sazón, es tan elevado o más que éste, pero accesible por todos sus flancos.

Huamachuco es una población situada en la parte occidental del llano de Purrubamba y a las riberas del río Grande, que corre por ese lado. El panteón se halla al Norte de la ciudad y cerca de la colina de Santa Ursula. Una estrecha calzada une esta colina con la población.

De Huamachuco parten tres caminos: uno hacia el Norte, que pasa por el occidente del Sazón y conduce a Cajabamba; otro hacia el Sudoeste, que lleva a Santiago de Chuco, y por el Sudeste el que va hacia Pataz.

Batalla de Huamachuco. — Toma de la ciudad el 8 de julio.

(Croquis núm. 19.)

Tan luego como los chilenos nos divisaron en las alturas del Cuyurga, reconcentráronse atropelladamente en la plaza y calles de la ciudad y encamináronse a sus posiciones del Sazón.

Sin pérdida de tiempo ordené la toma de posiciones y acto seguido la de la ciudad, disponiendo que Secada ocupara el morro de Santa Bárbara y emplazara allí la artillería; que Recavarren atacara el pueblo por el lado occidental, o sea el del Alto de las Flores, y que

Digitized by Google

mi escasa caballería, con una compañía del *Zepita,* descendieran al camino de Santiago de Chuco y amagaran la ciudad por ese lado.

Mientras tanto, los chilenos la abandonaban y, cargando su artillería, arrancaban hacia las alturas del Sazón.

Secada emplazó rápidamente los cañones en Santa Bárbara y abrió fuego sobre la falda del cerro, por donde subían precipitadamente los chilenos, ocasionándoles algunas bajas.

Por la izquierda posesionáronse las fuerzas de Recavarren de las alturas del Alto de las Flores, y entablaron un vivo fuego contra las tropas enemigas, ya dueñas de los morros adyacentes al Sazón. Por el centro, la caballería se acercaba a los suburbios del pueblo, sosteniendo un tiroteo con las retaguardias enemigas.

Poco después, las tropas nacionales entraron en la ciudad y se apoderaron de buena cantidad de caballos, vestuario, algunos cajones de municiones y varios documentos importantes que dejaron los chilenos. Por estos documentos se supo que el efectivo de las fuerzas enemigas ascendía a más de 2000 hombres de las tres armas, es decir, un número mucho mayor al que me dió el hacendado Terry en Tres Cruces.

Entre tanto llegó al Santa Bárbara, donde me encontraba, un individuo con una comunicación del señor Elías, dirigida al coronel Puga, que se encontraba en el valle de Condebamba. En dicha comunicación ordenaba Elías a Puga que se pusiera en el acto en marcha hacia Huamachuco. Me enteré del oficio y advertí al propio que reiterase, en mi nombre, al doctor Puga que forzara su marcha a fin de colocarse el día 9 de madrugada sobre la retaguardia del chileno, para co-

Digitized by Google

operar al ataque general. Desgraciadamente — como lo supe más tarde — cayó el «propio» en manos de las avanzadas chilenas aquella misma tarde. Pero astuto el expreso, aprovechó de la obscuridad para esconder las comunicaciones en un matorral, en el momento de ser cogido. En el interrogatorio a que fué sometido, limitóse a decir que se había extraviado del paraje, siguiendo a su hato de ganado; sin embargo, no le soltaron sino al día siguiente por la tarde. Inmediatamente recogió la comunicación y prosiguió su viaje, llegando donde Puga en la tarde del 10, horas después de librada la batalla. Puga se puso inmediatamente en marcha, pero al llegar a Cajabamba, en la mañana del 11, se enteró de nuestra derrota.

Con la toma de la ciudad, el tiroteo se hizo intermitente, y, llegada la noche, se paralizó por completo. Los chilenos quedaron posesionados del Sazón, y nosotros en los cerros de enfrente. Ambas posiciones estaban separadas por el llano de Purrubamba, de media legua de ancho, en cuya parte occidental, como ya se ha dicho, se encuentra Huamachuco.

Al anochecer, los chilenos dispararon sus Krupp sobre el Santa Bárbara, haciendo tiros demasiado altos, que iban a estallar en las faldas del Cuyurga, pasando sobre nuestras posiciones del Morro.

Después de esto, se hizo el silencio completo, y el resto de la noche se pasó en calma. Yo velé sobre la cima del Santa Bárbara, tomando las disposiciones del caso para evitar una sorpresa. Ordené la reconcentración del grueso de las tropas en Santa Bárbara, y dispuse que la 3ª división, que mandaba el coronel Máximo Tafur, se situara al Este del Morro, al abrigo de unas pequeñas lomas, confiándole la misión de proteger el flanco derecho. Recavarren se retiró de Huamachuco y se situó detrás del Alto de las Flores, protegiendo el flanco izquierdo.

Digitized by Google

Escaramuzas del 9 de julio.

(Croquis núm. 20.)

Al amanecer de este día, muy temprano, vimos que de Huamachuco se conducía una partida de burros cargados, hacia el Sazón. Comprendiendo que significaba un auxilio para el enemigo, fué una parte de mi escolta y se apoderó de la piara de burros cargados de papas, originándose con este motivo un tiroteo entre la escolta y los chilenos, que no salían de sus parapetos.

Hacia el medio día dispuse que Recavarren hiciera un reconocimiento sobre las posiciones enemigas, avanzando hasta cerca del panteón, lo cual se realizó sosteniendo un corto tiroteo con las avanzadas chilenas del Sazón. Conseguido su objeto, regresó Recavarren a su puesto primitivo.

Tras estas escaramuzas, se permaneció en calma durante el resto del día. Aprovechando la tregua, los vecinos de Huamachuco, temerosos de los estragos de la lucha próxima, abandonaron la población y se encaminaron a sitios apartados del campo de combate.

A las tres de la tarde de ese día llegaron al campamento 200 hombres, hijos del patriota pueblo de Santiago de Chuco, a las órdenes de don Santiago Calderón (1), Porturas y Useda y otros vecinos notables, quienes venían a prestar servicios auxiliares al ejército y traían víveres para las tropas y fiambres y coñac para los jefes. De esta manera, en medio de la penuria general, contribuía el pueblo santiaguino con la sangre de sus

(1) Hace poco, el hijo de don Santiago Calderón, doctor Gerardo F. Calderón, cumpliendo el encargo de su difunto padre, puso en mis manos la bandera del batallón *Santiago de Chuco* y la espada con que su padre combatió en la memorable jornada, reliquias históricas que remití al Presidente Señor Leguía, quien dispuso que fueran conservadas en el Museo Histórico hasta que se termine el Museo de La Breña, que el patriota señor Leguía ha mandado edificar. *(A. A. C.)*

Digitized by Google

hijos y sus recursos a la defensa de la Patria, desafiando la ira de los enemigos, que lo castigaron después, pero ganando un honroso puesto al lado de los defensores del honor nacional.

Los fiambres obsequiados por los santiaguinos nos sirvieron de magnífico refrigerio en estas frías alturas, después de dos días de ayuno forzoso, durante los cuales sólo hicimos uso de agua de coca hervida. El batallón *Santiago de Chuco,* aunque en su mayor parte de gente novicia, tenía un cuadro de oficiales bien organizado.

Plan de ataque a las fuerzas chilenas.

Ante la formidable posición del Sazón pensé un momento que lo más conveniente sería sitiarla, dada la configuración natural del cerro, y luego abrumar al enemigo con ataques parciales, hasta agotarlo. Pero tal operación requería tiempo, y al prolongarse sólo me ofrecía perspectivas desfavorables. Los mismos habitantes de aquel retazo del suelo patrio no estaban todos declaradamente por nosotros, lo cual constituía un factor importante, tanto más si se considera el carácter de la guerra que acaudillábamos. La bandera de la paz había trastornado su patriotismo y desgarrado los nervios de la lucha en defensa de la Patria. Todas estas circunstancias apremiáronme más a la realización del ataque.

En la tarde del 9 reuní a los comandantes generales, coroneles Recavarren y Secada, con objeto de acordar un plan de ataque contra el chileno. Acordado tal plan, dí a dichos jefes las directivas generales para llevarlo a cabo en la madrugada del día siguiente, 10.

El ataque debía dirigirse hacia la parte vulnerable de la posición del enemigo. El plan consistía en el ataque del ala y flanco izquierdos del chileno, en combinación con un amago simultáneo en su frente. Para su ejecución se convino en que a la media noche

Digitized by Google

debían concentrarse las fuerzas en el Santa Bárbara y en seguida romper la marcha de avance, siguiendo Recavarren dirección frontal, en tanto que Secada, que conducía el grueso del ejército, debía marchar a la derecha paralelamente a aquél, hasta ocupar las lomas que allí existían, para después conversar sobre su izquierda y atacar al enemigo de flanco. De este modo el destacamento del Norte y el Ejército del Centro formarían una especie de ángulo frente a la parte Sudeste del Sazón. Destacamentos de caballería y alguna infantería amagarían por el camino de Cajabamba, para caer en el momento preciso e interceptar la retirada. Como reserva debía quedar la primera división, o sean los batallones *Tarapacá* y *Zepita*. Puga, a quien se había oficiado el día 8, caería sobre la retarguardia del chileno o, por lo menos, cooperaría a la acción principal, amenazándolo de cerca y llamándole la atención.

Proyectado así el ataque, convencido de la superioridad moral de las tropas del Centro, de la cual dieron pruebas palpables en el terreno de la acción, tenía fundada fe en el éxito.

Para que sirvieran de guías durante el avance nocturno, pedí al señor Cisneros, alcalde de Huamachuco, un par de mozos expertos y entusiastas que pudieran prestarnos tan importante servicio. Este caballero buscó inmediatamente seis muchachos del pueblo y los puso a mi disposición.

Deseoso de ganar tiempo en los preparativos de marcha, mandé a mis ayudantes La Puente, La Combe y Costa y Laurent, a las diez de la noche, para que previnieran a los jefes tomar con la anticipación debida las disposiciones conducentes al avance proyectado. Pero desgraciadamente había enfermado el coronel Recavarren, comandante general del destacamento del Norte, y no pudo verificarse ni la concentración ni la marcha de aproximación. El ataque quedó, por esta circunstancia, aplazado para el día 11.

Digitized by Google

No me fué posible designar en esos momentos a otro jefe para que reemplazara a Recavarren. No hay cosa más peligrosa que el cambio de mando en medio del acto guerrero. Y en el caso presente sospesaban circunstancias especiales. Desde Huaraz noté cierto enfriamiento en las relaciones de amistad entre Recavarren y Secada; pero más que esto, estaba al corriente de la labor de zapa que hacía un grupo de jefes de su séquito cerca de Recavarren, insinuándole para que me abandonase y entrase en negociaciones con el enemigo. A todo lo cual resistió Recavarren. Reemplazarle habría sido, pues, herir la susceptibilidad de este jefe a quien, por otra parte, yo estimaba con preferencia, suscitando por tal motivo algunas veces las francas protestas de Secada.

Fracasado el proyecto de ataque, resolví ponerme a la expectativa y en apresto. Pero los acontecimientos se precipitaron y se desarrollaron de manera intempestiva para ambas partes, como luego se verá.

La batalla decisiva, martes 10 de julio.

(Croquis núms. 21 *y* 22.)

El mando chileno, que seguramente estaba ya informado, por sus agentes de Huamachuco, del plan de asalto que yo intentaba llevar a cabo en la madrugada de este día, al ver que no lo realizaba, creyó que me había retirado y destacó fuerzas para reconocer mis posiciones.

Hacia las seis de la mañana, y traslapadas por la niebla, dos compañías chilenas, destacadas con tal misión, atravesaron la pampa, dirigiéndose sobre nuestra ala derecha. Estas guerrillas se acercaban por la ladera oriental del Cuyurga, donde se encontraba la división del coronel Tafur. Al divisarlos les salieron a su encuentro el batallón *Junín,* con el coronel Vizcarra, y en seguída el *Jauja,* con el coronel Miguel E. Luna.

Digitized by Google

Estos batallones descendieron rápidamente, se desplegaron tan pronto como lo permitió el terreno, y atacaron con brío a los chilenos, a quienes contuvieron, haciéndolos retroceder.

Entonces, desprendióse del ala izquierda enemiga una considerable fuerza, que a la carrera se lanzó en apoyo de los suyos. Para contrarrestar esta nueva acometida, ordené bajara la 2ª división del coronel Gastó, con los batallones *Marcavalle* y *Concepción,* quien, secundado por los coroneles Crespo y Carrión, jefes de estas unidades, entró rápidamente en acción apoyando la izquierda de Tafur.

Nuevas compañías chilenas se desprendieron del Sazón y acudieron en apoyo de las destacadas anteriormente.

Para reforzar la línea, hice descender a la 4ª división Astete. El *Apata* y el *San Jerónimo,* guiados por sus jefes Goyzueta y González, avanzaron a paso de carga por la falda del cerro y se lanzaron por la izquierda enemiga, amenazando envolverla. Al propio tiempo ordené a Recavarren, quien se me presentó en este momento, atacar con sus tropas la derecha de los chilenos, por el lado de la población, y que la 1ª división, esto es, los batallones *Tarapacá* y *Zepita,* avanzaran convenientemente para intervenir en la lucha tan luego recibieran mis órdenes. De esta suerte quedó empeñada la batalla en una extensa línea, desde las cercanías de la ciudad hasta las alturas que se elevan por el oriente, a lo largo del llano de Purrubamba.

La lucha se desarrolló desde el comienzo encarnizada y tenaz, cargando su peso sobre el ala izquierda enemiga, que se sostuvo por espacio de más de dos horas, hasta que nuestros soldados lograron rechazarla. Acudieron entonces todas las tropas enemigas en defensa de su flanco, y la batalla se intensificó y recrudeció nuevamente. Jefes, oficiales y tropa rivalizaban en valor, y ganaron trecho a trecho terreno al enemigo,

Digitized by Google

hasta llegar a una loma situada al Sudeste del Sazón, donde los chilenos resistían firmemente.

Yo, con mis ayudantes y mi escolta, en estas circunstancias, dirigíame al sitio culminante de la brega, para dar con mi presencia mayor impulso a la acometida, cuando un soldado herido, al reconocerme, vino hacía mí y, pretendiendo tomar las riendas de mi caballo, me detuvo, diciéndome: «Taita, mi General, ve que he cumplido mi juramento de los Tres Ríos», y desplomóse muerto. Esta escena de fidelidad y patriotismo me conmovió hondamente.

La artillería, cuyo corto alcance la hacía inútil en el Santa Bárbara, tuvo que ser bajada al llano para proteger el avance. Su recio fuego y el empuje de la infantería obligaron a los chilenos a abandonar las lomas y refugiarse en sus altos atrincheramientos, donde reiteraron la resistencia, estableciéndose un combate titánico, a 30 metros de distancia.

En estos momentos calló la artillería enemiga y se notó ya en las filas chilenas el desconcierto precursor de la derrota. Su caballería se alejó hacia el camino de Cajabamba y las infanterías combatían a tan corta distancia, que se hacía peligroso el empleo de nuestra artillería, la cual cesó también sus fuegos. La victoria parecía inclinarse a nuestro favor, y el ardor bélico en nuestras filas elevóse al máximo.

Pero en estos momentos supremos, y cuando ya nuestros bravos soldados iban a romper la jadeante muralla humana que tenían en frente, los fuegos comenzaron a debilitarse: se habían agotado las municiones en las cinco horas de lucha. El parque se encontraba aún lejos, y por más que se hizo, fué imposible lograr que llegara oportunamente, así como también fué imposible detener a las tropas, que se creían victoriosas, en su soberano empuje sobre la hueste enemiga. Los chilenos, que se apercibieron de nuestra falta de municiones, reaccionaron súbitamente y se lanzaron en

Digitized by Google

contraataque formidable a la bayoneta contra los nuestros que, inermes, sin municiones ya y sin arma blanca para la lucha cuerpo a cuerpo, se defendían a culatazos, y, dominados al fin, comenzaron a ceder.

La situación era terrible. Pedí la reserva y ordené que volviera la artillería al Santa Bárbara. Pero pronto me convencí de que los batallones *Zepita* y *Tarapacá* habían entrado a la refriega sin orden mía y, faltos de municiones, también retrocedían. La derrota, pues, se declaraba.

Los chilenos volvieron a hacer uso de su artillería y lanzaron su caballería al llano para consumar su triunfo. Un piquete de caballería atacó y copó nuestra artillería en circunstancias en que se realizaba la carga de ésta.

Envié a todos mis ayudantes para contener a los que huían y reagruparlos, pero todo fué inútil. El contraataque se produjo tan recio y continuado, que no dió tiempo para que reaccionaran nuestras tropas. Yo mismo me lancé con mi escolta a contener a los dispersos y, lejos de conseguirlo, fuí atacado por la infantería enemiga; mi escolta fué destrozada y me ví envuelto por los jinetes chilenos a punto de caer prisionero. Completamente solo, me abrí paso entre el enemigo y pude alejarme rápidamente gracias a la agilidad de mi caballo (el «Elegante»), que salvó unos lodazales saltando enseguida un acequión, que sirvió de momentánea valla a mis perseguidores.

A poco se me unió uno de los hijos del hacendado Porturas y me guió por sitios que el conocía, hasta alejarme del campo un considerable trecho. En mi camino encontré al coronel Leoncio Prado, mortalmente herido, y a un cura de Huamachuco, a quien supliqué que lo atendiera. Este mismo sacerdote me dió a poco alcance y me dijo que Prado acababa de morir, habiéndole él auxiliado en sus últimos momentos. Pero, como se supo más tarde, no fué sino un paroxismo, y

Digitized by Google

Prado fué hecho prisionero y fusilado en Huamachuco, admirando con su valor a los mismos enemigos.

Más tarde llegué a una vaquería de la hacienda de Angasmarca, donde se despidió Porturas, y tomé el camino llamado del Inca, que conducía antiguamente a Aguamiro, en el departamento de Huánuco. Sobre el camino me detuve un corto tiempo y desmonté para tomar un momento de descanso. En medio de la soledad embargaron mi espíritu los más dolorosos y tristes pensamientos, abismándome en una profunda meditación sobre la fatalidad implacable que nos perseguía. En estas circunstancias, se me unieron el coronel Borgoño, que venía herido del brazo, mis ayudantes Florentino Portugal y Felix Costa y Laurent, y mis ordenanzas, en compañía de los cuales seguí mi marcha a Huaraz.

La batalla de Huamachuco, como se ha visto, se originó del choque de los tentáculos de ambos ejércitos adversarios. Los reconocimientos chilenos, al topar con los puestos avanzados peruanos, provocaron el incendio de la batalla. Hasta esos momentos, ambos mandos encontrábamonos a la expectativa, en nuestros respectivos puestos. Gorostiaga en el Sazón; yo en el Santa Bárbara. Al comienzo se desarrolló una lucha frontal, en la cual los nuestros hicieron cejar, paso a paso, en ruda y sangrienta pugna al enemigo, hasta apretarlo contra el cerro, obligándolo luego a escalarlo, a pesar de su superioridad numérica, pues el peso de la lucha sostenía-la casi únicamente el Ejército del Centro. La brega acortó la distancia y el flanco izquierdo chileno vióse seriamente amenazado. La victoria, sonriéndonos, acrecienta el entusiasmo en los defensores del suelo patrio. Mas, en la culminación del triunfo, faltan las municiones y el arma blanca para dar la postrer arremetida... La fortuna vuélvenos la espalda y la victoria vuela al campo chileno.

Digitized by Google

Después de la batalla. — Viaje a Tarma.

Después de la batalla de Huamachuco y la tenaz persecución emprendida por los chilenos contra nuestras tropas vencidas, que duró varios días y en que fueron fusilados los prisioneros y «repasados» los heridos, forcé mi marcha, y, desandando el camino recorrido, llegué a Huaraz sin tropiezo alguno. Permanecí aquí el tiempo indispensable para preparar mi viaje, y emprendí el camino a Tarma con el propósito de organizar un nuevo ejército sobre la base de los 100 hombres que había dejado en Jauja al mando del coronel Justo Pastor Dávila.

El 16 de julio, a eso de las diez de la mañana, llegué al «Alto de Tres Cruces», en las goteras de Chiquián, hoy capital de la provincia de Bolognesi, con mi pequeño séquito, compuesto del coronel Aurelio Alcázar, los comandantes Florentino Portugal y Lizandro La Puente, el sargento mayor Félix Costa y Laurent y mis dos ordenanzas. Salió a recibirme en cabalgata un grupo de jóvenes del mencionado pueblo, entre los cuales se encontraba el infortunado Luis Pardo. Al hacer alto en la cumbre, me ofrecieron coñac y aguardiente de Pisco, y luego, templando las guitarras, que habían llevado consigo, pusiéronse a cantar, improvisando los siguientes versos que uno de mis ayudantes copió y yo consigno aquí como un recuerdo de la emoción que me produjeron:

«Cuando el peruano pelea y pierde, — no desespera de la victoria, — porque en coraje crece y se enciende — y en nueva empresa verá la gloria. — ¡Oh Patria mía!, no me maldigas — porque al chileno no lo vencí, — que bien quisiera haber perdido — la vida entera que te ofrecí. — Mas queda un bravo, noble soldado — que aquí en la Breña luchando está; — tú eres ¡oh Cáceres! nuestra esperanza; — tu fe y constancia te harán triunfar!»

Digitized by Google

Más adelante, al tocar en Cajatambo, encontré a los habitantes celebrando una fiesta religiosa, y con este motivo había mucha gente embriagada, por lo cual no me detuve sino pocos momentos, y continué la marcha hasta el pie de la cordillera Negra, donde descansé. Mandé al pueblo a mi ordenanza para que llamara al gobernador, quien muy solícito buscó inmediatamente alimentos, viniendo en seguida donde me hallaba para ofrecérmelos, permaneciendo en mi compañía hasta el amanecer.

A pesar de que el frío era por demás intenso, apenas rayó la aurora reemprendí mi marcha, recomendando al gobernador que hiciera todo lo posible por conservar el orden en el pueblo y participándole que muy pronto renovaríamos la campaña.

Atravesamos la cordillera soportando los rigores de un intensísimo frío, y descendimos sin novedad. A poco, por el llano, distinguimos un grupo de jinetes que claramente se veía que eran soldados. Inmediatamente mandé al coronel Alcázar para que averiguase el objeto de la presencia de estos hombres, mientras yo quedaba esperando a una distancia conveniente, con el resto de mis acompañantes.

Alcázar los detuvo, descubriendo que eran chilenos, y a las preguntas que les hizo contestaron que iban en comisión de su jefe, quien los enviaba a preparar rancho para su batallón.

Me dirigí donde ellos y les dije: «Van ustedes a preparar rancho; ya veo que tienen trazas de rancheros.» Al comprender los soldados que no creía lo que decían, uno de ellos desmontó y se acercó a mí, diciéndome: «Señor, usted es el General Cáceres, que tantos trabajos nos viene dando; en verdad, hemos desertado, porque ya estamos cansados de tantas marchas y contramarchas; todos los soldados lo admiramos por su bravura; recomiéndenos, señor, por favor, a la

Digitized by Google

autoridad del pueblo al cual vamos a llegar, para que no nos maltraten.»

Compadecido de estos soldados, aunque enemigos, saqué de mi cartera una tarjeta, y les dí la recomendación para el gobernador de Cajatambo, a quien le solicitaba que los protegiera para que siguiesen su marcha, cuidando que el pueblo, que estaba embriagado, no los maltratase.

Con esta recomendación continuaron su marcha muy agradecidos, y supe después que el gobernador los había protegido, y ellos habían seguido sin novedad.

Yo y mis acompañantes continuamos nuestro viaje, y al anochecer llegamos a una hacienda de las inmediaciones del pueblo de Ondores, que estaba ocupado por las tropas chilenas que iban en contramarcha.

Este pueblo está situado en la orilla del lago de Junín, el que por el otro lado colinda con el pueblo de este mismo nombre (Junín), que se hallaba también ocupado por tropas chilenas. A un peón de la hacienda le pregunté por las caminos y me dijo que no existía otro que el que se sigue por el pie del pueblo y la orilla de la laguna, por donde precisamente las fuerzas chilenas se dirigían hacia Lima.

No obstante este peligro, decidí pasar esa noche por el pueblo de Ondores, siguiendo el camino indicado, para lo cual comprometí los servicios del encargado de la hacienda, a fin de que nos guiara en este paso difícil; y, sacando de mi cartera un billete de diez soles, se lo dí de gratificación al indio, que ya se preparaba a acompañarnos en el peligro que íbamos a correr.

Eran más de las diez de la noche, cuando salimos de la hacienda para tomar el camino real. A poco de haber comenzado a caminar, sentimos el tropel de una caballería, que marchaba hacia el pueblo. Inmediatamente nos ocultamos entre los pajonales y montones de piedras; y así permanecimos hasta las once de la noche, en que observamos que el piquete chileno había llegado

Digitized by Google

al pueblo. Resolví entonces pasar solo con el guía, mientras mis acompañantes se quedaban observando, advirtiéndoles que si no sentían tiros, era que no me había ocurrido ninguna novedad. Pero no quisieron quedarse; todos querían seguirme. El peligro era inminente, y no deseaba exponerlos; pero al fin convinimos en que todos se quedaran, y solamente me acompañaría el comandante Portugal.

Partí con toda precaución, revólver en mano, resolviendo con el comandante Portugal pasar al galope y a sangre y fuego sobre cualquiera avanzadilla que encontrásemos en nuestro camino. Seguimos por el borde de la laguna, cuyo chapoteo no permitía fuesen escuchados los pasos de nuestras cabalgaduras, en tanto que nosotros sí oímos la voz de algunos soldados enemigos, cuando pasamos frente a la población.

Felizmente no fuimos sentidos, y a eso de las doce de la noche ya habíamos pasado a más de una legua de distancia del pueblo, donde nos detuvimos para observar si éramos seguidos. Como no ocurrió novedad, continuamos nuestra marcha, que detuvimos después ante una choza del camino, por habernos advertido el guía que allí habitaba un campesino, a quien llamé y le pedí me proporcionara algo de comer. Este hombre lamentó no poder atendernos; pero nos ofreció lo poco que tenía, que era coca, chancaca y una copa de «chacta», o aguardiente de caña. El agua de coca y la chacta que bebimos, nos sirvieron maravillosamente para entonarnos y soportar el frío que hacía y que nos tenía entumecidos. En eso llegó un hombre que venía del pueblo de Junín y nos dijo que acababa de dejar en el pueblo al guía de los chilenos, Milón Duarte, que hacía preparar rancho para el piquete de caballería que le acompañaba y que se componía de cincuenta hombres bien montados.

Mis ayudantes habían logrado pasar también sin novedad, y a la una de la madrugada ya estábamos

Digitized by Google

reunidos y continuando nuestra marcha hacia Tarma, adonde llegamos a los ocho de la noche del siguiente día. Me alojé en casa de la familia Guido, quien me proporcionó toda clase de comodidades.

Como esta familia se diera cuenta perfecta de que necesitaba descansar, me instaba a que me retirase a la cama; pero el señor Santa María y mi paisano y amigo, el señor Albino Carranza, opinaron que debía seguir mi marcha, pues mi ayudante Lecca, que había quedado de subprefecto de Tarma, a quien le pedí noticias sobre la situación del enemigo, manifestaba que éste había llegado al pueblo de Junín, y que con toda seguridad llegaría a Tarma al día siguiente. En consecuencia debía continuar mi marcha inmediatamente para evitar ser capturado. Como mi caballo se encontraba en lamentable estado, el señor Santa María me ofreció una buena bestia para reemplazarlo y facilitar mi marcha.

A las nueve de la noche salí de Tarma, acompañado de un piquete de doce hombres que tenía el subprefecto, a las ordenes del teniente Vilches. Al llegar a Tarmatambo, a una legua de Tarma, me sentí enfermo, con vómitos, y resolví descansar en el mismo camino. Para el efecto ordené a Vilches que colocara un par de centinelas a fin de que vigilasen el camino; y en seguida tendí un pellón en el suelo, quedando a poco profundamente dormido, lo mismo que el comandante Portugal y mis demás compañeros. No habían pasado dos horas, cuando nuestro sueño fué interrumpido por las detonaciones de las armas de los vigías, situados en el camino, y de jinetes enemigos que venían en nuestra persecución. En el acto me puse de pie, revólver en mano, así como el comandante Portugal, y salimos al encuentro de los perseguidores, a quienes contuvimos temporalmente, hasta que llegaron más jinetes.

Fué entonces cuando los jefes que me acompañaban me obligaron a proseguir la marcha, asegurándome que

Digitized by Google

ellos protegerían mi retirada. Aceptado este ofrecimiento, me puse en camino, solo. Apenas había avanzado algunos metros, cuando observé que un perrito blanco seguía el aire de mi marcha al pie del caballo; había momentos en que este animalito se adelantaba como para observar el camino y regresaba luego corriendo y alegre como para darme a entender que no había novedad, proporcionándome así este nuevo acompañante un gracioso entretenimiento durante toda la noche de mi viaje.

A las seis de la mañana llegué a Jauja, en momentos en que el pongo (sirviente) de la casa del cura Dianderas abría la puerta de la calle; pregunté por el cura, y le mandé decir que yo estaba allí esperándolo.

Salió mi amigo, muy sorprendido con mi inesperada visita, y trató de averiguar la causa que la motivaba; le dije que por el momento no podía suministrarle ningún dato, ni detalles de ninguna clase; y que solamente deseaba que me proporcionara una taza de té, una copa de coñac y cama, porque estaba rendido de sueño y de cansancio, suplicándole que no me despertara hasta que no lo llamase, y que también atendiera a los jefes que me acompañaban y que luego llegarían. Me acordé de mi canino compañero y encargué que lo buscaran, pero no lo hallaron.

Tomé la apetecida taza de té y una buena copa de aguardiente, y dormí todo el día y toda la noche, hasta el día siguiente, en que mi amigo me despertó para que tomase algún alimento, lo que acepté con gusto, sorbiendo un caldillo de huevos, después de lo cual continué durmiendo hasta el otro día, en que fuí nuevamente despertado para almorzar. Ya reconfortado con los dos días y las dos noches de sueño y el excelente alimento que había tomado, me puse a conversar con mi amigo el doctor Dianderas, contándole todas las peripecias que había corrido para burlar a mis enemigos y llegar a Jauja.

Digitized by Google

Cuarto período de la campaña.

Organización de un nuevo ejército después de la batalla de Huamachuco, para continuar la resistencia.

Después de algunos días consagrados exclusivamente a mi descanso en Jauja, me ocupé en dar principio a la organización de un nuevo ejército, sobre la base de los 100 hombres armados que, como ya he dicho, había dejado al mando del coronel Justo Pastor Dávila, solicitando el concurso y auxilio de los comerciantes y principales vecinos de la ciudad, los cuales me ofrecieron gustosos ayudarme en todo lo que les fuera posible.

Apenas había comenzado mi trabajo, el coronel Urriola, jefe de las tropas chilenas acantonadas en Tarma, tuvo conocimiento de mi labor y emprendió marcha a Jauja con un destacamento en mi persecución; por lo cual inmediatamente me retiré a Huancayo, con las fuerzas que organizaba. Pero como el coronel Urriola continuara su marcha en mi seguimiento, vime obligado a prolongar la mía hasta Ayacucho. En esta ciudad se me presentaron 50 voluntarios. Con estos y algunos más que se me unieron en los pueblos de tránsito, llegué a formar una columna de 200 hombres, con la cual seguí la retirada, al ver que tenía al enemigo a un día de camino. Cuando éste llegaba a Ayacucho, yo pasaba el río Pampas con dirección a Andahuaylas, dejando el puente completamente inutilizado, para impedir que el enemigo siguiera más adelante en mi persecución. Urriola se detuvo en Ayacucho. Mientras tanto, yo continuaba hacia Andahuaylas, provincia del departamento de Apurímac, cuyo prefecto, coronel Juan Rosendo Samánez, mi primo, apenas llegué, se puso en

Digitized by Google

movimiento, dirigiéndose a los hacendados y comerciantes, pidiéndoles armas y telas para mis tropas. Tal fué el empeño y el entusiasmo con que me ayudó el coronel Samánez, que en menos de ocho días de estancia en esa provincia, la columna aumentó su número a 500 hombres regularmente armados y vestidos. También se organizó otra columna de 50 jóvenes voluntarios de Andahuaylas, que llevó el nombre de «Columna Cáceres», y designó como jefe al coronel Morales Toledo. Merced al entusiasmo que reinaba en esa provincia, de día en día aumentaba el efectivo de mis fuerzas.

Proposiciones e instigaciones del comandante Carrillo. — Refuerzos de los coroneles Luna y Zamudio.

En Andahuaylas me visitó el capitán de navío Camilo N. Carrillo, para incitarme a que tomara las tropas que estaban estacionadas en Arequipa, para poder proseguir la campaña, alegando que yo era el único jefe que estaba al frente del enemigo luchando con patriotismo y sin contar con la ayuda y protección del gobierno, que se había establecido en Arequipa. Opinaba el capitán Carrillo que debía trasladarme a esa ciudad, porque estaba seguro de que bastaría mi presencia para que se pronunciara en mi favor. Le agradecí sus insinuaciones, y le manifesté que, de proceder conforme él lo deseaba, aparecería como un jefe ambicioso, y que traicionara al gobierno, al cual estaba obedeciendo; que jamás fomentaría la lucha intestina en el país, y que mi misión se reducía únicamente a luchar contra el enemigo común y, caso extremo, contra el gobierno impuesto por el extranjero. Mis razones no le convencieron, y continuaba alegando que eran escrúpulos, que

Digitized by Google

debía abandonarlos en atención a los intereses sagrados de la Patria, por la cual estaba luchando sin contar con el auxilio del gobierno, que no se decidía a tomar una actitud resuelta. Juzgaba el capitán Carrillo que ese ejército se iba a perder sin haber hecho nada por la Patria, y que más tarde me arrepentiría de mis escrúpulos y de no haber procedido en la forma que él me indicaba. Decepcionado el señor Carrillo por no haberle aceptado sus insinuaciones, se marchó a Lima.

Hacía dos meses que me encontraba ocupado en armar fuerzas para poder regresar a Ayacucho, con el fin de atacar a Urriola, que se encontraba en esa ciudad, cuando llegó el coronel Francisco Luna, acompañado del coronel Zamudio, al mando de una columna de 250 hombres. Grande fué mi alegría, pues veía que, aunque tarde, el contraalmirante Montero se resolvía a auxiliarme, enviándome esas fuerzas. Así, pues, mi júbilo era grande al ver ese refuerzo de soldados bien armados y equipados, pero la decepción que sufrí en seguida fué mayor, cuando el coronel jefe de la columna me enseñó la comunicación que acababa de recibir, traída por un chasqui, que decía lo siguiente:

«*Tan luego reciba esta orden, póngase en marcha con la tropa a marchas forzadas, antes de que caigan en manos de Cáceres. — Luna.*»

Llenó de cólera al ver esta orden, le dije al coronel: «Está bien; Ud. puede cumplir la orden del Presidente, pero la tropa se queda conmigo.»

Entusiasmóse el coronel Luna a tal punto con mi resolución, que me contestó: «Yo también me quedo, pues es Ud. el único jefe que cumple con su deber combatiendo al enemigo; y, por consiguiente, yo no obedezco ninguna orden antipatriótica y continuaré a su lado, para ayudarlo en su ardua tarea de organizar tropas contra el invasor.» Igual protesta hizo el coronel Zamudio.

Digitized by Google

Visita de un aborigen a mi campamento. — Marcha del nuevo ejército de Andahuaylas a Ayacucho. — Desocupación de la ciudad por Urriola. — Incidentes ocurridos en la población.

Un día llegó a mi campamento de Andahuaylas un indiecito, armado con su rejón, en mi busca, mandado por las comunidades de Ayacucho. Yo me encontraba en la puerta de la comandancia con algunos jefes, cuando se me acercó el indiecito y, expresando su sorpresa al verme, me besó la mano y con voz conmovida díjome en quechua:

—«Taita, te creíamos muerto. ¿Nos has abandonado? Pero ya nos tranquilizaremos, porque de nuevo apareces como el sol después de noche oscura.»

Esta manifestación la hizo en términos tan patéticos, que me conmovió hondamente hasta el punto de hacerme derramar lágrimas; los jefes que me acompañaban, tampoco pudieron disimular su emoción ante esta escena.

Le abracé con el cariño intenso que siento por esa raza noble e infeliz, que por centenares estaba dando héroes, e hice que descansara y que le atendieran convenientemente con los alimentos de mi escasa mesa.

Como la organización de mis tropas estaba bastante avanzada, con la llegada de los nuevos contingentes de voluntarios enviados de los distritos vecinos por el prefecto coronel Samánez, preparé mi regreso a Ayacucho para combatir las fuerzas de Urriola, y aproveché los servicios del indiecito comisionado por las comunidades, para dar las órdenes convenientes. Le encomendé a mi amigo, el doctor Alvarado, juez de la provincia de Cangallo, que a mi aproximación pusiera en movimiento a los morochucos. Asimismo pedí a mis amigos

Digitized by Google

de Huanta que preparasen a los quillanos de la provincia para impedir la fuga de los chilenos a mi llegada; esta orden fué trasmitida al señor Miguel Lazón, jefe de las guerrillas de Huanta. Además les mandé aviso a los jefes de las parroquias para que se alistasen a embestir al enemigo desde los cerros inmediatos.

Después de haber recibido todas estas órdenes, el inteligente y experto indiecito fué tocando en los lugares de tránsito y comunicando mis instrucciones a las personas a quienes eran dirigidas.

En efecto, cuando ya me encontraba a un día de distancia de Ayacucho, el doctor Alvarado esperaba mi llegada a la cabeza de 1000 morochucos. Yo había hecho el viaje desde Andahuaylas en seis días, a marchas forzadas. A mi aproximación, también salieron a recibirme los jefes de las parroquias inmediatas, cuyos guerrilleros estaban en los cerros coronando las alturas, y ofreciendo un espectáculo sugestivo, pues llamaban la atención con las notas ensordecedoras de sus cuernos de caza. Cuando llegué a la ciudad, ésta ya había sido evacuada por las fuerzas chilenas, que fueron hostilizadas en su viaje por los huantinos, dificultándoles el paso del río.

Al ingresar en la ciudad, me impuse de que el pueblo había atacado la casa del coronel Rocha, por haber sido muy frecuentada por los chilenos. Rocha había sido el proveedor del ejército invasor, y su conducta exasperó el ánimo del pueblo a tal punto que lo castigó matándolo y arrasando su casa.

Inmediatamente dicté las medidas más oportunas y sagaces para calmar los ánimos y evitar la repetición de tales trastornos.

Luego ordené que la columna ligera *Cáceres* partiera en seguimiento del enemigo, para si era posible alcanzarlo y atacar su retaguardia; pero esta orden no dió el resultado apetecido, porque las tropas chilenas se encontraban adelantadas por un día de marcha.

Digitized by Google

Poco después visité a la familia Sáenz, la señora Carlota y sus dos hijas, con la cual guardaba antiguos vínculos de amistad, y cuyo patriótico comportamiento era comentado favorablemente en el pueblo. Los jefes chilenos, conocedores de la hermosura de la señora Sáenz y de sus hijas, trataron a todo trance de conocerlas, y se valieron de un alemán, que servía a los chilenos como cirujano, pero la familia se negó a ello. Y como el alemán le dijera que si no recibía a Urriola, éste procedería por la fuerza, la señora le dijo que regresara al día siguiente para darle la respuesta. Cuando al siguiente día se presentó el alemán, encontró que la familia se había desfigurado horriblemente, cortándose los cabellos y rapándose las cejas. El alemán, sorprendido, encomió el patriotismo de esta familia, y se retiró a contar el suceso a Urriola, quien desistió de su propósito.

Marcha de Ayacucho al Centro. — Los chilenos desocupan definitivamente el departamento de Junín.

Después de haber dado algunos días de descanso a mis fatigadas tropas, que bastante lo necesitaban, y de haber conseguido algunas telas para uniformes, mediante el concurso e interés desplegado por el prefecto coronel Pedro José Ruíz, emprendí marcha hacia Junín, habiendo licenciado antes a los patriotas morochucos y demás guerrilleros, a quienes en ese acto les recordé el deber que tenían de pelear por la Patria, para lo cual debían estar listos al primer llamamiento. Asimismo les di las gracias al juez de la provincia, doctor Alvarado, y a los huantinos y a su jefe, por las dificultades que pusieron a los chilenos en su retirada, matándoles algunos hombres.

Digitized by Google

Seguí mi marcha sin novedad por Huancavelica y los pueblos del departamento de Junín, libres ya de las fuerzas chilenas de Urriola.

Mientras continuaba mi marcha, y en la tarea de acrecer mis fuerzas para renovar la campaña de la Resistencia, las proyecciones de la derrota de Huamachuco hacíanse sentir en el cuerpo de la Patria. Iglesias habíase trasladado a Lima, al amparo de las bayonetas chilenas, y el 20 de octubre firmaba el tratado de paz en Ancón.

Continué mi avance hasta Tarmatambo, e impuesto del funesto tratado, contramarché a Huancayo, donde establecí mi Cuartel General, dispuesto a continuar la lucha. Mis pensamientos volaban hacia Montero para persuadirle me diera el mando del Ejército del Sur.

Pero, ¡hado desgraciado!, en el trayecto recibí una nota del Contraalmirante, en la cual me comunicaba la defección del Ejército del Sur, al tener noticia de la celebración del tratado de Ancón, y su voluntario alejamiento de la República, a fin de que, en mi calidad de 2º Vicepresidente, me hiciera cargo del Gobierno provisional.

La verdad de lo ocurrido, como luego me enteré, fué la siguiente: Montero no hizo nada por oponer resistencia a las fuerzas expedicionarias del coronel Velásquez, cuando éste se acercó a Arequipa, y el Ejército del Sur se dispersó. Montero se dirigió a Bolivia. Con todo, se debe reconocer la entereza que demostró ante el chileno, rechazando sus condiciones de paz, las cuales ya habían sido también antes repulsadas por García Calderón.

Breve juicio sobre la batalla de Huamachuco y la Campaña de la Resistencia.

Con la batalla de Huamachuco culminó la porfiada campaña de la Resistencia al invasor, que veníamos sos-

Digitized by Google

teniendo hacía ya dos largos años. Esta batalla no sólo fué la más encarnizada de las que se libraron en la guerra del 79—83, sino también la más decisiva y de mayor trascendencia en el orden político. No sólo salvó el prestigio de las armas peruanas, sino que representó el esfuerzo supremo por salvar el honor del país e impedir que se firmara la paz en la forma unilateral que la preparaba el enemigo.

La batalla de Huamachuco, como hecho de armas, fué una derrota que hará siempre honor a los vencidos. Su encarnizamiento se explica por su carácter decisivo. De ella estaba pendiente el tratado de paz. Los planes políticos de Chile y la suerte del Perú estuvieron, pues, aunque no lo parezca, entregados por cinco horas a la suerte de las armas, en los campos de Huamachuco.

Nuestros historiadores no han dado todavía la importancia que merece a este hecho de armas; o si se la reconocieron, parece que no insisten en ella intencionalmente, por el temor, quizás, de abordar la realidad en toda su crudeza. Nos deben, pues, su estudio y veredicto imparcial sobre esta batalla y la campaña de la Resistencia emprendida a costa de tantos sacrificios.

Si en ella nos cupo tan mala suerte, no se debió en ningún modo a la presión férrea de las armas chilenas, sino que es imputable, más bien, al estado de desorganización y al caos en que se encontraba el país, y a la actuación de ciertos elementos altamente colocados, que no supieron mantener firme, hasta el último extremo, la voluntad de luchar y de vencer, y que, lejos de esto, coadyuvaron a la labor emprendida con inaudito refinamiento por el enemigo, dejando al ejército de la Resistencia, no sólo sin apoyo, sino restándole el que podían haberle proporcionado.

En el Sur, el ejército de Arequipa, fuerte de más de 4000 hombres, y sin haber prestado ningún servicio

Digitized by Google

a la Patria, depuso al fin las armas sin combatir. En el Norte, con excepción del coronel José Mercedes Puga, que mandaba una pequeña fracción de tropas sostenidas por él, se proclamó la paz a todo trance y se aceptaron de plano las precondiciones impuestas por el invasor. En la capital de la República, elementos pudientes que al principio deseaban la guerra, abominaban de la resistencia armada y sólo pensaban en poner a salvo sus personas y sus bienes.

Se ha dicho por muchos que la paz hubiera debido firmarse inmediatamente después de la batalla de Tacna. Esto habría echado un baldón eterno de cobardía sobre el Perú, pues ni hombres ni medios se habían agotado para continuar la lucha, y en tan vergonzosa y ruin capitulación, las condiciones de paz no hubieran sido mejores, puesto que se habría presentado el Perú postrado de hinojos ante el vencedor.

Tengo para mí la obsesión sincera de que, al encontrar la campaña de la Resistencia apoyo y decisión unánime por parte de todos los peruanos, el invasor habría moderado sus ambiciones. Y de esto tenía firme convencimiento el enemigo, pues la política y el mando chileno redoblaron sus esfuerzos, y por todos los medios buscaban la desorganización del país y la destrucción del Ejército de la Resistencia.

El mando chileno no estuvo feliz en sus expediciones militares a la Sierra, y más de una vez recibió golpes contundentes que lo hicieron vacilar. No estaban sus tropas preparadas para una guerra de montaña y de guerrillas, la cual iba desgastando y aminorando su energía, y hubiera terminado por llegar a negociar la paz en condiciones que no habrían sido las de Ancón.

El Ejército de la Resistencia no fué de ningún modo un ejército de montoneros, como lo declaró el chileno, sino un ejército regular, constituído de veteranos que habían combatido desde Tarapacá, organizado y disciplinado, consciente de su patriótica misión y encuadrado en

Digitized by Google

los sentimientos del honor y del deber. Los guerrilleros no fueron sino auxiliares eficaces de ese valiente ejército, y ni aun éstos han debido ser declarados fuera de las leyes internacionales, puesto que defendían su propio suelo. La conducta del mando chileno ordenando fusilar a los jefes y oficiales del Ejército de la Resistencia que tuvieron la desgracia de caer prisioneros, no tiene ninguna excusa. El mando chileno se manchó con esa infamia, y estoy seguro de que hoy sus compatriotas mismos repudian esa ignominia.

Réstame aquí dedicar mi cariñoso recuerdo a todos mis compañeros de esa memorable resistencia en defensa de la Patria, en la que culminaron tantas abnegaciones y virtudes, haciendo honor al Perú y dejando a las generaciones jóvenes ejemplos que imitar.

Ojalá que estas generaciones se compenetren de los múltiples ejemplos de patriotismo y valor en que abunda esa campaña, y consideren de cuánto eran capaces y cuánto hubieran podido alcanzar nuestros soldados si la desunión de los peruanos y la ninguna voluntad de sus dirigentes de proseguir la resistencia armada, no hubieran hecho desastrosa la crisis en aquellos trances terribles y decisivos.

Digitized by Google

Digitized by Google

GUERRA CIVIL

Digitized by Google

Digitized by Google

GUERRA CIVIL[1]

(Octubre de 1883 a Junio de 1886.)

Campaña constitucional.

La nota del contraalmirante Montero, de la cual hice ya mención anteriormente, comunicándome la disolución del Ejército del Sur y su alejamiento del país, púsome en una situación asaz difícil. Encontrábame solo y sin entrever ninguna perspectiva de auxilio para continuar la lucha contra el invasor desconociendo el tratado de Ancón. La Nación estaba en éxtasis como consecuencia de la mutilación que acababa de experimentar.

Al fin, tras una angustiosa pugna interior, me resolví a aceptar el pacto de Ancón, como un hecho consumado, pero no así al gobierno firmante, impuesto por Chile.

El gobierno del general Iglesias, en efecto, era repudiado por la mayor parte de los pueblos de la República. Al comienzo pudo ahogar por la fuerza las protestas aisladas que surgieron de diversos lugares, mas, pronto el grito hízose general, unánime e incontenible. Era el clamor de la Patria mutilada. Y todas las miradas dirigíanse hacia mí, lo cual echaba sobre mis hombros un nuevo y difícil deber, que no podía ni debía rehuir. Presentí el incendio de la guerra civil, aunque todavía tenía esperanzas de evitarla, si Iglesias abandonaba el poder atendiendo el manifiesto deseo de los pueblos.

(1) Con el tratado de Ancón, celebrado el 20 de octubre de 1883, termina la guerra con Chile. Sin embargo, publicamos el presente capítulo de las Memorias Militares del Mariscal Cáceres, por ser justamente la Guerra Civil consecuencia inmediata de aquel tratado.

Digitized by Google

Comisión de Armstrong.

En tales circunstancias recibí aviso de que el secretario del general Lynch, doctor Armstrong, venía a conferenciar conmigo, enviado por su jefe. Efectivamente llegó a Huancayo para instarme a que reconociera al gobierno del general Iglesias, ofreciéndome como recompensa toda clase de garantías. Mi respuesta la formulé en pocas palabras: no podía aceptar al gobierno de Iglesias, impuesto por las bayonetas chilenas; y, representando yo la opinión general del país, continuaría la lucha hasta conseguir que el Perú tuviera un gobierno elegido por la libre voluntad de los pueblos. Y agregé: «El gobierno chileno ha conseguido todo lo que ha querido; ahora debe retirar sus tropas para dejar libre al Perú, a no ser que pretenda dominarlo con la fuerza, lo cual no conseguirá, salvo el caso de que convierta al país en un cementerio, pues mientras me quede un hombre con su rejón, flameará en alguna puna el pabellón nacional, y continuaré luchando.»

El comisionado, doctor Armstrong, se despidió manifestándome su simpatía por mi decisión, no obstante los continuos desastres sufridos. Había llegado acompañado de un batallón, cuyo jefe, el comandante Gutiérrez, apodado el «Araucano», me dirigió una carta, diciéndome que tenía la misión de atacarme en caso de no aceptar la propuesta del doctor Armstrong; pero que él no dejaría de participarme su resolución, pues no atacaría de sorpresa a un jefe que honrosamente defendía a su patria. Le contesté que me agradaba tener como adversario a un jefe caballero y que, si llegaba el caso, podríamos batirnos con fuerzas iguales en campo abierto.

Terminada su misión el doctor Armstrong, se retiró con el batallón que lo escoltaba. El comandante Gutiérrez me escribió nuevamente y, como prueba de simpatía y de recuerdo, me envió su retrato con la sen-

Digitized by Google

cilla y sincera dedidacatoria siguiente: «A mi estimado enemigo.» Yo le contesté agradeciéndole su atención, y, como prueba de mi afecto, también le remití el mío.

Condiciones de avenimiento.

El plenipotenciario chileno don Jovino Novoa fué a participar a Iglesias el resultado de las conferencias llevadas a cabo entre el señor Armstrong y yo en Huancayo, y le recomendó un avenimiento, idea que al principio fué bien acogida.

El Consejo de Ministros autorizó al Ministro de Gobierno Ignacio de Osma para que entablara negociaciones conmigo, concediéndome toda clase de garantías. Así me lo manifestaba en la nota que me dirigió con tal objeto, a la que contesté en 19 de junio, proponiendo las siguientes condiciones como base de un arreglo:

1ª: Que el General Iglesias, en virtud de su pálabra empeñada a la Nación y en cumplimiento de los tratados concluídos por él mismo, hiciera que las tropas chilenas abandonaran en el acto el territorio peruano.

2ª: Que nombrase un nuevo Ministerio digno de la confianza de la Nación, pudiendo ser miembro de él D. Ignacio de Osma.

3ª: Que depusiese Iglesias el poder en manos del Ministerio.

4ª: Que el mismo Gabinete convocase a elecciones para Presidente, Vicepresidente y una Constituyente.

Una vez aceptadas, yo reconocería la autoridad del nuevo Gobierno.

Fundaba esas bases en que se había falsificado o coactado el sufragio popular; y era indispensable que a cargo del Gobierno de la República se hallasen personas independientes, cuya rectitud sirviera, durante la época eleccionaria, de garantía al libre voto de los ciudadanos.

Digitized by Google

Para facilitar los arreglos envié a Lima una comisión compuesta de los doctores Epifanio Serpa, Luís Carranza y coronel Guillermo Ferreyros.

Mas los esfuerzos de estos señores resultaron infructuosos, por haber declarado Iglesias, cediendo a las influencias de su círculo, que sólo depondría el mando en manos del sucesor que eligiera el pueblo, y que con tal objeto convocaría a elecciones, como convocó, para un congreso que restableciera el imperio de la Constitución de 1860.

Los comisionados regresaron a Huancayo, y el doctor Carranza provocó una reunión de jefes, a quienes enteró del fracaso de las negociaciones. Los jefes resolvieron mantenerse en armas hasta que yo, aclamado por ellos Presidente de la República, entregase pacíficamente el ejercicio del Poder Ejecutivo al Vicepresidente La Puerta, quien había sido derrocado en 1879 por el pronunciamiento a favor de Piérola, o sea al último mandatario legítimo a quien, según la Constitución, correspondía el poder, a fin de que convocase a elecciones generales.

Mi proclamación como Presidente de la República. — Aceptación del cargo. — Formación de un Gabinete. — Nuevos arreglos de avenimiento.

Hasta entonces había rechazado el cargo presidencial que anteriormente se me había ofrecido varias veces, y sólo había aceptado el de Jefe Superior del Centro actuando dentro de la esfera de mis atribuciones. Pero esta vez lo asumí como uno de los medios de prestigiar más la campaña emprendida y dar unidad al movimiento surgido en todo el ámbito de la República.

Digitized by Google

Acto seguido declaré mis propósitos por medio de un decreto que expedí el 16 julio de 1884, y organicé mi gabinete, nombrando ministros a los doctores Epifanio Serpa, Francisco Flores Chinarro, Luís Carranza, José M. García, y Andrés Menéndez.

Comenzando por Cajamarca y Trujillo, los departamentos del Norte desconocieron la autoridad «impuesta por los chilenos» y se declararon uno tras otro a favor de mi Gobierno. En los departamentos del Sur se produjo el mismo movimiento de dignidad nacional.

De esta manera quedó, pues, casi todo el país en poder del Partido Constitucional, organizado por entonces.

Poco después se resolvió que una comisión de este Partido y otra del Liberal, encabezada por el doctor José María Químper, conferenciaran con Iglesias para investigar sus propósitos en materia eleccionaria y procurar el restablecimiento del orden.

Estas comisiones consiguieron que el decreto de la convocatoria a elecciones para representantes se ampliase a toda la República y que, como garantía para la libertad del sufragio, propusiese yo un Ministro de Guerra en el Gobierno de Lima y a las personas que debían ser autoridades en el Centro y Sur de la República, pudiendo acantonar mis fuerzas, durante las elecciones, en uno de los departamentos, cuya designación se haría después.

Cuando los comisionados se dirigían a Matucana, adonde me había trasladado, para que me dieran a conocer el resultado de sus gestiones, salí a recibirlos hasta San Bartolomé. Declaré discutible la proposición y aplacé la respuesta hasta que llegaran de Tarma mis ministros.

Faltóme tiempo para darla. Impaciente Iglesias, hizo que me la reclamaran por telegrama, al cual respondí con otro, diciendo: «Espero llegada ministros, que tendrá lugar mañana, para contestar.»

Digitized by Google

Pero el círculo del Presidente impuesto había recuperado ya su influencia. Al imponerse Iglesias de mi telegrama manifestó al doctor Químper que las negociaciones habían terminado y le ordenó que saliera para el extranjero dentro de 24 horas.

Exigió, pues, el sometimiento incondicional como único recurso para la paz interna. Químper regresó para decirme que no quedaba más recurso que apelar a la fuerza.

Brusca ruptura de las hostilidades. — Mi primera entrada a Lima y su fracaso.

La exigencia de Iglesias llegó al colmo y desencadenó la guerra civil. Me trasladé a la quebrada de Matucana para atacar a las fuerzas del coronel Rosa Gil, que en número de 2000 hombres se hallaban situadas en Quiroz y Santa Clara, a pocos kilómetros de Lima. Pero antes debía atacar a las tropas organizadas en Canta por el traidor Manuel Encarnación Vento, el mismo que antes abandonara la quebrada de Huarochirí.

Con tal objeto envié al coronel Solís Rosas y dos batallones ligeros al mando del coronel Toledo Ocampo. Desgraciadamente no pudieron realizar con éxito su misión.

Fracasado mi plan en Canta, tuve que variarlo, retirándome de la quebrada y dejando solamente con algunos de mis ayudantes al capitán Manuel Bedoya, que tenía a su disposición una máquina del ferrocarril central, en la que, parapetados con fardos, hacían viajes y amagaban con mucha frecuencia a la división Rosa Gil, manteniéndola en constante alarma, mientras que yo, con el resto de mis tropas, avanzaba por Cieneguilla y Lurín hacia Pampa Grande y Pampa Chica. De Lurin mandé al coronel Zamudio para que trajera a

Digitized by Google

la columna de Cañete de los hermanos Zapata, poniéndose de acuerdo con el jefe de la provincia, que los había organizado.

En el estrecho valle que de Manchay conduce a Lurín se me unieron las fuerzas organizadas en Ica y Cañete, cuyo efectivo llegaba a 600 hombres.

El coronel Manuel Vargas también vino a unírseme con una pequeña columna de 100 hombres del pueblo de Pampas. Tenía, además, el ofrecimiento que me hizo el coronel Recavarren, de ayudarme con el concurso de jóvenes entusiastas que obedecían las órdenes del capitán de navío Sánchez Lagomarsino en el Callao.

Contando, pues, con los ofrecimientos de estos jefes, preparé el ataque de sorpresa a Lima; y para que en el Callao tuviera conocimiento de mi proyecto el citado capitán Sánchez Lagomarsino, mandé al comandante La Combe acompañado de mi ayudante capitán José Mercedes Castañeda y varios amigos entusiastas.

Pero como la noche sorprendiera a La Combe en el camino, debido a que se extravió por causa de inexpertos guías, acampó en la otra banda del río Rímac, en las inmediaciones de una hacienda, en lugar de continuar su marcha durante toda la noche para amanecer en el Callao.

El hacendado denunció ante el Gobierno a la comisión que se había alojado clandestinamente en su hacienda. Inmediatamente destacó el Gobierno un piquete de caballería, que después de un tiroteo dispersó a mis emisarios en la misma noche que se proyectaba la sorpresa, resultando muerto el capitán Castañeda.

Sin conocer yo ese fatal resultado, ataqué Lima, al amanecer del 27, con las pocas fuerzas de que disponía: los 200 hombres de la columna *Junín* que se apoderaron de la torre de la catedral, y el coronel Vargas con sus 100 hombres que se situaron en los portales de la Plaza de Armas y atacaron el Palacio de Gobierno;

Digitized by Google

y los de Cañete por distintas bocacalles. Mi ayudante, el capitán José Miguel Pérez, que contaba con el auxilio de la columna de Gendarmes de su tío, quien la mandaba, fué muerto por su valor y confianza en este ataque.

Yo aguardaba el auxilio de Recavarren; pero, habiéndole faltado los hombres con que contó para la empresa, se me presentó solo, en momentos en que hacía los mayores esfuerzos en el ataque al Palacio.

Así se sostuvo el ataque hasta las doce del día, en que se presentó en Lima el coronel Rosa Gil con toda su división. En vista de la inutilidad de nuestros esfuerzos, de la llegada de fuerzas superiores y la inactividad del pueblo, ordené la retirada que se convirtió en dispersión. Acompañado de algunos jefes, mis ayudantes y soldados, que en número de treinta me seguían, salí de la capital.

El mismo día llegué a la hacienda de don Vicente Silva, en Lurín, donde pasé la noche tendido en una hamaca. Allí fueron llegando los restos de la columna de Cañete, que fué la última que salió de Lima.

Mi amigo Silva me atendió espléndidamente, pero estaba nervioso ante el inminente peligro que corría yo de caer en manos de mis perseguidores. Le calmé diciéndole: «No hay peligro, amigo Silva; Iglesias no sabe por dónde voy, ni cuáles son las fuerzas con que cuento. Ahora sólo piensa en celebrar su victoria. Déjeme dormir, pero sólo hasta las dos de la mañana.»

A media noche, un ayudante, que había oído disparos en el camino, vino a la hamaca para despertarme y prevenirme, temiendo que fuesen las fuerzas del Gobierno que me perseguían.

«No, son nuestros, díjele, tiene Ud. en los oídos el toque a arrebato de las campanas de Lima.»

No me equivocaba. Eran jinetes con sus jefes, los Zapata, de la gente de Zamudio, con quienes aumentó a ciento y tantos el número de mi comitiva, con la que

Digitized by Google

seguí mi marcha a las dos de la mañana del 28. En Cañete la disolví, previniéndoles a todos que guardaran sus armas y estuvieran listos para el día de mi regreso.

De Cañete a Pisco.

Sin ningún contratiempo en el camino, llegué a Pisco, siendo recibido por mis amigos Ismael y Juan de Dios de la Quintana, Isidoro Elías, Alonso del Valle y otras personas, que me agasajaron en tal forma que la cena sencilla que me ofrecieron, tomó el aspecto de un banquete. La tertulia que improvisamos después, fué muy amena, y en animosa charla relaté todos los fracasos y peripecias que había sufrido para llevar a cabo el proyecto del ataque de sorpresa a Lima, participándoles al mismo tiempo mi viaje a Arequipa por Ica y Ayacucho.

Efectivamente, conforme a mis deseos, preparáronme la marcha. Mas en momentos en que el tren estaba listo en la estación con los caballos ya embarcados para partir a Ica, apareció en el puerto un buque de guerra.

En los primeros momentos creímos que el buque llegaba del Sur, suponiendo que en él viajara el coronel Canevaro con tropas que había organizado en Arequipa; pero tal presunción no convencía a mis amigos, quienes más bien creían que el buque llegaba, procedente del Callao, en mi persecución. En ese instante de confusión, el señor Juan de Dios de la Quintana sugirió la idea de embarcarse con el capitán del puerto en el bote de la capitanía, para dirigirse a bordo y averiguar cuál era el objeto de la presencia del buque en el puerto. Así lo hizo; pero, al acercarse al buque, salió una embarcación en su encuentro y los apresó llevándolos a bordo. El barco venía, pues, en mi persecución.

Luego, el doctor del Valle advirtió que la aparición del buque como llegado del Sur, era porque pasó sin ser observado hasta la caleta meridional del puerto con el objeto, probablemente, de desembarcar algún piquete

Digitized by Google

de caballería, para impedirme el paso para Ica. La suposición del doctor del Valle era muy acertada, y demostraba que esa maniobra obedecía a un bien concebido ardid, por lo cual ordené inmediatamente que desembarcaran los caballos.

Efectivamente, Iglesias había mandado dos expediciones para someter los departamentos que se negaban a reconocer su autoridad, encomendando una de ellas al coronel Juan Martín Echenique, y otra al coronel Pedro Mas, la cual el 31 de julio echó anclas en Pisco, es decir, al siguiente día al que yo y mis ayudantes llegamos a dicho puerto.

Yo quise impedir el desembarco de esta fuerza con los gendarmes de la ciudad; pero mis amigos se opusieron a tal propósito, porque iba a comprometer a la población y a mi amigo, el señor de la Quintana, que ya estaba preso a bordo en el buque de guerra.

El doctor del Valle me aconsejó ser prudente y que continuara mi marcha hacia Arequipa, ofreciéndose a guiarme por entre los viñedos.

Hacia el medio día abandonamos el puesto yo, mis ayudantes y el doctor del Valle, quien guiaba nuestra marcha, llegando a pernoctar en una hacienda que era administrada por un italiano, cuyo nombre siento no recordar, quien, al saber que yo le solicitaba hospedaje, se deshizo en manifestaciones de aprecio, improvisando una confortable cena.

El doctor del Valle dijo al italiano que me proporcionara un caballo, porque el mío ya estaba muy cansado. Esta insinuación fué bastante para que el italiano le llevara inmediatamente al interior de su casa y le mostrara un caballo que tenía escondido en su propio dormitorio, diciéndole que ofrecía este caballo de toda su estimación con el mayor gusto y voluntad, porque «estaba orgulloso de podérselo obsequiar al general Cáceres». El mismo lo ensilló cuidadosamente, abrazó al caballo en señal de despedida y le vació una copa de

Digitized by Google

aguardiente de Pisco en la cabeza hablándole a la oreja, como a una persona, que iba a tener la dicha de ser montado por el «hombre más patriota del Perú». Tales palabras tan sinceramente vertidas, tocáronme sensiblemente. Despedíme de mi improvisado amigo con un fuerte abrazo, ofreciéndole mis servicios cuando nos viéramos en Lima.

Abandonamos la hacienda muy temprano, después de haber tomado un caldillo de huevos, una taza de té y sendas copas de aguardiente de uva.

Al medio día me encontraba en pleno camino real, donde me dejó mi amigo del Valle, de quien me despedí abrazándole cariñosamente y agradeciéndole los cuidados y atenciones que me había prodigado.

De Pisco a Ayacucho y Arequipa. — Recibimiento que se me hizo en esta última ciudad.

Tomado que hube el camino de Ayacucho, continué mi viaje sin obstáculo alguno hasta dicha ciudad, mi tierra natal, donde fuí recibido con entusiasmo por mis amigos y el pueblo, que me rodeó en masa y me obligó a dar una vuelta a la plaza de armas en medio de las más cálidas ovaciones.

Permanecí un día en Ayacucho, en medio del afecto de mis parientes y amigos, y lancé una proclama a la Nación, en la que manifestaba mi firme propósito de continuar la campaña emprendida hasta dar fin con el gobierno impuesto en Lima, para en seguida echar las bases de la reorganización nacional, fundándola en el respeto a la Constitución y a las leyes.

Al siguiente día, 7 de septiembre, dejé la ciudad de Ayacucho y emprendí mi marcha hacia Apurímac, en donde pensaba permanecer algunos días para dirigirme después al Cuzco, donde por indicaciones del coronel

Digitized by Google

José Rosendo Samanés se habían organizado algunas tropas sobre la base de una pequeña columna mandada por el coronel Morales Bermúdez.

Mientras yo hacía mi viaje, este último había avanzado hacia Arequipa para ponerse de acuerdo con el capitán de navío Andrés Freyre, jefe de un pequeño batallón, de guarnición en esa ciudad. Cuando Morales Bermúdez estuvo cerca de Arequipa, Freyre se sometió a mi autoridad y el prefecto Osma abandonó la ciudad.

También el coronel Canevaro, que se encontraba en Bolivia, desembarcó en Puno, reunió tropas y ocupó poco después Arequipa, ya pronunciada en mi favor.

Dirigíme entonces a la ciudad del Misti, cuyos habitantes me esperaban ansiosamente. El 1º de octubre hice mi entrada en medio del más grande entusiasmo popular. Los principales vecinos, encabezados por el alcalde señor Ballón, me recibieron en la estación del ferrocarril, y desde allí fuí conducido en hombros hasta la plaza principal en medio de delirantes ovaciones.

Las familias, desde las puertas y ventanas de sus casas, me aplaudían y me arrojaban ramilletes de flores. Al llegar al atrio de la catedral, pusiéronme bajo palio.

Entre los muchos obsequios que recibí este día, recuerdo el de la viuda del mariscal San Román, la cual me envió la banda y faja de su finado esposo. Los artesanos de la ciudad me honraron con una corona de laurel, trabajada en plata con hojas de oro, y una medalla de este último metal con el escudo de la República.

Después de la recepción, me alojé en el domicilio particular de la familia del distinguido ciudadano Luis Mesa, donde fuí agasajado con un gran banquete.

Organización de un nuevo ejército en Arequipa.

Terminados los agasajos y manifestaciones de aprecio que me tributaron la sociedad y el pueblo arequipe-

Digitized by Google

ños, me dediqué a armar tropas aprovechando el entusiasmo de la población.

La primera persona que secundó mis esfuerzos fué el doctor Morales Alpaca, quien comenzó a construir cañones en la maestranza del ferrocarril, utilizando el material malogrado e inservible y, en especial, los ejes de los carros. Terminada su paciente labor, el doctor Morales Alpaca me hizo entrega de los cañones que llevaron su nombre.

En Arequipa encontré funcionando al Partido Constitucional, recientemente organizado en defensa de la Constitución, cuyo restablecimiento exigía la campaña contra el gobierno de Lima. Designé al prestigioso capitán de navío Manuel E. Villavicencio para que presidiera el comité que en dicha capital debía secundar mis esfuerzos.

En esta ciudad se hallaba de paso para La Paz el ministro americano Mr. Gibbs, quien, de acuerdo con su colega en Lima, Mr. Phelps, me propuso un avenimiento en pro de la pacificación de la República. Acogí gustoso su iniciativa y designé para que discutiesen las bases al coronel Canevaro, al doctor Chinarro y a don Francisco Ballón. Los comisionados se embarcaron en la corbeta *Shenandoah*, puesta a mi disposición por aquellos diplomáticos. Pero Mr. Phelps y el ministro argentino Villegas sólo habían conseguido como resultado de sus gestiones en Lima el ofrecimiento de un decreto de amnistía y, de una manera privada, el de una plenipotencia para mí en Europa.

Cuando supe la propuesta, tuve verdadera indignación. No obstante, con la esperanza de llegar a una solución satisfactoria, ordené que zarpara la corbeta llevando a los comisionados al Callao; pero no se les permitió desembarcar. Sin escucharles, continuaba Iglesias exigiendo mi incondicional sometimiento a su autoridad.

Digitized by Google

Mientras que por un lado, con todo entusiasmo, me proporcionaban en Arequipa material bélico, por mi parte atendía a la organización del ejército y a la administración general de ese departamento. Confirmé el nombramiento de prefecto del coronel Manuel San Román; nombré comandante general al coronel Remigio Morales Bermúdez, y Jefe del Estado Mayor al coronel Francisco Luna. Para la formación del ejército sirvió de base el batallón que fué entregado por el comandante Freyre, y con los voluntarios que se presentaban y los conscriptos que llegaban enviados por las autoridades de las provincias, merced al infatigable esfuerzo del prefecto San Román, bien pronto pude formar dos batallones, aunque escasos de armamento. Para conseguirlo, me dirigí al presidente de Bolivia, general Narcizo Campero, amigo mío, solicitándole la devolución de los 2000 rifles que el Perú había prestado a esa nación.

No tardó la respuesta del general Campero, enviándome los 2000 fusiles con sus respectivas dotaciones de munición.

Con la llegada de dicho armamento y el ingreso de nuevos voluntarios, aumentó rápidamente el efectivo del Ejército a 2000 hombres que activamente preparaban su instrucción militar.

Para atender a la manutención de la tropa, el Prefecto apelaba a los vecinos acomodados y comerciantes de la ciudad, que generosamente contribuían con todo lo que se les solicitaba.

El Jefe del Estado Mayor, coronel Luna, se encargó de dar composición a los batallones, así como del aprovisionamiento de las tropas. Dispuso que las menudencias, cueros y cabezas del ganado degollado para la tropa, se vendieran en el mercado con el objeto de utilizar su producto para otros menesteres. Dispuso asimismo que parte de los cueros se emplease en el atalaje de las mulas y para confeccionar correas para las

Digitized by Google

mochilas de la tropa. Con el concurso de tan activo, escrupuloso y económico jefe, la preparación del ejército continuaba con toda actividad.

Las mulas para cargar la artillería fueron enviadas desde Moquegua por el prefecto de esa provincia, capitán de navío Sánchez Lagomarcino.

Una vez terminada la organización, la infantería bien armada y provista de su correspondiente equipo, la artillería con sus cañones y dotación completa de municiones, y la brigada bien aperada, ordené una formación del ejército en traje de campaña con el fin de revistarlo.

La formación fué de lo más correcta. El pueblo, que no permanecía indiferente a los toques marciales, al ver desfilar a las tropas por las calles de la ciudad, acudió también al lugar de la parada para verla, quedando admirado de su estado de adiestramiento, lo cual demostraba el esfuerzo, entusiasmo y actividad de todos los que me secundaron; no pudiendo comprender cómo en tan poco tiempo (cinco meses) de mi permanencia en esa ciudad había podido presentar un ejército con todos sus servicios auxiliares y en ese pie.

Terminada la revista, la tropa regresó a sus cuarteles seguida por el pueblo que la ovacionaba a su paso.

Digitized by Google

El Ejército de Arequipa se mueve hacia los departamentos del Centro.

Listo el ejército, era llegado el momento de recomenzar la campaña. Preparé mi marcha para el Centro, y en los últimos días del mes de abril ordené la salida de la primera división, al mando del coronel Remigio Morales Bermúdez, quien también llevaba a su cargo parte de la artillería.

Días después partí con el resto del ejército hacia Andahuaylas, donde di un nuevo descanso a la tropa, terminado el cual partimos con dirección a Ayacucho.

En esta ciudad fuí recibido con el mismo entusiasmo que la vez pasada, permaneciendo varios días, los cuales fueron utilizados para prevenir a los otros departamentos mi próxima marcha a Huancavelica y Junín, con objeto de que los habitantes preparan la defensa en Huancayo, Acostambo, Pasos, Moquinhuayo, Tongos y demás pueblos entusiastas por la causa constitucional.

De Ayacucho me trasladé a Huancavelica, donde permanecí pocos días. En este lugar recibí la visita de *San Miguel,* santo patrón del pueblo. Hallábame en casa del doctor Serpa cuando oí música y cohetes en la calle. Pregunté a qué obedecía semejante algarabía y me respondieron que era *San Miguel* que venía a visitarme. En efecto, conducido en una anda adornada con paños rojos y blancos, los colores de nuestra bandera, llegó el santo, vestido con uniforme militar y sombrero de picos con plumas, la espada en la diestra. Como *San Miguel* era mudo, el mayordomo de la fiesta habló por él y díjome que «venía a visitarme para ofrecerme su ayuda en la obra patriótica en que estaba empeñado, a fin de que saliera triunfante».

Pasados algunos días continué la marcha, dejando una división en esta ciudad. Llegué al pueblo de Zapa-

Digitized by Google

llanga, donde me avisó un amigo de confianza, que el batallón iglesista que quedaba en Huancayo, estaba a punto de emprender la retirada. Entonces mandé al coronel Zamudio para que se aproximara al pueblo tomando toda clase de precauciones. Encontró al batallón dispuesto a la defensa. Pero el coronel Zamudio no pudo contener sus impulsos, precipitó el ataque que le resultó sin suceso, perdiendo más de la mitad de su batallón y haciendo fracasar el proyecto del ataque nocturno. Como no era posible comprometer el resto de la tropa, me pareció conveniente retirarme a Izcuchaca para esperar el resto de las tropas que, a órdenes del coronel Morales Bermúdez, había partido ya de Huancavelica.

El coronel Pedro Mas, jefe de las fuerzas de Iglesias, creyó que mi retirada se debía a una completa derrota y avanzó en mi persecución; pero en Izcuchaca fue detenido por los guerrilleros del cura Cárdenas, quien lo atacó, y después de un violento combate lo obligó a retroceder. En este combate, en el cual aquel sacerdote fué víctima de su arrojo, operó por primera vez la artillería de Morales Alpaca, haciendo certeros disparos que ocasionaron considerables bajas a las tropas iglesistas.

Yo avancé al pueblo de Conaica y seguí al de Moya—que fué el campamento del mariscal Castilla en 1854—, donde se me unió el coronel Morales Bermúdez. Entonces contramarché a Huancayo, y establecí mi Cuartel General en este lugar. Aquí se me unió el entusiasta y patriota ciudadano don Miguel Lazón, al frente de un buen número de guerrilleros que había traido desde Huanta marchando a retaguardia del ejército. También se unieron las guerrillas de los pueblos de Tongos, Pasos, Acostambo y Nauinpuquio. De Arequipa llegó el general Bustamente, a quien nombré Comandante general del Ejército Constitucional; el jefe del Estado Mayor, coronel Francisco Luna,

Digitized by Google

quedó de prefecto en el departamento del Cuzco, y en su reemplazo, accidentalmente, venía desempeñando el cargo el coronel Antaya, quien a la vez mandaba una división.

Después de algunos días de permanencia en Huancayo, avancé sobre Jauja, donde se encontraba la división del coronel Mas.

En el pueblo de Ataura existía una pequeña fuerza contraria y mandé allí al señor Lazón con sus guerrillas para que practicara un reconocimiento. La pequeña guarnición iglesista de Ataura fue batida por los guerrilleros de Lazón y el pueblo ocupado por éstos.

Como consecuencia de este hecho, esperaba que el coronel Mas saliera a mi encuentro, pero lejos de esto, no tomó actitud agresiva alguna y me mandó anunciar que estaba próxima a llegar una comisión enviada de Lima para conferenciar conmigo, proponiéndome al mismo tiempo la celebración de un armisticio. Le contesté que estaba pronto a recibir a los comisionados y convine en el armisticio que se pactó el 17 de junio.

Fracaso de la conferencia celebrada en Jauja en casa del Arzobispo de Bérito. — Otras conferencias.

Por insinúación del coronel Mas, quien hizo telegramas a su gobierno aconsejando arreglos conciliatorios, Iglesias nombró a su ministro, el doctor Manuel Tovar, con amplias facultades para que tratara conmigo.

El doctor Tovar y su secretario, doctor Andrés A. Aramburú, llegaron a Jauja, donde se encontraban las tropas del coronel Mas, pero no se me comunicó su llegada a la ciudad ni sus intenciones, lo cual me movió

Digitized by Google

a invitar a Mas para que entrase en arreglos directos conmigo. Pero habiéndose excusado, declaré fenecido el armisticio y le concedí 24 horas para que me hiciera propuestas.

Terminado el plazo, al día siguiente moví mis avanzadas y tomé las posiciones de Masma y Pomate a viva fuerza.

Fué entonces cuando el ministro doctor Tovar se apresuró a iniciar la entrevista, anunciándome su presencia y pidiéndome le señalara día y lugar para llevarla cabo.

Escogí la casa del Arzobispo de Bérito, situada cerca de Jauja, y nombré como delegados míos a los doctores Flores Chinarro, Dianderas, García e Hildebrando Fuentes, que era el secretario. El delegado iglesista mandó por su parte al doctor Aramburú y al capitán de navío Carrillo. Los comisionados no pudieron llegar a un acuerdo satisfactorio, y el doctor Tovar pidió hablar personalmente conmigo, lo cual acepté.

Con suave y fácil palabra, este sacerdote trató de explicarme los móviles que impulsaron a Iglesias a la aceptación de la paz; sostuvo que su autoridad provenía del pueblo agradecido e insistió en que la existencia del gobierno de Lima era un hecho consumado, al que nadie pondría término violento, porque, entre otras cosas, lo apoyaba un bien armado ejército. Concluyó por último ofreciéndome halagadoras ventajas personales.

«Nada quiero para mí ni para los míos — le contesté —, lo que exigimos es el bien de la República.» Luego añadí: «Iglesias fué impuesto por la astucia y las bayonetas chilenas; no continúa en el poder como personero de los pueblos, puesto que éstos desconocen su autoridad, y sólo impera en las ciudades ocupadas militarmente.»

Finalmente, ya exaltado ante tantas pretensiones y recalcos del sacerdote, díjele: «Extraño que quien debe

Digitized by Google

traer el olivo de la paz, venga a enconarme imponiéndome un sometimiento que contraría la voluntad del país. La presidencia de Iglesias es la expresión de la voluntad de Chile. Eso es deshonroso para el Perú, que debe y quiere elegir a su mandatario.»

En una nueva conferencia volvióse a insistir en que reconociera a Iglesias, lo cual volví a rechazar indignado.

Fracasadas así las negociaciones, mandé notificar a Mas la terminación del armisticio, lo que ocasionó su rétirada hacia la Oroya.

Renováronse entonces en Lima las hostilidades contra todos los que no simpatizaban con el gobierno de Iglesias, y muchos de ellos fueron deportados.

Otros se decidieron a prestar más activo concurso a la causa nacional y se trasladaron a mi campamento, contándose entre ellos al doctor Pedro Alejandrino del Solar, que procedía de acuerdo con el *Comité cacerista limeño,* y a quien nombré ministro de guerra.

Sin pérdida de tiempo hice avanzar un destacamento de exploración hasta Chosica y en seguida el grueso del ejército a las órdenes del coronel Morales Bermúdez.

Después de un pequeño fracaso de las fuerzas iglesistas en Canta, se acordó en Lima tomar la ofensiva contra mí. Para el efecto se envió una división de 4000 hombres, compuesta de 5 batallones, 1 escuadrón, 6 piezas de artillería y 4 ametralladoras. Esta división salió de Lima el 28 de septiembre a órdenes del coronel Relayze, quien había sido encargado del mando por muerte del coronel Lorenzo Iglesias.

Relayze avanzó con sus fuerzas hasta Chicla, término del ferrocarril central, para estar al habla con la capital y asegurar la retaguardia. Efectuó la marcha con mil dificultades, fatigando inútilmente a sus tropas. En Chicla estuvo indeciso sobre el camino que debía seguir para cortarme el paso, y por fin avanzó con

Digitized by Google

sus fuerzas divididas en dos columnas, la primera por Morococha y la segunda por Yauli. En seguida se dedicó a reconstruir el puente de la Oroya que había sido destruido por mis tropas.

Combate de Huaripampa. — Marcha de flanco. — Hacia Lima.

(Croquis núm. 23.)

Mientras las tropas iglesistas avanzaban y se detenían en la Oroya para componer el puente destruido, yo me encontraba con las mías en Jauja, adonde me había retirado con el doble objeto de reorganizarlas y atraer hacia el interior a las fuerzas contrarias.

Efectivamente, después de reconstruir el puente, Relayze avanzó hacia Jauja por el camino de Cachicachi.

Siendo mi objeto principal apoderarme de Lima, concebí la idea de burlar a Relayze y avanzar a marchas forzadas a la capital que se encontraba desguarnecida.

Inmediatamente ordené al coronel Somocursio, jefe del Estado Mayor, que dispusiera la traslación del parque y de la artillería al pueblo de Huaripampa, al otro lado del río Mantaro, así como también el resto de las tropas.

Mandé preparar un combate simulado y dilatorio, ordenando al coronel Borgoño que en la parte alta de la población de Jauja, por donde venía el enemigo, desplegara un batallón en guerrillas, y que trás una resistencia simulada se retirase a Concepción, y pasara en seguida el puente para unírseme en Huaripampa.

Estas mismas instrucciones dílas también al coronel Pacheco Céspedes (el «Cubano»), para que a su vez ejecutara un combate demostrativo con la pequeña fuerza

Digitized by Google

a sus órdenes, constituida por una columna de voluntarios montados que se hallaba en la parte baja del pueblo aparentando que cuidaba el puente, debiendo arrancar, después de una ligera resistencia, por la ruta de Concepción y, pasado el puente, destruirlo con la gente que allí se tenía preparada para ese objeto.

El 14 de noviembre, después de pasar la revista de presencia, desfiló el parque y la artillería a las seis de la mañana con dirección al puente de Huaripampa, el que debían pasar por la noche a fin de no dificultar el pasaje de la infantería al día siguiente.

Pero resultó que el puente estaba malogrado, amenazando caerse al río con el peso de los cañones y de la tropa, la que, a pesar del peligro y haciendo grandes esfuerzos, consiguió pasar a la otra orilla una de las piezas. Mandé que el comandante Ernesto de La Combe con la sección de ingenieros se constituyera en el puente para repararlo, lo que se hizo trabajando toda la noche no obstante la oscuridad y logrando dejarlo expedito a las siete de la mañana del día siguiente, 15, en que comenzó el ejército a trasladarse a Huaripampa.

El puente era de mimbre y estaba suspendido por seis cadenas de fierro rieladas entre sí, de las cuales dos estaban rotas.

Al mediodía la división Relayze rompió sus fuegos contra las tropas encargadas de hacer la resistencia, en momentos en que hacía volar el puente después de que el ejército había ya pasado a la otra banda.

Como las tropas de Lima hicieran fuego contra nosotros, ordené colocar dos cañones en la parte alta del cerro de Santa Rosa, para contestarles y entretenerlas.

Conforme a mis instrucciones, las tropas dejadas en Jauja, encargadas de simular la resistencia, después de haber sostenido ligeros tiroteos, se replegaron y

Digitized by Google

luego emprendieron la marcha retrógrada hacia Concepción y recorrieron cinco leguas para pasar el Mantaro por una parte en que se encontraba un puente en buenas condiciones.

Entre tanto, los iglesistas se creyeron victoriosos, por haber capturado unos cuantos rezagados y, siguiendo la ruta de Huancayo, fueron a festejar su supuesta victoria en esta ciudad.

Noticiado minuciosamente de estos detalles, resolví quedarme esa noche en Huaripampa, y al día siguiente me trasladé a Mito, que está frente a Concepción, siguiendo la derecha del Mantaro y pasando por los pueblos de Moquiyauyo, Cincos, etc.

El ejército se encontraba sin vestuario y sin calzado. Con grandes esfuerzos pude conseguir treinta burros, en los que montaron igual número de enfermos, que al cuidado del coronel Delgado dispuse emprendieran marcha en dirección a Izcuchaca y Huancavelica. Al mismo tiempo ordené al Prefecto de ese departamento, por telégrafo, que consiguiera algunas reses e hiciera preparar rancho para mi ejército, que debía llegar al día siguiente a Izcuchaca.

Relayze y sus tropas, que se hallaban en la orilla opuesta vieron pasar a los enfermos montados y a varios hombres de pueblo, que en el interior siempre acompañan a las tropas, y creyendo que era yo que me retiraba, hizo un telegrama a Iglesias participándole mi derrota y fuga, seguido apenas por unos cuantos maltrechos soldados.

Este día, dedicado al descanso de la tropa, lo aprovecharon los soldados para acabar de destruir los puentes que habían sobre el Mantaro hasta la altura de Concepción, después de lo cual tomaron un regular rancho preparado generosamente por el pueblo de Mito.

Esta misma tarde recibí una carta de los señores Flores Chinarro, Meléndez, García, Gordillo y de mi

Digitized by Google

secretario La Puente, que formaban mi ministerio, en la cual hacían formal renuncia de las carteras que tenían encomedadas, por estar cansados de la larga campaña que sosteníamos, y cuyo término veían muy lejano todavía.

Esta carta se la entregué al doctor Pedro A. del Solar para que la leyera, y a la vez le manifesté mi firme resolución de continuar luchando, y le dije: «Si Ud. participa de las mismas ideas que sus compañeros, queda en completa libertad para seguir su ejemplo. A mí no me hacen falta los ministros, porque me bastan los buenos jefes y soldados.»

El doctor del Solar me contestó: «Yo he salido de Lima para acompañarlo y no me separaré de su lado hasta que no termine nuestra misión, cumpliendo con el mandato de los pueblos.»

La respuesta del doctor Solar me halagó a tal punto que, inspirándome confianza, le revelé el plan que tenía resuelto poner en práctica, el cual era el siguiente: *Emprender la marcha a la Oroya por las punas, para acortar distancias y no ser visto; caer de sorpresa sobre Lima, que seguramente se hallaba desguarnecida, porque una división del Gobierno se encontraba en Ica, a órdenes del coronel Echenique, y la otra era la de Relayze, que ya la estaba dejando burlada en Junín.*»

El doctor Solar entusiasmóse, pero conceptuó mi propósito muy atrevido, replicándole yo entonces que el caudillo no es calculador, sino hombre de acción, y sin más pérdida de tiempo dí la orden de movimiento para el día siguiente.

Dispuse que el coronel Guerra, al mando de cincuenta hombres bien armados y montados, se quedara cuidando los puentes destruídos, para impedir que el enemigo los reparase y pudiera pasar a la banda opuesta en mi persecución; debiendo permanecer en

Digitized by Google

esta actitud por espacio de 6 o 7 días hasta que recibiera mi aviso, para unírseme en las puertas de Lima. Al recibir el coronel mis instrucciones, se quedó perplejo; entonces díjele: «Coronel: Espero que sabrá cumplir su cometido como buen amigo mío y leal servidor de la Nación.»

Mientras que yo tenía todo dispuesto para realizar la marcha, Relayze escribía a Lima: «El triunfo no puede ser más completo; actualmente trato de recoger la artillería y otros trofeos de guerra que han quedado abandonados en la orilla opuesta, tan pronto como se haya terminado la compostura del puente que ya se ha principiado. El jefe revolucionario huye despavorido, acompañado únicamente de unos cuantos de sus partidarios, probablemente a la buena ventura, convencido de su locura de querer combatir contra los amantes de la Patria y defensores del orden.»

El día 19 nos trasladamos a Chupaca para comenzar la estupenda marcha a Lima, la cual, sea dicho en verdad, resultaba empresa temeraria, dado lo fragoso de esa ruta y vistas las dificultades sin cuento que en esa época del año presenta la inhospitalaria cordillera con sus tempestades de rayos y nieve.

La población de Chupaca dista tres leguas de Mito y está frente a Huancayo; la distancia de estos dos últimos puntos es, cuando más, de dos leguas.

El mismo día 19 partí de Chupaca acompañado de dos buenos guías, tomando las alturas con dirección a Izcuchaca aparentemente en retirada; pero realmente salíamos sobre Lima, por las punas del Consac costeando la cordillera del Tragadero y Taptapa. La marcha tenía que ser penosísima; así lo comprendí, pues era necesario ascender una cuesta de más de seis leguas, a pesar del mal estado de las tropas.

Después de tres horas de caminar en el continuo ascenso de la cuesta, noté que mis soldados estaban

Digitized by Google

completamente rendidos, por lo cual mandé hacer alto para que descansaran. Para probar su anímo y fuerza moral, le dije al doctor Solar, que marchaba a mi lado: «Quiero ver, a pesar del cansancio, qué manifiestan mis soldados.» Y dirigiéndome a ellos, díjeles: «¡Muchachos! ¡Los veo flojos para caminar!» Ellos me respondieron: «No, Taita, estamos algo cansados.» Luego, para convencerme, les pregunté: «¿Quieren marchar en retirada para Huancavelica, o quieren ir a Lima?» Entonces todos me contestaron a una sola voz: «¡A Lima, a Lima!

Pasada media hora de descanso, ordené que se continuara la ascensión de la cuesta. Todos a mi voz, como un solo hombre, se levantaron animosos para continuar la ruta.

En plena marcha, a las tres de la tarde, fuímos sorprendidos en esa inhospitalaria cordillera por una furiosa tempestad de rayos, truenos, relámpagos y nieve, que obscureció por completo el día, y nos obligó a detenernos. En esa difícil situación nos tomó la noche, y por consiguiente quedamos abandonados en la intemperie y a obscuras. El doctor Solar y yo, perdidos por habernos adelantado a buscar algún caserío o hacienda para acampar por esos caminos pedregosos y llenos de pantanos, no sabíamos que dirección tomar, porque nuestros guías estaban también perdidos en la lobreguez de la noche.

Mientras buscábamos el camino, crugía la tempestad. Atormentado, más que por el mío, por el sufrimiento de mis tropas, y en vista de que no encontrábamos el camino, despaché a mis ayudantes donde el Jefe de Estado Mayor, para ordenarle que los batallones acamparan en el sitio en que habían sido sorprendidos por la tempestad y la noche.

Esperaba ansioso la vuelta de los guías que había despachado en distintas direcciones, cuando por fin

Digitized by Google

cesó la tempestad y, al despejarse la atmósfera, apareció la luna con sus claros rayos, alumbrando esa región desierta. Con la claridad de la luna llegaron los guías trayendo la buena nueva de haber encontrado el camino de Corta Quebrada, que conducía al miserable caserío de Izcacancha, compuesto de cuatro chozas.

La jornada de este día, en continua tensión, permitió avanzar solamente seis leguas. Siguiendo exactamente los pasos de los guías, llegué al caserío a las ocho de la noche; no había nadie. Solamente moraba allí en tranquila paz un infeliz sordomudo. Ordené a los ayudantes que recorrieran los alrededores en busca de reses para preparar el rancho para la tropa. Felizmente, y con gran trabajo, pudieron encontrar dos, y ellos mismos se ocuparon en degollarlas y descuartizarlas, después de lo cual, acompañados de los guías, fueron en busca de las tropas. Al jefe del Estado Mayor mandéle decir que al rayar el día viniera al caserío con la tropa, donde yo lo esperaría con el rancho listo.

Llegaron los rancheros y, después de haberlo preparado todo, se notó que faltaba lo principal: el combustible. La necesidad me obligó a ordenar la destrucción de una de esas pobres chozas para proporcionarnos fuego.

La noche que pasó el ejército a la intemperie fué terrible. Yo la pasé en vigilia, angustiado por los sufrimientos de mis pobres soldados, completamente rendidos y sin abrigos. A pesar de todo, no dudaba ni por un instante de la lealtad y resignación con que sufrían en silencio ocultando sus dolores.

El 20, después de una penosa marcha por cerros de difícil acceso, acampamos en la hacienda Atunhuasi, propiedad del coronel Luís Isidro Ibarra, que me acompañaba con el carácter de edecán.

Digitized by Google

La tropa acampó esa noche sobre la nieve, bajo la furia de una huracanada tempestad que comenzó a las cinco de la tarde.

El 21, el ejército comenzó a desfilar a las cuatro de la madrugada, haciendo una jornada de once leguas y acampando en una puna brava, con un frío de ocho grados bajo cero, por haber impedido una tempestad de nieve llegar a la Hacienda de Cochas, que era la etapa de la marcha de este día. Fué imposible preparar rancho, por la falta de víveres. En esta difícil situación manifesté a mi tropa el pesar tan grande que me causaba no poder proporcionarle alimentos; pero mis soldados entusiastas me contestaron: «No importa, Taita, otro día comeremos; lo que importa es llegar pronto a Lima.»

Esta admirable resignación me alentaba para continuar en la empresa que había acometido. A pesar de encontrarse mi salud bastante quebrantada, con una especie de angina que me atacó desde el primer día de la marcha, iba al pie de mi tropa, sobreponiéndome a todos las peripecias.

El día 22 bajamos a la Hacienda de Cochas, a las once de la mañana, y la tropa descansó durante el día, dándosele doble ración de rancho.

Aproveché del alto de este día para hacer cortar el puente de la Oroya, a fin de que los iglesistas quedasen sin ninguna comunicación con la margen izquierda del rio Mantaro. El objeto de tomar la Oroya era poder ocupar nuestra primitiva línea de quince días antes; para esto mandé a los coroneles Salcedo y Toledo Ocampo, con un batallón, para que, acelerando la marcha durante toda la noche, amanecieran al día siguiente en la Oroya, cuyo puente debían destruir para dejar completamente aislada de Lima a la división del coronel Relayze. Pero como comprendía que en la Oroya existiría alguna

Digitized by Google

guarnición iglesista, les ordené que la tomaran por sorpresa, y que después se trasladaran a Yauly, donde debíamos encontrarnos.

Yo con el grueso de la tropa me puse en marcha a las tres de la madrugada, andando catorce leguas durante esa parte de la noche y el día siguiente, sobre la nieve que en algunas partes tenía un metro de espesor y ocultaba atolladeros terribles donde no era raro ver hundirse por completo a las acémilas. No hubo mula de artillería en esta jornada que no se hubiera atollado hasta diez veces, y solamente debido a la abnegación de los jefes y oficiales de esta arma, pudo salvarse la carga de municiones que estuvo a punto de perderse. Desde el comandante general de la artillería hasta el último oficial tuvieron que proporcionar sus bestias de silla para salvar el material.

Por fin fué posible llegar a las siete de la noche cerca del estanque de Yasacacha, a un lugar llamado El Estanco, a los quince mil pies sobre el nivel del mar. La nieve, el granizo, la lluvia y el frío se dieron cita en esta región.

La tropa y los oficiales acamparon en la intemperie; el doctor Solar y su hijo Salvador se recostaron, envueltos en sus ponchos de jebe, cerca de un montón de piedras, y yo hice lo propio al lado opuesto a ellos, sufriendo todas las crueldades de esa terrible noche.

A pesar de todo, nosotros teníamos siquiera la defensa de los ponchos de caucho; pero, cuando al rayar el día miré al campemento, sentí la más honda impresión de pena: los soldados se hallaban tendidos y tan cubiertos de nieve, que no parecía que allí hubiese ser viviente alguno. Dominaba un silencio profundo.

Al toque de diana sacaron la cabeza y, sacudiendo las mantas que estaban completamente blancas, se pusieron de pie, completamente ateridos por el frío. A la lista, diecinueve voces dejaron de contestar «presente» a consecuencia de haber sido silenciadas para siempre

Digitized by Google

por el frío de esa puna. Sufría un verdadero tormento al ver a mi tropa en tal estado. Se carecía de todo, pues no había ni un poco de coca que darles, ni menos aguardiente; la resignación de esa privilegiada raza me cautivaba.

Así, con la voz enronquecida por la angina que me atormentaba, les dirigí la palabra para alentarlos, asegurándoles buenas pascuas en Lima. A las seis de la mañana del día 24 se continuó la marcha, siempre por las punas y sus pésimos caminos, en medio de continuas lluvias torrenciales.

Yo me adelanté para pedir noticias en las minas de Cosahuacra, que debíamos encontrar más abajo, pues apenas faltaban ya seis leguas para llegar a Yauly. En la hacienda del señor Mendizábal fuí informado, por un indio que llegaba de Yauly, del paso de una fuerza de veinticinco a treinta jinetes que marchaban a Chicla, custodiando a los prisioneros que nos habían hecho los iglesistas en el combate dilatorio de Huaripampa.

Inmediatamente mandé a once oficiales bajo las órdenes del capitán de fragata José Gálvez, para que se asegurase de la verdad de este hecho, explorando el campo y apoderándose de Casapalca.

El comandante Gálvez, al llegar a Yauly, supo que los prisioneros habían pasado por ese pueblo dos horas antes y que el jefe del pelotón que los conducía, tenía conocimiento de nuestra aproximación y se apresuraba a tomar el tren para continuar su marcha a Lima.

Gálvez se puso inmediatamente en persecución de ese pelotón con el objeto de libertar a los prisioneros, y habiendo llegado a Casapalca a las siete de la noche, le avisaron que el contrario le llevaba poca distancia. Entonces resolvió alcanzarlo y avanzó con ese fin sobre las alturas de Chicla, donde, oyendo el piteo de la máquina, comprendió que el aviso trasmitido por el jefe del pelotón al jefe de estación había dado por resultado la partida del tren, en el cual esperabamos

Digitized by Google

trasportar nuestras tropas a Lima. Las circunstancias eran apremiantes y Gálvez no trepidó en atacar Chicla y su guarnición que se componía de ochenta hombres.

La máquina se encontraba bajo presión. El maquinista Enrique Wall, al ver a mis oficiales, demoró la partida del tren. El ataque inesperado del comandante Gálvez fué tan audaz y rápido, que le permitió apoderarse del pueblo y de todo el convoy, salvando a los prisioneros y haciéndole once al adversario, entre jefes y oficiales, fuera de los individuos de tropa.

Este golpe de mano nos proporcionó víveres, municiones en gran cantidad, vestidos y toda la línea férrea, la cual fué aprovechada por la primera división al mando de su comandante general, el coronel Borgoño, quien, después de haber tomado el rancho en Yauly, partió de este lugar a las cuatro de la mañana y avanzó hasta Chicla, habiendo hecho en veinticuatro horas una jornada de diecinueve leguas. El doctor Solar, que estaba con esta división, la embarcó al día siguiente y la adelantó hasta Santa Clara, a las puertas de Lima, causando gran estupor al gobierno de Iglesias y destruyendo todas sus previsiones. Hecha esta rápida excursión, el doctor Solar volvió con las tropas a Chicla.

Mientras tanto continuaba yo la marcha, con el resto del ejército, de la hacienda de Mendizábal hacia Yauly. La lluvia continua había formado atolladeros de peligroso paso, y todos seguían adelante cubiertos de lodo hasta la rodilla, mustios, pero resueltos. Entre los oficiales impresionaba especialmente el capitán de artillería (quien acaba de ser ascendido a contraalmirante) Ernesto J. Mora que había cedido su mula para la carga de municiones: sin calzado ya, sin kepis, marchaba con los pies envueltos en fundas de rifles y amarrada la cabeza con lienzos.

Durante esta penosa marcha recibí la noticia de la toma del tren en Chicla y, en breve arenga, la trasmití a la tropa, enseñándole los partes que había recibido:

Digitized by Google

se iluminaron los rostros adustos de los soldados, estallando entusiastas vítores; y al estrépito, como una nueva nota de alegría, se unió el relincho de las mulas que, enfangadas hasta el pecho, caminaban antes pesadamente, caídas las orejas, casi exánimes.

Tras ocho leguas de marcha bajo una copiosa caída de nieve, y después de haber trasmontado la cordillera de Piedra Parada, llegamos a Yauly. Yo me adelanté a buscar alojamiento para la tropa que estaba completamente rendida por el hambre y el cansancio. Felizmente tuvimos suerte, y se pudo preparar una doble ración de rancho.

Después de atendida la tropa, me preocupé de mi salud, que urgentemente necesitaba alivio, pues la angina había empeorado con los rigores del frío intenso a que había estado expuesto en esa región. Por buena suerte encontré allí al hijo del señor Remy, amigo mío, quien generosamente se encargó de mi asistencia, pasando la noche a mi lado y aplicándome unas cataplasmas que me aliviaron bastante.

Cumplida con buen éxito su comisión en el puente de la Oroya, el coronel Toledo Ocampo se trasladó a Yauly, llevando algunos víveres que pudo conseguir y que sirvieron para las tropas.

Al día siguiente ordené la continuación de la marcha hacia Chicla. Yo salí a las diez de la mañana después de haber tomado un ligero almuerzo, tras tres días de ayuno.

Apresuré mi marcha con el propósito de dar alcance a Borgoño, lo que conseguí al cabo de dos horas. Fuí recibido con entusiasmo por la tropa y oficiales que esperaban mi llegada, alojándome en seguida en el hotel. Allí me llevaron los ayudantes las cópias de los partes pasados al general Iglesias por Relayze, en los que le aseguraba haber obtenido un triunfo completo y le avisaba mi fuga al interior en compañía de cuarenta hombres maltrechos.

Digitized by Google

Segundo ataque a Lima. — Toma de la Ciudad.

La misma tarde que llegaron el doctor Solar y el coronel Borgoño a Chicla, hice que telegrafiasen a Iglesias, comunicándole mi presencia en ese lugar. Al recibir tal noticia en el Palacio, Iglesias y sus ministros quedaron estupefactos, pues me creían derrotado y en fuga.

Como la tropa se hallaba mojada y rendida, ordené que descansara hasta el día siguiente, en que debían partir a primera hora en el tren que estaría listo, conducido por mi amigo Wall.

Nos dirigimos en tren a Vitarte, donde se reunió toda la fuerza, consiguiendo transportar también en ese mismo día la artillería y el parque, sin que ocurriese ningún desorden y sin que faltase ni un solo hombre.

Mientras tanto, Iglesias llamó por telégrafo a Echenique, que se hallaba en Pisco con su división de paso para el interior, en donde dejé al coronel Morales Bermúdez, con una fracción de tropas para distraer a los iglesistas.

Dirigí una circular al cuerpo diplomático residente en Lima, en la cual expresaba mi resolución de tomar a viva fuerza la capital; reiterando mis deseos de avenimiento, allanándome a la dimisión de mi cargo, siempre que Iglesias hiciera igual renuncia, a fin de que el sufragio libre de los pueblos eligiese su mandatario. Desgraciadamente, esta propuesta la rechazó Iglesias, a quien se la trasmitió una comisión de aquel alto cuerpo.

Decidido Iglesias a combatir, envió a mi encuentro un escuadrón mandado por un negro Pachas, con un cañón de grueso calibre, con el que disparó al llegar a la «Pólvora», siendo contestado el fuego por mis ayudantes que se encargaron de hacer frente al escuadrón.

El día 30 de noviembre de 1885 ordené el asalto a la ciudad. El coronel Borgoño con su división marchaba

Digitized by Google

sobre las posiciones abandonadas por las tropas iglesistas; pero en las cumbres de los cerros de San Bartolomé y Polvorín estaban situados algunos grupos de celadores.

Ordené a los guerrilleros de la columna *Atahualpa* de don Adrián Medina, que los desalojaran, lo cual hicieron con gran rapidez. Con auxilio del escuadrón *Sama-Pachía* que destaqué en su apoyo, continuaron la persecución de los contrarios hasta el cementerio de la capital, dispersando también al escuadrón del negro Pachas, que murió en el combate.

Luego dispuse que el coronel Borgoño tomara la izquierda por Barbones; el doctor del Solar, con otra división, la derecha. Yo coloquéme en el centro de la línea. Pernoctamos en los extramuros tomando las precauciones del caso. Al día siguiente, 1º de diciembre, continuamos el avance hasta la plazuela de la Inquisición.

Las tropas que nos opusieron resistencia en las calles, comprendiendo su impotencia para continuar luchando, se reconcentraron en el Palacio de gobierno, que fué rodeado por los nuestros empeñándose un furioso combate.

Concesión de una tregua. — Consejo de Ministros. — Se me elige Presidente de la República.

Procurando evitar mayor derramamiento de sangre hermana, ordené cesar el combate, concediendo una tregua, mientras dirigía a Iglesias la siguiente comunicación:

«En presencia de la situación y después de dos días de lucha encarnizada, ha podido Ud. comprender, y debo asegurale, que aun no han terminado los horrores

Digitized by Google

de la contienda, ni se han agotado los medios de continuarla. Mas, inspirándome, como siempre, en mis deberes de peruano, cúmpleme dirigirme a Ud. invitándole a un inmediato avenimiento.

«Los comisionados que ambos nombremos fijarán las bases del arreglo a que debemos someternos.

«Las ventajas que ante millares de testigos he alcanzado en las jornadas de ayer y de hoy, patentizarán en todo tiempo que el sentimiento que dicta estas líneas, es el del patriotismo abnegado.

«Tengamos presente que somos peruanos y que los actuales momentos pertenecen a la Historia.»

Esta actitud mía y la imposibilidad en que se hallaba para defenderse Iglesias del ataque de mis fuerzas, tuvo por consecuencia final la aceptación de mi nota, y nombró para el efecto una comisión de notables, quienes se apersonaron a tratar conmigo las bases del arreglo. La conferencia fué presidida por el decano del cuerpo diplomático, que era el plenipotenciario de Chile, D. Jovino Novoa, y asistieron el ministro de España D. Emilio de Ojeda, D. Eusebio Sánchez, D. Carlos Elias, D. Mariano Tovar, D. José García, Dr. D. Antonio Arenas, D. Ignacio de Osma y D. Aurelio Denegri.

Estos señores concurrieron al local del congreso para manifestar que el general Iglesias aceptaba mi requerimiento e iniciar inmediatas gestiones conciliadoras.

Mis delegados, por su parte, manifestaron que acogian gustosos el arreglo, puesto que era el mismo tantas veces rechazado anteriormente; y porque a mí no me había llevado más que el santo y patriótico anhelo de luchar por la dignidad nacional.

Reunidos el mismo día en casa del ministro de España D. Emilio de Ojeda, los comisionados, convi-

Digitized by Google

nieron al fin de seis horas de discusiones, en lo siguiente:

Que comenzase en el acto a regir la Constitución de 1860;

Que se publicase la dimisión de ambos caudillos;

Que asumiese el poder un Consejo de Ministros nombrado por las comisiones, con designaciones de las carteras de que cada uno debía encargarse;

Que mis tropas, así como las de Iglesias, continuasen bajo el mando de cada uno de nosotros, pero a disposición del Consejo de Ministros, debiendo desocupar la capital al día siguiente, a la una de la tarde, para encaminarnos a determinadas localidades, quedando la ciudad bajo la custodia de las fuerzas de policía;

Que constituyesen el Consejo de Ministros el Dr. Don Antonio Atenas, el Dr. D. José E. Sánchez, Monseñor D. Manuel Tovar, el Coronel D. Manuel Velarde y D. Pedro Correa y Santiago.

Aceptado este acuerdo, al día siguiente dimití el mando, lo mismo que hizo Iglesias en decreto autorizado por sus ministros.

Instalado el Consejo de Ministros, convocó a elecciones generales.

El Partido Demócrata se abstuvo de exibir candidatura, y la opinión general del país se pronunció por mi proclamación a la presidencia de la República.

Todas las clases sociales y todas las instituciones invadieron mi residencia particular durante varias semanas, para felicitarme por el triunfo que había obtenido.

Se organizó definitivamente el Partido Constitucional, defensor de la hasta entonces hollada Constitución, el cual se robusteció notablemente con la unión del partido Civil, bajo la dirección de D. Manuel Candamo.

Interpretando el deseo general del país, ambos partidos unidos exibieron mi candidatura, la cual alcanzó

Digitized by Google

en las ánforas, por el libre sufragio popular, el éxito más completo.

Reunido el Congreso en mayo de 1886, me proclamó Presidente de la República, y el 5 de junio del mismo año asumí el mando supremo.

Para el mismo período constitucional fueron elegidos 1er y 2o Vicepresidente, respectivamente, el coronel Remigio Morales Bermúdez y don Aurelio Denegri.

Una vez que asumí la presidencia creí conveniente renunciar ante el Congreso la clase de general de brigada, que se me había conferido en febrero de 1881. El Congreso, en resolución de 13 de julio, aprobó mi procedimiento, confiriéndome a la vez dicha clase con todos los caracteres de la legalidad. En octubre del mismo año confirióme el Poder Legislativo la clase de general de división.

Más tarde hice reconocer la clase de general a Iglesias, quien se encontraba ya en Cajamarca, lugar a donde le envié los respectivos despachos con emisario especial. Muchos años después, cuando Iglesias volvió a Lima, fuimos buenos amigos. En nuestras pláticas no tocamos nunca nada relativo a Ancón.

Tras una guerra tan larga, el Perú había quedado materialmente aniquilado. Mi labor tenía que ser la de reconstrucción. Una de mis primeras medidas fué la de echar las bases para la reorganización del ejército con el objeto de imponer respeto al engreído vencedor, y bajo su amparo trabajar con mayor eficacia en la obra que habíame encomendado la Nación.

No quiero ocuparme, intencionalmente, de mi labor al frente de la primera magistratura de la República. Espero que la historia de mi país la juzgue *sine ira et studio*. Pero, sí tengo para mí la satisfacción íntegra de no haber tenido en mi vida política y militar otro norte ni otro derrotero que el bien y la grandeza de mi Patria.

Digitized by Google

El 10 de noviembre de 1919, treinta y tres años después de obtenida la clase de general de división, la Asamblea Nacional, a propuesta del actual Mandatario Sr. Augusto B. Leguía, me confirió por unanimidad el supremo grado militar de Mariscal del Perú.

Digitized by Google

INDICE

Prólogo 3
Breve ojeada restrospectiva sobre los antecedentes históricos y los orígenes del conflicto 7
Causas de la guerra entre el Perú y Chile 12
Estado económico, político y militar del Perú al romperse las hostilidades 19
Estado económico, político y militar de Bolivia 23
Estado económico, político y militar de Chile 24

La Campaña del Sur.

Mi marcha del Cuzco a Iquique 29
Combate naval de Iquique 30
Organización del Ejército en Iquique 32
Término de la campaña naval. — Concentración del Ejército en Tarapacá 33
Los chilenos desembarcan en Pisagua 34
De Pozo Almonte a San Francisco 35
El desastre de San Francisco 37
Retirada del Ejército de San Francisco a Tarapacá 43
Batalla de Tarapacá 46
De Tarapacá a Arica 54
Sucesos ocurridos durante mi permanencia en Arica 55
Expedición a Ite 59
Combate de Los Angeles y reconcentración del Ejército aliado en Tacna 61
La reorganización del Ejército de Tarapacá 62
Planes de campaña de los aliados 64
La batalla de Tacna 66
Intento de sorpresa en la Quebrada Honda 67
La batalla 68
De Tarata a Puno 74
De Puno a Lima 75

La Campaña de Lima.

Preliminares 81
Mi llegada a Lima 84
Estado de la defensa de Lima 85

Digitized by Google

Los chilenos inician la campaña 86
Formación de la línea de defensa. — El Dictador visita mi sector 89
Modificación de la línea de defensa 91
Reconocimientos 92
Víspera de la batalla 94
La batalla de San Juan 95
Un día de intervalo entre las batallas de San Juan y Miraflores 100
Batalla de Miraflores 102
Después de Miraflores 106
Hacia la ambulancia de la Cruz Roja 108
Los Chilenos me buscan en las Ambulancias 109

La Campaña de la Resistencia.

Primer período de la campaña: Operaciones en el Centro. 113
De Lima a Jauja 113
Mi visita al Dictador. — Mi nombramiento como Jefe Político y Militar del Centro. — Breves consideraciones sobre la organización de la resistencia 116
Comienza la formación del Ejército del Centro. — Primeras disposiciones. — El primer batallón 118
La expedición chilena Letelier. — Cupo que impone a Huancayo, y del cual me apodero 121
Contramarcha de Letelier a Lima. — Combate de Sangrar. 124
Mi regreso a Tarma. — Instalación del Cuartel General en esta ciudad 124
Captura del destacamento peruano enviado por el Gobierno de la Magdalena. — Las guerrillas y su misión 126
De Tarma a Huánuco y mi regreso a Chicla. — Escarmiento de los indios contra un cura. — Patriótica alocución de otro sacerdote. — Estado de la organización del Ejército en Chicla. — Conducción de las tropas de Aduvire 127
Cuadro de jefes y oficiales en Chicla 129
El ejército está formado. — Su composición. — Traslación del Cuartel General a Matucana 130
Traslado del Cuartel General de Matucana a Chosica. — La epidemia del tifo. — Disposiciones orgánicas 135
Gobierno de García Calderón. — El Congreso de Chorrillos me envía un Delegado. — Nueva delegación al Centro. — Llegada de mi esposa al Cuartel General. — Se organizan nuevas guerrillas 138
Congreso de Ayacucho 141

Digitized by Google

Proyecto de viaje a Chancay. — Otros sucesos 142
Combate de Cieneguilla. — Atentados contra mi persona . . . 144
Desconocimiento del gobierno de Piérola en el Sur y Norte de la República. — Grave situación del Ejército del Centro . 147
Los pueblos del Centro me ofrecen la presidencia de la República. — El conflicto político de Chosica. — ¿Plan de reacción ofensiva desde Iquique hasta Paita? 149
Vento disuelve sus tropas y me desobedece. — Panizo no acude a mi llamamiento. — Nueva tentativa contra mi persona 155
El Ministro norteamericano me insinúa la conveniencia de reconocer al Gobierno de García Calderón 158
Auxilios que proporcionan de Lima al Ejército del Centro . . 161
El Mando chileno prepárase a abrir campaña contra el Ejército del Centro. — Nuevas instancias a Panizo para que venga de Ayacucho 162
Retirada del Ejército del Centro hacia su base de operaciones en el departamento de Junín 163
De Chosica a Matucana. — Traición del capitán peruano Lara. — Sublevación del escuadrón Cazadores y medidas tomadas para restablecer la disciplina 166
Primera expedición chilena contra el Ejército del Centro . . . 168
Continúa la marcha en retirada a Tarma. — Consejo de guerra en Tarma. — De Tarma a Tauja 169
Consejo de guerra en Jauja. — Reconocimiento del Gobierno de García Calderón 170
De Jauja a Huancayo. — En Huancayo. — Pequeño combate de encuentro en San Gerónimo. — Marcha a Pucará 171
Combate y retirada de Pucará 174
Marcha hacia Ayacucho. — Una horrenda tempestad destruye gran parte del Ejército en la cuesta de Julcamarca 177
Ultimos requerimientos hechos a Panizo para que acate mis órdenes 180
Combate de Acuchimay 182
Entrada del Ejército del Centro en Ayacucho 185
Segundo Período de la campaña:
Reorganización del Ejército en Ayacucho. — Combates entre guerrilleros y chilenos en Comas y Acostambo 186
Contramarcha del Ejército del Centro de Ayacucho a Izcuchaca. — Contraofensiva del ejército del Centro y su fracaso. — Combates de Marcavalle, Pucará y Concepción 189
Reorganización del Ejército del Centro en Tarma 195
La situación política 195
Expedición a Canta y Huarochirí 196

Digitized by Google

Expedición de Vento y León García contra el Ejército del Centro 198
Ataque demostrativo sobre la guarnición chilena de Chancay, y expedición de Recavarren al departamento de Ancachs . . 199
Actuación de Secada en la quebrada de Huarochirí 201
El Cuartel general chileno resuelve el envío de una fuerte expedición con objeto de batir y destruir definitivamente al Ejército de la Resistencia 201
Concentración del Ejército del Centro en Chicla y su retirada hacia Tarma. — Los chilenos pasan el Mantaro y se dirigen a Tarma 205

Tercer Período de la Campaña: Operaciones en el Norte.

Junta de guerra en Tarma. — Se resuelve la retirada al Norte de la República 207
Retirada del Ejército hacia el Norte 209
Ardid de Yungay y el paso de la Cordillera de Yanganuco . . . 220
Continuación de la marcha de Tingo a Tulpo 223
Intento de sorpresa al comandante Gonzalez 228
Orden de batalla del Ejército de la Resistencia en marcha a Huamachuco 230
Marcha sobre Huamachuco 231
Batalla de Huamachuco. — Toma de la ciudad 233
Escaramuzas del 9 de julio 236
Plan de ataque a las fuerzas chilenas 237
La batalla decisiva, martes 10 de julio 239
Después de la batalla. — Viaje a Tarma 244

Cuarto Período de la campaña.

Organización de un nuevo ejército después de la batalla de Huamachuco, para continuar la resistencia 250
Proposiciones e instigaciones del comandante Carrillo. — Refuerzos de los coroneles Luna y Zamudio 251
Visita de un aborigen a mi campamento. — Marcha del nuevo ejército de Andahuaylas a Ayacucho. — Desocupación de la ciudad por Urriola. — Incidentes ocurridos en la población . 253
Marcha de Ayacucho al Centro. — Los chilenos desocupan definitivamente el departamento de Junín 255
Breve juicio sobre la batalla de Huamachuco y la Campaña de la Resistencia 256

Digitized by Google

La Guerra Civil.

Campaña constitucional 263
Comisión de Amstrong 264
Condiciones de avenimiento 265
Mi proclamación como Presidente de la República. — Aceptación del cargo. — Formación de un Gabinete. — Nuevos arreglos de avenimiento 266
Brusca ruptura de las hostilidades. — Mi primera entrada a Lima y su fracaso 268
De Cañete a Pisco 271
De Pisco a Ayacucho y Arequipa. — Recibimiento que se me hizo en esta última ciudad 273
Organización de un nuevo ejército en Arequipa 274
El Ejército de Arequipa se mueve hacia los departamentos del Centro 278
Fracaso de la conferencia celebrada en Jauja en casa del arzobispo de Bérito. — Otras conferencias 280
Combate de Huaripampa. — Marcha de flanco. — Hacia Lima . 288
Segundo ataque a Lima. — Toma de la ciudad 295
Concesión de una tregua. — Consejo de Ministros. — Se me elige Presidente de la República 297
Croquis y mapas 307

Nota: Los croquis y mapas de la presente obra han sido todos trazados por Julio C. Guerrero y dibujados por Luis Hoyos Salazar.

Id.: Las distancias de las jornadas en leguas son sólo aproximadas. En todo caso deben consultarse con las escalas correspondientes a los croquis núms. 11 y 16.

Digitized by Google

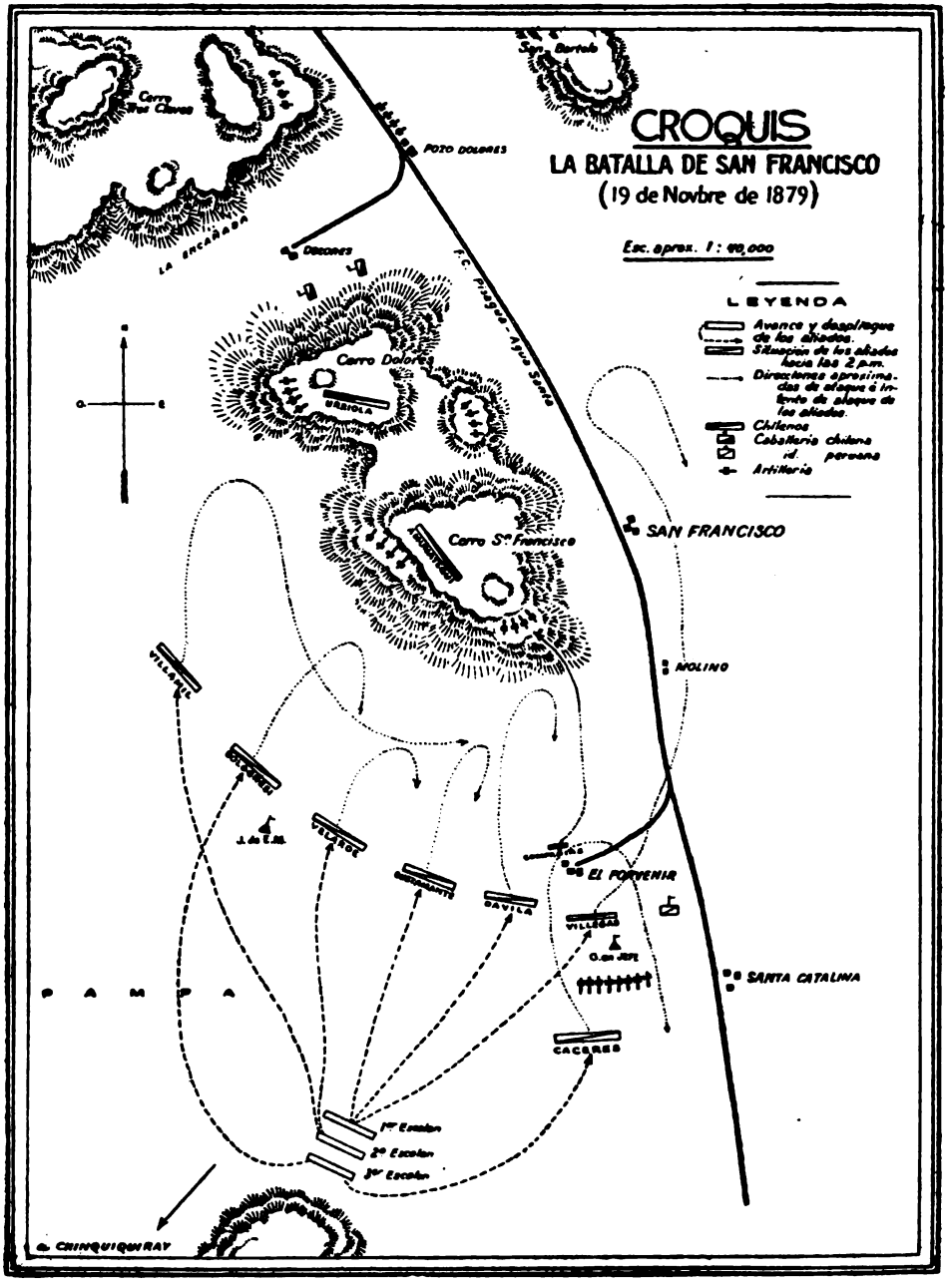
Digitized by Google

CROQUIS y MAPAS.

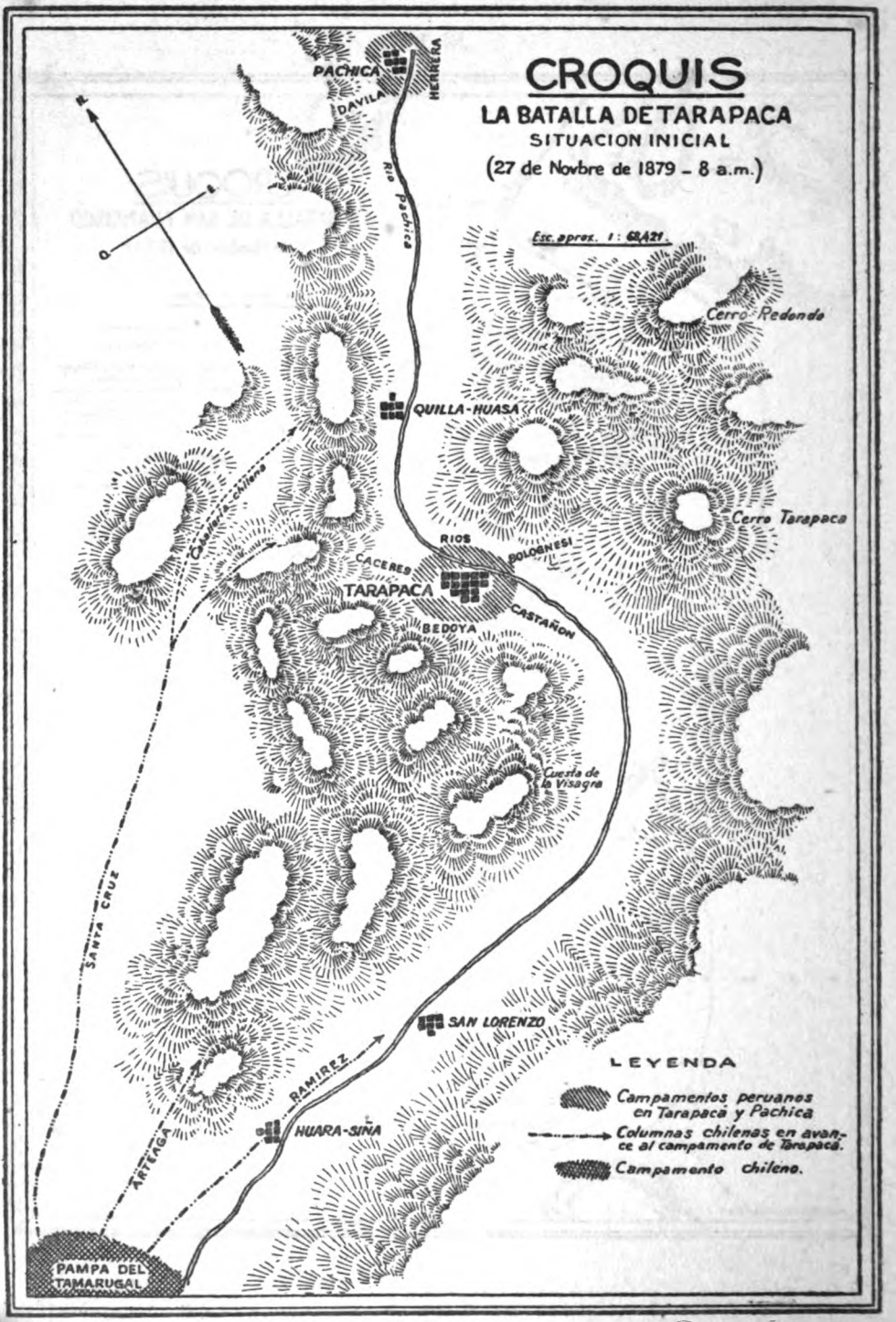
Digitized by Google

Digitized by Google

Nº 1

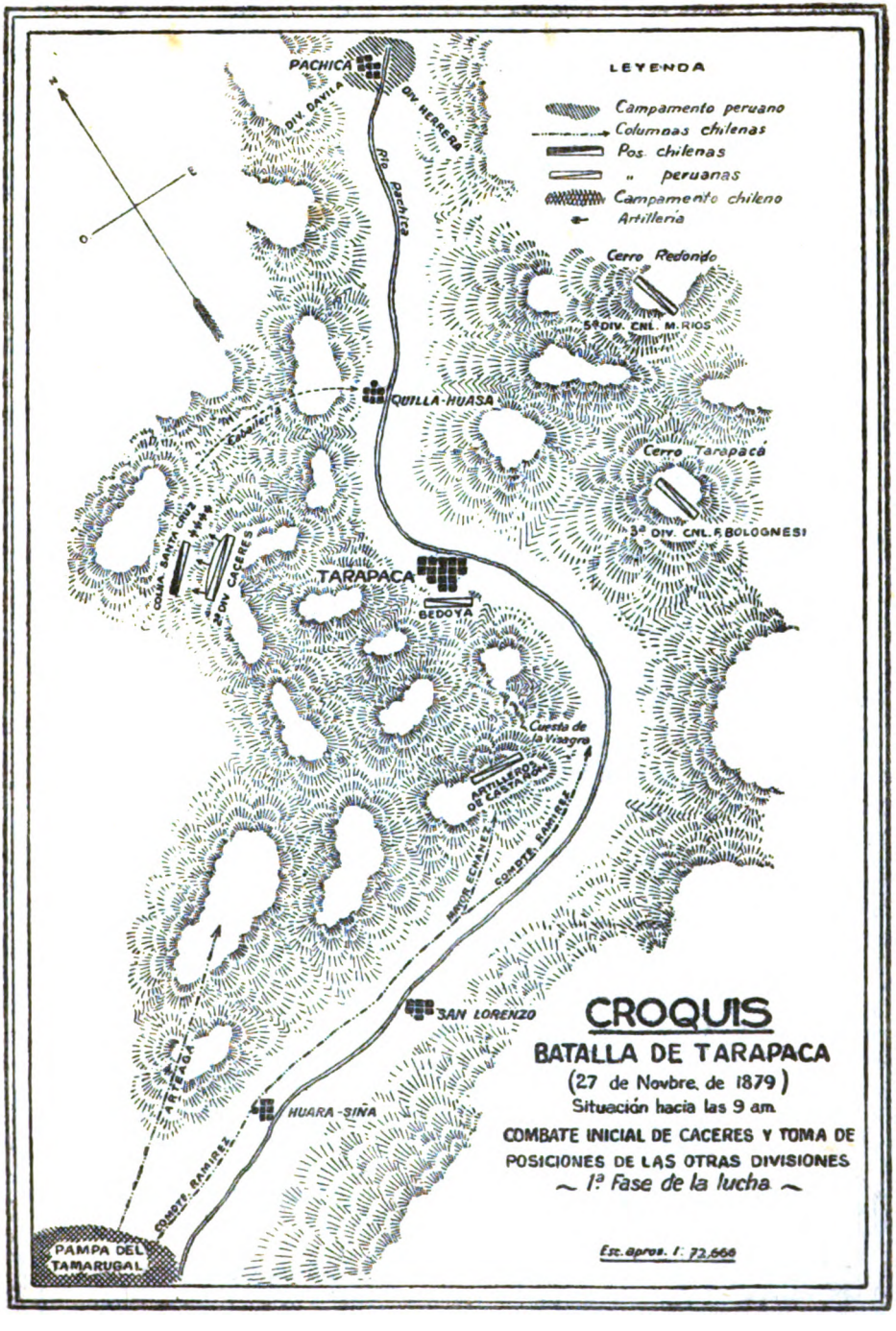


Digitized by Google

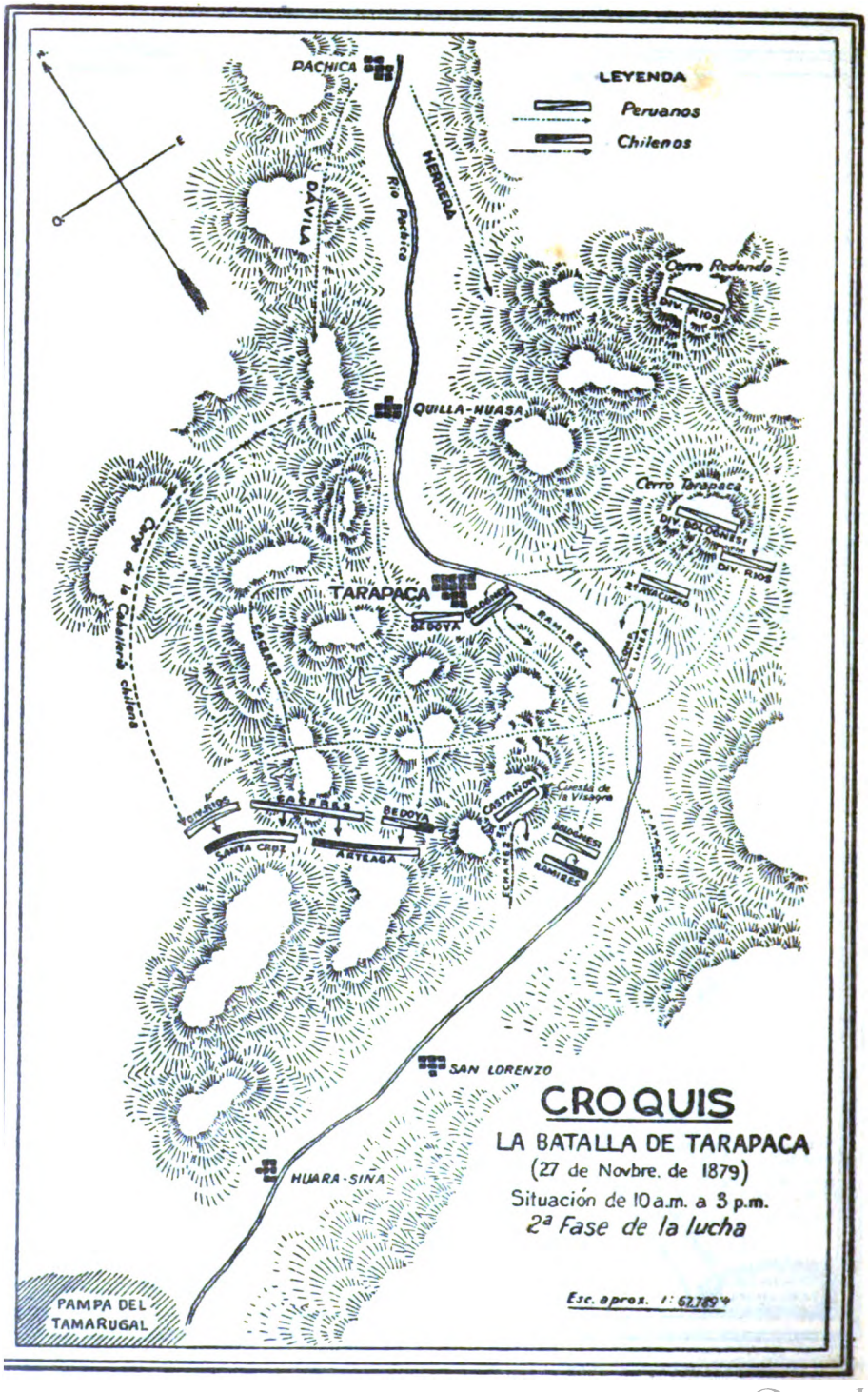


Digitized by Google

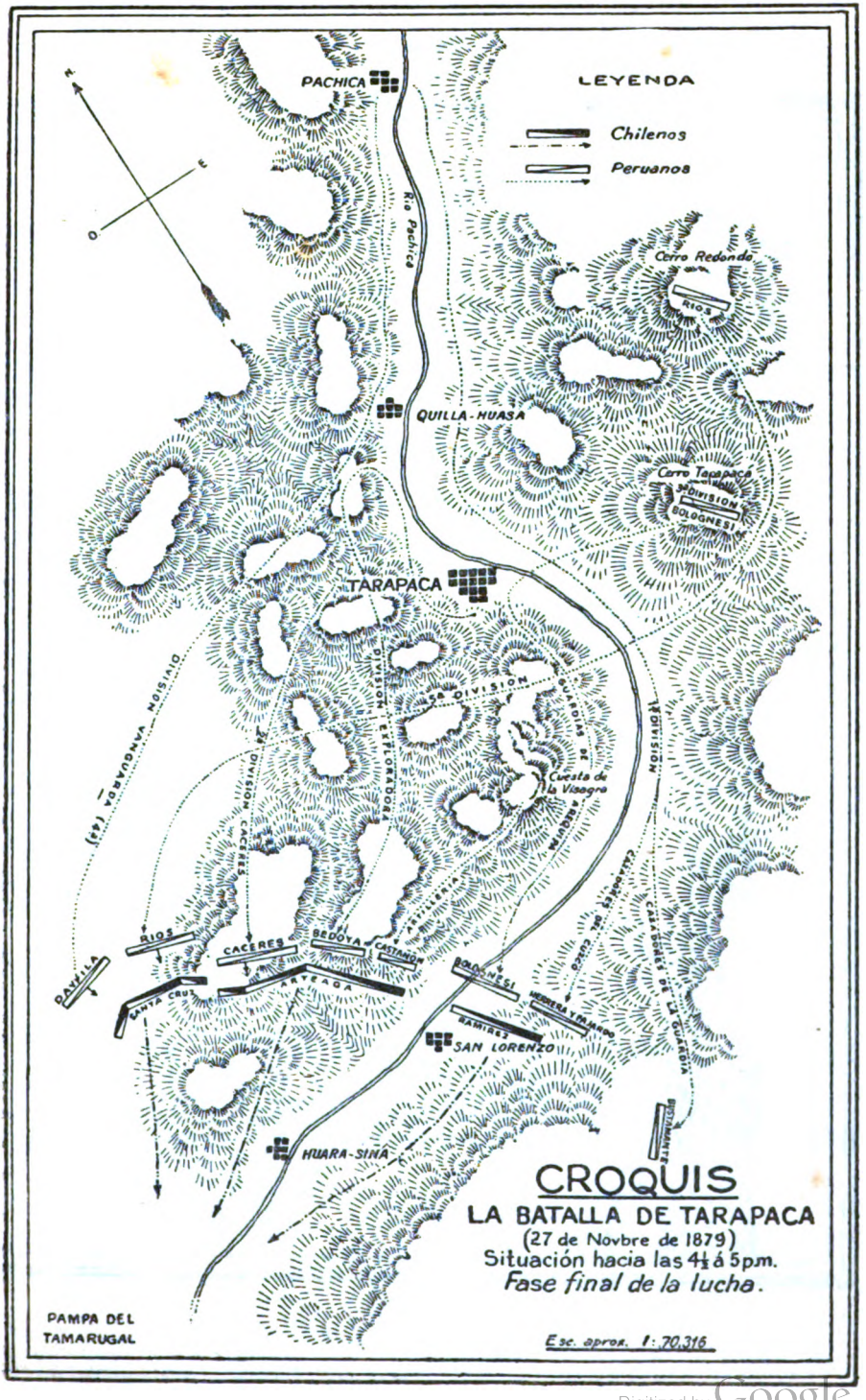
№ 3



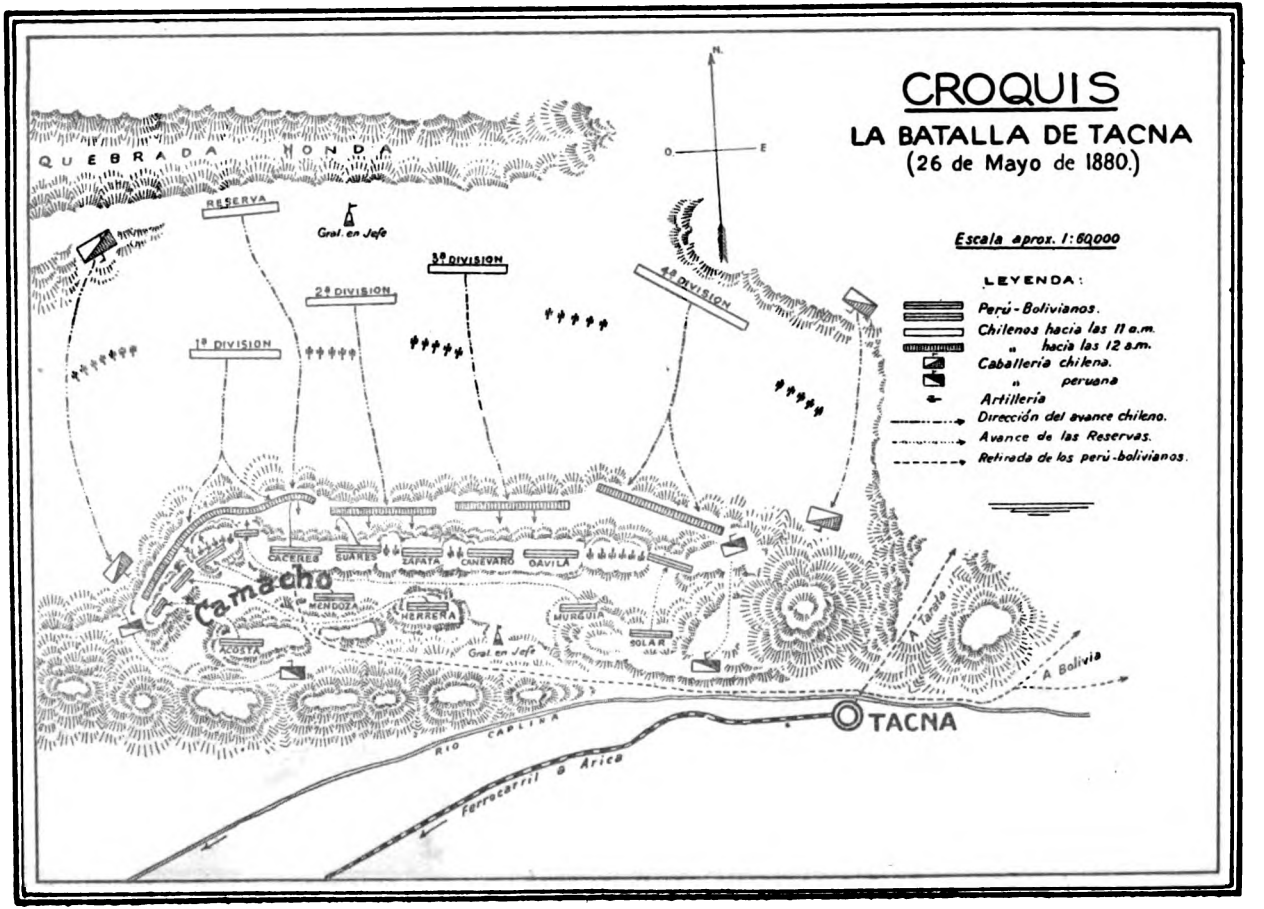
Digitized by Google



Digitized by Google

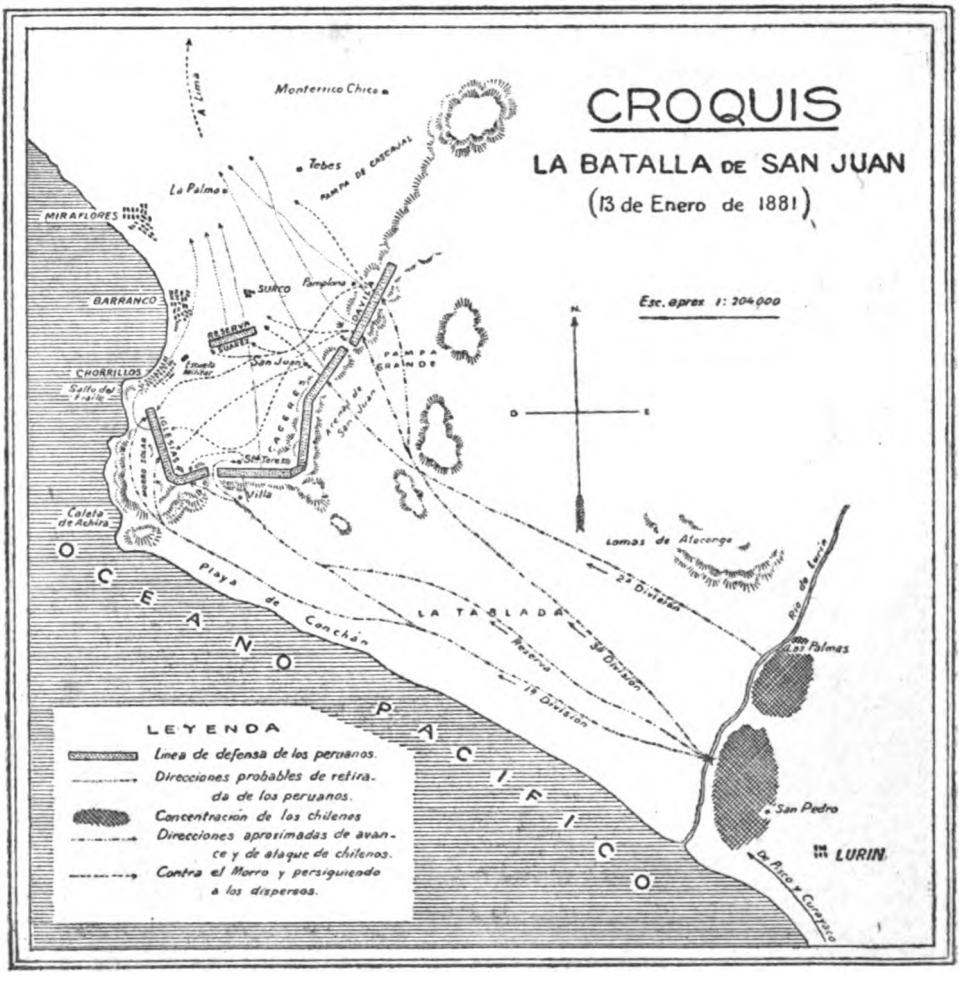


Digitized by Google



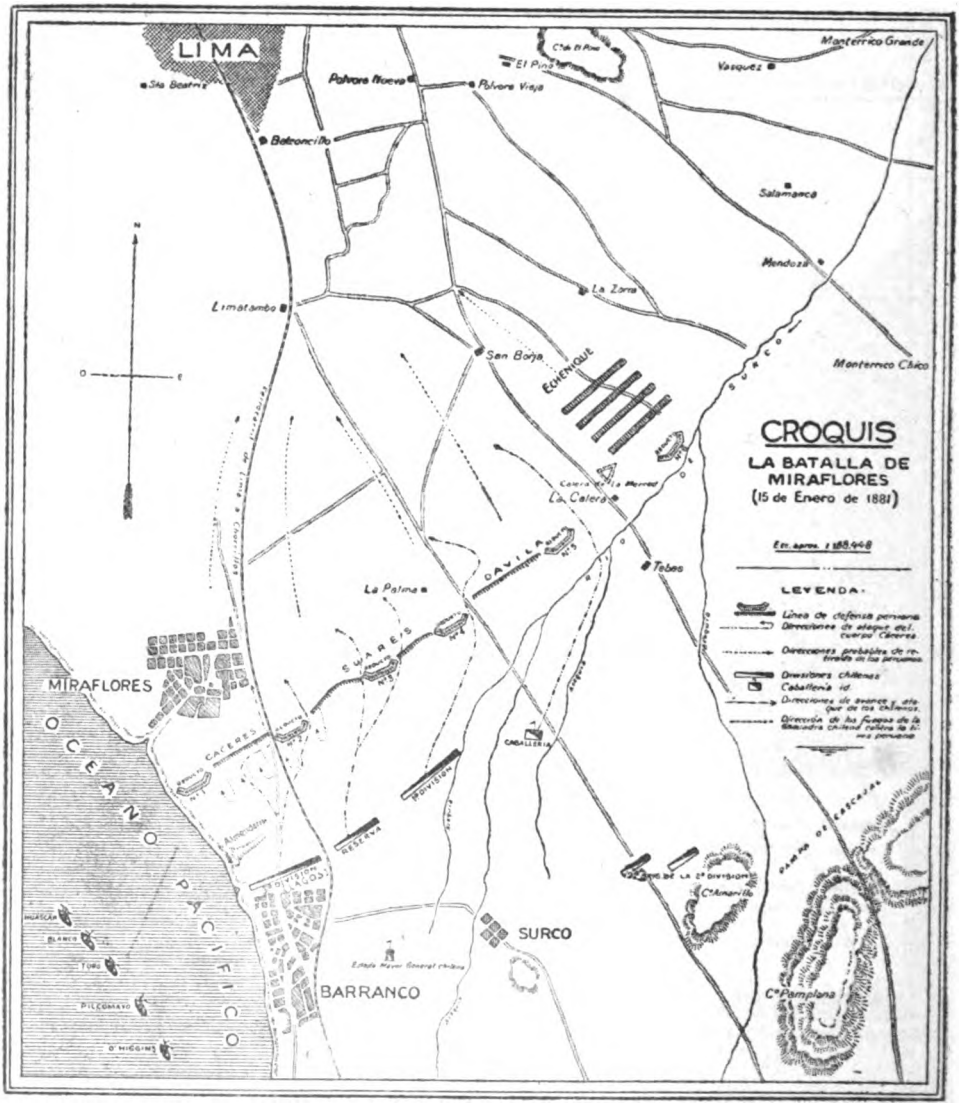
Digitized by Google

№ 7

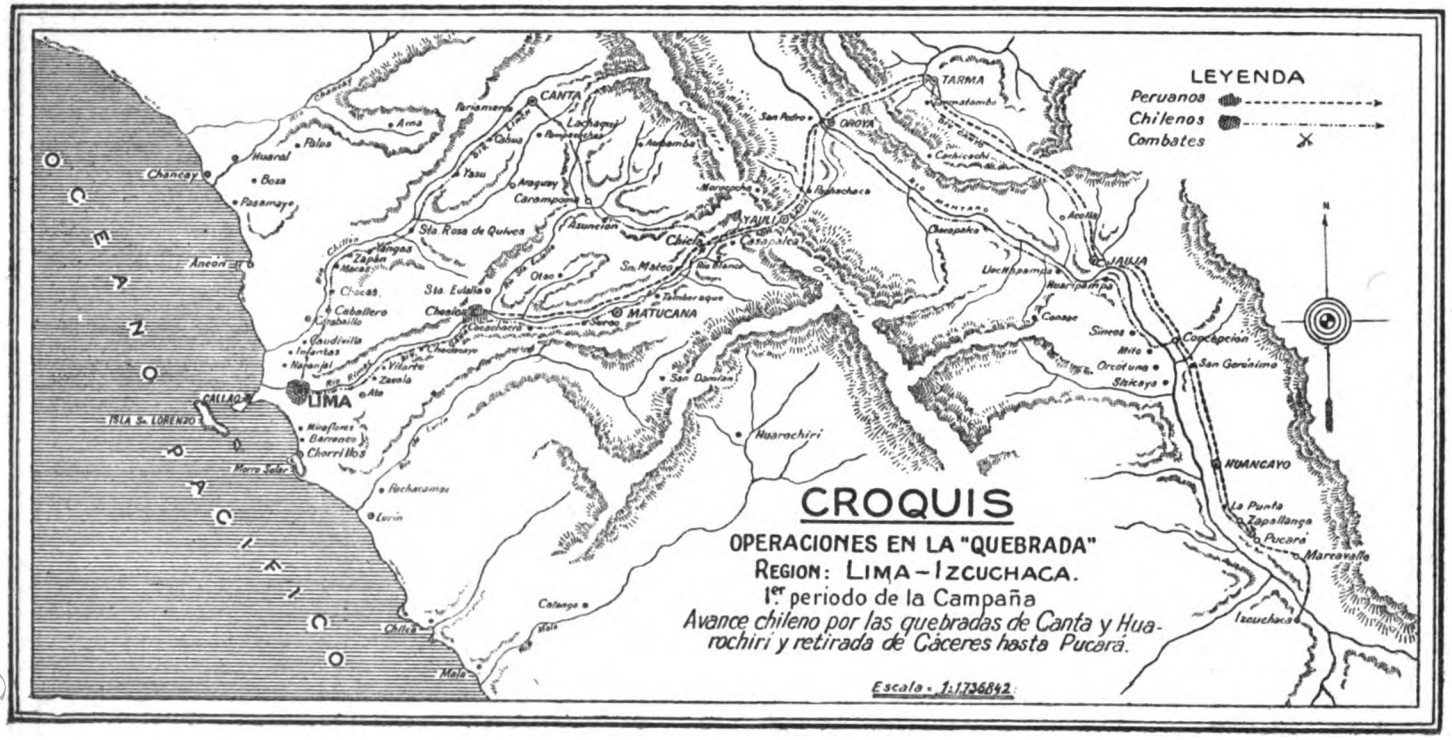


Digitized by Google

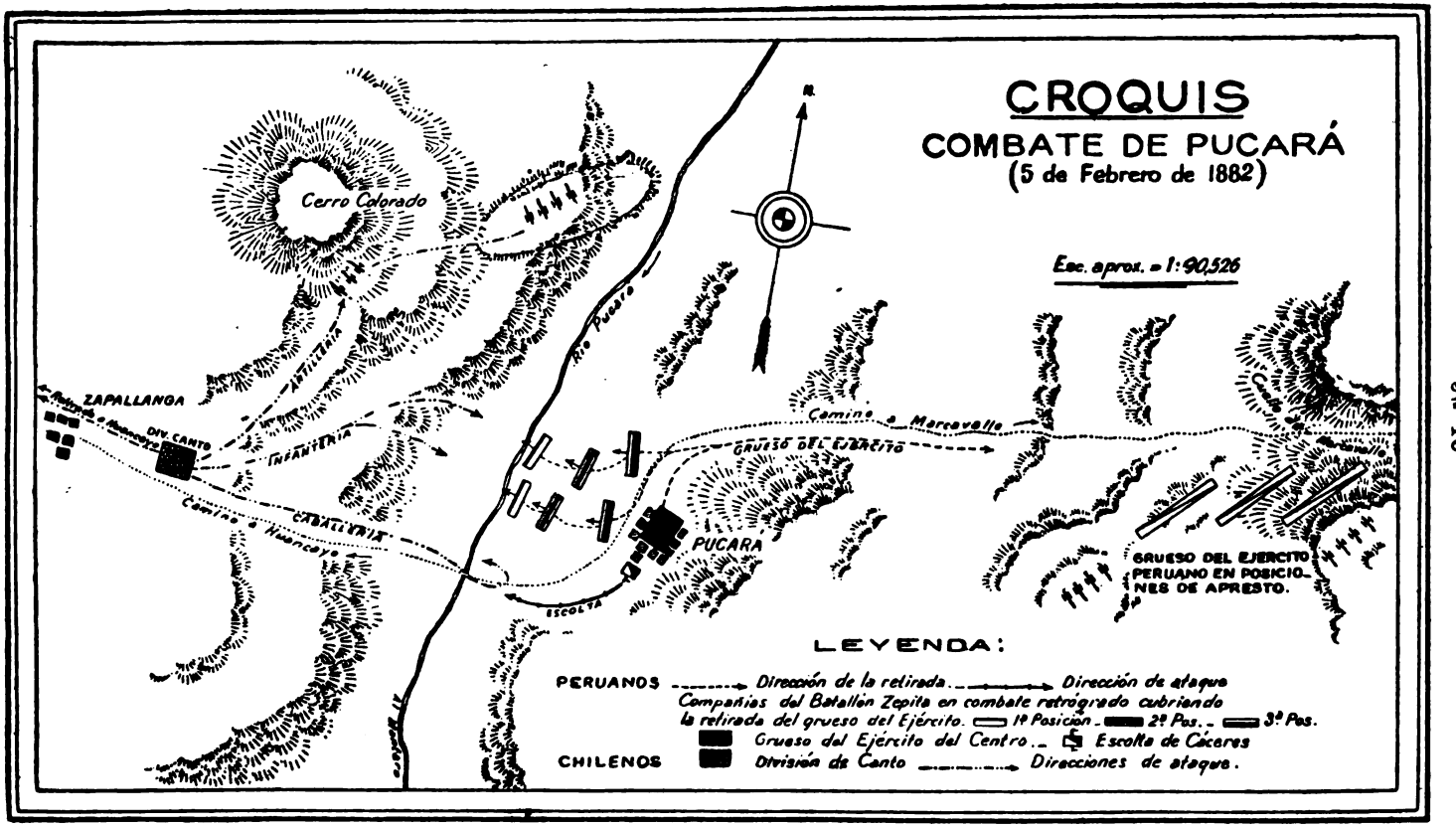
№ 8



Digitized by Google



Digitized by Google

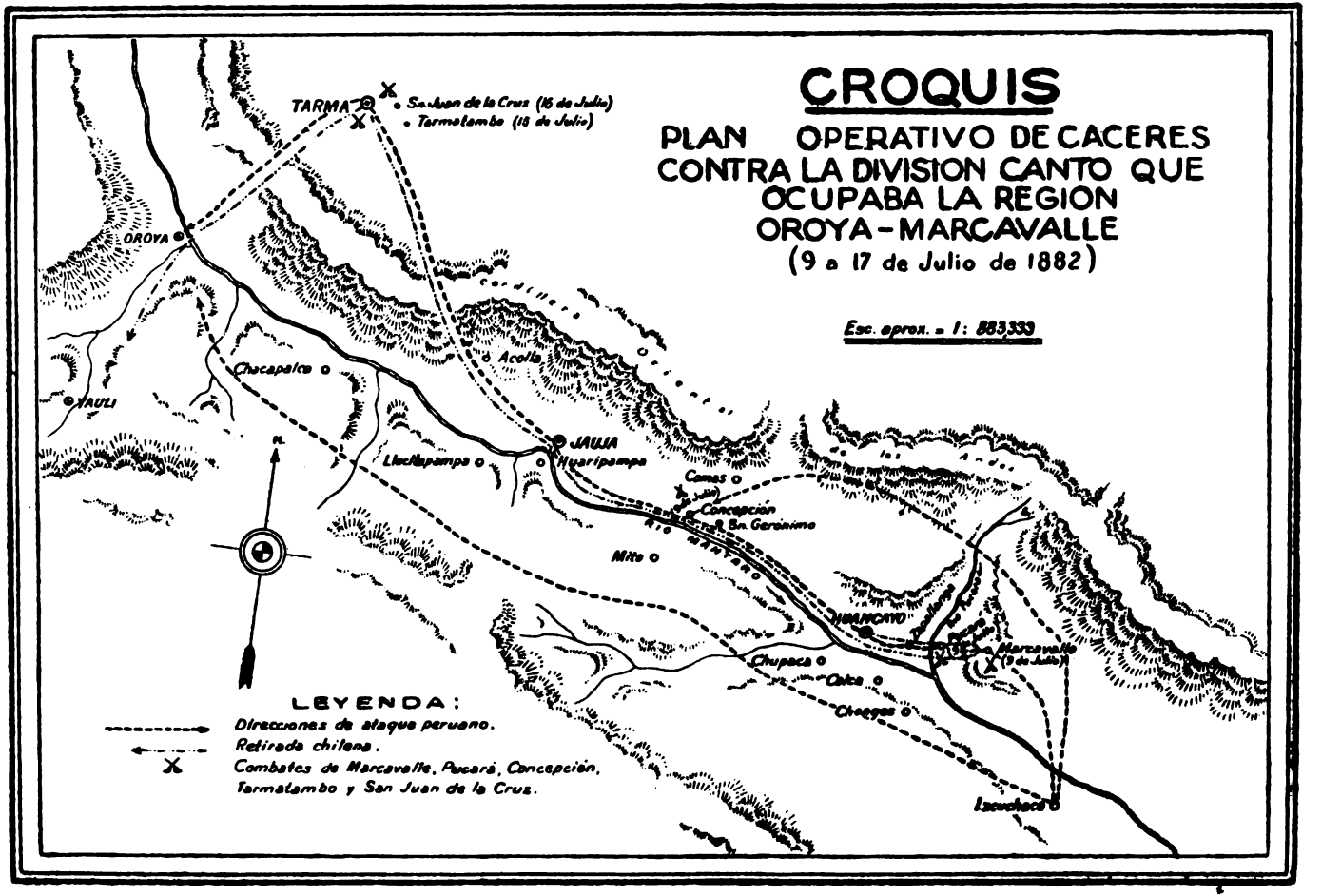


Nº 10

Digitized by Google

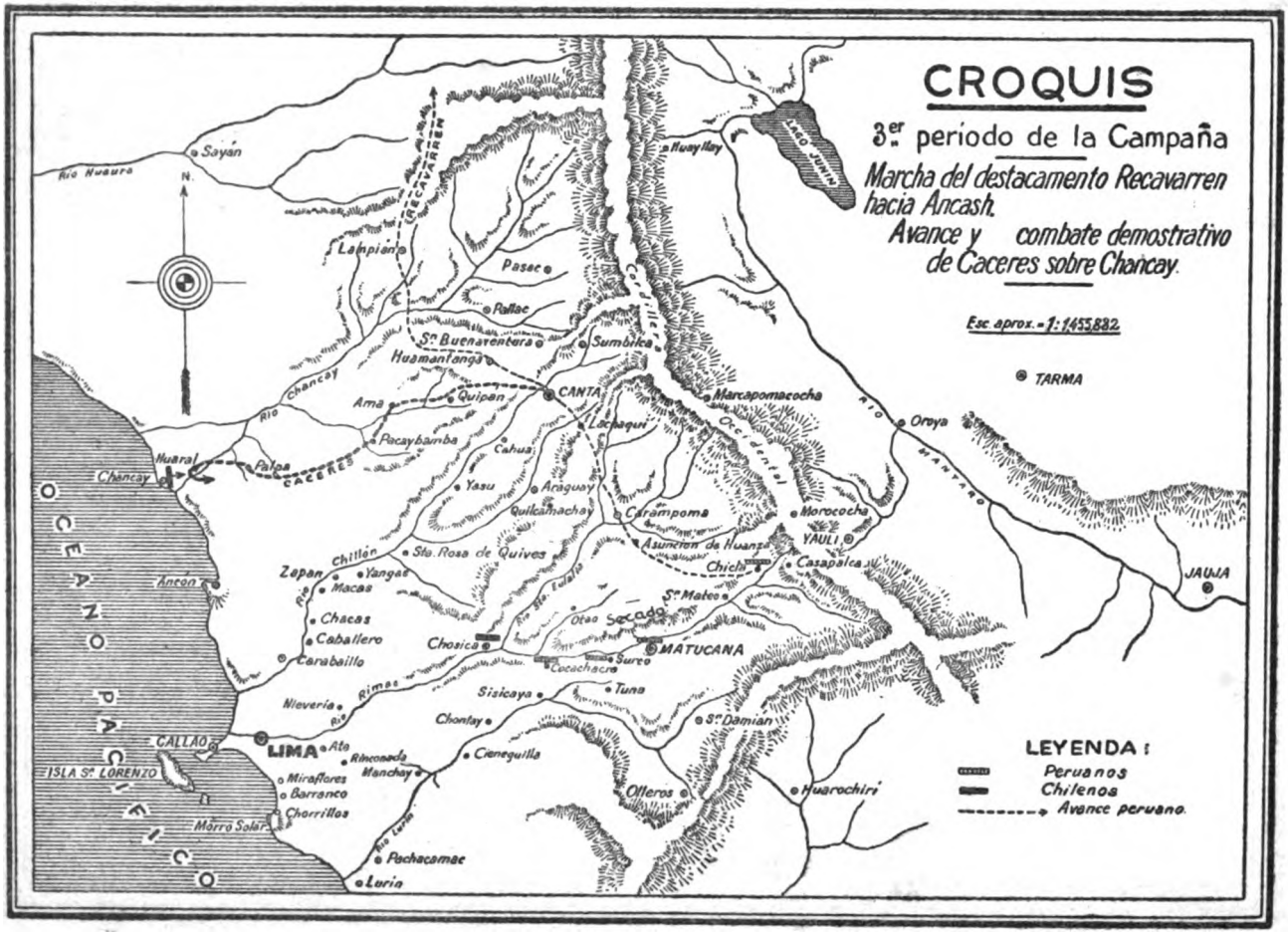
№ 11

Digitized by Google



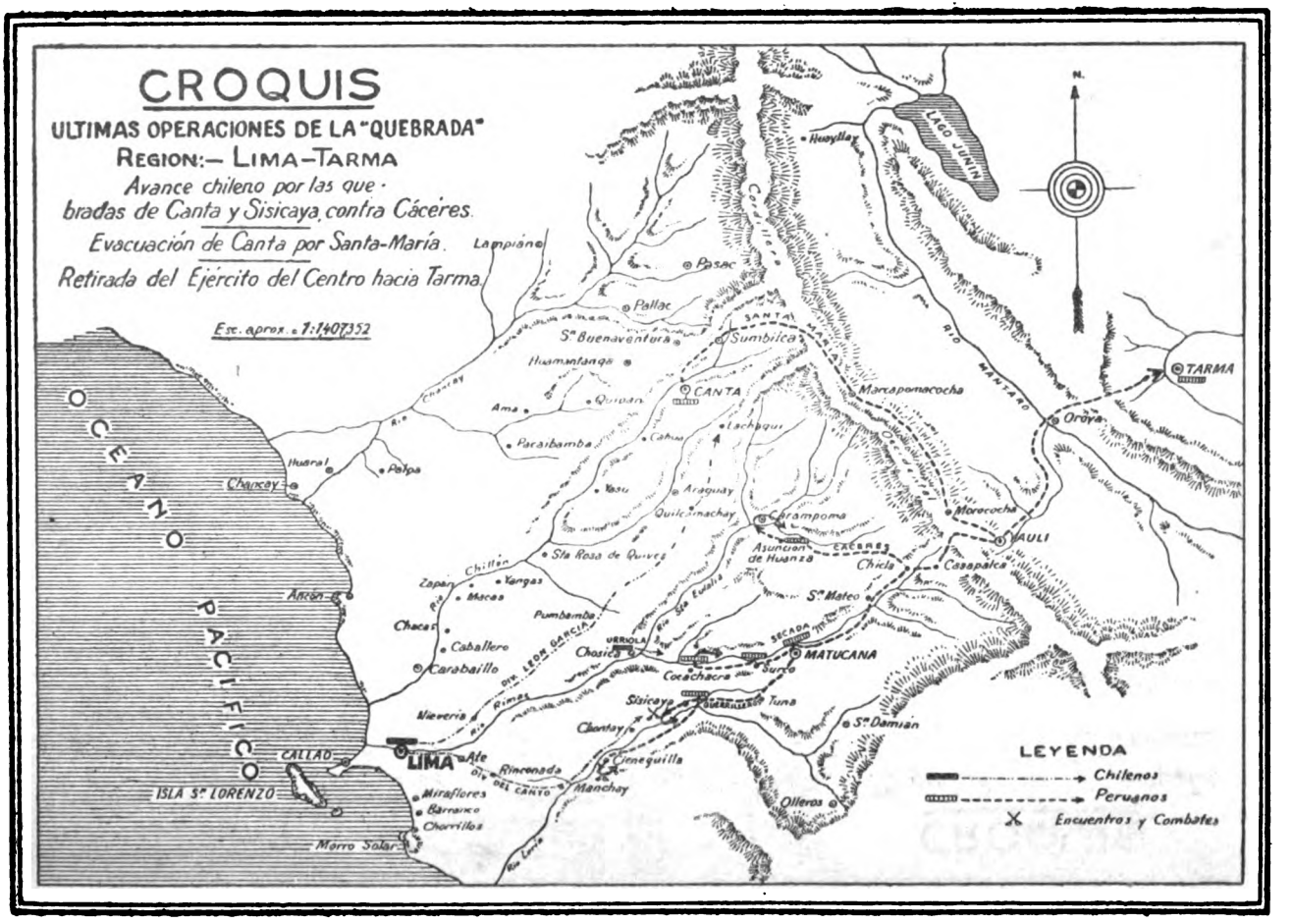
№ 12

Digitized by Google



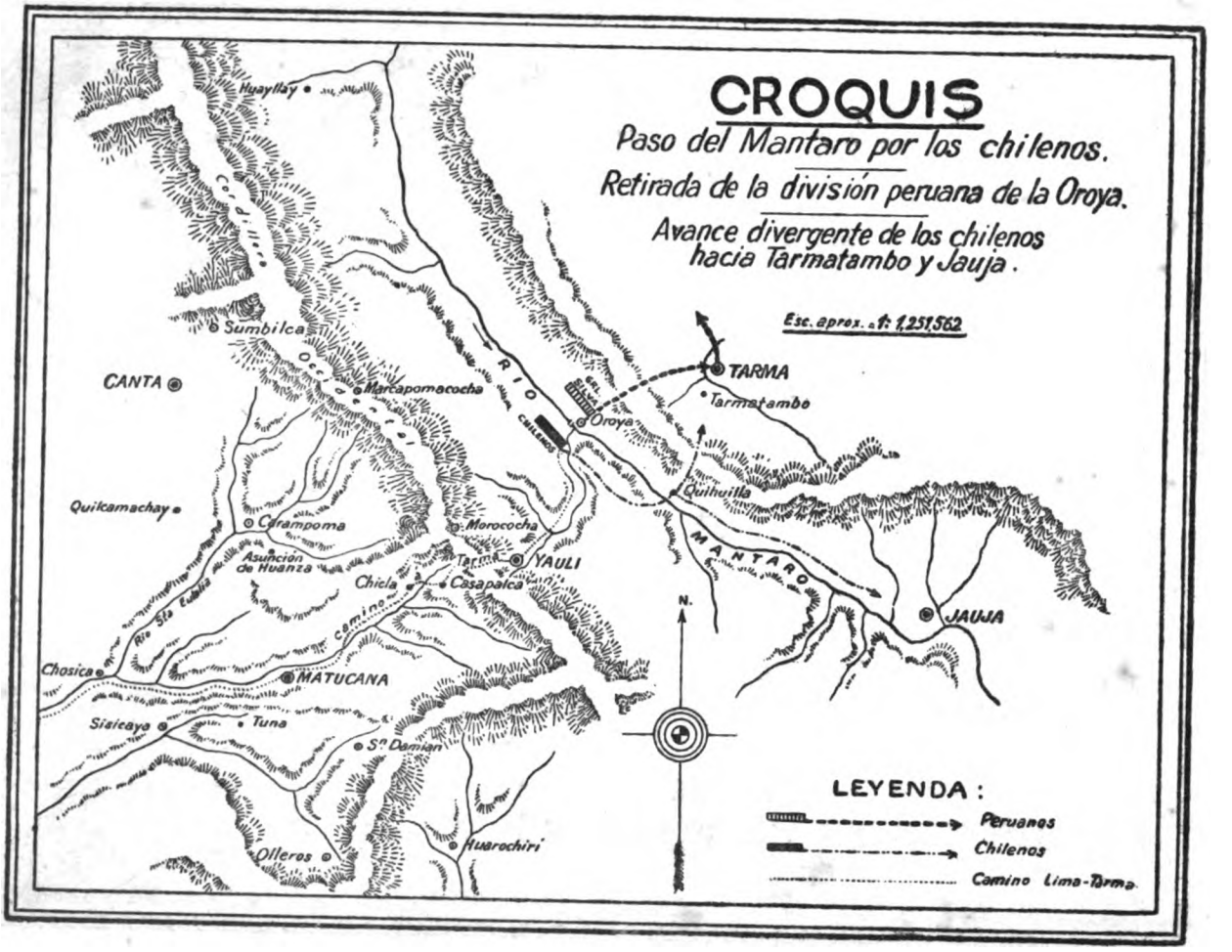
№ 13

Digitized by Google



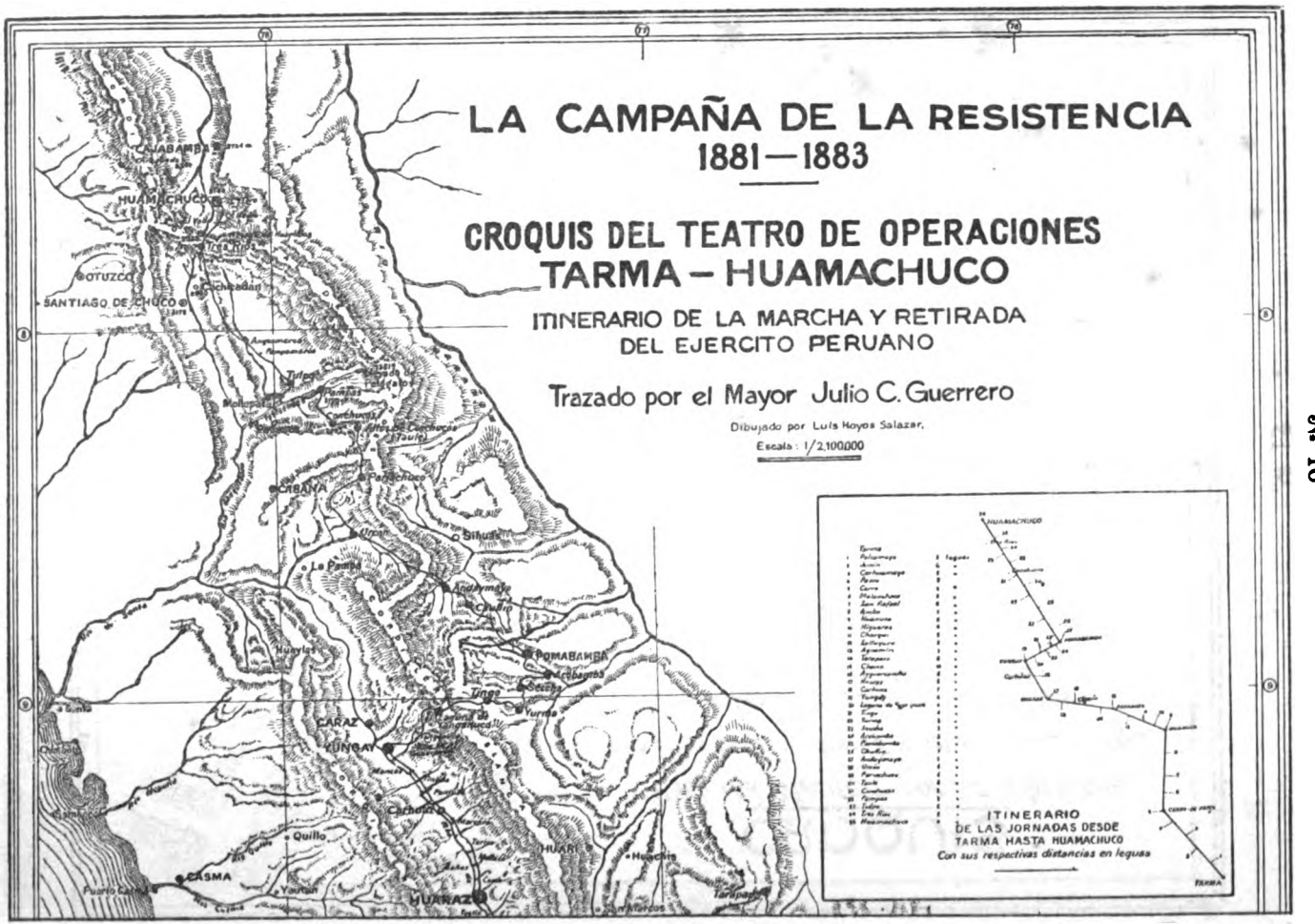
№ 14

Digitized by Google



№ 15

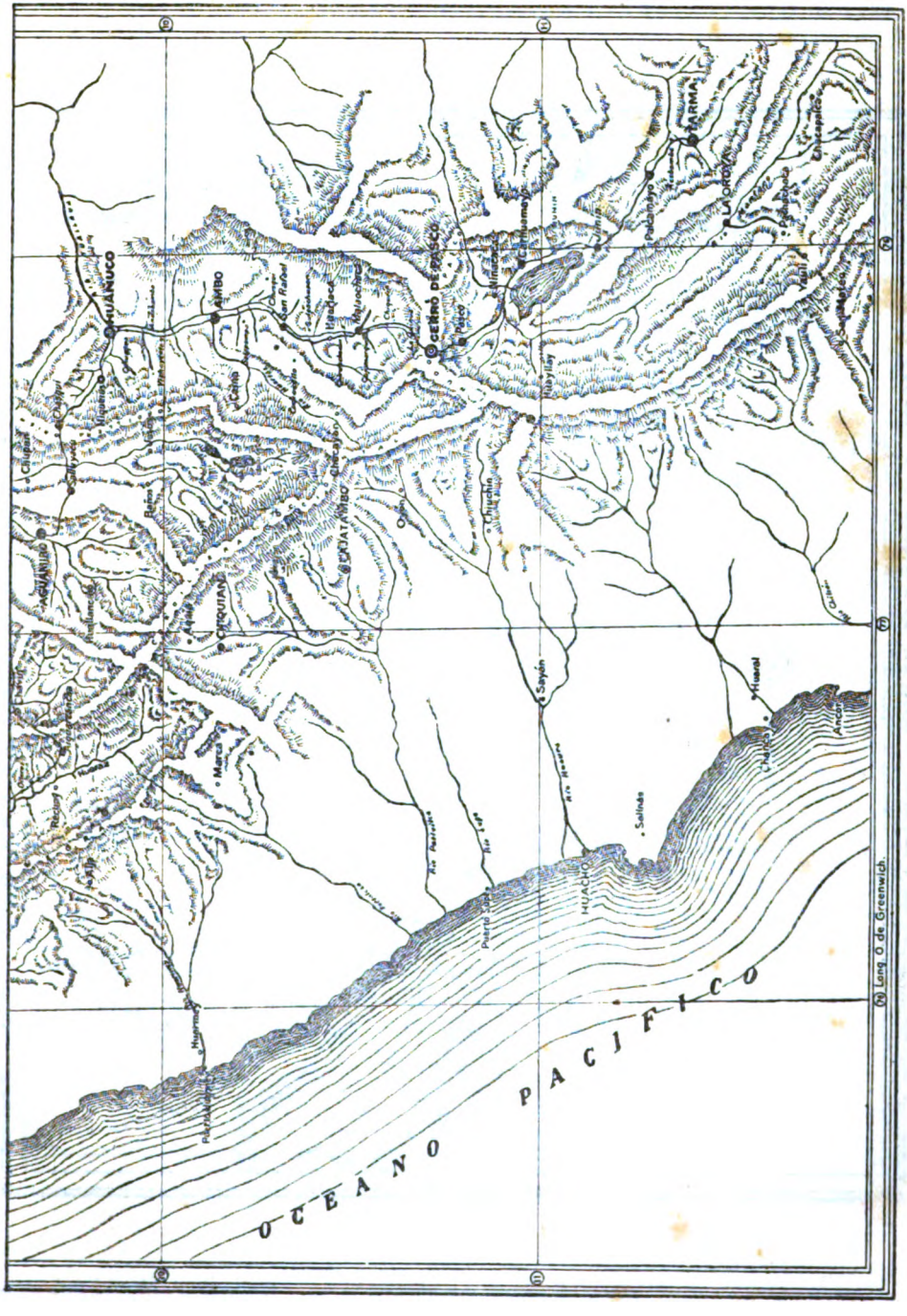
Digitized by Google



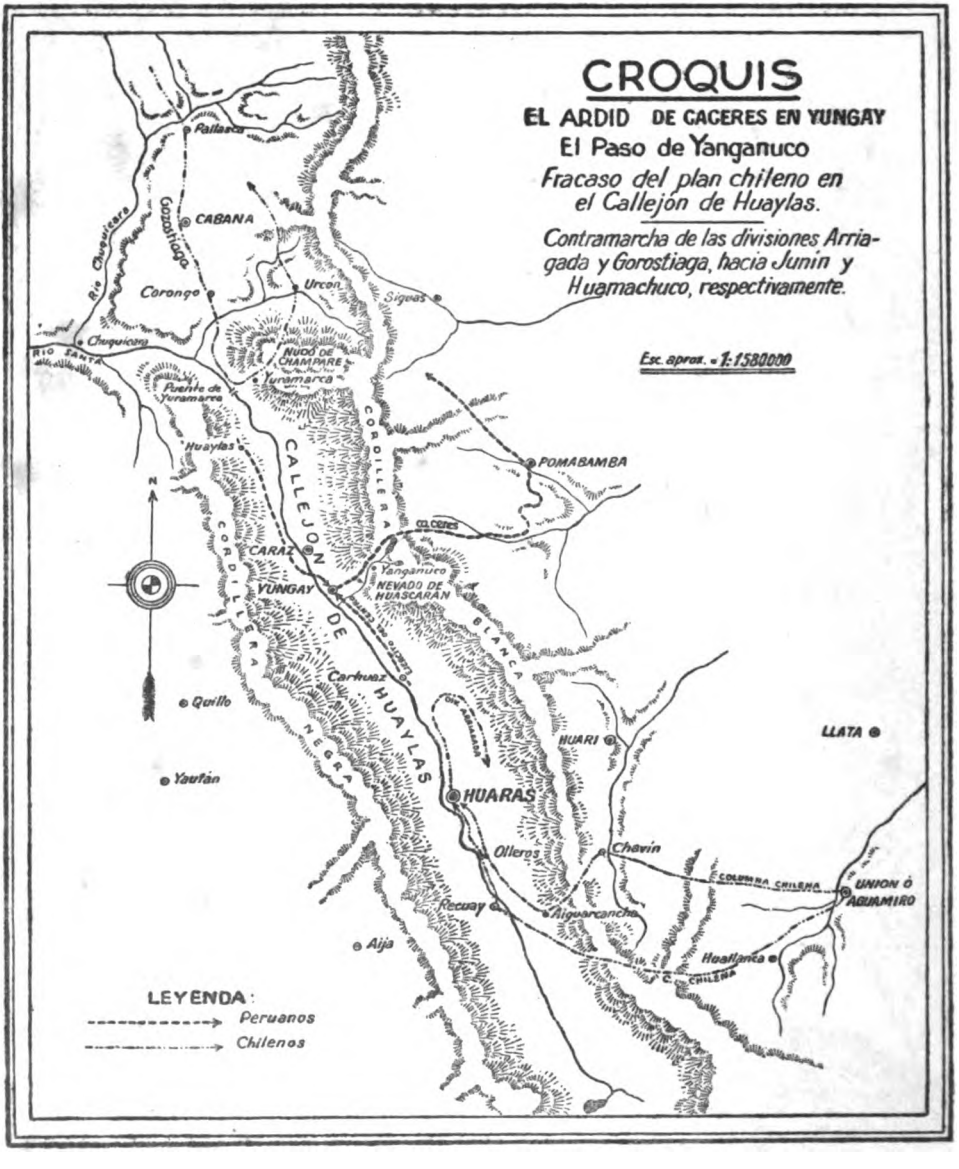
№ 16A

Digitized by Google

№ 16B

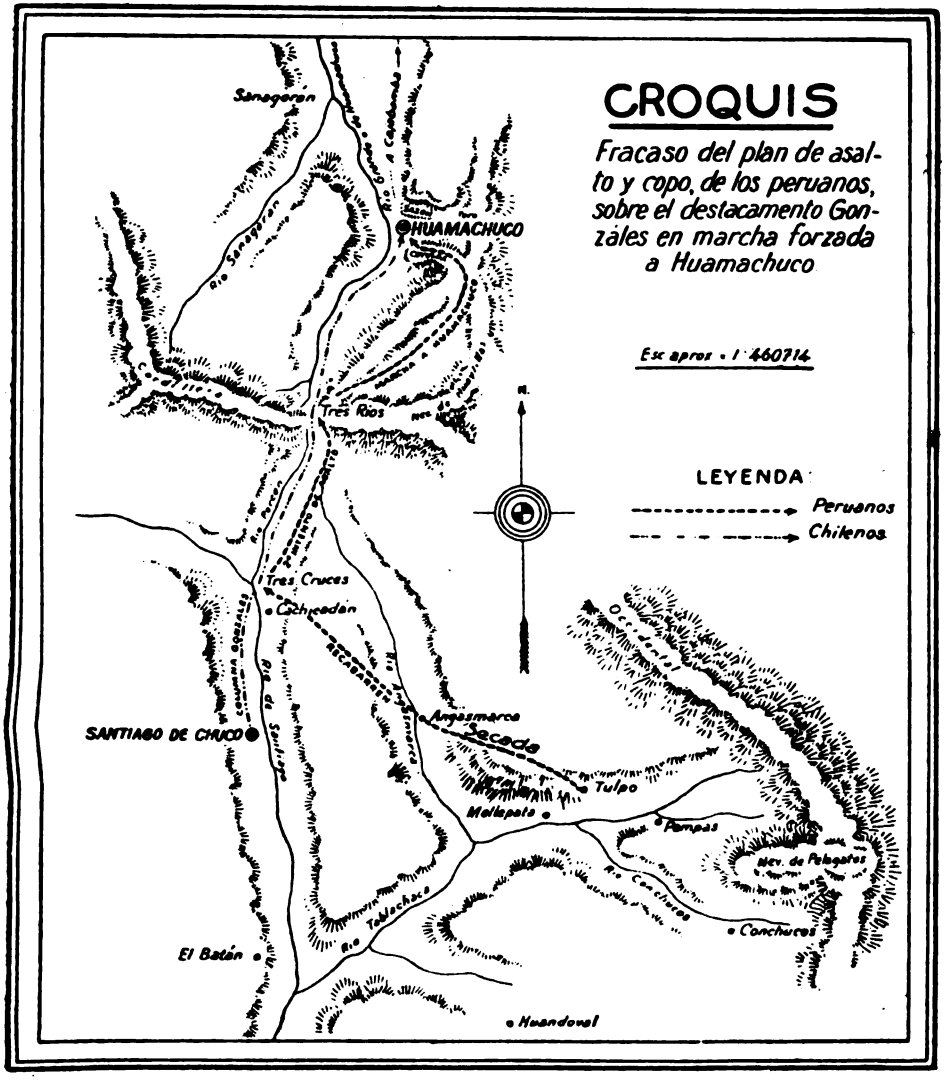


Digitized by Google



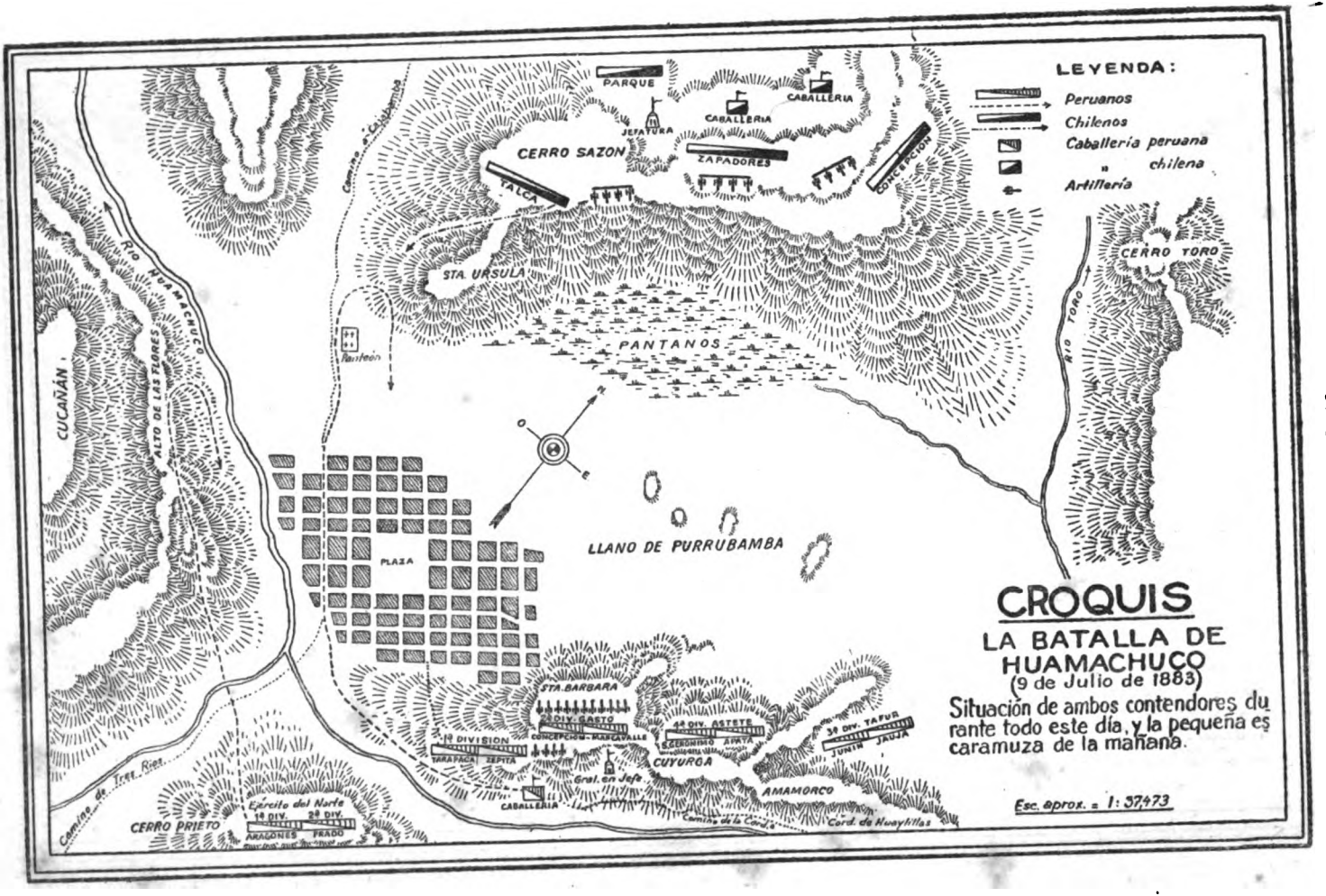
Digitized by Google

№ 18



Digitized by Google

Digitized by Google



CROQUIS

LA BATALLA DE HUAMACHUCO

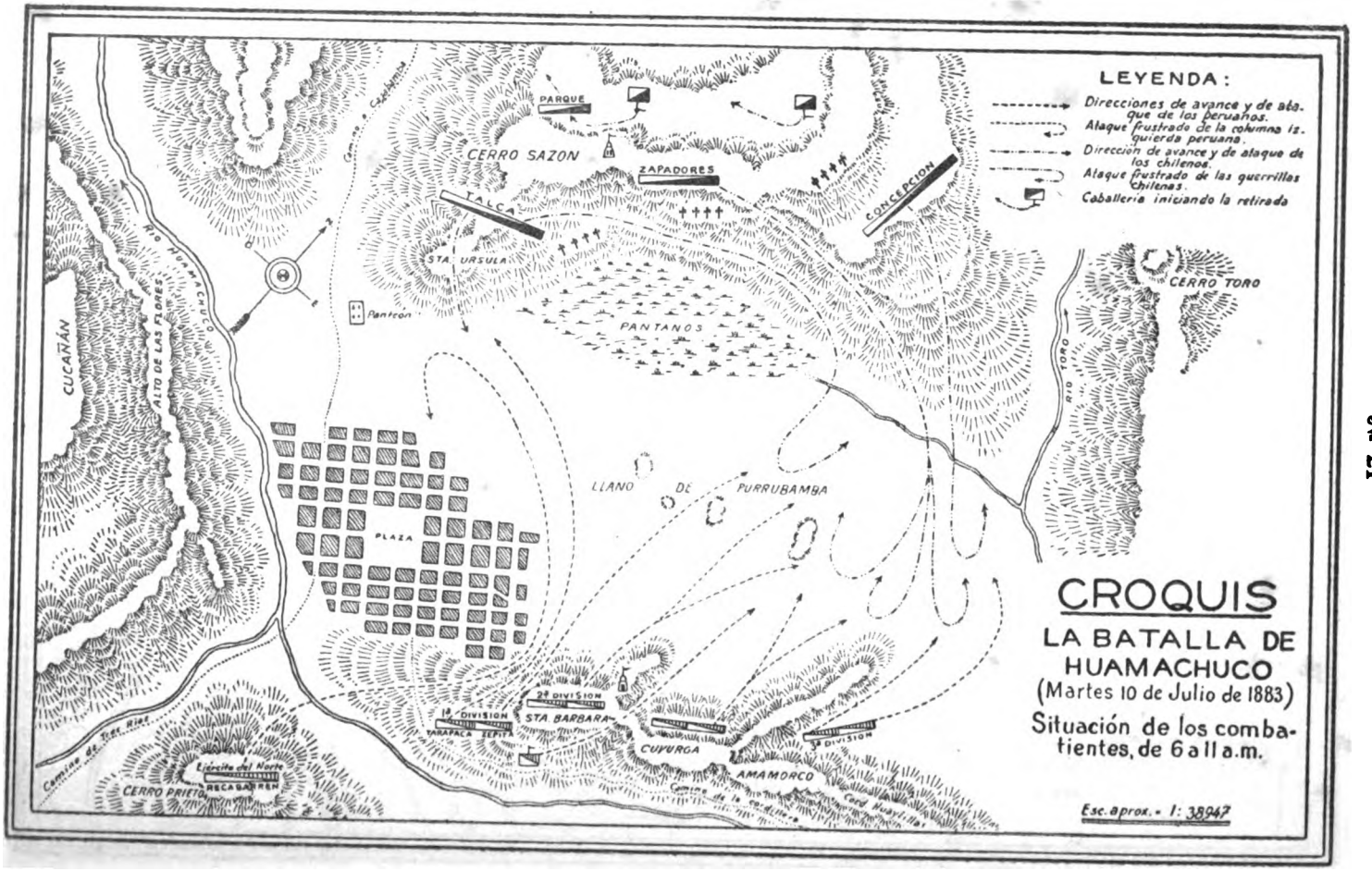
(9 de Julio de 1883)

Situación de ambos contendores durante todo este día, y la pequeña escaramuza de la mañana.

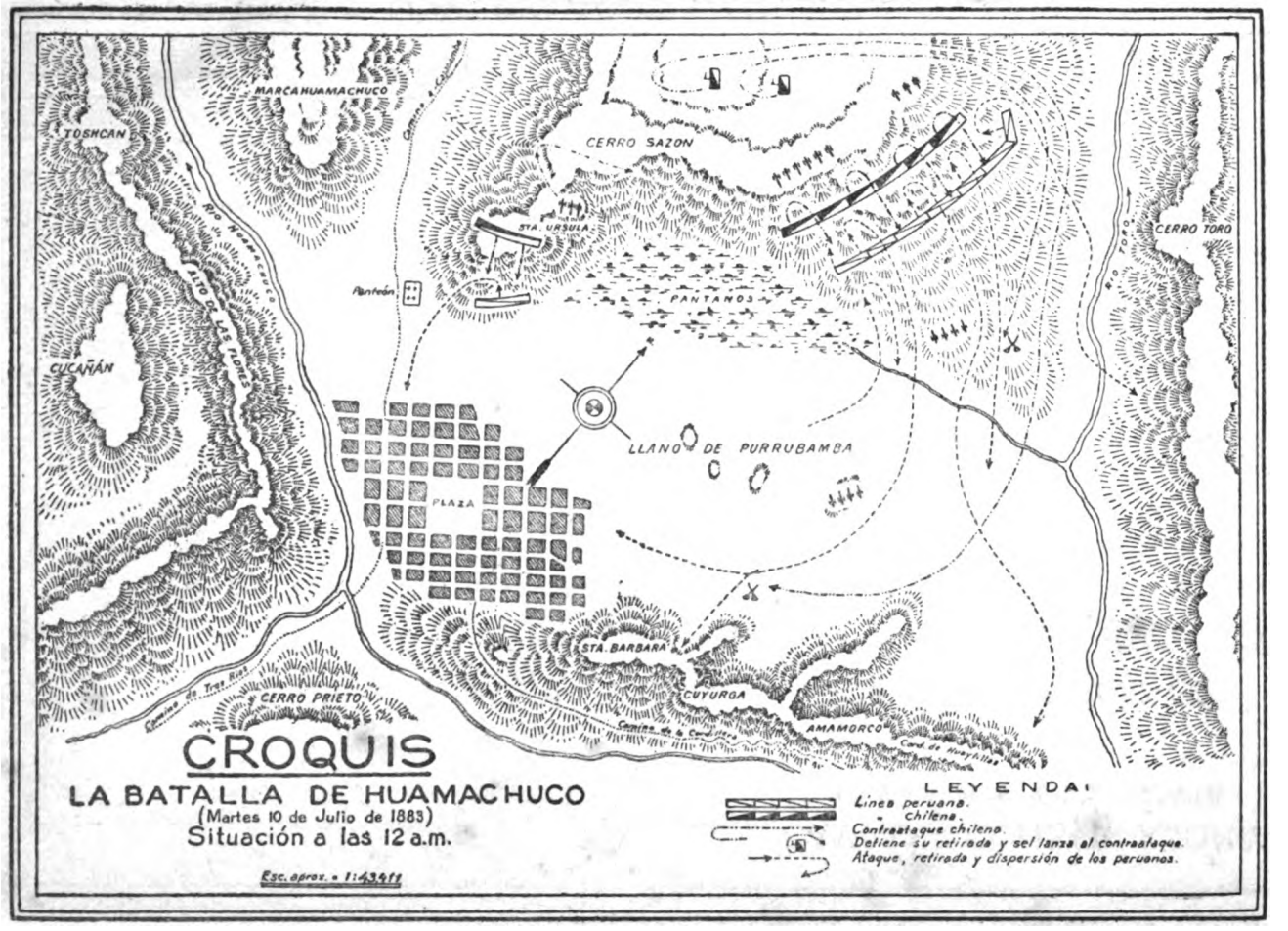
Esc. aprox. = 1: 37473

Nº 20

Digitized by Google

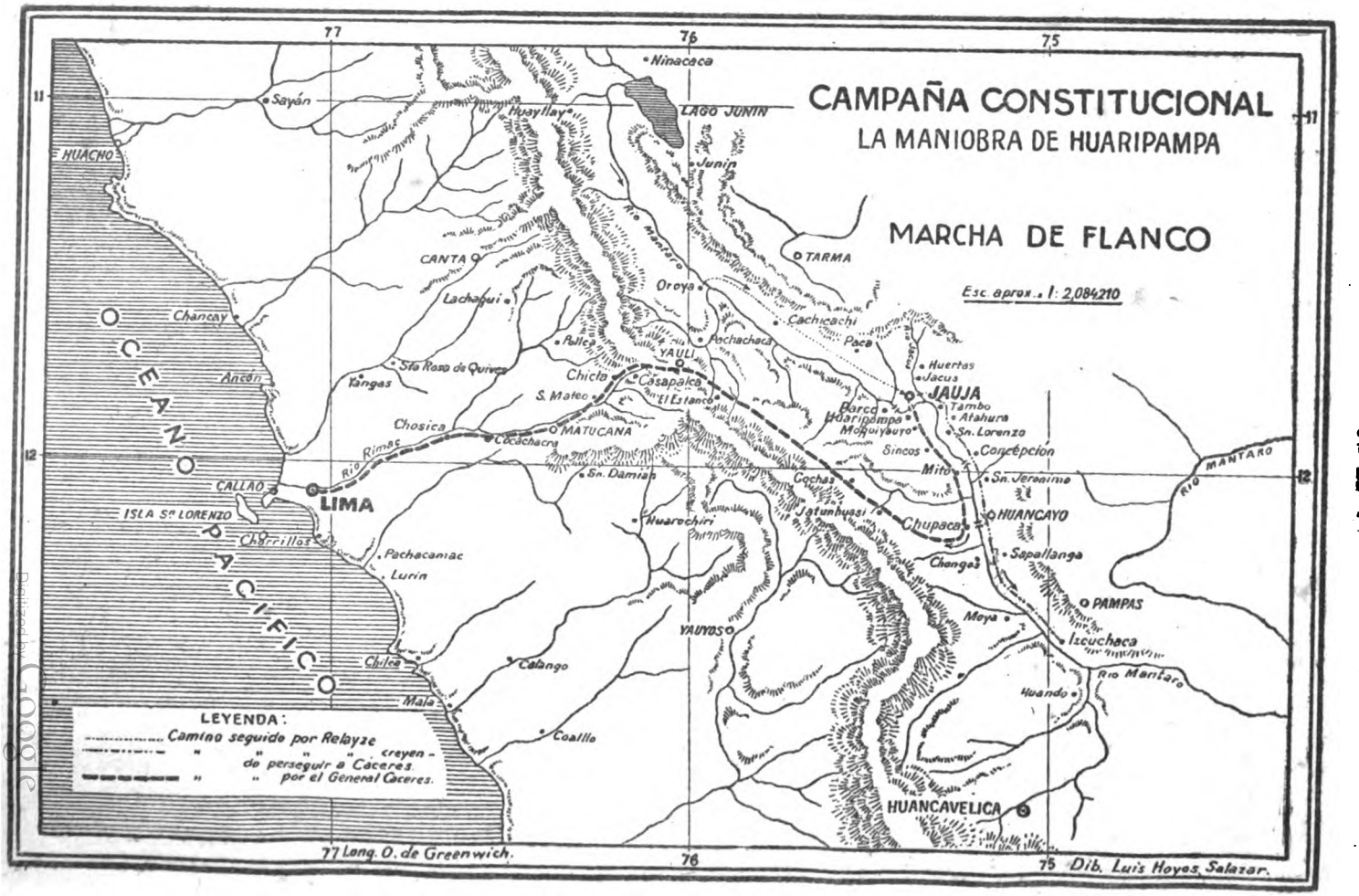


Digitized by Google



Nº 22

Digitized by Google



Digitalizado por (2008)

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3022843303

0 5917 3022843303

Digitized by Google